

# EL CIVILIZADOR,

POR A. LAMARTINE.

## INTRODUCCION.

Hemos intitulado este curso de historia personificada *El Civilizador*, y diremos por qué.

¿Qué es la civilizacion? La civilizacion es la atmósfera de un pueblo; es el conjunto de verdades, de facultades, de ideas, de religion, de legislacion, de moral y de virtudes en medio de las cuales nacemos y morimos en esta ó la otra época del mundo.

El archivo que contiene los registros de este estado civil, religioso y moral de los pueblos, en los diferentes periodos de su existencia es la historia. La historia es el mundo escrito, el género humano en relieve evocado de todos los sepulcros, recuperando el alma, la vida, el movimiento la palabra, ante los hombres nacidos y por nacer, y representando por la instruccion, el estudio y el ejemplo del porvenir, el drama eterno de la humanidad en este gran teatro rodeado de tumbas, cuyo polvo es la misma ceniza del hombre que ha existido antes que nosotros. La historia es ese espectáculo de las cosas humanas á que nos es permitido asistir mentalmente, ora con admiracion, aplaudiendo, ora temblando horrorizados, á medida que se presente en escena la virtud ó el vicio, la civilizacion ó la barbarie, pero siempre sacando algun fruto para nuestro adelantamiento. La historia, en una palabra es al pueblo lo que la facultad del recuerdo á los individuos, el lazo de unidad y de continuidad entre nuestro ser de ayer nuestro ser de hoy, nuestra base de toda esperiencia y por medio de esta el camino de la completa perfeccion. Sin la historia, pues, no hay moralizacion, ni adelantamiento, ni progreso de civilizacion para un pueblo, con la historia, casi es innecesario algun otro maestro; ella lo sabe todo, lo encierra todo, lo dice todo y no con palabras fugaces que pasan por el oido sin dejar la menor memoria, sino con hechos palpables y patéticos. Hace de nuestro corazon impresionado fuertemente, el actor simpático de

las escenas pasadas, se escriben en nuestros ojos con nuestras lágrimas, y en nuestro corazon con los movimientos de nuestra vitalidad; nos trasforma, por el entusiasmo ó por la piedad que nos comunica, en la persona de esos héroes, de esos sábios ó de esas victimas que constituyen juntamente con nosotros una sola alma y un solo cuerpo; y como la distancia de los sucesos nos hace mas imparciales y la imparcialidad mas justos, sacamos moralmente mas provecho de la historia, que del espectáculo mismo de las cosas presentes. Nada nos induce á alterar nuestra conciencia ante unos seres que ya no existen. Carecemos en ella de un interés personal que nos corrompe, de una popularidad que nos fascine, y contemplamos, sentimos y juzgamos con el desinterés y la infalibilidad de nuestra completa sana razon. La consecuencia de todas nuestras impresiones es el horror al mal y el entusiasmo por el bien. La virtud aumenta y se fortifica en las naciones adelantadas con esas impresiones y conclusiones históricas, pudiéndose decir, sin engañarse, que el pueblo mas versado en historia es el que posee mas virtudes.

He aqui el motivo que nos ha inducido á dar el título de *Civilizador*, á esta série de narraciones históricas.

Para llevar á cabo el plan altamente filosófico, moral é instructivo que nos proponemos en todas nuestras publicaciones, son necesarias dos cosas esenciales: Primero, reducir de tal manera el precio de las obras, que puedan estar al alcance de las diversas clases de la sociedad, sin que ni aun las mas necesitadas tengan precision de carecer, por decirlo asi, de la satisfaccion cotidiana de sus necesidades materiales. Segundo, encerrar en poco volumen la moral, la ciencia, la poesia, la historia, la civilizacion para el pueblo, á semejanza del viagero que no poseyendo grandes medios, reduce su equipaje para no encontrar dificultades en el camino. Es necesario, pues, distribuirle y condensarle sus lecturas en pocas horas, de modo que este



ó el otro estudio en el cual haya invertido su autor años enteros, á él le entretenga solo algunos momentos, quizá los únicos de que puede disponer.

Esta es la mira de nuestro trabajo, y empezamos por la historia, porque despues de bien meditado, hemos visto que la historia es de todos los estudios humanos, la que contiene mas enseñanza, mas cosas y mas ideas en el mayor número de hechos; porque la *narracion* es la forma mas popular y mas seductora de la persuasion; porque la humanidad entera es el asunto mas interesante para ella misma, y porque el mundo en sí no es otra cosa en el fondo, sino una inmensa y continua narracion de unos siglos á otros, la epopeya de los hombres, el poema de Dios.

Dos medios se nos ofrecen de presentar nuestra obra: consiste el uno en escribir la vida de esos grandes civilizadores, siguiendo el orden cronológico, pasando desde el primero al segundo, luego al tercero, etc. y asi descendiendo paso á paso desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias. El otro medio es el de elegir accidentalmente ya en un siglo, ya en otro, hoy en las Indias, mañana en Egipto, ora en Atenas, ora en Roma, en Constantinopla, en Lóndres, en París, los hombres superiores en las diferentes épocas y familias para bosquejar su aspecto histórico á nuestros lectores.

El primero de estos medios parece sin disputa el mas natural é instructivo, y este seria indudablemente el que hubiéramos preferido si ofreciéramos un curso de historia en vez de escribir un libro especial. Pero la forma periódica que hemos adoptado tiene por principal condicion de buen éxito, el interés. Sin interés no hay lectores; sin lectores no se propagan las luces. Todos temen el fastidio, pero principalmente aquellos que no tienen tiempo de fastidiarse. Ahora bien, para evitar el fastidio, para suscitar el interés, es preciso evitar su monotonía, procurando cierta variedad, cierta sorpresa, cierta escitacion de curiosidad continua que solo puede obtenerse variando con frecuencia de aspecto en las narraciones y las cosas. Es preciso provocar en los lectores este placer, esta curiosidad por medio de la movilidad de la escena, es preciso trasportarles, para que no se adormezcan, de un siglo á otro, de este á aquel país, de un sábio á un conquistador, de un guerrero á un legislador, de un poeta á un filósofo, de un rey á un artista, de un fundador de religion á un inventor mecánico. Asi lo hizo Plutarco, ese pintor de costumbres, ese Van-Dyck de la antigüedad. En eso consiste el atractivo de su obra pero tambien allí está su imperfeccion; hizo retratos y no cuadros: ningun lazo une entre sí á sus figuras; todo es grande, mas aislado: enseña el hombre sin llegar á la historia. Este pues es el inconveniente que queremos evitar; queremos que nuestros persona-

ges diseminados al parecer, y presentados uno á uno sin orden de fechas, se agrupen despues por sí propios al fin de la obra, de manera que lleguen á formar no solo retratos sino cuadros completos. Para esto indicaremos, citando los siglos, el lugar en donde el lector deberá colocar la narracion particular en la general, cuando reuna los números suficientes para formar un tomo.

Gracias á este método el hombre laborioso podrá adquirir el conocimiento de todo lo que le interese de los pasados tiempos; los grandes hombres y los grandes sucesos, las grandes tinieblas y los grandes resplandores, las grandes perversidades y las grandes perfecciones morales de su especie: el conjunto se presentará suficientemente claro ante sus ojos á través de los pensamientos y los actos de aquellas individualidades principales y culminantes; á quienes va á pasar revista.

Para ofrecer este espectáculo del género humano en acción al pueblo iliterato, no es necesario, como se supone, evocar una multitud de hombres y personajes históricos, de las catacumbas de las bibliotecas. No: el género humano es vasto, pero no infinito. Cien actores principales á lo mas bastan, en manos del historiador, para representar ese drama, variado á veces, con frecuencia uniforme, de las vicisitudes humanas: todo consiste en la buena eleccion de los personajes.

Dos son los modos de elegirlos; uno por la elevacion é importancia de su cargo convencional en el mundo, por la grandeza de su alcurnia, por el brillo de su trono, por la inmensidad de su imperio, por el orgullo de sus títulos, por el número de sus súbditos y de sus ejércitos: el otro, á la inversa, por su esplendor natural, por la estension de sus ideas, por su influencia sobre el espíritu humano, por la grandeza personal de su cargo, por la santidad de su mision en la tierra, por sus trabajos, por sus persecuciones, por sus suplicios algunas veces, premio de las verdades que enseña al mundo; pero sobre todo se les debe elegir por el interés épico ó dramático de su vida. De este modo, cuanto mas desconocido uno de esos grandes personajes del drama humano, es tanto mas desgraciado, tanto mas víctima, hay mas vicisitudes, mas lágrimas y mas sangre en su historia; se hallamas interés, amor, pasion y culto hácia él, en el sentimiento de la posteridad, en cuya imaginacion se grava mas profundamente. Bajo este punto de vista del corazon humano, *Sócrates es mas histórico que Alejandro, Cristóbal Colon que Carlos V, y el Tasso que los Médicis ó Francisco I.*

Estos son los caracteres que hemos buscado en nuestros personajes históricos. La situacion de los hombres es una de las condiciones ordinarias de su acción sobre sus semejantes: la gerarquía es la predes-

tinacion de la gloria. Al encontrar el valor personal en soberanos ó en legisladores coronados, les hemos colocado en el primer término de la historia; pero cuando en las condiciones humildes de la vida hemos descubierto hombres superiores por sí mismos, descubridores, filósofos, poetas, oradores, historiadores, artistas, artesanos, mártires, víctimas de una fé útil al mundo, de ordinario descuidados ó colocados en el último lugar por los repartidores de fama y de renombre, nosotros hemos restituido á esas grandezas naturales el rango y la consideracion que les corresponde entre los maestros y modelos de su especie. La historia, á nuestro parecer, es como el *Juicio final* de Miguel Angel: ante ella comparece el hombre, como ante Dios, desnudo de toda condicion humana.

Lo repetimos de nuevo, un corto número de personajes bien elegidos, basta para presentar á la vista y á la imaginacion de las masas todos los tiempos conocidos. De este modo podreis adquirir una idea bastante exacta de los personajes históricos confusos y diversos que vamos á ofrecerlos accidentalmente, y luego clasificar á cada uno por su fecha y categoría en el órden de los siglos; para volver á formar eslabon por eslabon la larga cadena de los tiempos y de las cosas.

MOISÉS.	CORNEILLE.
HOMERO.	FIDIAS.
HERODOTO.	HIPÓCRATES.
CRISTÓBAL COLON.	FENELON.
ALEJANDRO.	GODÓFREDO DE BOU-
SÓCRATES.	LLON.
PLATON.	ARISTÓTELES.
CICERON.	FEDERICO II.
CARLO-MAGNO.	PAPIN.
ZOROASTRO.	MIRABEAU.
BOSSUET.	MOZART.
SAN LUIS.	SEMÍRAMIS.
CROMWELL.	L'HÔPITAL.
CONSTANTINO.	THUCCYDIDES.
ESCHYLES.	DANTON.
PERICLES.	RUSTAM, <i>el héroe de</i>
PITÁGORAS.	<i>las Indias.</i>
GUTENBERG.	PEDRO EL GRANDE.
VIRGILIO.	CIRO.
CONFUCIO.	EL DANTE.
MAHOMA.	SÓFOCLES.
HERNAN-CORTÉS.	CÉSAR.
ANNIBAL.	BACON.
MOTEZUMA.	ARÍSTIDES.
LAS CASAS.	LUTERO.
EL GRANDE ANÓNIMO,	BAYARD.
<i>autor de la Imitacion de</i>	WASHINGTON.
<i>Jesucristo.</i>	MARCO AURELIO.
LEON X.	DEMÓSTENES.

POMPEYO.	ATILA.
NEWTON.	CARLOTA CORDAY.
DAVID.	GALILEO.
SALOMON.	CAMOENS.
FOCION.	GUILLERMO EL CON-
DUGUESCLIN.	QUISTADOR.
TEMÍSTOCLES.	MARÍA STUARDO.
NAPOLEON.	BENVENUTO CELLINI.
SAN VICENTE DE PAUL.	RAFAEL.
DESCARTES.	MAD. ROLAND.
RICHELIEU.	MAD. DE STAEL.
RACINE.	CATALINA II.
WATT.	SAFO.
LEONIDAS.	EPICTETO.
SAN AGUSTIN.	VICTORIA COLONNA.
CÁRLOS V.	GUILLERMO TELL.
MITRIDATES.	BYRON, <i>el poeta.</i>
MACHIAVELO.	JACQUARD, <i>el maqui-</i>
JERJES.	<i>nista.</i>
AURENG ZEB.	GOETHE.
J. J. ROUSSEAU.	BUFFON, <i>el natura-</i>
DIOCLECIANO.	<i>lista.</i>
LICURGO.	CUVIER.
ENRIQUE IV.	CERVANTES.
MARIO.	MOLIERE.
SYLLA.	GUSTAVO ADOLFO.
ORFEO.	CÁRLOS I.
SESOSTRIS.	LUIS XVI.
CLEOPATRA.	NELSON.
SCIPION.	LA ELOISA, <i>de Abe-</i>
ALCIBIADES.	<i>lardo.</i>
TIMUR KÁN.	BERNARDO DE PALIS-
GENGIS KAN.	<i>sy, el alfarero.</i>
LOS GRANDES MÉDICIS.	JUANA DE ARCO.
FRANKLIN.	TÁCITO, <i>etc., etc., etc.</i>

Es casi indudable que despues de haber recorrido esos ciento ó á lo sumo ciento cincuenta nombres, personificacion del alma y de la accion humana, despues de haber hojeado en su largo tiempo ese concilio de los siglos, el lector, por muy superficial que sea, habrá adquirido una idea aproximada de la historia universal, mas estensa y verdadera que despues de haber leído las lánguidas y yertas páginas de un compendio.

Por este método la historia en vez de estudio viene á ser una conversacion, deja de ser una ciencia y se convierte en un drama continuo.

Luego que el pueblo haya recorrido y reasumido con nosotros todos esos hombres, se halla mas dispuesto á comprender, á engrandecer, á ennoblecer y á civilizar su pais. Las nuevas fases del mundo moderno, destruyendo la esclavitud y dando á las masas

mayores participaciones en sus propios destinos, hacen de la moralidad y de la instruccion dos condiciones necesarias á la libertad. Estas dos dichosas condiciones de nuestra época imponen á los filósofos y á los escritores que tienen en sus manos el espejo de la verdad, el deber de hacer reflejar sus luces sobre el pueblo. Conocemos las dificultades de esta empresa: el pueblo y los escritores no han hablado hasta aqui el mismo lenguaje, y á estos corresponde transformarse é inclinarse para poner la verdad en manos de aquel. Inclinarse de este modo no es rebajar el genio, es humanizarle. «*Quien le humaniza le diviniza.*» Confesamos nuestra insuficiencia, pero nos esforzaremos en elevar el estilo de nuestras narraciones hasta la sencillez; esa obra maestra, esa lengua universal que renueva entre el rico y el pobre, entre el sábio y el ignorante, entre el hombre reflexivo y el jóven frívolo el milagro simbólico de los primeros mensajeros del Evangelio, que no hablaban sino un solo idioma para ser comprendidos por los discípulos de todas las naciones. *Tomad y leed*, diremos nosotros, como el hijo del relojero, á las familias de las clases menos instruidas. He ahí la historia sacada de los empolvados estantes de las bibliotecas, despojada de su púrpura y de su pompa, y hablando la lengua familiar en claras y sobrias narraciones, con vuestras mugeres y vuestros hijos.

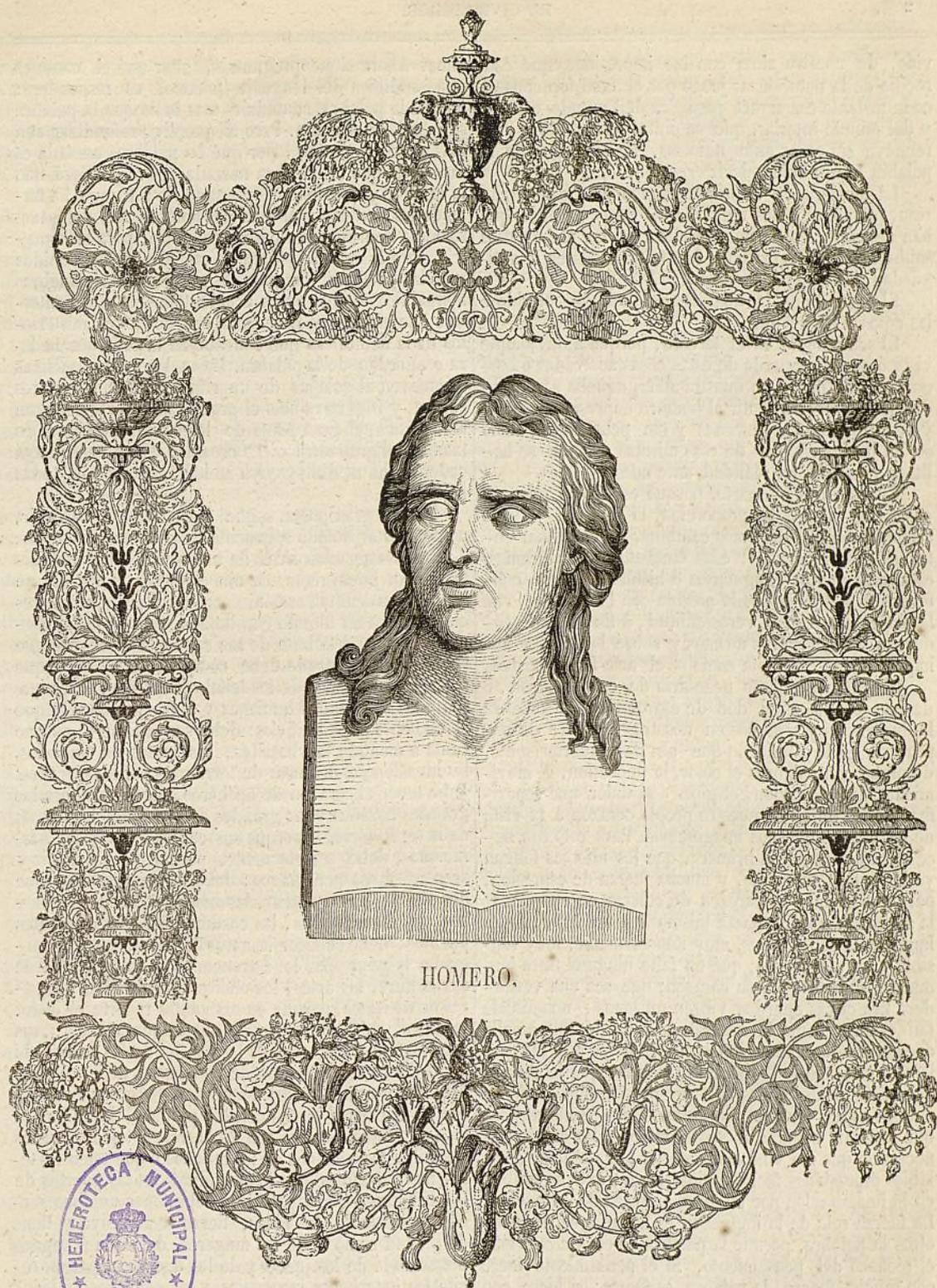
Mas qué necesidad tienen ciertas clases, podrá decirsenos, de saber la historia elemental, de conocer los cambios de la fortuna, las catástrofes de los imperios, y el curso de las cosas humanas, para labrar sus maderas conducir sus barquillas, podar sus vides ó hilar sus cáñamos?

Sin duda que el pueblo no necesita conocer la historia para ejercer cualquiera de estos oficios, ni tampoco para atender á su subsistencia, pero si para pensar; y el pensamiento siendo el hombre mismo, si se quiere que el pueblo se componga de hombres y no de máquinas humanas, preciso es darle los elementos de la reflexion. La historia es quizá el mas sano y mas moralizador de estos elementos; porque desarrolla en el pueblo una de las cosas que mas le faltan: la conciencia. Presenta visible á la Providencia en el premio y en la espiacion infalible del bien y del mal; si está comentada por un espíritu recto y religioso, un curso de historia es una leccion de justicia y un verdadero curso de conciencia para las naciones.

Pero esto no es solo una leccion de justicia y un curso de conciencia popular, es un curso de entusiasmo por lo bello. Este entusiasmo por la sana moral es uno de los instintos mas adherentes de la virtud que Dios ha concedido al hombre. Es la aspiracion involuntaria y apasionada del alma hácia el colmo de la perfeccion en todas las cosas; es el *sursum corda* del

género humano que hace elevar los corazones, de admiracion en admiracion, hasta Dios, origen y fin de toda belleza. Esta facultad, como todas las demas, no se fortifica en los individuos y en las masas, sino ejerciéndola. Qué ejercicio mas sublime de este entusiasmo que la historia! Se ha dicho con razon que el centro en que vivimos, física y moralmente hablando, modifica al cabo de cierto tiempo nuestro temperamento y nuestra alma; por lo tanto, si dejais vivir á un pueblo en sociedad habitual y esclusiva con una filosofía trivial y con poco nobles instintos, qué podreis esperar de vuestras generaciones? Se sucederán como generaciones viciosas con la estupidez en la frente, la incredulidad en el corazon, el sarcasmo en los labios, y la imaginacion impregnada de leyendas infames; teniendo por justicia el resultado de las cosas; ignorando el uso prudente de la libertad que el Eterno les concediera, y avergonzándose de sí mismos, de su nacion y de su siglo!

Pero si las educais, por medio de la historia bien elegida y bien aplicada, en la contemplacion de las grandes obras de la Providencia, en los conocimientos de los importantes destinos del hombre en la sociedad sobre la tierra, en la comprension de las leyes religiosas ó civiles que gobiernan el mundo perfeccionándole, y si las poneis en relacion habitual, por medio de vuestros escritos, con esos grandes hombres, con esos hombres virtuosos, esos genios superiores, esos héroes, esos mártires, esos sábios, esos filósofos, esos poetas, esos artistas, que en su vida ó en sus obras, han derramado su sangre, su sudor, su alma, su amor, su patriotismo, sus inspiraciones y sus palabras en ese foco comun de grandeza, de desinterés, de abnegacion para con sus semejantes, de genio, de compasion, de generosidad, que constituye la gloria y título de la especie humana; si imprimis de este modo á vuestro pueblo la santa religion del entusiasmo, por el nombre, el pensamiento, las acciones, los esfuerzos, los infortunios, y hasta por la muerte de estos tipos de la humanidad, no dudeis que habreis inculcado á un mismo tiempo en vuestros hijos la emulacion de reunir lo que ellos admiran, y que este entusiasmo que no parece á primera vista mas que la llama de la imaginacion, descenderá hasta el alma, constituyendo en ella muy en breve un manantial de moralidad nacional. El hombre es imitador, porque es susceptible de perfeccion; lo que le faltan son lecciones, lo que necesita son modelos que copiar. Tomad estos en la historia y mantenerlos siempre á la vista de vuestros hijos: ellos llegarán á formar pueblo, y este pueblo os honrará sobrepujándoos: transmitirá vuestro nombre á la posteridad y vuestro tributo de civilizacion al Supremo Civilizador!



HOMERO.



I.

Una de las facultades mas naturales y mas universales del hombre, es la de reproducir en sí por la imaginación y el pensamiento, y fuera de sí por el arte y la palabra, el universo material y el universo moral en cuyo seno ha sido colocado por la Providencia. El

hombre es el espejo reflexivo de la naturaleza. Todo se renueva, todo se anima, todo renace en él por medio de la poesía. Es una segunda creación que Dios ha permitido inventar al hombre reflejando la primera en su pensamiento y en su palabra; un *verbo* inferior, pero verdadero, que crece solo con los elementos, con las imágenes y con los recuerdos, cosa que la naturaleza ha creado antes que él: juego infantil, pero di-

vino, de nuestra alma con las impresiones que este recibe de la naturaleza: juego por el cual formamos á cada instante esa figura pasajera del mundo exterior y del mundo interior, que se pinta, que se borra y se renueva sin cesar ante nosotros. He aquí porque la palabra *poesía* quiere decir *creacion*.

La memoria es el primer elemento de esta creacion, porque ella nos recuerda las cosas pasadas que han desaparecido de nuestra alma; así las *Musas*, esos símbolos de la inspiracion, fueron llamadas en la antigüedad, las *hijas de la memoria*.

El segundo es la imaginacion que da colorido á las cosas y las vivifica.

El sentimiento es el tercero, porque á la simple vista ó por el recuerdo de estas cosas acaecidas ó bosquejadas de nuevo en nuestra alma, aquella sensibilidad hace volver á sentir al hombre impresiones físicas y morales casi tan internas y tan penetrantes, como serian las impresiones de esas mismas cosas si se hallasen presentes en realidad ante nuestros ojos.

El criterio es el cuarto, porque es el solo que nos enseña el orden, la proporcion, la relacion, la justa armonía con que debemos combinar y coordinar entre sí esos recuerdos, esas fantasmas, esos dramas, esos sentimientos imaginarios ó históricos, para conformarlos del mejor modo posible con la realidad, con la naturaleza, con la verosimilitud, á fin de que produzcan sobre nosotros mismos y sobre los demas una impresion tan completa como si el arte fuera verdad.

El quinto elemento necesario de esta creacion, ó de esta *poesía*, es el don de espresar por la palabra lo que vemos y sentimos en nosotros mismos, de reproducir en lo exterior lo que nos pasa interiormente, de pintar con palabras el color, la impresion, el movimiento, la palpitation, el gozo ó el dolor que experimentan las fibras de nuestro propio corazon á la vista de los objetos que nos imaginamos. Para esto son necesarias dos cosas: la primera, que los idiomas tengan ya la riqueza suficiente, y mucha fuerza de espresion, para que el vate no carezca de colores en su paleta; la segunda, que el poeta mismo sea un instrumento humano de sensaciones, muy impresionable, muy sensible y muy completo; que no falte ninguna fibra humana á su mente ó á su corazon; que sea una verdadera lira cuyas cuerdas vibren unisonas; una escala tan estensa como la naturaleza á fin de que en ella encuentren lo grave ó lo frívolo, el dolor ó la alegría, lo sentimental ó lo indiferente, la nota que le corresponda. Se necesita mas aun; es preciso que las notas de esta escala humana vibren en él muy sonoras para que puedan comunicar su vibracion á los demas; es necesario que esa vibracion interior haga asomar á sus labios espresiones fuertes, pintorescas, que se graben en la imaginacion por la energía misma de su acento. La fuerza sola de la impresion es la que crea en nosotros la palabra, porque la palabra no es otra cosa sino el rechazo del pensamiento. Si el pensamiento hiere con mucha fuerza, la palabra es fuerte; si hiere con suavidad es suave; si hiere débilmente es débil. Segun es la pulsacion así es la palabra; he ahí la naturaleza!

Por último, el sexto elemento necesario á esta creacion interior y exterior que se llama *poesía*, es el sentimiento musical, es el oído de los grandes poetas, porque la *poesía* canta en vez de hablar y todo canto necesita de música para leerle y para que resuene mejor y mas voluptuoso en nuestros sentidos y en nuestra

alma. Ahora si me preguntais, ¿Por qué el canto es una condicion del lenguaje poético? os responderé: porque la palabra cantada es mas bella que la palabra simplemente narrada. Pero si quereis profundizar aun mas y me preguntais, por qué la palabra cantada es mas bella que la palabra narrada, os responderé que lo ignoro; y que debereis preguntarlo á El que ha formado los sentidos y el oído del hombre mas voluptuosamente impresionado para la cadencia, para la simetría, para la medida y para la melodía de los sonidos y de las palabras, que para los sonidos y las palabras inarmónicas que se oyen accidentalmente; os contestaré que el ritmo y la armonía son dos leyes misteriosas de la naturaleza que constituyen la soberana belleza ó el orden de la palabra. Hasta las esferas mismas se mueven al compás de un ritmo divino, los astros cantan, y Dios no es solo el grande arquitecto, el gran matemático, el gran poeta de los mundos, sino que es tambien el gran músico. La creacion es un canto cuya cadencia ha medido y cuya melodía escucha á todas horas.

Pero el gran poeta, segun lo que acabo de decir, no debe estar dotado solamente de una memoria vasta, de una imaginacion rica, de una sensibilidad esquisita, de un juicio recto, de una espresion fuerte, de un sentido musical tan armónico como cadencioso; es preciso que sea un filósofo consumado, porque la sabiduría es el alma y la base de sus cantos; es necesario que sea legislador, porque debe comprender las leyes que rigen las relaciones de los hombres entre sí, leyes que son á las sociedades humanas y á las naciones lo que el cimiento á los edificios; debe ser guerrero, porque canta á menudo las batallas, las tomas de ciudades, las invasiones ó defensas de territorios por los ejércitos; debe tener el corazon de un héroe, porque celebra las grandes hazañas y las grandes acciones del heroísmo; debe ser historiador porque sus cantos á veces son narraciones; debe ser elocuente, porque hace discutir y arengar á sus personajes; debe ser viagero, porque describe la tierra, el mar, las montañas, las producciones, los monumentos, las costumbres de los diferentes pueblos; debe conocer la naturaleza animada é inanimada, la geografía, la astronomía, la navegacion, la agricultura, las artes, los oficios hasta los mas vulgares de su época, porque en sus cantos recorre el cielo, la tierra, el Océano, y saca sus comparaciones, sus cuadros, sus imágenes, de la marcha de los astros, de la maniobra de los buques, de las formas y de las costumbres de los animales, así dóciles como feroces; marinero con los marineros, pastor con los pastores, labrador con los labradores, herrero con los herreros, tejedor con los que hilan los vellones de los rebaños ó que tejen las telas, hasta mendigo con los mendigos en las puertas de las cabañas ó de los palacios. Debe tener un alma sencilla como la de los niños, tierna compasiva y llena de piedad como la de las mugeres, decidida é impasible como la de los jueces y de los ancianos, porque recita los juegos, las inocencias y los candores de la infancia, los amores de la juventud, los diferentes afectos del corazon, el enternecimiento compasivo hácia las miserias del destino: escribe con lágrimas; su obra maestra es el hacerlas derramar. Debe inspirar á los hombres la piedad, esa simpatía la mas bella de todas las simpatías humanas, porque es la mas desinteresada. Debe ser, en fin, un hombre piadoso y empapado en el culto de la Providencia, porque así habla del cielo como de la tierra. Su mision es la de hacer aspirar á los

hombres al mundo invisible y superior, poner el nombre supremo hasta en las bocas inanimadas: y presentar todas las emociones que suscite en el ánimo ó en el corazón de un cierto presentimiento inmortal é infinito, que es la atmósfera, y como el elemento invisible de la Divinidad.

Tal debería ser el poeta perfecto; hombre múltiple, resumen vivo de todos los dones, de todas las inteligencias, de todos los instintos, de todas las ternuras, de todas las virtudes, de todos los heroísmos del alma; criatura tan completa cuanto puede serlo el barro humano en toda la perfección de que es susceptible.

Luego que este hombre aparece en la tierra, fuera de su lugar, por su superioridad misma, entre lo general de los demás hombres, la incredulidad y la envidia le siguen á todas partes como la sombra al cuerpo. La fortuna, celosa de la naturaleza, huye de él; el vulgo, incapaz de comprenderle, le desprecia como un huésped importuno de la vida común; las mugeres, los niños y los jóvenes le escuchan cantar en secreto, ocultándose de los viejos, porque aquellos cantos corresponden á las fibras aun vírgenes y sensibles de sus corazones. Los hombres de edad madura significan su desaprobación con un movimiento de cabeza, porque no les gusta que arrebaten de ese modo sus hijos y sus mugeres á las frías realidades de la vida; llaman sueños á las ideas y á los sentimientos que aquellos genios inspirados infunden en la mente y en el corazón de sus generaciones; los viejos temen por sus leyes y sus costumbres, los grandes y los poderosos por su dominación, los cortesanos por sus favores, los ambiciosos por su parte de gloria. Los desdenes afectados ó positivos ahogan la fama de esos hombres divinos, la miseria y la indigencia les lleva de ciudad en ciudad, el destino les aísla, la persecución les presentan como sus víctimas; un niño ó un perro les guía, cuando enfermos ó ciegos mendigan de puerta en puerta, ó cuando yacen en un calabozo; entonces se llama locura á su genio, para escusarse hasta de compadecerlos.

Y no solamente el vulgo es quien trata así á esos hombres de memoria; no, son los filósofos como *Platon*, que dictan leyes y hacen votos de proscripción contra los poetas! *Platon* tenía razón en su anatema contra la poesía; porque si el ciego de *Chio* hubiera entrado en Atenas, el pueblo quizá hubiese destrozado al filósofo. Hay mas política práctica en un canto de *Homero* que en todas las utopías de *Platon*!

## II.

*Homero* es ese ideal, ese hombre sobrehumano, desconocido y perseguido de su tiempo, inmortal después de su desaparición sobre la tierra. He aquí la historia de su vida.

Algunos sabios han supuesto ó suponen aun que *Homero* no ha existido, y que sus poemas son *rapsodias* ó fragmentos de poesía hilbanados y reunidos por ciertos *rapsodistas*; cantores ambulantes que recorrieron la Grecia y el Asia improvisando cantos populares. Esta opinión es el ateísmo del genio, y se refuta por su misma absurdidad. ¿Cien *Homeros* no serían aun mas maravillosos que uno solo? ¿La unidad y perfección semejante de las obras no atestiguan la unidad de pensamiento y la perfección de la mano del autor? ¿Si la *Mierva* de *Fidias* hubiera sido hecha pedazos por los

bárbaros, y me hubiesen presentado uno á uno los miembros mutilados y exhumados, adaptándose perfectamente los unos á los otros, y ofreciendo todos la huella del mismo cincel, desde la cabeza á los pies, diría yo al contemplar todos aquellos fragmentos de incomparable belleza: Esta estatua no es obra de un solo *Fidias*, sino de mil artistas desconocidos que se han juntado por casualidad para hacer sucesivamente esta maravilla de dibujo y de ejecución? No; reconocería en la evidencia de la unidad de concepción, la unidad artística y exclamaría: Es *Fidias*! como el mundo entero exclama: Es *Homero*! Dejemos, pues, á un lado estas incredulidades, vestigios de la antigua envidia que ha perseguido á este grande hombre hasta en la posteridad y digamos como vivió.

*Homero* vino al mundo 907 años (1) antes del nacimiento de Cristo. Desciende de raza griega, ora hubiese visto la luz en *Chio*, isla del Archipiélago griego que pertenece al Asia Menor, ora naciese en *Smirna*, ciudad asiática, pero colonizada por griegos.

Salían entonces los griegos del período primitivo de su formación, período pastoral, guerrero, agrícola y naval, para entrar en el período intelectual y moral; semejantes en esto á las nieves de su *Tesalia* y de su monte Olímpico, que arrastran sus aguas turbias é impetuosas antes de sosegar y clarificarse en sus valles. Este pueblo, destinado á ocupar, en un tan pequeño espacio, un puesto tan grande en el mundo de la historia, del pensamiento y de las artes, era una reunión de cinco ó seis razas, unas europeas, otras africanas, otras asiáticas, á quienes la contigüidad de Europa, Asia y Africa, habia mezclado en aquella encrucijada del mundo antiguo, frontera indecisa de tres continentes. Su núcleo primitivo se hallaba en las rocas del Epiro y de la Macedonia; pero la rudeza del montañés, el genio aventurero del marino, la dulzura del asiático, la religión del egipcio, el pensamiento del indio y la movilidad del persa, estaba todo tan enclavado en su aspecto físico, y en su carácter múltiple, que este pueblo, por su belleza, su heroísmo, su gracia, su genio emprendedor y flexible á la vez, era como un resumen de todos los pueblos. Los bosques de Europa le habian dado sus costumbres heroicas y salvajes, el Egipto sus sacerdotes y sus divinidades, los fenicios su alfabeto, los persas y los lydios sus artes y su poesía, los cretenses su Olimpo y sus leyes, los tracios sus armas, los helenos su marina y su confederación en tribus independientes, los hindos sus misterios y sus alegorías religiosas; de manera que su cielo era una colonia de dioses, así como sus continentes y sus islas eran una colonia de hombres de general origen.

El mar del Archipiélago griego, es el lago *Leman* del Oriente. Teniendo por contorno esos golfos, esos cayos, esos estrechos que se presentan entre los cabos de esas tierras lengüeteadas, baña las costas mas desiguales pero mas graciosas á la vez, y parece haber sido abierto para aminorar el choque entre los dos continentes en cuyas dos orillas se asentó Bizancio indecisa. Los buques tan multiplicados como las aves marítimas, navegan sin cesar de una isla á otra, y del Africa al Asia y del Asia á Europa, como enjambres de una misma familia que va á visitarse en la primavera á sus diversas rocas.

El clima de aquel país montañoso y marítimo es

(1) Según la crenología de los mármoles de Paros.

tan vario como sus terrenos y tan templado como su latitud. Desde las eternas nieves de la Tesalia hasta el perpétuo verano de los valles de la Lydia y hasta la fresca ventilación de las islas, allí se confunden todos los cambios de temperatura sobre las montañas, en los llanos y en las aguas. Aquel cielo es límpido como en Egipto, la tierra fecunda como en Siria, el mar tan pronto tranquilo y tan pronto tempestuoso como en los trópicos. Los parajes y las escenas de la naturaleza son allí en poca distancia y en un terreno que les apróxima, grandes, reducidos, sublimes, alpestres, marítimos, recogidos ó ilimitados, como la imaginación de los hombres. Todo se pinta allí con rasgos imponentes, pintorescos y que fascinan la vista. Tan pronto en himno, como en poema, en elogio, en canto, en estrofa voluptuosa, aquella tierra es la tierra que pinta, que habla, y que canta cual nadie á todos los sentidos. Los susurrantes escollos del Peloponeso, los terribles cabos del Taurus, los inmensos golfos de la Eubea, los anchos canales del Bósforo, las melancólicas radas del Asia Menor, las verdes ó azuladas islas desgranadas sobre las ondas como las paletas flotantes de un ancla que uniese ambas orillas; la isla de Creta con sus cien ciudades; Rhodas, que ha tomado su nombre de la rosa, ó por el contrario se le ha dado á esta; Scyros, reina de las Cyclades, Naxos, Hydra; centinela avanzada de la Grecia continental; la isla de Chipre, suficientemente vasta para dos reinos; Chalcis, al que reúne á Europa su puente sobre el Euripo; Tenedos, llave de los Dardanelos, Lemnos, Mytilena ó Lesbos, que en pequeña escala parece imitar los montes, los valles, las gargantas y los golfos del continente de Asia que mira enfrente de sí; Chio, que presenta, á modo de un doble terrado de flores sobre sus dos flancos opuestos, sus olivos á la Europa y sus naranjos al Asia; Samos, que profundiza sus puertos y que eleva sus cimas á la altura del monte Mycale, con el cual entrelaza sus pies; innumerables grupos aun de otras islas, cada una de las cuales tenía su pueblo, sus costumbres, sus artes, sus templos, sus dioses, sus fábulas, su historia, su renombre en la familia griega, pero de la cual todos hablaban ya la misma lengua y cantaban los mismos versos: tal era la Grecia en tiempo de esta encarnación de la poesía en la persona de Homero. Esperaba un historiador, un cantor nacional, al poeta de sus dioses, de sus héroes, de sus hazañas, para constituir su ciudad de imaginación y de celebridad en el presente y el porvenir.

En su himno á *Apolo de Delos*, dios de la inspiración griega, Homero mismo describe por medio de algunos versos estos grupos de islas y de continentes que contienen toda la poesía de la naturaleza.

«Amas, dice al dios, las cimas de las altas montañas, los lugares etéreos desde donde la mirada abarca las mayores distancias; los ríos que corren hácia la mar, los promontorios inclinados hácia las ondas y los anchos puertos!... Si, desde que tu madre Latona apoyándose sobre el monte Cinto, te alimentó á compás del murmullo de las olas azuladas que el impulso sonoro de los vientos lanzaba hácia las dos riberas, venias sobre estos lugares y sobre sus habitantes.

»Sobre los de Creta y sobre los de Atenas.

»Sobre aquellos que pueblan la isla de Egina y la Eubea, célebre por sus vegetales; Egea, Iresia y la marítima Papaneta, Atos, Samos de Tracia y las cimas del Pelion; las montañas de la Ida; Imbros, con sus edificios esparcidos por su costa; la inaccesible

Lemnos; Chio, la mas bella de las islas del Archipiélago; el escarpado Minas y los picos del Coriceo; Elaros y Esagea, cuya mirada busca la cima en el cielo; Samos llena de manantiales, y el monte Mycale con sus grandes colinas; Mileto y Cos, la residencia de los Meropes; Gnido, donde vienen las naranjas; Naxos y Paros, donde emblanquece el mar al tropezar con los escollos! Aquella Delos, continua, donde Latona, con los dolores de parto, rodea la palmera con sus brazos y estrecha entre sus rodillas la blanda yerba; la tierra que la sostiene se sonríe al mismo tiempo... Al instante Delos se cubre de oro como la cima de un monte coronado de bosques. En aquella isla se reúnen los jonios (pueblo de Smirna) de flotantes trages, con sus hijos adorados y sus castas esposas. Al verles reunidos en frente del templo podría tenérseles por seres inmortales exentos de vejez. El alma se esparce al contemplar la belleza de los hombres, la magestuosa estatura de las mugeres, sus rápidas embarcaciones, sus maravillosas riquezas...»

Volviendo despues en sí el poeta al fin de esta enumeración, y dirigiéndose á las hijas de Delos, les dice en la última estrofa: «Si alguna vez de entre los mortales llega aquí un viajero desdichado y os dice: Jóvenes, de los cantores que visitan vuestra isla, ¿quién es el mas inspirado y el que escuchais con mas gusto? responded todas entonces acordándoos de mí: El hombre ciego que habita en la montañosa Chio; sus cantos le sobrepondrán claramente en lo venidero sobre todos los demas cantos!»

Hé ahí, en algunos versos del mismo Homero, el lugar, el tiempo, los pueblos, las costumbres de la Grecia en la época de su advenimiento.

Tomamos sencillamente el relato de su vida de las tradiciones antiguas y locales que se han trasmitido de boca en boca entre los hombres mas interesados en recordarle, porque constituia su gloria. Por muy maravillosas que parezcan las tradiciones, son la erudición de los pueblos; nosotros creemos mas en ellas que en los sabios que al cabo de siglos tratan de despertarlas ó desmentirlas. A falta de libros escritos, la memoria de las naciones es el libro inédito de su raza: lo que el padre ha referido al hijo, y éste á los suyos, de edades en edades, jamás carece de fundamento en la realidad. Remontando de generación en generación hasta el origen de esas tradiciones de familia ó de raza, que en su trascurso se aumentan con algunas fábulas, viene á ser como un hombre que se remonta por la corriente de un río desconocido: al fin llega á su origen, que aun cuando sea insignificante, siempre es la fuente de una verdad.

Veamos, pues, lo que han dicho los griegos contemporáneos, posteridad de Homero, sobre el genio mas antiguo y mas nacional de su raza.

### III.

En la ciudad de Magnesia, colonia griega del Asia Menor, separada de Smirna por una cordillera de montañas, habia un hombre oriundo de Thesalia, llamado Melanopas. Era pobre, como lo son generalmente esos hombres errantes, que se destierran de su país, donde no les ligani casa ni campos paternos. Trasladóse, pues, desde Magnesia á otra ciudad nueva y poco distante de ésta, á donde aquel valle, ya harto poblado, lanzaba sus masas de moradores. Esta ciudad se llamaba Cymé. Melanopas se casó allí con una jóven griega

tan pobre como él, hija de uno de sus compatriotas, llamado Omyrethés. Tuvo una hija única, á quien puso el nombre de Critheis; no tardó en perder á su esposa, y sintiéndose él mismo á las puertas de la muerte, encargó su hija, niña aun, á uno de sus amigos de Argos, que se llamaba Cleanax.

La belleza de Critheis fué una desgracia para la huérfana, y una dicha para la Grecia y el mundo. Parece que el mas maravilloso de los hombres fué predestinado á no conocer á su padre, como si la Providencia hubiese querido arrojar un misterio sobre su nacimiento, á fin de aumentar el prestigio en derredor de su cuna.

Critheis inspiró amor á un desconocido y se dejó sorprender ó seducir: puesta de manifiesto su falta á los ojos de la familia de Cleanax, ésta temió quedar deshonrada con la presencia en su hogar de un hijo ilegítimo. Ocultóse, pues, la debilidad de Critheis, enviándola además á otra colonia griega que se poblaba por aquel tiempo en el fondo del golfo de Hermus, que se llamaba Smirna.

Critheis, llevando en su seno al que cubria su frente de vergüenza, y que mas tarde cubriría su nombre de celebridad, recibió asilo en Smirna en casa de un pariente de Cleanax, natural de Beocia, y trasplantado á la nueva colonia griega, el cual se llamaba Ismenias. Ignórase si este hombre conocia ó no el estado de Critheis, que pasaba sin duda por viuda ó por casada en Cymé.

De cualquier modo que fuese, acompañando un día la huérfana á las mugeres y las niñas de Smirna á la orilla del arroyuelo *Melés*, en donde se celebraba á campo raso una fiesta de honor de los dioses, se vió sorprendida por los dolores de parto. Su hijo vino al mundo, en medio de una procesion á la gloria de las divinidades, cuyo culto debia él estender, entre el canto de los himnos, bajo un plátano, sobre la yerba y á orillas del arroyo.

Las personas que acompañaban á Critheis, la condujeron llevando en sus brazos al niño desnudo, á la casa de Ismenias en Smirna. Desde aquel día el ignorado arroyo que serpentea entre los cipreses y los juncos alrededor del arrabal de Smirna, tomó un nombre que le igualó á los rios. La gloria de un hijo se remonta para ilustrarle, hasta el tallo de yerba donde se acostó al caer del seno de su madre. Refieren las tradiciones y escribieron los antiguos, que Orfeo, el primer poeta griego que cantó en verso himnos á los dioses inmortales, fué hecho pedazos por las mugeres del monte Rhodopo, irritadas de que presentaba dioses mas grandes que los suyos; que su cabeza, separada del cuerpo, la arrojaron aquellas al Hebro, río cuya embocadura está á mas de cien leguas de Smirna; que el río arrastró aquella cabeza todavía armoniosa hasta el mar; que las olas, á su vez, la llevaron hasta la embocadura del *Melés*; que se detuvo sobre la yerba, cerca de la pradera en donde Critheis echó al mundo á su hijo, como para transmitir por sí misma su alma y su inspiracion á Homero. Cerca de su tumba, añade, los ruseñores cantan mas melodiosamente que en las demas partes. (1)

Ora que Ismenias fuese demasiado pobre para mantener á la madre y el hijo, ora que el nacimiento de aquel hijo natural hubiese oscurecido algun tanto la

reputacion de Critheis, lo cierto es que la despidió de su hogar. Entonces anduvo buscando de puerta en puerta un asilo y un protector para ella y para su hijo.

Habia por aquel tiempo en Smirna un hombre no muy rico pero de buen corazon, como lo son generalmente los hombres desprendidos de las cosas perecederas por el estudio de las cosas eternas: este hombre que se llamaba Femio, tenia escuela de canto. Llamábase entonces canto todo lo que habla, todo lo que explica, todo lo que se presenta á la imaginacion, al alma, á los sentidos, como la gramática, la lectura, la escritura, las letras, la elocuencia, la poesia, la música; porque lo que los antiguos entendian por música se aplicaba tanto al alma como á los oidos. Los versos se cantaban y no se recitaban; aquella música no era otra cosa que el arte de arreglar los versos al acento y el acento á los versos. He aqui porque á la escuela de Femio se llamaba escuela de música; música del alma y del oido que se apoderaba del hombre todo entero.

En recompensa de los cuidados que prodigaba á aquella juventud, Femio tenia por único estipendio, la retribucion, no metálica sino natural, que los padres le daban como precio de la enseñanza que recibian sus hijos. Las montañas que rodean el golfo de Hermus en cuyo fondo se alza Smirna, eran entonces, lo mismo que ahora, un pais pastoral, abundante en ganados; allí es donde las mugeres hilan las lanas con que se fabrican esos tapices, industria hereditaria de la Jonia. Cada uno de los niños, al ir á la escuela de Femio, le llevaba bien un vellon entero, ó bien un pedazo de los rebaños de su padre. Femio los hacia hilar por sus criadas, los teñia y los cambiaba despues por las cosas necesarias para la vida del hombre. Critheis, que habia oido hablar de lo bondadoso que era con los niños aquel maestro de escuela, pensando sin duda confiarle el suyo cuando estuviera en edad de ello, condujo á su hijo por la mano hasta el umbral de la casa de Femio. Conmovieron á éste la belleza y las lágrimas de la jóven, la edad y el abandono del niño; por lo que recibió á Critheis en su casa en calidad de sirviente, empleando desde luego á la jóven magnesiana en hilar las lanas que recibia como precio de sus lecciones. Halló á Critheis tan modesta, tan laboriosa y tan hábil como hermosa era; cobró afecto al niño, cuya precoz inteligencia hacia presagiar cierta gloria para la casa á donde le habian conducido los dioses, y propuso á Critheis casarse con ella á fin de dar de este modo un padre á su hijo. La hospitalidad, el amor de Femio y el interés del niño influyeron á la vez en el corazon de la jóven; se casó, pues, con el maestro de escuela y fué señora de la casa á cuya puerta habia llegado á suplicarle algunos años atrás.

Femio cobró cada vez mas afecto al niño *Melesigenes*. Este nombre que se daba familiarmente á Homero, significaba *hijo de Melés*, en memoria de las orillas del arroyo en donde nació. Su padre adoptivo le amaba por su madre y por él: institutor y padre á la vez de aquel niño, le prodigaba todas las ternezas de su corazon y todos los secretos de su arte. Homero, cuya alma recibia las lecciones de Femio por su ternura, y á quien la naturaleza habia dotado de una inteligencia que lo comprendia todo, y de una memoria que todo lo reproducia, recompensaba los desvelos del anciano, y alhagaba el orgullo de Critheis. Juzgábasele capaz dentro de poco, á pesar de sus cortos años, de

(1) M. de Marcellus, episodios literarios en Oriente, tomo II.

dirigir él mismo la escuela, y de suceder algún día en ella á Femio. Los dioses le destinaban sin saberlo él menos dicha y otra gloria distinta: la enseñanza del mundo y la herencia de una gloria inmortal. El niño adoraba á su padre en su maestro; y para eternizar su reconocimiento, dió, mas tarde, el nombre de Femio á un canto divino de sus poemas.

## IV.

Femio murió, dejando al niño por heredero de su modesto pasar y de su escuela. Critheis, privada del apoyo que habia encontrado en la ternura de aquel hombre hospitalario que le habia abierto hasta su corazón, se entristeció de tal modo que siguió al anciano á la tumba. Homero se quedó solo; apenas adolescente, en aquella casa en donde todo lo habia recibido y perdido todo. Su juicio suplió en él la falta de años; continuó con la escuela de Femio, cuya fama se aumentó cada día mas, segun Femio mismo se lo predijo al morir. El futuro cantor de la *Iliada* y de la *Odisea*, enseñando la música á los niños, él propio, casi niño como ellos, hablando y cantando en una lengua inspirada por los dioses, pareció á los habitantes de Smirna un oráculo que justificaba el prodigio de su nacimiento divino al lado de su río Melés. Los hombres maduros, las madres de familia y hasta los ancianos mismos iban á admirarse y á enternecerse con sus lecciones. Los mercaderes de trigo y de lanas, los extranjeros á quienes el comercio ó la curiosidad atraian de todas las islas de la Grecia, ó de todas las ciudades marítimas de la Jonia, oian hablar de aquel fenómeno, á bordo de sus buques y en la frecuentada rada de Smirna. Despues de tener hecho su cargamento no querian hacerse á la vela sin haber oido una de sus lecciones, y de este modo llevaban á su país el renombre del jóven maestro de escuela.

## V.

Uno de aquellos extranjeros llamado Mentés, al propio tiempo dueño y piloto de su buque, habia ido á buscar trigo para trasportarlo á Leucade, en la montañosa isla de Lesbos. Enamorado de aquellos cantos divinos mas que otro alguno de los navegantes que se hallaban á la sazón en la rada, no buscaba solo la fortuna en las tierras que recorria sino tambien la sabiduría y la ciencia. Asombrado del genio y la superioridad de Homero sobre todos los hombres que habia escuchado en las cátedras y en los templos de la Grecia y de la Jonia, trabó amistad con el jóven Melesigenes; le describió las tierras, las islas, los mares, los cultos, las ciudades, los puertos de las diferentes playas á donde su comercio le conducia; le convenció de que el libro vivo é infinito de la naturaleza era la verdadera escuela de toda verdad, de toda poesia, de toda ciencia; inflamó, en fin, la imaginación del jóven con el deseo de leer con sus propios ojos en aquel libro de los dioses. Homero, á quien faltaban las imágenes y los colores para hacer sensibles las inagotables concepciones de su mente, renunció con generosidad á la fortuna y á la fama doméstica que le sonreian en su patria, para ir á enriquecer su imaginación, alimentar su alma y recoger impresiones ó imágenes en toda la tierra. Cerró su escuela, vendió la casa y las lanas de Femio; y tomando por habitación el buque de Mentés, le pagó el precio de aquel hogar errante para muchos años.

## VI.

En compañía de su amigo y piloto Mentés, Homero navegó durante un tiempo indeterminado. Viajero, traficante, marinero, cantor, unas veces uno y otras otro, ó todo á la vez, visitó el Egipto, manantial entonces de toda luz, y patria originaria de todos los dioses del paganismo; la España, la Italia, las orillas del mar Adriático, las del Peloponeso, las islas, los escollos, los continentes; conversando con todos los pueblos, tomando lecciones de todos los sabios, y recogiendo, de apuntes perdidos, las descripciones, los recuerdos, las historias, los símbolos con los cuales construyó mas tarde sus poemas. Volvia pobre de bienes y vivo de impresiones, para descansar en fin en su patria, y para proporcionarse en ella una existencia mercenaria, cuando un repentino mal de ojos, ocasionado por el sol, por las contemplaciones y los estudios, le detuvo en la isla de *Itaca* á donde Mentés abordó para ejercer su tráfico.

Precisado Mentés á llevar el cargamento de su barco á Lesbos, confió á Homero enfermo, á un habitante de *Itaca*, rico, compasivo y amigo de los poetas, llamado Mentor, hijo de Alcinoos. Mentor prodigó al cantor divino todos los consuelos de la medicina y todas las ternuras de la hospitalidad. Homero, que pagaba con gloria las deudas de su corazón, immortalizó en breve á Mentor y Alcinoos, haciendo del primero el oráculo de toda sabiduría y del segundo el modelo de la felicidad del hombre campestre, adquirida despues de una vida agitada, en el cultivo de sus jardines. Hizo de *Itaca* la escena de su poema la *Odisea*; allí encontró las tradiciones de su héroe *Ulises*, grabólas en sus recuerdos, é hizo así tan célebre aquella isla insignificante.

La tranquilidad en la morada de Alcinoos, los cuidados de Mentor, los bálsamos de los médicos itálicos, cuyo nombre dió á esos hombres divinos que curan las heridas de los mortales, le devolvieron la vida y la salud.

Mentés, fiel á su promesa, atravesó el mar Egeo, para ir á buscarle á *Itaca*. Homero siguió aun navegando con él durante algunos años, hasta que atacado por segunda vez de la ceguera, en el puerto de Colofon, Mentés le dejó allí para que se curara, lo mismo que lo habia hecho en *Itaca*. Pero ni la permanencia en tierra, ni la medicina pudieron prevalecer contra la voluntad de los dioses: cegó, y el cuadro de la naturaleza que tanto habia contemplado, desapareció completamente ante sus ojos. Pero aquel cuadro se presentó entonces á su imaginación con colores mas vivos, mas animado y mas en relieve; lo que ya no veia exteriormente, se le reflejaba de nuevo en lo interior: la memoria se lo representaba todo. El sentimiento mismo de aquella luz del día, de aquella presencia de los mares y de las tierras, de los hombres y de las cosas, dió cierta penetración y melancolía á aquel recuerdo del mundo desaparecido. Concentró su vision en sí mismo y pintó mejor todo cuanto le entristecia el no poder contemplar.

## VII.

La primera imagen que se le representó al corazón despues de haber perdido toda esperanza de cura, fué la de la patria. El pájaro herido trata de caer sobre el

nido donde vió la luz del día; así fué que se hizo en seguida trasladar á Smirna, á la casa de Femio, cerca de la tumba de Critheis, su madre. Allí volvió á abrir una escuela; pero su larga ausencia había hecho olvidar su nombre y su arte á sus conciudadanos; otros habían ocupado su puesto. Su ceguera por otra parte parecía significar la cólera de los dioses, y no creían que un hombre privado del más necesario de los sentidos pudiese enseñar la más sublime de las artes. Su voz no halló eco, su escuela permaneció desierta, sus amigos no le reconocieron. La indigencia le obligó á cantar de puerta en puerta versos populares, para arrancar á la indiferencia de sus compatriotas el pan necesario á su subsistencia y á la del niño que guiaba sus pasos. Siempre noble y magestuoso en sus expresiones y actitud, en la humillante condición de pobre ciego, se asemejaba á un dios de sus fábulas, acordándose de su superioridad divina al pedir una limosna á los mortales. Ulises en la *Odisea*, bajo los harapos de un mendigo, es un recuerdo de aquel período de vida inmortalizada por el poeta.

Más ora fuese que sus conciudadanos se hicieran los sordos á sus cantos, ora que la vergüenza que arroja á los hombres decaídos de las ciudades testigos de su dicha, hiciese la permanencia en Smirna, más cruel que el hambre para el corazón de Homero, lo cierto es que abandonó este pueblo á fin de buscar ciudad en ciudad oyentes más compasivos. Atravesó á pie el llano del Sarabat para ir lo primero á *Cimea*, patria de su madre y de su abuelo, en donde sin duda esperaba hallar algunos recuerdos de ellos en los ancianos amigos de sus parientes. El cansancio le detuvo al principio en Neotichos, pequeña ciudad naciente, colonia de Cimea, edificada al pie del monte Sedeno y á orillas del Sarabat. Siguiendo la costumbre de los mendigos, que traban conversaciones con los pobres artesanos más bien que con los ricos, porque los unos trabajan al aire libre, mientras los otros viven en sus casas ó en sus jardines, Homero entró en el obrador de un curtidor que trabajaba sus cueros é improvisó sus primeros versos al hijo de Cimea.

«Oh vosotros, que habitais la ciudad estendida sobre la colina, al pie del monte Sedeno coronado de sombrías selvas, y que bebeis las frescas y espumosas aguas del Sarabat, compadeceid al hombre errante que carece de morada propia, y prestadle un asilo y un hogar hospitalarios!» El curtidor, movido á compasión y sensible al acento de aquella súplica cantada en verso á su puerta, hizo entrar á Homero, le ofreció un asiento en su obrador y un asilo en su casa. La maravilla de aquel mendigo que hablaba la lengua de los dioses circuló de boca en boca por la ciudad, la multitud se agrupó á la puerta del curtidor, los principales del pueblo entraron en la tienda, y sentándose alrededor del ciego se complacieron en preguntarle y en hacerle recitar sus versos. Empezó por un poema heroico sobre la ciudad de Tébas, tan querida de los griegos, al que siguieron despues varios himnos á los dioses inmortales, que inspiraron á sus oyentes patriotismo y piedad. La patria y el cielo son las dos notas que resuenan más universalmente en el alma de los hombres reunidos. Tomáronle por un mendigo divino que ocultaba al dios bajo las apariencias de la humanidad. La conversacion fué prolongándose y recayó luego, entre Homero y los sabios de la ciudad, sobre las más bellas poesías que Orfeo y sus discípulos habían esparcido en la memoria del pueblo. Formó su juicio acerca

de ellos y les alabó como hombre capaz de igualarlos. Reveló el artista soberano en una inspiración sublime. El auditorio le suplicó honrase su ciudad con una larga permanencia; envidiaron al curtidor la gloria de haber sido el primer huésped de aquel desconocido, y le enviaron presentes para tener su parte y su gloria en la hospitalidad que el curtidor de pieles daba al cantor de los dioses.

## VIII.

Durante cierto tiempo vivió en Neotichos con los productos de su musa. En tiempo de Herodoto se enseñaba aun el sitio donde se sentaba para recitar sus versos; y el antiguo álamo cuyas primeras hojas cayeron sobre su frente.

Así que hubo agotado el asombro y la admiración de los habitantes, temió no les importunase una hospitalidad más prolongada y partió tan pobre como había llegado, no debiéndoles otra cosa que el sustento que le procuraron en aquel tiempo. Dirigió sus pasos hácia Cimea, y en el camino compuso algunos versos en honor de los cimeos, para merecer de ellos una buena acogida. Al pasar por Larisa y á petición de los ciudadanos, les dictó una inscripción en verso para colocar en una columna levantada á la memoria de un rey que amaban mucho: aun subsisten estos versos. Se nombró al llegar á la puerta de Cimea, se hizo reconocer como un descendiente de los cimeos, é introducido ante la asamblea de los ancianos, les encantó con sus poemas. Encantado él mismo de hallar hombres tan amantes de la lira, se comprometió á permanecer entre ellos y á procurar la inmortalidad á su patria, si la ciudad quería solo asegurarle un abrigo y la subsistencia. Los ancianos le hicieron que se presentase ante el senado para ratificar aquel contrato entre sus conciudadanos y él. Acompañóle un gran séquito de admiradores, y allí de pie, en presencia de los senadores renovó su petición, y se retiró, despues de haber cantado, para esperar la decisión de los grandes. Todos se hallaban inclinados á sustentar á Homero por el precio de gloria que prometía á la ciudad, pero uno de esos hombres descontentadizos que se creen más sabios que la muchedumbre, porque carecen de su entusiasmo y de su corazón, se levantó representando que si la ciudad se comprometía de aquel modo á acoger y alimentar á todos los cantores ciegos que vagaban por la Jonia, arruinaría el tesoro público. El senado entonces, no queriendo aparecer menos prudente y menos económico del dinero del pueblo que aquel senador, varió de opinión y negó la hospitalidad á Homero. El jefe del senado fué el encargado de anunciar aquella dura contestación al poeta; sentóse sobre una piedra á su lado, y trató de dulcificar aquella negativa con consideraciones de prudencia y de interés público que era lo que había decidido el voto del senado. Homero, entristecido é indignado de la dureza de sus conciudadanos, prorumpió en lamentos y en quejas delante de la multitud enternecida que le rodeaba:

«¿A qué suerte tan miserable, esclamaba cantando y llorando al mismo tiempo, me han abandonado los dioses? Arrullado sobre el regazo de una tierna madre, su seno me ha alimentado en esta ciudad, cuyas playas bañan las olas del mar, y cuyos jardines baña en otro tiempo sagrado Melés; perseguido por el infortunio y con los ojos privados de la luz del día, venia aquí, á la patria de mi madre, trayendo conmigo las

musas, hijas amadas de Júpiter para asegurar á Cimea un eterno renombre..... ¡y sus habitantes se niegan á escuchar sus acentos divinos! ¡Qué sean desheredados de todo recuerdo, y que sufran las penas debidas á los que insultan á la desgracia y cierran la puerta al indigente! Yo no obstante sabré soportar animoso, añadió, cualquiera que sea, el destino que los dioses me han concedido al imponerme la pesada carga de la vida! ya mis pies impacientes me arrastran por sí mismos lejos de esta ciudad ingrata.» Y partió, pidiendo á los dioses que jamás Cimea produjera cantores capaces de legar á la posteridad el renombre de la patria.

## IX.

Llegó con mil trabajos hasta Focea, otra colonia que fué un dia la cuna de Marsella. El golfo, rodeado de rocas y sombreado por los plátanos, se asemeja á un puerto formado por la naturaleza para atraer á sus orillas un pueblo de navegantes. Florecia en Focea la poesia mas que en ninguna otra parte, porque el mar inspira los sueños y el canto: de este habia allí una escuela célebre en la ciudad, dirigida por un hombre elocuente pero envidioso y astuto, que conocia el genio de Homero por los relatos de los mercaderes de Smirna; vecina de Focea. Este hombre que se llamaba Testhorides, al saber la llegada del pobre ciego fingió sentirse conmovido por una generosa piedad. Fué á verle y brindarle con su albergue y mesa, con la condicion de que Homero le transcribiera los poemas que habia cantado en sus viages y cuantos las musas le inspirasen en lo sucesivo. Homero obligado por la miseria y la ceguera, consintió en aquellas duras exigencias de Testhorides, y vendió su genio para ganar su sustento.

Entonces fué cuando escribió el mas completo de sus poemas, *la Iliada*, obra nacional y religiosa á la vez, en la que se hallan cantadas las costumbres de los griegos, las hazañas de sus héroes y las fábulas de sus dioses, en versos á que jamás pudieron llegar los de ninguna otra lengua.

Testhorides, entretanto, habiendo enriquecido su memoria con un gran número de versos comprados á su huésped, y temiendo que el engaño no se descubriese fácilmente si los recitaba en Focea como suyos, fué á establecer una escuela en la isla de Chio, en donde se enriqueció cantando y vendiendo los despojos de Homero, mientras que el verdadero autor languidecia y mendigaba en Focea. Pero aun no era nada el ser despojado de su gloria, y fué ademas acusado de arrebatar la de Testhorides. Algunos marineros que llegaban de Chio, en donde habian escuchado al rapsodista, al oír recitar á Homero los mismos versos en el puerto de Focea, declaraban que aquellos cantos eran de un poeta de Chio. A aquel último golpe de la suerte, Homero, sufrido hasta entonces, se indignó contra aquella mofa de los dioses y quiso ir á confundir á su calumniador á Chio. Suplicó, pues, á los marineros que salian para esta isla le admitiesen en su barco, prometiendo pagarles el precio de su pasaje en poemas, de los cuales eran amantes los griegos hasta de las clases mas humildes; y aquellos compasivos marineros le admitieron á bordo como una prenda de la proteccion de los dioses. Despues de cantarles durante todo el dia, le desembarcaron por la noche en un escollo de la isla, al cual ellos mismos no se atrevieron á bajar. Homero se quedó dormido cerca de la orilla debajo de un pino

del cual se desprendió una piña sacudida por el viento, y fué á caer sobre su cabeza. Aquel arbol le trajo á la memoria los bosques de Cimea, su patria, y la ingratitud de la ciudad á cuya sombra fuera en vano á buscar un abrigo. Entonces el poeta espresó un amargo recuerdo en versos dirigidos á aquel pino. Levantándose al fin trató de buscar á tientas el camino de la ciudad; los balidos de un rebaño le atrajeron hácia el ruido, haciéndole esperar la inmediacion de algun pastor; los perros del ganado le acometen ladrando; pero el pastor llamado Glauco, les llama y acude al viagero para libertarle del furor de los perros. Compadecido en extremo, no podia comprender cómo un hombre privado de la vista hubiera podido subir solo aquella escarpada costa: tomó en seguida á Homero por la mano, le condujo á su choza, encendió fuego, preparó su frugal comida, é hizo sentarse á su lado al poeta, mientras que los perros pedian ya con sus ladridos la parte de comida que debia corresponderles.

Homero improvisó en verso varios consejos á los pastores, sobre el modo de disciplinar á aquellos vigilantes guardianes del rebaño. Mas tarde, recordando esta aventura, se pintó á sí propio en la *Odisea*, bajo la forma de Ulises amenazado y luego reconocido por su perro. La imaginacion se compone solo de los despojos de la memoria.

Despues de la comida, Homero habló al pastor de los lugares, de las cosas y de los hombres que habia visto en sus largos viages, y le cantó los pasajes mas bellos de sus poemas que pintan la vida pastoril ó la de los marineros. El pastor, fascinado por la ciencia, el saber y la poesia de su huésped, olvidaba las horas del reposo; pero al fin se quedaron dormidos sobre las mismas hojas.

## X.

Antes de rayar el alba, el pastor, dejando á Homero dormido en su cabaña, fué á la ciudad inmediata á contar á su amo el encuentro que habia tenido de aquel divino anciano, y la hospitalidad que le habia prodigado. El amo le reconvino por haberse fiado asi de las palabras de un desconocido, y mandó sin embargo á Glauco que condujera á su huésped á Bolis para poder juzgar por sí mismo de las maravillas de aquel extranjero. Homero siguió al pastor y dejó tan encantado con su conversacion y sus versos al amo, que le confió en seguida la educacion de los hijos de la casa. Al rumor de su llegada á la isla de Chio, Testhorides temblando de verse desmentido y confundido por la presencia de aquel á quien habia usurpado la gloria, huyó de la isla y fué á ocultar á otra parte su vergüenza y su nombre.

Despues de haber educado los hijos del amo de Glauco en Bolis, Homero, cada dia mas célebre, trató de fundar una escuela pública en la ciudad marítima de Chio, capital de la isla, y encontró en aquella tierra estraña todo el favor popular que no pudo hallar en Smirna, su patria. La juventud de la isla acudia en tropel á sus lecciones; y de este modo, con las dádivas de los padres y las madres, llegó á hacerse bastante rico para procurarse á sí propio las dulzuras de una familia. Luego se casó con una hija de la isla que prefirió en él la luz del genio á la luz de los ojos. Puede juzgarse del amor que profesára á su muger al ver las deliciosas descripciones de ternura conyugal con que amenizó siempre sus escritos. Tuvo dos hijas, fruto de aquel tardío amor; una murió niña y la otra se casó en

Chio, perpetuando su raza en aquella isla, que fué la patria de su vejez.

En medio del bienestar que se habia procurado en Chio, como esposo y como padre, compuso la *Odissea*, poema de su vejez, resumen de sus viages, de sus infortunios y de su dicha, en el cual hace revivir, obrar y hablar, bajo nombres queridos, á su memoria, á él propio y á todos los personajes que renacian en su corazon por sus buenas acciones: «*Femio*, su amado maestro y segundo padre, á quien coloca sobre todos los mortales en el arte de los cantos, y el cual, pulsando la lira, preludia á sus melodiosas narraciones.»

*Mentés*, su amigo y su piloto en los mares, de quien dice: «Me glorio con el nombre de *Mentés*, hijo del generoso Anchiales; mando á los tafios, consumados en el arte de gobernar los buques que surcan las ondas.»

*Penelope*, bajo cuyo nombre celebra «la belleza y la fidelidad de una casta esposa, á quien no pueden desviar de su amor, de su religion, del lecho conyugal, ni las seducciones, ni el oro de los jóvenes pretendientes, ni los rumores esparcidos sobre la muerte de Ulises, ni las ausencias, ni las adversidades, ni los harapos, en fin, de su marido.»

*Tichio*, el curtidor, que le concedió el primero la hospitalidad en Neotichos, y cuyo nombre eterniza incidentalmente en el escudo de Ajax: «Ajax lleva un escudo de bronce, parecido al flanco redondeado de una torre; siete pieles de buey, unas sobre otras, cubren el escudo, las cuales salieron de las manos de *Tichio*, el mas hábil de los hijos de Neofichos en el arte de curtir, de cortar y de coser la piel.»

No olvidó ni aun á sus esclavos; y el fiel anciano *Eumeo* es sin duda el recuerdo poetizado de uno de aquellos viejos servidores que la adhesion y los años incorporan en la familia, y cuyas prosperidades y decadencia siguen como la sombra del árbol doméstico crece y se retira en los umbrales con las primaveras ó los inviernos.

El rumor de su fama tardó en estenderse, pero fué inmenso y sus versos pasaron de isla en isla y de puerto en puerto en la Jonia y en toda la Grecia. Cada barco que salia de Chio llevaba algun trozo de sus poemas en la mente de los marinos ó de los guerreros; cada embarcacion que llegaba á la isla, donde habia fijado su residencia, le conducia nuevos admiradores y discípulos. Envejecia en la gloria mas bien que por los años. Historiador de la Grecia asi como su poeta, cada ciudad, colonia y familia del continente ó de las islas le suplicaba eternizase su nombre, sus hazañas ó sus fábulas. Como Minos, era juez de vivos y muertos; tenia las llaves del porvenir; se le consideraba como el gran sacerdote de la posteridad. Jamás la poesia ejerció tan gran dominio sobre la tierra antes de los profetas. El genio se habia hecho mas que rey, se hizo dios, el dios de la inmortalidad humana.

## XI.

Todos los paises de la Grecia querian conservar las huellas que dejaba en su marcha aquel ciego, á quien algunos años antes habian negado amparo. Los ciudadanos y los enviados de las ciudades iban en diputacion á buscarle á bordo de su embarcacion y á suplicarle que visitase la Grecia, donde no se hablaba mas que de él.

Cedió al fin en sus últimos años á aquellas instancias de su patria. Habia perdido sin duda la compañera de su vida, que le hubiera en otro caso retenido en el hogar donde pasara sus felices dias, del cual un anciano no debe separarse por temor de estraviar su tumba. Partió para visitar la última vez toda la Grecia, patria de sus versos y de su nombre. Navegó primero hácia la montuosa isla de Samos, en donde desembarcó el día en que se celebraba una fiesta en honor de los dioses. Reconocido asi que saltó á la playa por un habitante de la isla que le habia escuchado en Chio, se esparció inmediatamente por la ciudad el rumor de su llegada, y acudieron los samianos á suplicarle que honrase la ceremonia con su presencia. Dirigióse al templo con la comitiva, y apenas pisó los umbrales, cuando acababan de encender el fuego sagrado, cantó en versos inspirados por el resplandor del fuego doméstico: «¡Oh samianos! los hijos son la gloria de los padres, las torres constituyen la fuerza de las ciudades, los corceles adornan las praderas donde retozan pastando, las naves son el encanto de los mares, las riquezas la prosperidad de las casas; los gefes y los ancianos, sentados sobre sus tronos en la plaza pública, son uno de los mas magestuosos espectáculos que puedan contemplar los ojos de los hombres; pero nada hay de mas augusto y piadoso sobre la tierra que la mansion de una familia iluminada por el fuego doméstico.»

Los samianos, satisfechos del honor que aquel huésped dispensaba á su isla, le dieron el puesto preferente en el festin y le condujeron en pompa á la casa donde tenia preparado su alojamiento.

Paseando el día siguiente por la isla, cuyos parajes y ciudades se hacia describir, para reconocer con la imaginacion lo que en otro tiempo viera con los ojos, pasó cerca de un horno encendido en el que algunos alfareros trabajaban y cocian el barro. También allí fué reconocido y cercado por aquellos trabajadores, que le suplicaron se detuviese un momento en su obrador y les cantase algunos versos que inmortalizasen su arte, ofreciéndole en pago de su condescendencia las mejores obras salidas de sus manos. Homero se sonrió, sentóse sobre una ánfora boca abajo, y les cantó estos versos, célebres despues en los obradores de los alfareros, con el título de *La Hornaza*:

«Oh vosotros, que petrificais el barro y me ofrecéis una jarra como salario de mis versos, escuchad uno de mis cantos!

«Yo te invoco, oh Minerva, diosa de la industria dignate descender entre estos hombres y prestar tu hábil mano á su trabajo! Que los jarrones que salgan de esta hornaza, y sobre todo los destinados á los altares de los dioses, tomen un color perfecto bajo la influencia del vapor inflamado de los ladrillos! ¡Que se endurezcan gradualmente á un fuego ni mayor ni menor que el que necesiten, y que se vendan, buscados por su elegancia y solidez, en las calles y en los mercados de la Grecia, para que su producto proporcione el bienestar al trabajador y no desmienta el elogio del poeta! Pero si quereis engañarme á mí, pobre ciego, y no darme las jarras ofrecidas, invoco contra vuestro horno el azote de los dioses!... ¡Que el fuego devore vuestra alfarería, que el horno produzca un ruido semejante al relincho de los caballos furiosos!... ¡Que el alfarero lamentándose contemple su ruina con los ojos bañados de lágrimas... y que nadie pueda inclinarse para ver en el horno sin que le desfigure

completamente el rostro la reverberacion de la llama que consumirá vuestras obras!...»

Permaneció en Samos todo el invierno. Aun cuando la necesidad no le obligó ya á vender sus cantos por un pedazo de pan, continuó cantando de tiempo en tiempo por reconocimiento hácia los hospitalarios habitantes de la isla, versos arreglados á las fortunas ó condiciones de las casas que visitaba. Un niño le guiaba por las calles de la ciudad ó por las sendas del campo. La memoria de los samianós ha conservado de padres en hijos algunas de aquellas bendiciones poéticas del ciego de Chio, como medallas que se encuentran de vez en cuando en una parte ú otra, entre la arena de aquellas playas.

Como recuerdo de su antigua mendicidad, Homero, á imitacion de los mendigos antiguos, llevaba en la mano una rama de árbol, adornada de hojas. «Hé nos aquí llegados, cantaba á su tiernoguia, cerca del vasto edificio que habita un opulento ciudadano, edificio en el cual á todas horas se oye la algazara de los clientes y servidores. ¡Qué se abran sus puertas para dar paso á la fortuna y con ellas á la serenidad y al descanso! ¡Qué ninguna ánfora esté jamás vacía en esa dichosa morada, y que el arcon esté siempre lleno de una harina exquisita! Que cuantas veces salga la jóven esposa del hijo de la casa, sea conducida en un carro, y que las mulas de cascós duros la vuelvan á conducir á su mansión, en la que con los pies descansando sobre un taburete incrustado de ámbar, se ocupe en ricas labores de aguja. En cuanto á mí, volveré á este tugurio, solo como vuelven las golondrinas, una vez al año...»

Los niños de Samos cantaron durante largo tiempo de puerta en puerta estos versos, al pedir limosna en las fiestas religiosas consagradas á la beneficencia y á la mendicidad.

## XII.

A la vuelta de la primavera, de los vientos cálidos y de las calmas, volvió á emprender su navegacion hácia el golfo de Atenas. Los marineros de la nave que le conducian se vieron precisados á detenerse por una tempestad en la pequeña isla de Ios, y entonces comenzó Homero á sentir que la vida se retiraba de él. Hízose transportar á la playa de la isla para morir mas tranquilamente, acostado al sol sobre la arena, y sus compañeros le improvisaron un lecho cerca del mar. Los habitantes ricos de la ciudad algo lejana de la playa, informados de la presencia y de la enfermedad del poeta, bajaron de la colina para ofrecerle su morada y llevarle consuelos, dones y ofrendas. Los pastores, los pescadores y los marinos de la costa acudieron á pedirle oráculos, como á un eco de los dioses sobre la tierra. Prosiguió hablando entre tanto en el lenguaje divino con los hombres entendidos, y conversó hasta sus últimos momentos con los hombres sencillos cuyas costumbres, miserias y penas tantas veces habia descrito en sus poemas. Su alma habia pasado toda entera á la memoria de aquellos con sus cantos; al entregarla á los dioses no la arrebató á la tierra, porque habia llegado á ser el alma de toda la Grecia é iba á ser en breve la de toda la antigüedad.

Después que espiró en aquella playa, á orillas de las olas como un naufragio de la vida, el niño que guiaba sus pasos, sus compañeros, los habitantes de la ciu-

dad y los pescadores de la costale abrieron una tumba en la arena en el mismo sitio donde él quiso morir; rodaron hasta allí una roca y en ella esculpieron estas palabras: «Esta playa encierra la cabeza sagrada del divino Homero.» Los guarda para siempre las cenizas de aquel á quien concedió la suprema hospitalidad. La tumba de Homero consagra aquella isla oscura hasta entonces, mas que lo hubiera hecho su cuna que aun se disputan siete ciudades. La tradicion de la playa en que fué sepultado el anciano ciego, se perdió dichosamente en el transcurso de los tiempos y en las vicisitudes de la isla. Ninguna rivalidad de funerales, de monumento ó de efímera y vana piedad turba su sueño postrero. Su sepultura fueron todos sus recuerdos, su monumento sus propios versos. Enséñase solo en la isla de Chio, cerca de la ciudad, un banco de piedra semejante á un circo, á el que da sombra un plátano que por medio de sus tallos se ha ido renovando desde hace tres mil años, cuyo banco se llama la escuela de Homero. Allí es, dicen, donde el ciego se hacia conducir por sus hijas y donde enseñaba y cantaba sus poemas. Desde aquel sitio se divisan los dos mares, los cabos de la Jonia, las nevadas cumbres del Olimpo, las doradas playas de las islas, aferrar las velas de las naves al entrar en sus radas ó desplegar al salir de los puertos. Sus hijas veian por él aquellos espectáculos, cuya magnificencia y variedad hubieran distraído sus inspiraciones. La naturaleza cruel y consoladora parecia haber querido reconcentrar toda su alma en aquellos espectáculos interiores poniendo aquel velo delante de sus ojos. Desde entonces, segun dicen en las islas del Archipiélago fué cuando atribuyeron los hombres á la ceguera el don de inspirar el canto y los pastores desapiadados sacaron los ojos á los ruseñores para añadir al instinto la melodía en el alma y en la voz de este infeliz pájaro.

## XIII.

Tal es la vida de Homero; sencilla como la naturaleza, triste como la vida: consiste únicamente en sufrir y en cantar. Este es en general el destino de los poetas; porque las fibras á quienes no se da tormento despiden escasos sonidos. La poesía es un grito que no puede lanzar bien resonante el que no ha sido herido en el corazón. Job no clamó á Dios sino desde su muladar y en medio de sus angustias. En nuestros tiempos así como en la antigüedad, es necesario que los hombres que se hallan dotados de este don elijan entre su ingenio y su dicha, entre la vida y la inmortalidad.

Ahora bien, ¿merece la poesía este sacrificio? ¿Cuál fué la influencia de Homero sobre la civilizacion y en que mereció el nombre de civilizador?

Para contestar á esta pregunta basta leer.

Suponed que, en la infancia ó en la adolescencia del mundo, existiera un hombre semi-salvage, dotado solo de esos instintos elementales, toscos, que constituyen el fondo de nuestra naturaleza bruta, antes que la sociedad, la religion, las artes hubiesen formado, vivificado, espiritualizado, santificado el corazón humano; suponed que á un hombre semejante, aislado en medio de los bosques y entregado á sus apetitos sensuales, le enseñara un espíritu celeste á leer los caracteres grabados en el papiro, y que desapareciese en seguida dejándole únicamente entre las manos las poesías de Homero! El hombre salvage lee, y un mundo nuevo se presenta en cada página ante sus ojos

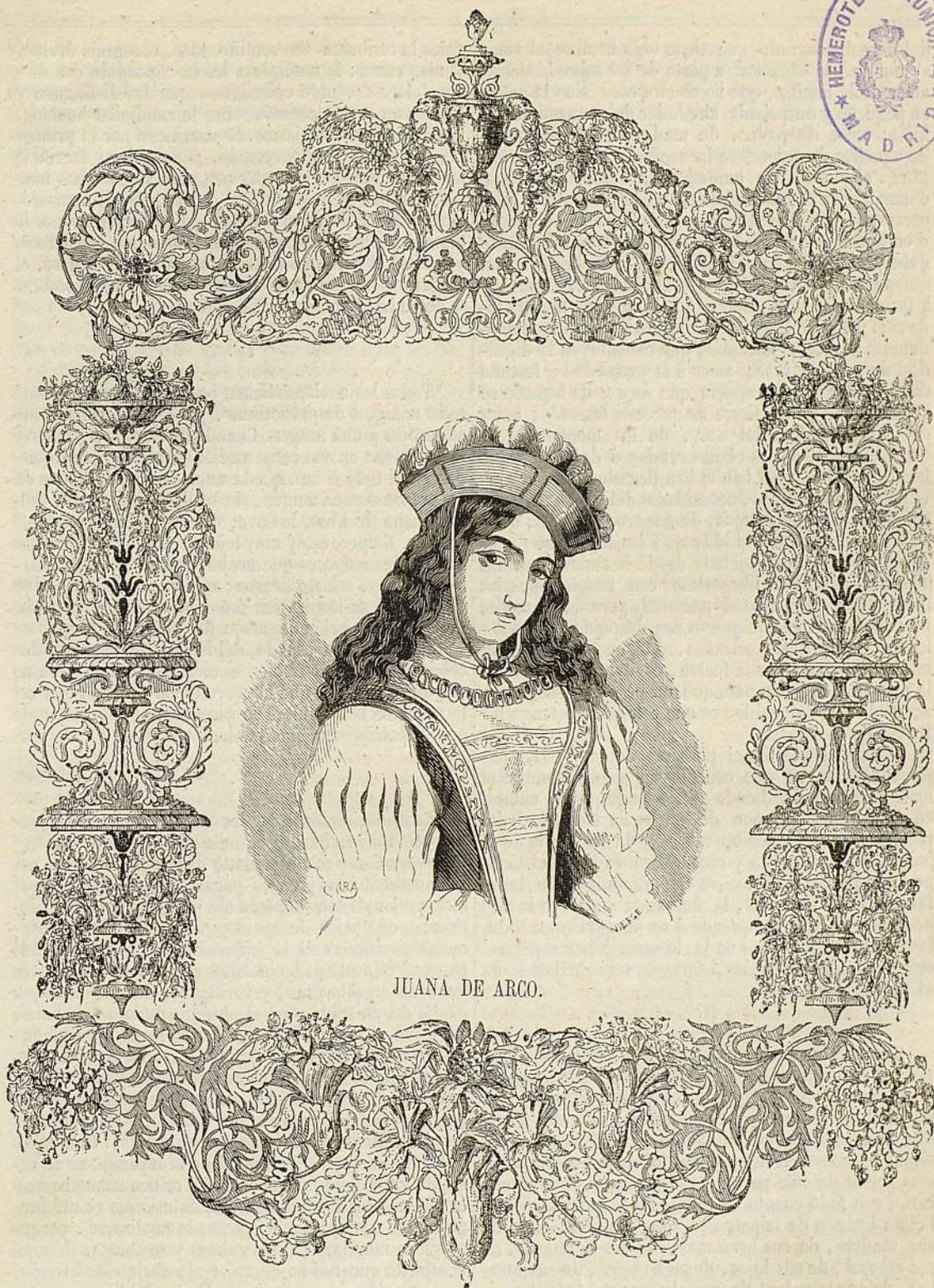
Siente nacer en él un millón de ideas, de imágenes y de pensamientos que no conocia; de material que era un momento antes de haber abierto aquel libro, se convierte en un ser intelectual, y de allí á poco en un ser moral. Homero le revela desde luego un mundo superior, un juicio de nuestras acciones despues de la vida, una justicia soberana, una espiacion, una recompensa segun nuestras virtudes ó nuestros crímenes, cielos é infiernos; todo esto modificado sin duda con fábulas ó alegorías, pero todo visible y trasparente bajo los símbolos, como la forma bajo el vestido que la revela ocultándola. Le enseña despues la gloria, esa pasion del aprecio nuestro y del aprecio eterno, otorgado á los hombres como el instinto mas inmediato de la virtud. Le hace conocer el patriotismo en las hazañas de esos héroes que abandonan el reino paterno, que se separan de los brazos de sus madres y de sus esposas para ir á sacrificar su sangre en expediciones nacionales, como la guerra de Troya, para ennoblecer á su patria comun; le manifiesta las calamidades de aquellas guerras en los asaltos é incendios de Troya; le representa la amistad en Aquiles y Patroclo, la sabiduria en Mentor, la fidelidad conyugal en Andrómaca, la piedad hácia la vejez en el anciano Priamo, á quien Aquiles, bañado en llanto, devuelve el cuerpo de su hijo Hector; el horror hácia los ultrajes que se hacen á los muertos en el cadáver del mismo Hector, arrastrado siete veces alrededor de las murallas de su patria; la compasion en Astianax, su hijo, esclavizado por los griegos desde el seno de su madre; la venganza de los dioses en la muerte precoz de Aquiles; las consecuencias de la infidelidad en Elena; el desprecio de la traicion al hogar doméstico en Menelao; la santidad de las leyes, la utilidad de los oficios, la invencion y la belleza de las artes; por do quiera, en fin, la interpretacion de las imágenes de la naturaleza encerrando todas un sentido moral, revelado en cada uno de sus fenómenos sobre la tierra, en el mar, en el cielo; especie de alfabeto entre Dios y el hombre, tan perfecto y tan bien deletreado en los versos de Homero, que el mundo moral y el mundo material, reflejados uno en otro como el firmamento en el agua, parece que son un solo pensamiento y que no hablan sino un solo y único lenguaje en la inteligencia del ciego divino! Y este lenguaje es cadencioso ademas por un ritmo de medida tal é impregnado de tal armonía de palabras, que cada pensamiento penetra en el alma por el oído, no solo como una inteligencia, sino tambien como una voluptuosidad!

¿No es, pues, evidente que despues de haber ojeado este libro durante algun tiempo, habrá desaparecido el hombre brutal y feroz, manifestándose el hombre intelectual y moral en aquel bárbaro á quien los dioses hubieran hecho conocer de este modo á Homero?

¡Pues bien! lo que un poeta semejante hiciera por este solo hombre, Homero lo hizo para todo un pueblo.

Apenas la muerte interrumpió sus cantos divinos, los *rapsodistas* ó los *homéridas*, cantores ambulantes, en cuyos oídos resonaban aun, y en cuya memoria se hallaban hondamente grabados sus versos, se extendieron por todas las islas y ciudades de la Grecia, llevando á porfia cada cual uno de los fragmentos mutilados de sus poemas, y recitándolos de generacion en generacion en las fiestas públicas, en las ceremonias religiosas, en las puertas de los palacios ó de las cabañas, en las escuelas de niños; de modo que toda una raza se convirtió en edicion viva é imperecedera de aquel libro universal de la primitiva antigüedad. En tiempo de Ptolomeo Filopator los naturales de Esmirna le erigieron templos, y los de Argos le tributaron los honores divinos. El alma de un solo hombre comunicó su influjo por espacio de dos mil años en aquella parte del universo. En el año 884 antes de Jesucristo, Licurgo llevó á Esparta los versos de Homero para alimentar con ellos el alma de los ciudadanos. Luego apareció Solon, ese fundador de la democracia de Atenas, el cual, mas hombre de Estado que Platon, conoció que existia civilizacion en el genio, é hizo recoger aquellos cantos esparcidos, á la manera que los romanos recogieron mas tarde las páginas divinas de la *Sibila*. Despues vino Alejandro el Grande que, apasionado por la inmortalidad de su fama, y conociendo que la llave del porvenir está en manos del poeta, mandó hacer una cajita de extraordinaria riqueza para guardar en ella los cantos de Homero y los colocaba siempre debajo de su almohada para tener sueños divinos. Despues vinieron los romanos, quienes de todas sus conquistas en Grecia, nada tuvieron en tanto como la conquista de los poemas de Homero; y todos los poetas solo fueron los prolongados ecos de aquella voz de Chio. Llegaron luego las tinieblas de las edades bárbaras, que durante cerca de mil años envolvieron al Occidente en la ignorancia; tinieblas que solo empezaron á eclipsarse cuando los manuscritos de Homero, hallados entre las cenizas del paganismo, fueron el estudio, el manantial y el entusiasmo del entendimiento humano. En resumen, el mundo antiguo, historia, poesía, artes, oficios, civilizacion, costumbres, religion, todo se halla en Homero; hasta el mundo literario moderno procede en mucha parte de él, y ante este primero y último de los cantores inspirados, ningun hombre, quien quiera que sea, podria, sin avergonzarse, darse á sí mismo el título de poeta. Preguntar si un hombre semejante puede contarse en la clase de los civilizadores del género humano, equivale á preguntar si el genio alumbra ú oscurece el mundo; es renovar la blasfemia de Platon; es negar la civilizacion á los poetas; es mutilar la humanidad en su órgano mas sublime, el órgano de lo infinito; es devolver á Dios sus mas soberanas facultades por temor de que no ofusquen los ojos envidiosos, y de que haga aparecer el mundo real harto oscuro y demasiado pequeño, comparado con el esplendor de la imaginacion y lo grande de la naturaleza!





JUANA DE ARCO.

**PRIMERA PARTE.**

(Año 1400 de J. C.)

I.

El amor de la patria es á los pueblos lo que el amor de la vida á los hombres aislados; porque la patria es

la vida de las naciones. Este amor pátrio al mismo tiempo ha producido en todos tiempos y países no escasos milagros de inspiracion y de heroismo. Y no podría ser de otro modo, porque las acciones son proporcionadas al móvil que las produce. La pasion del ciudadano por su patria se compone de todas las pasiones personales ó desinteresadas con que Dios ha formado el corazon humano: amor de sí mismo, y defensa

del derecho sagrado que tiene todo hombre, al venir al mundo, á disfrutar su parte de sol sobre la tierra; amor de la familia, que no es otra cosa sino la patria en pequeño y estrechada alrededor del corazón de sus hijos; amor de padre, de madre, de los abuelos, de aquellos de quienes se ha recibido la vida, la ternura, el idioma, los cuidados, la herencia material ó inmaterial, al venir á ocupar el lugar que nos prepararon junto á ellos ó despues de ellos en las ciudades ó en el campo; amor de esposa á quien nuestro brazo debe proteger en su debilidad; amor de los hijos, en quienes revivimos por la perpetuidad de la sangre, y á los que debemos dejar, aun á costa de nuestra vida, el suelo, el nombre, la seguridad, la independencia, el honor nacional, que constituyen la dignidad de nuestra raza; amor á la propiedad, instinto conservador de la especie que da á cada hombre su pedazo de la misma tierra de que está formado; amor del cielo, del aire, del mar, de las montañas, de los horizontes, de los climas crudos ó dulces en que hemos nacido, y por hábito han llegado á formar parte de nosotros mismos, necesidades deliciosas de nuestra alma, de nuestros ojos, de nuestros sentidos; cariño á las costumbres, al idioma, á las leyes, que, por decirlo así, nos han sujetado desde la cuna, las cuales podemos modificar libremente con nuestras propias luces y nuestra voluntad nacional, pero de las cuales no debemos consentir que se nos despoje por la violencia de ejércitos extraños, porque la civilización misma, impuesta por la fuerza, es una esclavitud; y la primera condicion para que un progreso social sea aceptado por un pueblo, es que este pueblo tenga libertad de reclamarlo.

Recapitulando con el pensamiento todas estas pasiones instintivas que constituyen segun nosotros el amor patrio, y añadiendo ademas una pasión natural en el hombre, la pasión de su propia memoria, del recuerdo de sus contemporáneos, de la gloria de la posteridad que inspira y recompensa andando el tiempo los grandes sacrificios, se comprende que de todas las pasiones humanas, la del amor patrio es la mas poderosa, porque comprende á un mismo tiempo todas las demas, y porque si en la historia deben esperarse esfuerzos sobrenaturales, forzoso será hallarlos en el patriotismo.

### II.

Siempre que un sentimiento de esta clase llega hasta el entusiasmo en cualquier pais, las mugeres le experimentan en igual y á veces en mayor grado que los hombres. La patria no les pertenece mas que á nosotros, pero como por su naturaleza son mas impresionables, mas sensibles y mas amorosas, se enlazan mas personalmente por todos sus sentidos y por su corazón con todo cuanto las rodea. Esta querida y deliciosa imagen de la patria se compone para ellas de sus madres, de sus hermanas, de sus hermanos, de sus esposos, de sus hijos, de sus hogares, de sus tumbas, de sus templos, de sus dioses; y á todo esto se ligan como las cosas débiles á las fuertes, con tantos mas vinculos y con tanto mayor frenesí, cuanto que si faltan estos apoyos ellas perecen con ellos.

### III.

Y ademas, sabido es de muy antiguo; la muger, inferior por sus sentidos, es superior por su alma. Los

galos la atribuian un sentido mas, el sentido divino. Tenian razon: la naturaleza les ha concedido dos dones dolorosos, pero celestiales, que las distinguen y las elevan con frecuencia sobre la condicion humana: la piedad y el entusiasmo. Se sacrifican por la primera, se exaltan por el segundo. ¿Exaltacion y sacrificio no son una misma cosa? Tienen mas ánimo, mas imaginacion que el hombre. En esta se halla el entusiasmo, el sacrificio en el corazón. Las mugeres, por lo tanto, son mas naturalmente heroicas que los héroes; y cuando el heroismo debe rayar en lo maravilloso, el milagro debe esperarse de una muger. Los hombres se detendrian ante la virtud.

### IV.

Todas las naciones tienen en sus anales algunos de estos milagros de patriotismo, para cuyo instrumento elige Dios á una muger. Cuando ha llegado á perderse la esperanza en una causa nacional, no hay que desesperar del todo si aun queda un poco de resistencia en el corazón de una muger, ora se llame esta Judit, Clelia, Juana de Arco, la Cava, Victoria Colonna ó Carlota Corday. Empero estoy muy lejos de comparar del mismo modo á las mugeres que acabo de citar. Judit y Carlota Corday, se sacrificaron; mas se sacrificaron hasta el crimen; su inspiracion fué heroica, pero eligieron malas armas, echando mano del puñal del asesino en vez de tomar la espada del héroe. Su sacrificio fué célebre, pero poco noble, es cierto. Juana de Arco no empuñó otra arma que el acero de su patria, y por esta razon se la consideró en su época, no solo inspirada por el patriotismo, sino tambien por Dios.

### V.

Esas inspiraciones que las creencias populares juzgan como maravillas, ¿son milagros naturales en efecto, evocaciones materialmente divinas que llaman por sus nombres á las jóvenes para encomendarlas salvar á su nacion, ó son simplemente milagros naturales, intuiciones mudas de la inspiracion interior, consecuencias aisladas de la impresion de todo un pueblo reasumiendo sus padecimientos en un solo corazón, su grito en un solo grito, y verificando de este modo por medio de un solo brazo el prodigio de la salvacion de todos? A el historiador reflexivo no se ocurren ninguna de estas dudas. Si rechaza el sarcasmo, esa impiedad contra la admiracion con que un grande hombre ha profanado su genio, intentando profanar aquella pobre mártir de la patria, no introduce en la historia las puerilidades de la imaginacion popular. El milagro del heroismo es mayor que el de la leyenda: no le comenta, le refiere únicamente. La crítica sucumbe ante la sinceridad de un niño. El entusiasmo es un fuego sagrado, cuya llama no puede analizarse, porque el que lo intenta pierde la cabeza y se abrasa. Hé aqui el espíritu que nos ha de guiar al referir esta historia, mas parecida á una narracion de la Biblia que á una página del mundo moderno.

### VI.

Era el año 1429. Descomponiase la Francia antes de estar acabada su constitucion. Aquella gran monarquía, que no era casi mas que una confusa confederacion de vasallos independientes y muchas veces ri-

vales de la corona, habia caido destrozada en la anarquía. Al perder su unidad iba á perder su independencia. El cielo la habia castigado con dos azotes, una reina perversa y un rey insensato, un interregno y una regencia. Los interregnos en una monarquía son extravíos de la autoridad; las regencias son los gobiernos del débil. Una sola de estas condiciones basta para perder á una nacion. Cualquier gobierno es preferible á esos gobiernos sin poseedor, y disputados por la intriga ó por las armas entre partidos ambiciosos.

Cárlos VI era rey en el nombre. Atacado de locura por el terror que esperimentó escapando á duras penas de la muerte, en una fiesta en que sus compañeros de placeres y él se habian cubierto el cuerpo con estopas empapadas en resina para imitar á los brutos, y en donde cuatro de sus cortesanos fueron consumidos por el fuego ante su vista, languidecia en un idiotismo interrumpido por accesos de furor ó por un abatimiento que le asemejaba á un niño. Habíase casado con Isabel de Baviera. Esta jóven reina, dotada por la naturaleza de la hermosura de las *Popeas* y *Teodoras*, esas cortesanas elevadas al trono por el vicio, tenia tambien sus ligerezas, sus perversidades y sus ambiciones.

Apenas subió al trono esta jóven princesa, cuando presintió en su esposo la puerilidad de espíritu que debia bien pronto degenerar en demencia. Entregada por las costumbres depravadas de aquella época al torbellino de los mas arrebatados placeres, sintió una pasión culpable y política hácia el jóven duque de Orleans, hermano del rey. Este príncipe, formado mas bien por su valor para subir á un trono, y por su gracia para seducir el corazón de una muger, participó de aquel ardor por inclinación y por ambición. Una orgía nocturna que se celebró á consecuencia de una mascarada, fué el preludio del crimen. Desde aquella época fatal, reinaban el duque de Orleans y la reina, unidos por la pasión, por el crimen y por el interés. Los grandes vasallos, los tíos del rey, el duque de Borgoña, el duque de Anjou y el duque de Bretaña, celosos de aquel reinado que les arrebatava la explotación del reino, habian arrastrado á su causa al hijo del rey, todavía niño. En aquellos dias de ferocidad que recordaban la antigua Roma por los asesinatos, y la Italia moderna por las conjuraciones, todas las intrigas se desenlazaban por medio del puñal. Llamado una noche con un falso pretexto el duque de Orleans, y al salir del palacio de la reina, es derribado de su caballo, y recibe trece puñaladas por veinte hombres desconocidos que dejan su cuerpo ensangrentado á las puertas de su palacio. El rumor público acusó del crimen al duque de Borgoña, al jóven delfín de asentimiento, y de complicidad á sus partidarios. La reina al perder á un mismo tiempo su amor y su fuerza, juró lavar su llanto en la sangre del asesino. Coaligóse con el condestable d'Armagnac, suegro del asesinado duque de Orleans contra el duque Borgoña. Los Armagnac, familia sanguinaria, proscriben, asesinan y á su vez son proscritos y asesinados en París. Sirviendo y dominando al propio tiempo á la reina, su instrumento y su víctima, empiezan á alarmarse con el ascendiente de un nuevo favorito, el jóven Boisbourdon, y se atreven á inmolarse á los pies de la reina, para reinar solos en su nombre.

Desesperada por la muerte, furiosa con el crimen, humillada del yugo, Isabel sacrifica sus resentimientos pasados á su odio presente: conspira con el duque de Borgoña la ruina y muerte de los Armagnac, y le ven-

de á un mismo tiempo su sangre y su corazón en cambio de la venganza que espera de él. El duque de Borgoña á favor de esta trama, entra en París, sacrifica á los Armagnacs, satisface y domina á su reina, toma la tutela del rey, y combate en las provincias contra los restos del partido contrario, unidos á los ingleses. Divididos así en facciones los franceses, sucumben en la batalla de Azincourt, que entrega la patria al rey de Inglaterra sobre los cadáveres de la nobleza francesa. Siete príncipes de la casa real quedan sepultados en aquel campo de batalla. El primogénito del rey muere de dolor, y su hermano envenenado por los enemigos de los Borgoñones. El tercer hijo del rey, despues Cárlos VII, crece en medio de aquella alternativa de molicie y de proscripciones, que recuerdan á Roma por la sangre y á las Galias por la ligereza. Intenta gobernar con los Armagnacs; aparenta el cansancio de la guerra y la sed de paz, y decide con gran trabajo al duque de Borgoña á una entrevista, preludio de una reconciliación general de los príncipes y de los partidos, en el puente de Montereau. Acosado el duque por la sombra de su víctima, el duque de Orleans duda y teme un lazo en su triunfo. Llévane casi á la fuerza y apenas entra en el pabellon donde debia celebrarse la conferencia cae bajo el golpe del hacha de Tanneguy du Châtel. Se alza entonces un grito de horror en toda la Francia y principalmente en París, vendido á los Borgoñones, acusándose al delfín, inocente del crimen de los Armagnacs, únicos que le habian cometido para evitar la reconciliación de los dos príncipes. Isabel, que acusa ella misma á su hijo, se hace sacar por los Borgoñones del cautiverio en que la tenian en Tours los Armagnacs. Los Borgoñones y la reina se unen con los ingleses, dueños de la mitad del reino, y entra con ellos en París, sobre los cadáveres de dos mil parisienses inmolados á la venganza de Montereau. Entonces dió la mano de su hija á Enrique V, rey de Inglaterra. Embriagados los parisienses con la popularidad del nuevo duque de Borgoña, proclaman, por instigación de este vasallo, al rey de Inglaterra regente durante la vida de Cárlos VI, y rey de Francia despues de la muerte del Insensato.

El delfín, proscribo por sus tíos y por su madre, anda errante de provincia en provincia, declarado culpable de un crimen que no ha cometido, y entretanto el rey de Inglaterra va á tomar posesión de la regencia en París. Encuéntrense frente á frente dos Francias, dos reyes, dos regencias, dos ejércitos, dos gobiernos, dos naciones, dos noblezas, dos justicias, padre, hijo, madre, tíos, sobrinos, conciudadanos, extranjeros se disputan el derecho, el territorio, el trono, las ciudades, los despojos, la sangre de la nacion. La muerte arrebatava en Vincennes al rey de Inglaterra, Cárlos VI le sigue á la tumba, padre de doce hijos de Isabel, y dejando el reino entregado al extranjero y á la anarquía. El duque de Bedford toma insolentemente la regencia en nombre de la Inglaterra, persigue al puñado de nobles que querian permanecer franceses con el delfín, les derrota en la batalla de Berneuil, destierra á la reina, que habia llegado á ser un estorbo para el gobierno despues de haber sido un instrumento de usurpación; concentra los ejércitos de Inglaterra, de Francia y de la Borgoña al rededor de Orleans, defendida por algunos miles de partidarios del delfín, y en donde se hallaba casi únicamente lo que restaba de reino de Francia. El flujo y reflujo de aquellas bandas, tan pronto de amigos, tan pronto de enemigos, devas-

taban las tierras, asolaban las mieses y quemaban los pueblos, dispersando, saqueando y destruyendo las poblaciones. Durante este vértigo de la patria, el joven delfín, despertado unas veces por los gritos del pueblo, y otras adormecido en los placeres de su edad, se sentía embriagado de amor hácia Inés Sorel en el palacio de Loches. Esta amante adorada de su joven rey, sin reino, se avergonzaba por ella misma y por el delfín de una dicha singloria. Cierta noche mandó llamar á un adivino para preguntarle su horóscopo, en presencia del delfín, y aquel para halagar su corazón ó su ambicioso orgullo, la profetizó que llegaría á ser algún día la esposa del mas grande rey de la tierra. «Si así debe suceder, dijo Inés Sorel levantándose y dirigiéndose al delfín, es necesario que vaya á casarme con el rey de Inglaterra, porque en la languidez que os encadena, observo sobradamente que no sereis por largo tiempo rey de Francia.» El delfín vertió lágrimas de vergüenza, dominó su amor y huyó al campo. Unico rey quizá á quien el amor haya aconsejado el deber y despertado la virtud. Así, pues, buscando en vano sus súbditos en su pueblo; el pueblo buscando en vano á su rey en la monarquía; los franceses, buscando en vano una patria en la Francia: tal era el estado del país cuando la Providencia le reveló su salvación por medio de una niña.

## VII.

Había por aquel tiempo en Domremy, aldea de la Alta Lorena en Champaña, sobre una pendiente de los Vosgos, no lejos de la pequeña ciudad de Vaucouleurs, una familia que llevaba el apellido de Arco. El padre de familia era un simple labrador que cultivaba sus heredades propias, y cuya mansion, la misma que habían poseído y edificado sus padres, debía pertenecer á sus hijos. A juzgar por las costumbres domésticas de su familia, reinaba en aquella casa el desahogo y la piedad que procura el bienestar y esa franca y espresiva nobleza de corazón que se halla en las personas que cultivan las tierras de sus mayores, mas bien que en las que trabajan en propiedades estrañas, porque la posesion de un pedazo de tierra, por pequeño que sea, conserva al campesino la independencia del alma, haciéndole conocer que es Dios quien le envia su pan cotidiano. El padre se llamaba Santiago de Arco; la madre Isabel *Romea*, sobrenombre que se daba en aquellos países á las peregrinas que habían ido á Roma á visitar las piadosas tumbas de los mártires.

Tenían tres hijos: dos varones, el uno llamado Santiago como su padre, el otro Pedro de Arco y una sola hija, nacida despues que sus hermanos, y cuyo nombre era Juana, á pesar de que su madrina la puso asimismo el de Sibila.

En el dintel de la puerta de su casa y toscamente esculpido sobre la piedra se veía un arado, blason del labrador.

El padre y ambos hijos cultivaban los campos y cuidaban sus aperos y ganado en aquel país en que las caballerías así aprovechaban para la labranza como para la guerra. La madre cuidaba solo del hogar doméstico porque su posicion era harto cómoda para no ocuparse mas que de los cuidados interiores, sin tener que manejar la podadera ni el escardilló. Educaba á su hija en la misma condicion que ella propia disfrutaba en la casa del marido, y aun cuando Juana en su tierna infancia iba á jugar á los prados con las com-

pañeras de su niñez, jamás su madre la ocupó como pastora en guardar los rebaños. No sabía leer ni escribir, por lo cual érale imposible enseñar á su hija lo que ella misma ignoraba; pero la hablaba de la religion, de la piedad, de la virtud, de todo cuanto una buena madre infunde en la memoria de sus hijos. Enseñábala á coser con esa perfeccion que es el arte doméstico de las jóvenes desde los tiempos mas antiguos. Juana adquirió tanta habilidad en las labores de su sexo que en el mismo Rouen, donde entonces se hacian trabajos de esta especie con estraordinaria perfeccion, no había matrona alguna que pudiera escederla. Hilaba también los vellones ó el cáñamo al lado de su madre, y de ella sola recibía su instruccion religiosa. «Ninguna muchacha de su edad y condicion, contó una de sus compañeras preguntándole acerca de su infancia, era tratada mas amorosamente en la casa paterna. ¡Cuántas veces iba yo á ella! Juana era una niña sencilla y tierna: la agradaba ir á la iglesia y á sus peregrinaciones devotas. Se ocupaba del trabajo doméstico como las demas muchachas. Se confesaba con frecuencia. Se ruborizaba cuando la criticaban su excesiva piedad y lo mucho que iba á rezar á los santuarios. Hacia muchas limosnas y era muy caritativa. Cuidaba á los niños enfermos de la vecindad.» Un pobre labrador del país decia á sus jueces, que se acordaba de que siendo niña Juana le había prodigado sus consuelos.

## VIII.

«Graciosa de rostro, iba creciendo desenvuelta y robusta. En aquel tiempo en que las mugeres solo caminaban á caballo, ella, todavía niña, iba con sus hermanos á conducir el ganado de su padre al prado del castillo de las Islas, en donde le encerraban por temor de las tropas. Es verosimil que entonces se familiarizara con los corceles, de tal modo, que despues no hubo quien pudiera competir con ella en el manejo de tan nobles animales. Refiere tambien que iba algunas veces con las jóvenes del pueblo á la linde de los bosques contiguos á la campiña, debajo de una corpulenta encina, llamada en el país el *árbol de las Hadas*; que al pie de aquella encina había una fuente á cuyas aguas se atribuía la virtud de curar las calenturas y otras enfermedades; que ella, lo mismo que las demas, tomó de aquel agua con semejante intencion; que los enfermos, despues de sanar, tenían la costumbre de ir á sentarse para reposar bajo su sombra; que las flores de mayo crecían en derredor del manantial, y que durante el estío así ella como sus compañeras, las recogían para tejer coronas á la imagen de Nuestra Señora de Domremy. La hija de su madrina le decia que las hadas ó las señoras se aparecían milagrosamente en aquel sitio, y que ella misma las había visto; pero Juana no las vió nunca. Lo cierto, sin embargo, era que las jóvenes colgaban rosarios de flores en las ramas bajas del árbol, y que Juana había hecho como las demas; que unas veces sus compañeras se llevaban ramilletes al marcharse, y otras los dejaban en el árbol; que desde el momento en que concibió el proyecto de libertar la Francia fué ya raras veces á distraerse bajo la encina de las Hadas; que en aquel sitio pudo bailar y cantar en sus tiernos años con los niños de su edad; pero que no se acuerda de haberlo hecho despues; que frente á la casa de su padre había otro bosque inmediato; pero que nunca hubo allí apariciones; que en la época en que le fué revelada su mision, su

padre la decia, riéndola, que circulaba el rumor de que habia recibido sus inspiraciones debajo del árbol de las Hadas; que ella le respondió no ser cierto; que un profeta del pais decia con razon que del bosque Encinoso saldria una jóven que haria maravillas; pero que ni aun á esto dió ella jamás crédito alguno...!»

La agradaba recordar en su prision estos recuerdos de su infancia. Confortábase allí como con la frescura de sus primeros abriles, y sin saberlo escribia de este modo aquellos años ignorados de su vida, en los cuales se complace en penetrar la vista para observar la oscuridad de donde ha salido la gloria y la dicha que produjo el martirio.

Uno de esos profetas populares que esparcen por do quiera los rumores acerca del porvenir, seguros de que los admitirá la credulidad natural en las edades de la ignorancia, el encantador Merlin, famoso en los poemas del Ariosto, habia predicho que las calamidades del reino dimanarian de una muger desnaturalizada, asi como la salvacion del mismo de una tierna y casta joven. Este rumor ocupaba la imaginacion del pueblo en aquellas provincias, pudiendo suscitar en el ánimo de cada doncella la idea involuntaria de ser el instrumento de semejante profecía.

La melancólica y reflexiva belleza de Juana al atraer la atencion de los jóvenes intimidaba á la familiaridad; pero hubo muchos no obstante que, enamorados de su gracia y su modestia, la pidieron á sus padres en matrimonio. Obstinábase Juana en permanecer sola y libre, por un presentimiento desconocido sin duda que abrigaba, de que algun día habria de sacrificarse, no por una familia sino por un reino. El mas apasionado de sus pretendientes se atrevió á reclamar su corazon como un derecho, jurando legalmente que ella le habia dado palabra de matrimonio. La pobre niña, llena de vergüenza, pero indignada, compareció en Tolon ante los jueces y desmintió con juramento á aquel calumniador amoroso. Los jueces, que reconocieron el subterfugio del apasionado, enviaron á su casa en libertad á la atribulada Juana.

## IX.

Al paso que su belleza deslumbraba la vista, el recogimiento de su fisonomía, sus facciones meditabundas, la soledad y el silencio de su vida admiraban á su padre, á su madre y á sus hermanos. Nada del sentimentalismo de la adolescencia revelaba en ella su sexo, del cual solo tenia las formas y los atractivos; en ella no hablaban ni la naturaleza ni el corazon: su alma, reconcentrada en su vista, parecia mas bien meditar que sentir. Compasiva y tierna, sin embargo, pero compasiva y tierna con una piedad y una ternura que encerraban algo de mas grande, de mas estenso que su horizonte; oraba sin cesar, hablaba poco y evitaba las compañías de su edad. Se retiraba comunmente para dedicarse á sus labores de aguja á un recinto aislado detrás de la casa, desde el que solo se veian el cielo, la torre de la iglesia y las montañas en lontananza. En aquel parage creia escuchar voces que el ruido exterior quizá hubiera apagado.

A los ocho años de edad ya se habian manifestado en ella aquellos indicios de su inspiracion. Asemajábase en esto á las antiguas sibilas, marcadas desde la infancia con un sello fatal de tristeza, de hermosura y de soledad; instrumentos de inspiracion reservados para los oráculos, y á cuya alma le estaba prohibido

todo otro género de ocupacion. Juana amaba todo cuanto padece, los animales, esos instintos dotados de amor hácia nosotros y que carecen de palabras para comunicárnoslo. Sus compañeras decian que era compasiva y amante con las aves. Las consideraba como criaturas condenadas por Dios á vivir al lado del hombre en limbos inciertos, entre el alma y la materia, y careciendo ademas su ser de una perfeccion completa, escepto la dolorosa de amar y sufrir. Sentíase inclinada hácia cuanto existe en la naturaleza de melancólico é infinito. «Gozaba tanto al oír el sonido de las campanas, dice el cronista, que prometia al campanero madejas de lana para la colecta de otoño, á fin de que prolongase cuanto pudiera el toque de las *Ave-Marias*.»

Pero se compadecia sobre todo del reino de Francia y de su jóven delfin, sin madre, sin pais y sin corona. Las narraciones que oía diariamente á los monjes, á los soldados, á los peregrinos y á los mendigos, los noticieros de las aldeas en aquella época, inspiraban á su alma la compasion hácia aquel gentil principe. Su imágen se asociaba, en el pensamiento de la jóven, á las calamidades de su patria: con él la veia perecer y con él rogaba á Dios que la resucitara. Su imaginacion estaba sin cesar ocupada por este sueño y esta tristeza. ¿Habrà de asombrarnos que tal concentracion de pensamientos en una pobre niña ignorante y sencilla, produjese al fin en ella una verdadera trasposicion de ideas y que escuchara físicamente las voces interiores que sin cesar hablaban á su alma? Tambien hay alma en los sentidos de nuestro ser, porque si los sentidos engañan y ofuscan el ánimo por su exaltacion y su desorden, el ánimo por su parte engaña y ofusca fácilmente los sentidos. Esas visiones y esas revelaciones maravillosas, aun cuando pueden ser ilusorias no son una mentira para los que las experimentan y las refieren. Maravillas sinceras son fenómenos aun cuando no prodigios. Esmuy difícil para el hombre, y mas todavía para la muger cuando se hallan apasionadamente preocupados con una idea ó una duda, cuando se preguntan y escuchan en su interior, el poder distinguir entre su propia voz y la voz del cielo y decirse: «Esta es mia, esta es de Dios.» En tal situacion el hombre se trasmite á sí mismo sus propios oráculos y toma á su inspiracion por divinidad. Los hombres mas juiciosos se han engañado en esto lo mismo que las mugeres mas débiles: la historia nos ofrece innumerables de estos prodigios. La Egeria de Numa, el *genio* familiar de Sócrates, no eran sino la inspiracion de su alma, haciendo las veces de los dioses. ¿Cómo la pobre pastora de una aldea frecuentada por las hadas é imbuida en tales revelaciones populares por su madre y sus compañeras, habria podido dudar de lo que Sócrates y Platon consentian en creer? El candor fué el lazo de su fé, su inspiracion estaba poseida de los vértigos de su edad, de su sexo, de su época, de su credulidad. Creyó en palabras, en visiones, en prodigios; pero la maravilla fué la inspiracion misma y el patriotismo triunfante atestigüa, cuando menos, en ella la divinidad del pensamiento y la verdad del corazon.

## X.

Juana oyó durante largo tiempo, sin comunicar nada de ello, aun á su misma madre, aquellas voces que tan pronto la recomendaban la prudencia, la piedad y la virtud, como la hablaban de las lagas de la

Francia y de los lamentos del pobre pueblo. Un día á eso de las doce se hallaba sola en el jardín á la sombra de la pared de la iglesia, cuando oyó distintamente una voz masculina que llamándola por su nombre la dijo: «Juana, levántate; marcha al socorro del delfín, devuélvele su reino de Francia!»

El deslumbramiento que precedió á estas palabras fué tan celeste, la voz tan clara y la intimación tan imperativa, que cayó de rodillas y respondió escusándose: «¿Cómo he de ejecutar ese mandato, yo que no soy sino una pobre niña, que no sabré cabalgar ni conducir los guerreros al combate?»

La voz no admitió estas excusas, y repuso: «Írás á encontrar al señor de Baudricourt, capitán del rey en Vaucouleurs, quien te hará conducir á presencia del delfín. Nada temas; Santa Catalina y Santa Margarita irán en tu ayuda.»

A esta primera vision, que la hizo temblar de inquietud; pero que se reservó aun como un secreto entre ella y los ángeles, se sucedieron otras varias. Vió á San Miguel armado con una lanza, envuelto en rayos de luz, tal como se hallaba pintado en el cuadro del altar de su pueblo. El arcángel la representaba los trastornos y la esclavitud del reino, pidiéndola se compadeciese de su país. Santa Catalina y Santa Margarita, figuras divinas y populares en aquellos contornos, se presentaron en las nubes como la había sido anunciado. Habláronla con voces de muger, dulcificadas y enternecidas por la beatitud eterna. Sus cabezas estaban ornadas de coronas, y ángeles semejantes á dioses formaban su séquito. Aquel era el poema completo del paraíso entreabierto ante sus ojos. Su alma, en medio de aquella divina vision, olvidaba su deber, abismándose en las delicias de aquellas contemplaciones. Cuando cesaban aquellas voces, cuando se retiraban aquellas figuras, cuando el cielo volvía á cerrarse, encontrábase Juana bañada en llanto. «¡Ah! se decía á sí misma, ¡cuánto hubiera yo deseado que esos ángeles me hubiesen llevado consigo...!» Pero no lo quería así su terrible misión; Juana no debía volar á donde ambicionaba sino en alas de la llama de su hoguera.

#### XI.

Estas entrevistas, estas intimaciones, estas delicias, estas angustias duraron muchos años y al fin acabó por confesarlo todo á su madre. Instruidos sus padres se extendió la noticia por todo el país y fué asunto de maravilla para los cándidos, de duda para los instruidos, de sarcasmo para los maliciosos, de rumores para todos.

En aquel tiempo la misma idea é idénticas visiones ocupaban en distintos países á otras niñas y mugeres. Cuando el pueblo no espera ya alivio ninguno de los hombres vuelve la vista á los milagros. Existía un verdadero contagio de maravillas y revelaciones. Una muger del Berry, llamada Catalina, veía señoras blancas, vestidas de oro, las cuales la ordenaban: «fuera por las ciudades á pedir subsidios y soldados para el delfín. Era preciso que éste la diese escuderos y clarines para proclamar por do quiera que debían llevarse los tesoros encerrados, y que ella lograría descubrirlos.» Cuando el aire está impregnado de un miasma, todo el mundo le respira. La compasión de la Francia, la ternura hacía el delfín, el odio contra los borgoñones, el horror de la dominación estrangera, fanatizaban á

las mugeres. Todas oían el grito de la tierra; algunas las voces del cielo. Además los poetas, los romanceros y los juglares de la edad media habían acostumbrado los ánimos á los papeles belicosos representados por mugeres, como se hallan en el *Tasso* y en *Ariosto*. Seguían á sus amantes á las cruzadas, les servían de pages ó de escuderos, vestían la armadura, manejaban el corcel y vertían su sangre por su Dios, por su patria ó por su amor. El vestir la coraza las mugeres daba hasta á las mismas guerras civiles el carácter caballeresco, que hacía meditar á los jóvenes y que debía producir frecuentes imitaciones. Encuéntrase siempre un ser excepcional para realizar aquello que todos han imaginado. La idea de una joven conduciendo los ejércitos al combate, coronando á su joven rey y libertando á su país había nacido de la Biblia y de los romances á un mismo tiempo. Era la poesía de las veladas de la aldea. Juana de Arco hizo de ella la religión de la patria.

#### XII.

Su padre, hombre de edad y austero, oía con sentimiento aquellos rumores de visiones y de maravillas bajo el techo de su humilde morada. No creía en manera alguna á su familia digna de aquellos peligrosos favores del cielo y de las visitas de ángeles y santos, que daban margen á las habillitas de sus vecinos. Cualquiera clase de inteligencia con los espíritus era sospechosa para él, sobre todo en una época en que la superstición atribuía tantas cosas á los malos espíritus, y en que el exorcismo y la hoguera castigaba toda especie de relación con el mundo invisible. Atribuía aquellas melancolías é ilusiones de su hija á alguna alteración en su salud, y deseaba casarla, á fin de que el amor de su esposo ó el cariño de los hijos tranquilizase su alma, y que las distracciones de madre de familia hiciesen evaporar aquella imaginación infantil. Llevó á veces su incredulidad hasta el rigor, diciendo á Juana que: «si llegaba á entender prestaba fé á sus supuestas entrevistas con los espíritus tentadores y trataba de mezclarse en el estruendo de la guerra, preferiría antes verla ahogada por sus propios hermanos ó ahogarla él mismo.»

#### XIII.

El disgusto de su madre y ni aun las amenazas de su padre ahogaban las visiones ni las voces. Obediente en todo lo demás, Juana deseaba obedecer también en esto; pero la inspiración era más obstinada que la voluntad. El cielo debía ser obedecido antes que los hombres, y el prodigio era para ella más imperioso que la naturaleza. Sentía desobedecer y suplicaba á Dios la librase de aquella lucha que desgarraba su corazón. Esperaba conseguir más tarde el beneplácito y el perdón de sus padres, como en efecto le obtuvo cuando su gloria hubo justificado su desobediencia. La inspiración es igual que el genio; no se les corona sino después de haberlos combatido.

#### XIV.

Había, sin embargo, al lado de Juana un hombre de su familia, ó más sencillo, ó más tierno, ó más naturalmente entusiasta que su padre, en quien la pobre inspirada hallaba algún apoyo, ó cuando menos pie-

dad. Era aquel un tío suyo, de quien la historia hubiera debido conservar el nombre cuando menos, por haber sido el primero que creyó en su sobrina y el primer cómplice de su genio. Estos segundos padres son á veces en las familias mas tiernos y mas paternales que los padres verdaderos, teniendo mas debilidades hácia los niños de la casa, porque desconfían menos de su amor, y á quienes aman por voluntad y no por deber. Tal parece haber sido el tío de Juana, el padre predilecto, el consolador, el confidente, el intermediario en fin, seducido por su corazón entre su nieta y el cielo.

Para libertar á Juana de las reprensiones y amenazas de su padre y de sus hermanos, el tío la llevó algún tiempo á su casa con pretexto de que cuidara á su muger que se hallaba en cama. Juana aprovechó aquella corta permanencia fuera de la casa de sus padres para obedecer al que mandaba en su alma. Suplicó á su tío fuese á Vaucouleurs, plaza de guerra inmediata á Domremy, y reclamase la intervencion del señor de Baudricourt, comandante de la ciudad, para que pudiese llevar á cabo su mision.

El tío, seducido por su sobrina, y sin duda impulsado por su muger, cedió sencillamente á sus deseos: marchó, pues, á Vaucouleurs y dió cuenta al señor de Baudricourt del mensaje que habia tomado á su cargo con tanta complacencia. El guerrero oyó con indulgente ironía al aldeano, creyendo en efecto que no podria hacer otra cosa que reirse de la demencia de una aldeana de 17 años, ofreciéndose á hacer por el delfin y por el reino lo que miles de caballeros, de políticos y de guerreros no podian conseguir con la fuerza del genio y de las armas. «Lo que debeis hacer, dijo Baudricourt al mensajero de los prodigios despidiéndole, es enviar de nuevo á vuestra sobrina, despues de darla unos cuantos bofetones, á casa de sus padres.»

Regresó el tío convencido sin duda por la incredulidad de Baudricourt, y resuelto á borrar para siempre aquel sueño de la imaginacion de las mugeres. Empero Juana tenia tanto imperio sobre él, y el convencimiento la hacia tan elocuente que no tardó en reconquistar la perdida fé de su tío y en persuadirle á que la llevara consigo á Vaucouleurs, sin que sus padres lo supieran. Conocia muy bien que aquel era el paso decisivo, y que una vez fuera del pueblo jamás volveria á entrar en él. Participó solo su marcha á una jóven á quien amaba con ternura, llamada Manguete, la cual oró con ella, pidiendo á Dios que la ayudase. No hizo asi con otra amiga suya, á quien amaba mas aun, llamada Haumette, á quien ocultó su intento: «Temiendo, dijo luego, no poder vencer su dolor ni abandonarla si se despedía de ella, lloró mucho en secreto y sofocó su llanto.»

## XV.

Vestida con una saya de paño encarnado, segun el uso de las aldeanas del pais, Juana partió á pie con su tío, y en llegando á Vaucouleurs recibió la hospitalidad en casa de la muger de un carretero, primo de su madre. Baudricourt, vencido al fin por la insistencia del tío y la obstinacion de la sobrina, consintió en recibirla, no por credulidad sino por fastidio. Quedóse sorprendido de la belleza de la jóven aldeana á quien su caballero Danlon pinta en estos términos hácia aquella época: «Era una jóven hermosa y bien formada,

dice, describiendo castamente hasta las gracias de la muger.»

Luego que Baudricourt la hubo preguntado, Juana le dijo con un acento de modesta decision, que iba á hablarle, no en nombre suyo, sino por la autoridad del que la inspiraba desde lo alto: «Llego hasta aqui en nombre de Dios, mi señor, para deciros que hagais saber al delfin permanezca donde está y no presente batalla á los enemigos en este momento, porque Dios le enviará socorros á mediados de cuaresma. El reino prosiguió Juana, no le pertenece á él sino á Dios, su señor, quien no obstante le destina para dirigirle; á pesar de los enemigos será rey, y yo la que le llevaré á Reims para que alli sea consagrado.»

Baudricourt la despidió para reflexionar, temiendo sin duda despreciar ó creer demasiado en un tiempo en que la incredulidad le podia ser imputada como una falta por la voz pública del mismo modo que la exagerada creencia. Refirió prudentemente aquel caso al clero, juez en materias sobrenaturales. Consultó al cura de Vaucouleurs, y ambos fueron con toda solemnidad á visitar á la jóven aldeana á casa de su prima, la muger del carretero. El cura, para estar preparado á cualquier evento, habiase puesto sus vestiduras sacerdotales, armas contra el espíritu tentador. Empezó exorcizando á Juana para el caso de que se hallara poseida de algun demonio, y la intimó que se retirase si tenia algun trato con Satanás. Pero los demonios de Juana no eran otros que su piedad y su genio. Soportó, pues, la prueba sin escandalizar lo mas mínimo al sacerdote ni al guerrero, los cuales se retiraron indecisos y edificados.

## XVI.

La noticia de aquella visita del gobernador y del cura á la casa de la muger del carretero admiró y edificó á todas las gentes del pueblo, y sobre todo á las mugeres. La mision de Juana, que se convirtió en objeto de fé para unos y de mera conversacion para otros, se habia esparcido de tal modo que no le era ya posible á Baudricourt sofocar aquellos rumores, y empeñaba ya la opinion á acusarle de indiferencia ó de pereza. «Descuidar un socorro semejante del cielo ¿no era hacer traicion al delfin y á la Francia?» Un noble de las cercanías que como otros habia ido á ver á Juana, la dijo en tono de acusacion contra Baudricourt: «¿Y bien, amiga mia, será forzoso que el rey sea despojado y que nos convirtamos en ingleses?»

Juana unió sus quejas á las del noble y del pueblo, aparentando lamentarse menos de ella misma que de la Francia; mas tranquilizándose luego con la promesa que oyera de lo alto, dijo: «A pesar de todo, preciso será que antes de mediados de cuaresma vea yo al delfin, aun cuando para conseguirlo tuviera que gastar mis piernas hasta las rodillas. Porque nadie en el mundo, ni reyes, ni duques, ni las hijas del rey de Escocia pueden volver á posesionarse del reino de Francia; sin que para ello cuente con otros socorros que yo misma, aun cuando yo hubiera preferido, añadió con tristeza, continuar hilando la rueca al lado de mi pobre madre!... Porque sé muy bien que el combatir no es mi oficio; pero es necesario que yo vaya y ejecute lo que se me ha ordenado, pues mi señor lo quiere...»

Preguntáronla: ¿Y quién es vuestro señor?

—¡Dios! respondió.

Un caballero anciano y otro jóven que se hallaban

presentes se conmovieron, prometiéndola bajo su palabra, estrechando sus manos entre las de ellos, que con la ayuda de Dios, la harían hablar al rey.

## XVII.

Mientras estas dilaciones que parecían prescritas por el respeto mismo hacia el delfín, Baudricourt condujo á Juana á presencia del duque de Lorena, cuyas veces hacía en Vaucouleurs, á fin de descargar su responsabilidad y tomar sus órdenes.

El duque vió á Juana y la preguntó acerca de una enfermedad que le aquejaba en aquel momento; mas ella solo le habló de curar su alma, reconciliándose con la duquesa, de quien estaba separado. Baudricourt la condujo otra vez á Vaucouleurs.

Durante el viage y la permanencia de Juana en casa del duque de Lorena, fué advertido por cartas el delfín de la maravilla de Domremy. Creen algunos que Baudricourt quiso ante todo tomar las órdenes del delfín y de su suegra la reina Yolanda de Anjou, y que el delfín, la reina Yolanda y el duque de Lorena se concertaron con Baudricourt para utilizar en provecho de su causa la aparición de una jóven bella y piadosa, digna de protección divina para los pueblos, de entusiasmo para el ejército y de salvación para el reino. Aquella opinión tenía algo de verosímil, y la política de una fé semejante no excluía de ella la sinceridad en un siglo en que así las córtes como los campos participaban de todas las creencias del pueblo. Los preparativos para el viage y para la recepción de Juana en la córte, así como las consideraciones que la tuvieron el delfín y la reina Yolanda á su llegada, demostraron bastante que se aguardaba el prodigio y que se deseaba hacerle estallar.

## XVIII.

Los habitantes de Vaucouleurs compraron á Juana un caballo que costó diez y seis francos (sesenta reales), y un traje de guerrero para proteger su propia persona, al tiempo que para manifestar su misión guerrera. Baudricourt la dió una espada. Habiendo llegado hasta Domremy la noticia de su marcha al ejército, acudieron su padre, su madre y sus hermanos para detenerla y llevarla consigo. Juana lloró con ellos; pero sus lágrimas, enterneciendo su pecho, no pudieron ablandar su resolución.

Acompañada de los dos nobles y de algunos caballeros de su comitiva, partió para Chinon, en donde se hallaba el delfín. Su escolta le hizo atravesar rápidamente las provincias en que dominaban los ingleses y los borgoñones, por temor de que no les fuera arrebatado su depósito. Indecisos en un principio sobre la naturaleza de las inspiraciones de la jóven, tan pronto la veneraban como una santa, tan pronto la miraban como á una hechicera poseída de algun genio malféfico. No faltaron tampoco quienes deliberaron secretamente el deshacerse de ella en el camino, precipitándola en algun torrente de las montañas, y atribuyendo su desaparición á un rapto del diablo. Mas de una vez al ir á poner en ejecución su complot, fueron detenidos como por una mano divina: la juventud, la belleza, la inocencia y el candor santo de la jóven, fueron sin duda el encanto sobrenatural que desarmó sus corazones y sus brazos. Incrédulos al partir, llegaron ya convencidos.

## XIX.

La córte errante se hallaba en el castillo de Chinon, cerca de Tours. Aguardábase allí á la inspirada de Vaucouleurs con diversos sentimientos. Los consejeros reputados como mas sabios, disuadían al delfín de que acogiese y escuchase á una niña, que si no era un instrumento del ángel de las tinieblas, seria cuando menos la mensajera de su propia ilusión. Otros, mas crédulos ó menos graves, impelían al delfín á que ya que no otra cosa, consultase aquel oráculo. La reina Yolanda y las favoritas, estaban orgullosas de que la salvación viniera de una muger. Fáciles en creer, dispuestas á seducir y á ser seducidas, conocían que los medios humanos para levantar la causa del rey estaban agotados, y que un medio sobrenatural, verdadero ó falso, podía únicamente devolver el entusiasmo con la esperanza á los soldados y á los pueblos. «Quizá era Dios quien proponía aquel socorro.» Política ó credulidad, todo era bueno para una causa vencida y desesperada.

El delfín, fluctuando como la juventud, entre el amor y la gloria, entre los consejos graves y los de una muger, se hallaba en una de esas crisis de abatimiento moral en que se está dispuesto á creerlo todo, porque ya no se esperaba nada.

## XX.

Juana llegó á Chinon en estas circunstancias, yendo á parar al castillo del señor Gaucourt, en las inmediaciones. Visitada por las damas y los señores de la comitiva del rey, su sencillez atrajo á unos y edificó á otros. Los caballeros que se mantenían adictos al rey en Orleans, tenían hasta necesidad de un milagro para que titubearan en creer en su misión, así que enviaron á algunos de los suyos para implorar y animar á su futura libertadora. El delfín, por instigación de aquellos, consintió al fin en recibirla; pero quiso experimentarla desde el primer momento.

La humilde aldeana de Domremy fué introducida, en su traje de pastora, ante aquella córte de guerreros, de consejeros, de cortesanos y de reinas. El delfín, vestido con una sencillez afectada, y confundido entre los grupos de sus caballeros ricamente armados, dejó á propio intento á la jóven en la duda sobre quién de entre todos seria su soberano. «Si Dios la inspira verdaderamente, dijo para sí, él la conducirá ante aquel por cuyas venas circula solo la sangre real; si es el demonio, la dirigirá á aquel de entre mis guerreros cuyo exterior aparezca mas brillante.»

Juana se adelantó, en efecto, confusa, aturdida y como indecisa entre aquella multitud, mas buscando con una mirada tímida al único á quien venia dirigida.

—Yo no soy el rey, la dijo el príncipe tratando de hacerla dudar. Pero Juana, á quien iluminaba su corazón, insistió con mas vehemencia diciendo:

—Por el Dios á quien venero, gentil príncipe, vos sois, que no otro alguno!

En seguida y con voz mas alta y solemne, prosiguió:

—Muy noble señor, delfín, el Rey de los cielos os envía á decir, por mi mediación, que sereis consagrado y coronado en la ciudad de Reims, y su lugarteniente en el reino de Francia.

Al oír esto, la córte se maravilló, y el delfín se conmovió, admirado de la jóven. Sin embargo, quiso tener aun otro indicio mas difícil y secreto, y llevóla á parte. La habló acerca de un misterio de su alma que remordía su conciencia y que le inspiraba ocultas dudas sobre su derecho al trono. Este misterio, que jamás lo había revelado á persona alguna, podría hacer avergonzar á su madre y separar de su frente la corona. La conducta de Isabel de Baviera le hacía dudar si él era verdaderamente hijo de Carlos VI. La inspirada respuesta de Juana, aun cuando no llegó á oídos de los asistentes, infundió de una manera visible la seguridad y la alegría en el rostro del delfín. Este se encerraba con frecuencia en su oratorio, rogando á Dios con lágrimas en los ojos, que si era en efecto el legítimo heredero del reino, se dignara la Providencia confirmarle y conservarle su herencia ó á lo menos evitarle la muerte y asegurarle un asilo entre los españoles ó los escoceses, sus únicos amigos.

—De parte de Dios te digo, le repitió Juana en voz mas alta saludándole, que eres verdadero hijo de rey y heredero de Francia.

## XXI.

Esta conversacion con el rey, el favor de las princesas, las instancias de los enviados del ejército de Orleans, el rumor popular, mas dispuesto á apasionarse de lo maravilloso que de lo posible, la aventura de un guerrero incrédulo, que habiendo blasfemado de Juana al pasar un puente, se ahogó en el Loira poco tiempo despues, la política, en fin, que prolongaba ó que fingia una fé conveniente á sus designios, todo contribuía á crear en derredor de la estrangera un fanatismo de respeto y de esperanza que constituía en impiedad la mas mínima duda.

El bastardo de Orleans, el famoso *Dunois*, la llamaba á aquella ciudad por medio de reiterados mensajeros, para infundir nuevos alientos en el corazón de sus soldados. El duque de Alençon, príncipe caballeresco y cortés, acudió al rumor del prodigio, abrazando con el ardor de la juventud y del entusiasmo la causa de la inspirada. Los cortesanos iban á reunirse con ella al castillo de Coudray; unos la presentaban caballos de batalla, otros la ejercitaban en el manejo del corcel y la enseñaban á romper lanzas; todos se quedaban á los ortos del atrevimiento, de la gracia y de la fuerza que demostraba en tales ejercicios de la guerra, como si el alma de un héroe se hubiera equivocadamente ocultado bajo distinta forma, al infundir en una jóven de diez y siete años la pasión de las armas y la intrepidez de los combates.

El delfín, no obstante, titubeaba aun en condescender á las inspiraciones de la jóven, retraído por su canciller, que temia la burla de los ingleses, si la Francia confiaba su espada á una mano que solo había manejado la rueca. El canciller temia asimismo al clero, que podría atribuir á sortilegio la inspiracion, y ofenderse de una fé que jamás habría autorizado en el pueblo. El rey creyó prudentemente que era necesario ante todo enviar á Juana á Poitiers para someterla al examen de la universidad y del parlamento. Estos dos oráculos de la época, arrojados de París, residían entonces en aquella provincia. «Conozco muy bien, exclamó Juana, que me aguardan duras pruebas en Poitiers, á donde se me conduce; pero Dios me asistirá: vamos, pues, con confianza»

## XXII.

Interrogada con bondad, pero escrupulosamente, por los doctores, les confundió á todos, así con la fé que tenia en sí misma, como con su paciencia y su dulzura. Uno de ellos la dijo:—Pero si Dios ha resuelto salvar la Francia, para ello no tiene necesidad de guerreros.

—Es verdad, contestó, mas los guerreros combatirán y Dios dará la victoria.

Otro la dijo:—Si no presentais otra prueba de la verdad de vuestras palabras, el rey no os confiará soldados para que los conduzcáis al peligro.

—¡Por mi Dios! repuso Juana, no es á Poitiers á donde se me envia para dar pruebas; pero conducidme á Orleans con el número de soldados que os plazca concederme, por corto que sea, y allí os las daré. La prueba que espero daros es la de hacer levantar el sitio de Orleans!

Y como los doctores la citasen textos y libros que prohibían creer con tanta facilidad tales revelaciones, contestó:

—No lo niego; pero hay muchas mas cosas escritas en el libro de Dios que en los de los hombres.

Por último, los obispos declararon que nada había imposible para Dios, y que la Biblia estaba llena de misterios y de ejemplos que podían autorizar á una jóven humilde á combatir bajo el traje varonil para dar la libertad á un pueblo. La reina Yolanda de Sicilia, suegra del delfín, y las damas mas respetables de la córte, atestiguaron la pureza de costumbres y la virginidad de la profetisa; de manera que ya no se titubeó en confiarla el ejército, que al mando del duque de Alençon, su mas celoso creyente, debía ir á socorrer á Orleans.

## XXIII.

Se forjó para Juana una armadura ligera y de color blanco, en señal del candor de la heroína. Reclamó una larga espada enmohecida, señalada con cinco cruces, que declaró estar oculta en la capilla de una iglesia inmediata á Chinou, y que se encontró allí. Dióselo un estandarte, tambien blanco, sembrado de flores de lis, flores heráldicas de Francia, y de este modo cabalgó seguida de un anciano y valiente caballero su protector, llamado Daulon; de dos mancebos, sus pages; de dos heraldos de armas, de un capellan, de una numerosa comitiva de servidores, y de un pueblo inmenso que bendecía en ella anticipadamente el milagro y la salvacion.

Al llegar á Blois fué recibida en triunfo por los gefes del ejército, reunidos para verla y para obedecer sus inspiraciones divinas: el mariscal de Boussac, Dunois, Lahire, Saintrailles, todos habían recibido orden del canciller para que respetasen en aquella jóven la mision de Dios y la voluntad del rey. Pero el apasionado fanatismo del pueblo hácia la guerrera virgen de Domremy, imponía al ejército mas aun que la orden del delfín. Servidora de Dios, así como del trono, Juana empezó reformando las costumbres desordenadas y los escándalos del ejército. Arrojó á las llamas los naipes, los dados, los instrumentos de hechicería y de juegos de todas clases que abundaban en el campo y en la ciudad. Predicadores populares

seguían á Juana y predicaron las mugeres y los soldados. Uno de aquellos se exaltó con tal fanatismo, y conmovió de tal modo al pueblo, mas como tribuno que como sacerdote, que el papa le hizo prender por la inquisicion, y fué quemado vivo como fautor de herejía.

Otro, el hermano Richard, fraile de la órden de San Francisco, atraía en pos de sí tal muchedumbre de gentes, que millares de hombres y niños dormían sobre el duro suelo, alrededor de la tribuna al aire libre, la vispera de sus predicaciones. El viento del Espíritu Santo soplaba como una tempestad sobre las almas: la religión, el patriotismo y la guerra agitaban las masas. La humilde Juana seguía á pie á los predicadores por las calles de Blois; pero su misma humildad la designaba á la multitud apasionada. El franciscano abrigaba ocultos celos contra ella, aun cuando aparentaba participar del fanatismo del ejército. Todo se hallaba ya preparado en las cosas y en los ánimos para los milagros, hasta la envidia y hasta el suplicio despues del triunfo.

El ejército, purificado por las reformas y por la disciplina que Juana habia establecido, se aumentaba con numerosas compañías de gentes de guerra, que acudían de todas las provincias al rumor del prodigio. El estandarte de la virgen de Domremy era verdaderamente la oriflama de la Francia.

## XXIV.

Presurosos los gefes en aprovechar aquel entusiasmo, movieron sus tropas. Juana, consultada por ellos, queria que, sin consideracion al número y posicion de los ingleses, se marchase directamente á Orleans por el camino mas corto, el del Beauce. Los generales fingieron consentir en ello; pero la engañaron en beneficio de las tropas, y la hicieron pasar el Loira para avanzar al abrigo del rio por los bosques y las lagunas del Sologne. El capellan de Juana marchaba á la cabeza del ejército llevando su estandarte y cantando himnos. La marcha parecia una procesion en que el sacerdote guiaba los soldados.

Juana llegó al tercer dia al frente de Orleans. Cuando vió el rio entre ella y el ejército, se indignó de haber sido engañada por los generales, y quiso que se atacaran sobre la marcha las fortificaciones de los ingleses, interpuestos entre el ejército y la ciudad. Desatendióse su impaciencia.

Dunois, que tenia el mando en gefe del ejército auxiliar y del de Orleans, se lanzó á una frágil barquilla al ver á la doncella desde lo alto de los baluartes. Apenas saltó á tierra y se acercó á Juana, le dijo esta: «¿Sois vos el bastardo de Orleans?—Sí, contesto Dunois, y me regocijo de vuestra llegada!» Ella entonces con un tono de dulce reconvenccion, añadió: «¿Sois vos, por ventura, quien habeis aconsejado tomar el lejano camino del enemigo por el Sologne?—Es el consejo de los mas viejos y prudentes capitanes, dijo Dunois.—El consejo de Dios, repuso Juana, es mejor que los vuestros. Habeis creído engañarme y os habeis engañado vos mismo. No temais nada; Dios me muestra su camino, y para eso he nacido. Os traigo el mejor socorro que jamás pudo recibir caballero ó ciudad alguna, el socorro de Dios!...»

En aquel momento, el viento que agitaba las olas del Loira en sentido contrario á su curso y que impe-

dia á las barcas cargadas de víveres y armas llegar al puerto de Orleans, cambió de repente como por milagro, y la ciudad fué abastecida á pesar de los ingleses.

Al dia siguiente, despues de despedir al ejército del rey, que no tenia otra mision que la de escoltar el convoy hasta las puertas, y que debia regresar para defender la llanura, Juana entró en Orleans á la cabeza de doscientas lanzas solamente, seguida del intrépido caballero Lahire y de Dunois. A caballo sobre una blanca hacanea, enarbolando su estandarte con la diestra mano, cubierta de su ligera y resplandeciente armadura, era aun mismo tiempo para los habitantes de la ciudad y para los soldados, el ángel de la guerra y de la paz. Los sacerdotes, el pueblo, las mugeres, los niños se precipitaban bajo los pies de su caballo, para tocar siquiera sus acicates, creyendo que emanaba de aquella enviada de Dios una virtud divina. Hizose conducir al templo, en donde la socorrida ciudad entonó un solemne *Te-Deum* en accion de gracias. Pero el socorro que confortaba mas al pueblo, era el sobrenatural que creia ver y poseer en la profetisa.

Juana fué conducida desde la catedral á casa de la muger mejor conceptuada de la ciudad, para que su virtud estuviese al abrigo de las malas lenguas, y su buena reputacion permaneciese ilesa entre la confusion de los campamentos. Habíanla preparado un festin; mas ella aceptó tan solo un poco de pan y vino, en humilde recuerdo de la mesa frugal de su padre.

## XXV.

Desde allí dictó una carta á los ingleses, la cual habia meditado durante el camino. Aquella carta era en un todo parecida, por sus apóstrofes y por su aserto, á las intimaciones que los héroes de Homero se dirigian antes de entrar en combate, desde lo alto de las murallas ó en el campo de batalla. «Rey de Inglaterra, decia la carta, y vos, duque de Bedford, que os decís regente de Francia; y vos Guillermo, conde de Suffolk; Juan Talbot, y vos, Tomás Scales, que os suponeis lugarteniente del duque de Bedford, obedeced al rey del cielo, entregad las llaves del reino á la doncella enviada de Dios! Y vosotros, arqueros y soldados que estais á la vista de Orleans, marchaos á vuestro pais de parte de Dios!... Rey de Inglaterra, si así no lo haceis, yo, caudillo de los guerreros, en donde quiera que os encuentre, os lo haré ejecutar yo mismal... Y creed firmemente, que el rey del cielo me enviará mas fuerzas que vos podreis conducir á todos vuestros asaltos.»

En seguida les brindaba la paz, y les prometia seguridad y buena acogida si querian pasar á tratar con ella á Orleans.

La risa, la burla y los cínicos sarcasmos de los sitiadores fueron la sola respuesta á aquella carta de Juana. Llamáronla impúdica y guardadora de vacas, deteniendo con deslealtad en clase de prisionero á su heraldo de armas. Envió despues un segundo á Talbot, para proponerle el combate en palenque cerrado al pie de las murallas de la ciudad. «Si quedo vencida, decia á Talbot, me hareis quemar en una hoguera; si salgo victoriosa, levantareis el sitio.» Talbot no contestó sino con el silencio del desprecio; hubiérase creído deshonrado al aceptar el reto de una muchacha.

## XXVI.

Llamada Juana al consejo de los generales que mandaban las tropas, por respeto á la voluntad del rey y á la supersticion del pueblo, manifestó la misma impaciencia de combatir y la misma confianza en la ayuda con que se creía protegida. Dunois aparentaba ceder á cuanto decia, aun en contra de sus propias ideas, conociendo que de aquel modo satisfacía al pueblo é inflamaba al soldado. El bastardo, este gefe tan político como guerrero, si no creía mas que á medias en las revelaciones, creía en el entusiasmo. La gracia y la fé de Juana le seducian á él mismo; entendiase maravillosamente con ella, ilustrándose con sus advertencias en los consejos y enardeciéndose con su heroismo en la accion.

El señor Gamaches, viejo soldado, festigo de las condescendencias de Dunois y de Lahire con las temeridades de la jóven, se indignó desde el primer dia, de que fuesen preferidas las revelaciones de una aldeana á la experiencia de un gefe consumado como él. «Toda vez que se atiende, exclamó, la opinion de una aventurera de infima clase, con preferencia á la de un caballero como yo, no disputaré mas. Mi espada será la que hable en tiempo y lugar, y quizá allí pierda la vida; pero mi honor, asi como el interés del rey, me prohíbe obedecer semejantes locuras. Desarmo mi estandarte, y de hoy mas no soy sino un simple escudero. Prefiero tener por gefe á un noble, que á una niña, cuyos antecedentes son desconocidos.» En seguida, rollando su estandarte, lo entregó á Dunois.

Juana no respiraba sino la guerra, y todo retraso en conseguir la libertad del pais por medio de las armas, le parecia una duda de la palabra divina y una ofensa á la fé. Aquel mismo dia montó á caballo para escoltar un destacamento que iba á Blois en busca de refuerzos; y á la vuelta, lanzando sola su caballo hácia el baluarte de una de las fortalezas que los ingleses habian levantado en derredor de la ciudad, y alzando la voz para que la oyeran, les intimó evacuar sus fortalezas.

Dos caballeros ingleses, Granville y Gladesdale, célebres por su valor y por el mucho daño que habian hecho á los de la ciudad, la respondieron con injurias y desprecios, diciéndola que se volviera con sus rebaños.

«Mentis, les contestó Juana. Antes de poco saldreis de aqui; muchos de los vuestros perecereis, y ni vosotros mismos quedaréis para contarlos.» De este modo les profetizaba su derrota y su muerte.

## XXVII.

El segundo refuerzo conducido de Blois por el mismo Dunois, entró en la ciudad sin el menor contratiempo.

Dunois fué á dar gracias á Juana por la buena idea que le habia inspirado, anunciándole la próxima llegada de un ejército inglés que iba á completar el bloqueo. «¡Bastardo! ¡bastardo! le dijo Juana, te mando que tan luego como aparezca ese ejército en campaña, me lo avises, porque si se presenta sin que yo salga á atacarlo, te haré cortar la cabeza,» añadió en tono festivo. Dunois prometió advertirla.

Pocos dias despues, hallándose una tarde sobre su lecho, descansando de las fatigas que habia pasado

aquella mañana para restablecer el orden, la piedad y las buenas costumbres entre las gentes de guerra, una inquietud sobrenatural la impedia dormir. Levántase de repente y llama á su escudero el anciano señor de Daulon. «¡Armadme! le dice. El corazon me ordena que vaya á combatir á los ingleses, pero no me especifica si he de dirigirme contra sus fuertes ó contra su ejército.»

Mientras que el caballero la ponía su armadura, se alzó en las calles un gran rumor. El pueblo juzgaba que los franceses perecian ahogados en las puertas de la ciudad. «¡Dios mio! exclamó Juana, ¡corre la sangre de los franceses! ¿Por qué no me han despertado antes? ¡Mis armas! ¡mis armas! ¡Mi caballo! ¡mi caballo!» Y sin aguardar al señor de Daulon, que aun no se habia armado á sí propio, Juana, á medio vestir el traje de guerra, se precipita fuera de la casa.

Su pagecillo jugaba como un niño en el umbral. «¡Descuidado page! ¿por qué no habeis venido á avisarme, le dijo, que corria la sangre de la Francia? ¡Vamos, pronto, mi caballo!»

Se lanza sobre él, y acercándose á una ventana alta desde donde la alargaron su estandarte, partió á galope hácia la puerta de la ciudad. Al llegar encontró á uno de los suyos, á quien conducian herido y ensangrentado de las murallas. «¡Ah! exclamó, ¡jamás he visto la sangre de un francés sin erizarseme los cabellos!»

Los caballeros franceses habian intentado sorprender el fortin de Saint-Loup, y Talbot que fué á socorrerle venia vencedor, persiguiéndolos y acosándolos hasta las murallas de Orleans. Lanzó Juana fuera de las puertas; rehizo los vencidos; echó mano de los refuerzos; rechazó á Talbot; asaltó la fortaleza; inmoló á los ingleses; hizo prisionera á la guarnicion, y pasando al instante de la cólera á la piedad, lamentó los muertos y evitó fueran acuchillados los vencidos. Inspirada y heroína á la vez de su causa, el milagro de su insomnio, de su inteligencia, de su brazo y de su piedad, puso fuera de toda duda la fé de su nombre en los campamentos franceses y esparció el terror de su aparicion en el de los ingleses.

Trató de escusar hasta la sangre de sus enemigos. Resuelta á dar un ataque decisivo á sus fortalezas, subió á lo alto de una torre, y desde allí, atando á una flecha la carta en que les intimaba rendirse, prometiéndoles gracia, tendió el arco y lanzó el dardo á su campo. Empero continuaron sordos á esta segunda intimacion y la devolvieron por igual conducto las contestaciones mas infames.

Sonrojóse Juana al escuchar su lectura, y no pudo contener el llanto en presencia misma de sus gentes; mas no tardó en consolarse, reflexionando que Dios la hacia mas justicia que los hombres. «¡Bah! dijo, enjugándose las lágrimas, mi Dios sabe que esas no son mas que mentiras.»

## XXVIII.

Ordenó, por opinion de Dunois, una salida y un asalto general sobre las cuatro fortalezas inglesas de la orilla izquierda del Loira. El ataque fué rechazado y los franceses puestos en fuga. Juana contemplaba la batalla desde lo alto de una isleta, en medio del rio, y viendo la derrota se lanza en una frágil barquilla, y conduciendo á nado por la brida su caballo, llega al centro del combate. Su presencia, su voz, su

estandarte, la divinidad que los soldados creían ver resplandecer sobre su hermoso rostro, les rehace, les anima y la siguen á las empalizadas: Juana, en un momento subyuga las fortalezas y las pone fuego con sus propias manos. Las cenizas de los fortines ingleses, empapadas en la sangre de sus defensores, fué el trofeo de aquella victoria. Juana volvió triunfante, herida en el pie por una flecha, y aun cuando perdía sangre no quiso comer ni beber, porque había jurado ayunar aquel día por la salvación del pueblo.

Dunois y sus oficiales creían estar bastante desembarazada una de las orillas del río: «No, no, dijo Juana; vosotros habeis seguido vuestros consejos, yo sigo el mio. Creed que el consejo de mi rey y señor prevalecerá sobre el vuestro. Estad prontos mañana con el ejército, pues tendré que trabajar mas que hasta aquí: ¡se derramará sangre de mi cuerpo! ¡Seré herida!»

En vano los capitanes cerraron las puertas para oponerse el día siguiente á su ardor. El pueblo y los soldados, fanáticos de amor y fé hacia ella, se amotinaron casi contra los gefes, y amenazaron á los generales. Las puertas de la ciudad fueron derribadas por la multitud, que se precipitó como un torrente en pos de su profetisa. Los gefes fueron arrastrados por la tropa. Dunois, Gaucourt, Granville, Gonthaut, de Ruiz, Lahire y Saintrailles se lanzaron al asalto de la principal fortaleza que quedaba á los ingleses. El ejército inglés, rodeado de baluartes y fosos, acribillaba á aquellas masas con el horrible fuego de su artillería. Las escalas, cortadas á hachazos, caían sobre los que intentaban el asalto, y al pie de las murallas se veían montones de cadáveres. El desaliento empezaba á apoderarse de la multitud; Juana sola, obstinada en su fé, coge una escala, la aplica al muro de la fortificación y sube la primera con espada en mano. Una flecha la atraviesa el cuello junto al hombro y cae inanimada al foso. Los ingleses, para quienes Juana hubiera sido una victoria, salen de los atrincheramientos para apoderarse de ella. Gamaches la cubre con su hacha y su cuerpo; los franceses acuden á su voz y la libertan. Luego que volvió en sí, viendo á Gamaches herido y vencedor por ella: «¡Ah! dice arrepintiéndose de haberle contrastado una vez; tomad mi caballo y sin rescate. ¡Me engañé en pensar mal de vos, pues jamás vi un caballero mas generoso.» Condújose á Juana á un sitio retirado para desarmarla y reconocer su herida. La flecha salía como unas seis pulgadas por detrás del hombro, y corría la sangre en abundancia. Se vió precisada, como Clorinda, á ofrecer las desnudas bellezas de su cuerpo á las miradas y manos de los hombres; pero la castidad de su alma y la pureza de su sangre, vertida por la patria, la envolvían, dice *Daulon*, con tal santidad en su misma desnudez, que nadie, admirándola, concibió la idea de una profanación. Mas ángel que muger á los ojos de los combatientes y del pueblo, la vestía la divinidad de su empresa.»

Era muger y débil en consecuencia, por lo cual lloró al ver correr su sangre; pero pronto se consoló, rogando á sus celestes protectores. Arrancó en seguida la flecha con su propia mano y contestó á los guerreros que la recomendaban remedios supersticiosos de encantadores y de palabras mágicas que se usaban á la sazón en los campamentos: «Preferiría antes morir que pecar de ese modo contra la voluntad de Dios.» Se la curó la herida con bálsamo y volvió á montar á

caballo para seguir con sentimiento al ejército y al pueblo, que se retiraban desalentados.

### XXIX.

Juana entró en una granja para orar. El corazón la decía que combatiere aun, pero no se atrevía á tentar á Dios y resistir á la opinión de los capitanes.

Su estandarte habiase quedado en el foso, al pie de la escala de donde fué derribada Juana; y habiéndose apercibido de ello *Daulon*, su caballero, corrió con algunos guerreros para ocupar aquel despojo, cuya pérdida hubiera alligido mucho á Juana, y cuya adquisición habria enorgullecido demasiado á los ingleses. Juana los siguió, y en el momento en que *Daulon* volvía á poner el estandarte en manos de su dueña, desplegándose éste, agitado por el movimiento del caballo y por el aire, pareció á los franceses una señal que Juana les hacia para llamarlos á su socorro. Los franceses, ya en retirada, acudieron de nuevo para salvar á su heroína. Los ingleses, que la creían muerta, viéndola de nuevo á caballo á la cabeza de los suyos, la creyeron resucitada ó invulnerable, y se apoderó de ellos un terror pánico. Las ilusiones del fuego de la artillería en medio de la roja humareda de la pólvora les hicieron ver espíritus celestes, divinidades tutelares de Orleans, cabalgando en las nubes y combatiendo con la espada de Dios por Juana y su causa. Una viga arrojada al foso sirvió de puente levadizo á un intrépido caballero que franqueó el paso de las murallas á los batallones franceses. El comandante inglés *Gladesdale*, replegándose ante aquella irrupción, intentaba atravesar un segundo foso para encerrarse en el reducto: «¡Ríndete, *Gladesdale*! le gritó Juana. Tú me has injuriado villanamente; pero tengo piedad de tu alma y de la de los tuyos.»

Apenas hubo dicho estas palabras, el puente levadizo, sobre que combatía con valor el último puñado de ingleses, destrozado por la caída de otra viga, se hundió bajo los pies de los combatientes, y el *Loira* recibe sus cadáveres.

Juana, con la armadura teñida en sangre, entró en Orleans en medio del estruendo de las campanas, orgullosa, pero humilde, de una victoria que el ejército debía toda entera á ella, pero que ella reconocía deber solo á Dios. La embriaguez del pueblo la divinizaba. Ella era su salvación, su gloria y su religión á la vez. Jamás popularidad alguna confundió mejor al cielo y á la tierra bajo la forma de una virgen, de una santa, de una heroína. Lo humilde de su condición la hacia mas querida de aquella multitud, porque la asemejaban mas á ella. La salvación salía de la choza como en Belen.

### XXX.

Los generales ingleses reconocieron el brazo de Dios en el irresistible ascendiente de aquella heroína. Incendiaron ellos mismos las fortalezas que les quedaban en el país y desfilaron en retirada sobre las murallas de Orleans.

Los caballeros franceses y el pueblo querían aprovechar su desaliento para insultarlos y confundirlos: «No, dijo Juana con una dulce autoridad, no les mateis; basta que se vayan.» Y haciendo colocar un altar al pie de las murallas, hizo celebrar en él el sacrificio del perdón y entonar himnos de victoria durante el desfile de sus enemigos.

Libertado Orleans, lo estaba todo el reino. Aquella ciudad hizo de su libertadora, su tutelar divina, y la preparó estatuas, no pudiendo aun erigirla altares.

## XXXI.

Pero Juana no perdió tiempo saboreando vanos triunfos. Condujo el ejército victorioso al delfín, para ayudarle á reconquistar su imperio ciudad por ciudad. El delfín y las reinas la recibieron como á un enviado de Dios que les llevaba las llaves perdidas y recobradas de su reino. «Yo solo duraré un año, dijo con un triste presentimiento que parecía revelarla su cadalso en su victoria; necesito aprovechar bien el tiempo.»

Rogó al delfín fuera á hacerse coronar inmediatamente á Reims, aun cuando esta ciudad y las provincias intermedias estuviesen aun en poder de los borgoñones, de los flamencos y de los ingleses. La imprudencia de este consejo sorprendió á los consejeros y á los generales de la corte. La consagración del soberano en Reims, era á los ojos de todos una imposibilidad ó una temeridad, que por una vanasombra de poder le hacia abandonar los frutos de la victoria que tenia á la sazón entre sus manos. Se quería reconquistar antes la Normandía y la capital; los consejos sucedían á los consejos, Juana sufría en la corte en medio de semejante inacción; sus inspiraciones la asediaban, y ella asediaba humildemente á su vez al delfín.

Cierta día que se habia encerrado con un obispo y con varios confidentes para deliberar acerca del partido que se debía tomar, Juana llamó tímidamente á la puerta del consejo, y el rey la abrió porque conoció la voz de la inspirada.

«Noble delfín, le dijo arrodillándose, no tengais tantos y tan prolongados consejos; venid á Reims y ceñireis vuestra corona. Los cielos me dicen que os lleve allí.—Juana, dijo el obispo á la joven, ¿cómo vuestro consejo os trasmite sus disposiciones?»

«Si, Juana, añadió el rey, decidnos de que manera?»

«Pues bien, respondió la joven; yo me puse en oración; y como me lamentaba de vuestra incredulidad en mi juicio, oí una voz que me dijo: Parte, parte, hija mía, que yo te ayudaré, parte! Y al escuchar esta voz me sentí extraordinariamente regocijada; y quisiera que hablase siempre.»

Cedió el delfín, y dió el mando del ejército al duque de Alençon; marcharon contra los ingleses, dirigidos por Suffolk. La masa de los enemigos que habia que destruir, hacia que vacilara la confianza de la corte y la de los pocos guerreros que seguían á Juana. «No temais atacar, dijo, pues Dioses quienes nos guía. Si así no fuera, ¿no preferiría guardar mi rebaño que esponerme á semejantes peligros?»

La siguieron, atravesaron á Orleans, embriagada todavía con su reciente gloria; marcharon contra Suffolk, el cual se encerró en *Jergeau*. El asalto que se dió allí fué sangriento. Juana subiendo con su estandarte en la mano, fué derribada al foso por una gruesa piedra que rompió el casco que cubria su cabeza; pero pudo levantarse y renovar su primitiva animación.

Suffolk se dirigía á uno de sus caballeros, y Juana estimulaba continuamente á sus tropas para que siguieran adelante. «Teneis miedo, caballero, decia sonriendo al duque de Alençon, que unia la prudencia al valor; no temais nada; yo he prometido llevaros sano y salvo á vuestra muger.»

Buscaban otro ejército inglés mandado por Talbot en la Beauce. Separado de este ejército por un bosque, Lahire, que mandaba la vanguardia, no sabia que sendero tomar. Un ciervo que apareció de repente casi bajo los pies de su caballo se precipita en el campamento inglés, y los descubre á los gritos que no puede contener este pueblo cazador que ve al ciervo. El ejército francés, guiado por este milagroso incidente marcha contra aquellos, que sucumben; sus mas temidos gefes, Talbot, y Scales, se entregan, y son conducidos con Suffolk á los pies del delfín. Juana, testigo de la derrota, despues de la victoria se compadece de los vencidos desarmados, se apea, entrega la brida á su page, levanta á los heridos del suelo empapados en sangre y los cura con sus propias manos.

El regente, duque de Bedford, temblaba dentro de París.

«Todas nuestras desgracias, escribia al cardenal de Winchester, provienen de una joven mágica, que por medio de sus sortilegios ha devuelto el ánimo á los franceses.» El duque de Borgoña, que se hallaba en Flandes fué mandado llamar por Bedford, el cual vino para alentar y defender á París auxiliado por los ingleses.

## XXXII.

Sin embargo, Juana, despues de esta victoria, volvió á donde el rey se hallaba; últimamente le habia decidido á marchar sobre Reims. Se dirigieron á París por Auxerre y marcharon sobre Troyes, capital de la Champagne, y la ciudad se entregó á la voz de la libertadora de Orleans.

Juana, al mismo tiempo que se acercaba á su país iba escitando cada vez mas entusiasmo y mas envidia. Su familia la reconocia en fin, como inspirada, despues de haberla llorado como loca. Sus hermanos llamados por ella al campo, recibían honores y felicitaciones de la corte, pues combatían y triunfaban bajo el mando de su hermana. Pero el monge Ricardo, este predicador envidioso del cual ya hemos hablado, le disputaba su popularidad suponiéndola hechicera: pérdidas semillas de descontento que sembraba con mala intención en el pueblo para desacreditarla.

A su entrada en Troyes, se atrevió á adelantarse hácia Juana y á exorcisarla y á hacer la señal de la cruz sobre su caballo, como contra un fantasma de Satanás. «Venid, acercaos, dijo Juana: no temais que desaparezca volando.»

Chalons y Reims le abrieron tambien sus puertas. El rey fué consagrado, y cumplida la misión de Juana. «Oh mi respetable soberano, decia abrazando sus rodillas en la catedral, luego que le vió coronado, ya se ha cumplido la voluntad de Dios, que me ordenó os trajese á la ciudad de Reims para recibir vuestra santa consagración. Ya sois rey, y la monarquía de Francia os pertenece.»

Ella era el *palladium* visible del pueblo: las mugeres decían á sus hijos que la tocaran, pues la conceptuaban como una reliquia: los soldados besaban arrodillados su estandarte, y santificaban sus armas aproximándolas á su espada desnuda; pero Juana, modesta y religiosamente, se negaba á estas supersticiones y á estas adoraciones de la multitud, no atribuyéndose ninguna virtud sobrehumana, mas que la obediencia á las órdenes que habia recibido de Dios,

cumplidas por su inspiracion. «¡Oh! esclamaba contemplando el entusiasmo de aquel rey devuelto á su pueblo, y de aquel pueblo devuelto á su rey, ¡que no pueda yo morir en este momento!»

«¿Y donde creéis morir? le preguntó el arzobispo de Reims.»

«No sé nada, le respondió la santa jóven; donde Dios quiera; yo he hecho lo que mi Señor ha mandado que haga, y desearia que ahora fuese su voluntad enviarme á guardar mis ovejas con mi hermana y mi madre.»

Juana comenzaba á sentir aquella duda del porvenir que se apodera del heroismo, del genio, de la virtud misma cuando han terminado la primera mitad de toda grande obra humana, y que no le resta mas que la segunda mitad, esto es, el descenso y el martirio. Comenzaba á oír aquellas voces, no ya del cielo, sino del hogar, que llaman en vano al hombre desalentado de sus ambiciones y de sus glorias, al lugar doméstico de sus primeras ternuras, á las humildes ocupaciones de su infancia y á la oscuridad de sus primeros dias. ¡Pobre Juana! ¿Por qué no escuchó estas voces?... Pero Dios la destinaba para otra cosa. No resplandece sin la iniquidad de los hombres y sin el martirio, la verdadera virtud y la santidad.

## SEGUNDA PARTE.

### I.

El genio en accion es una inspiracion del alma; pero esta misma inspiracion necesita servirse de las circunstancias. Cuando estas circunstancias estremas, que producen en nosotros aquella escitacion de todas nuestras facultades que se llama genio, se desvanecen ó se debilitan, el genio tambien se estingue: ya no está sostenido por aquello que le hacia superior al hombre, entonces, se dice de los héroes, de los inspirados ó de los profetas: «Dios ha cesado de hablarle al oído.»

Tal era el alma de Juana de Arco despues de la consagracion de Carlos VII en Reims: por eso desde este instante se apoderó de Juana el mas grande abatimiento. El rey, el pueblo y el ejército á quienes habia hecho vencedores, querian que permaneciera siendo siempre su profetisa, su guía, y su milagro; pero ella no era ya mas que una débil muger extraviada en las córtes y en los campamentos, y bajo su misma armadura sentia su debilidad. Solamente le quedaba su corazon siempre intrépido, pero no inspirado; queria hacer hablar á un oráculo que ya no tenia divinidad, ni lenguaje ni voz; se revela la candidez de su alma en sus respuestas á los jueces, en el momento de su proceso.

La Francia no tenia ya necesidad de Juana. El cambio del delfin, de este príncipe jóven y valeroso, arrancado por una pastora de los brazos de sus queridas, la salvacion milagrosa de Orleans, la derrota de Bedford en las llanuras de Beauce, el cautiverio ó la muerte de los caballeros ingleses mas afamados, el fanatismo religioso y patriótico del pueblo entusiasmado por la aparicion, por la voz y por el brazo de una zagala, y creyendo ver en todas partes milagros en vez de hazañas, todas estas circunstancias habian alimentado la esperanza y el patriotismo sobre la superficie del pais, y el terror y la duda en el corazon de los borgoñones y de los ingleses.

El suelo repudiaba ó devoraba á los enemigos; se creian, en fin, usurpadores de un trono y estrangeros en su patria. La consagracion de Reims, aquella coronacion que se reputaba como divina, que hacia intervenir en ella la mano de Dios y el bálsamo celeste para juzgar la legitimidad de los príncipes, no solamente el amor, sino la religion del pueblo. Defendiendo á su rey, este pueblo creia defender desde entonces al elegido del cielo. Juana de Arco ha sido bien inspirada conduciendo rectamente al soberano á los altares de Reims, porque de otra manera no hubiera conseguido mas que una victoria ó ganado una ciudad, y en Reims habia logrado una monarquía y una divina autoridad. La revolucion contra su persona habia ido degenerando en blasfemia é impiedad, y un político consumado hubiera aconsejado lo mismo que la ignorante inspirada.

Ademas, como sucede siempre en esta clase de revueltas, la division, la discordia, las rivalidades, las mútuas recriminaciones se habian introducido en los consejos de los ingleses y de los borgoñones. El duque de Borgoña, enervado por las prosperidades y por las mugeres, se contentaba con venir de vez en cuando desde Flandes á París para ostentar, como Antonio despues de la muerte de César, la sangre de un padre asesinado en presencia de los parisienses, y para recoger las vanas popularidades de una multitud mas tumultuosa que devota á su persona.

El duque de Bedford, regente de Francia por el rey de Inglaterra Enrique VI, y el cardenal de Winchester, soberano de Inglaterra durante la infancia de este rey, se asediaban y se devoraban mútuamente, al mismo tiempo que aparentaban entenderse y sostenerse. El cardenal, alarmado, no obstante por los reveses harto vergonzosos de Bedford, conducia á París un nuevo ejército. El duque de Bedford temblaba en París: todas las ciudades y todas las provincias circunvecinas sucumbian delante de las fuerzas temibles del rey de Francia, y el estandarte de Juana, desplegado bajo los muros de las puertas sitiadas, bastaba para que abriesen las puertas al rey Carlos. La supersticion del pueblo creia ver en derredor de este estandarte la llama del poder celestial que rodeaba á la enviada de Dios.

Su humildad no se exaltaba absolutamente nada en medio de estos triunfos, ni su castidad era menor al través de los campamentos. Todas las noches, dicen las crónicas, «se alojaba en la casa de la muger mas honrada del lugar, y frecuentemente hasta se acostaba en su propio lecho. Dormia con las armas en la mano y medio vestida con su trage de guerrero, á fin de proteger mejor su pudor.»

Jamás se enorgullecía con los infinitos honores que la tributaban. «Lo que yo hago, decia incesantemente al pueblo supersticioso, no es un milagro, sino un ministerio que me ha confiado la divinidad, por la cual estoy sostenida. No beseis mis vestidos ó mis armas mas como objetos prodigiosos, sino como instrumentos que atestiguan la misericordia de Dios.»

### II.

Despues de algunas operaciones de los franceses y de los ingleses en los alrededores de París para protegerle, el rey se adelantó hasta San Dionisio, y el duque de Bedford se apresuró á encerrarse en la ciudad para defenderla á un mismo tiempo contra el asalto del rey y contra la movilidad del pueblo.

El duque de Borgoña, presintiendo por quién se decidiría la victoria, comenzó á negociar secretamente con Carlos VII. Juana de Arco, consultada acerca de estas negociaciones, los animaba con todo su esfuerzo: las cartas que ella dictaba para el duque de Borgoña no respiraban mas que la paz, el perdon reciproco y la union de todos los miembros de la familia francesa contra el extranjero. Su corazon, que sabia socorrer á los soldados, daba tambien consejos saludables á los políticos; el juicio, la sensatez, se revela en cada una de sus palabras; nadie puede poner en duda la influencia consoladora de sus cartas al duque de Borgoña; no excluía ni aun á los ingleses de su tolerancia y de su deseo por la paz; no injuriaba á los enemigos del rey sino que los suplicaba. Su caridad en las palabras armonizaba con su intrepidez en los combates.

Juana estimulaba al rey para que se diese prisa á atacar á Paris, tomando su deseo por una luz celeste, y su paciencia por una inspiracion. Los generales se resistian aun; mas ella los condujo á su pesar hasta el barrio de la capilla de San Dionisio: allí marchó Juana con la vanguardia mandada por el duque de Alençon, por el mariscal de Baiz, por el mariscal Boussac, por el conde de Vendome y el señor de Albes: Juana dispuso que acampase su ejército en las aldeas inmediatas que dan frente á las puertas del Norte de la capital.

Pero el pueblo, contenido por el ejército de Bedford, por el parlamento y por la clase media, demasiado comprometida con los ingleses y los borgoñones, para no creer en la venganza del rey, no se conmovió mas que para defender á los extranjeros que avasallaban la capital y el trono. El espíritu de sedicion, sostenido por Isabeau, los Armagnacs y las facciones durante tantos años, habian estinguido la nacionalidad en el alma de esta ciudad inconstante. Se cerraron las puertas, se inundaron los fosos, se violaron los depósitos públicos para soltar las tropas, y se propagó la falsa nueva de que el rey y su maga habian jurado hacer rodar su carro triunfal sobre las ruinas de la capital.

Juana, informada de tales rumores, se esforzó cuanto pudo en desmentirlos por la disciplina que sostenia en las tropas del rey. Indignada cierto día de los escándalos que dieron algunos soldados que querian atentar contra el honor de una aldeana, dió á uno de los culpables sobre la coraza un golpe tan fuerte con su espada, que esta se convirtió en dos pedazos. Era la milagrosa espada que habia ejecutado tantos prodigios en su mano. ¡Funesto presagio! El rey la riñó y Juana lloró su espada.

Pero decia que preferia, sin embargo, su estandarte blanco y su hacha, pues ella no atacaba jamás para herir, sino para vencer, y que sus armas jamás se mancharon con la sangre del enemigo. Se atribuía como sacerdotisa de la libertad de su patria aquella ley del sacerdocio que repugna la sangre; siempre muger hasta en medio de los combates.

Después de una semana de inútil espera, Juana mandó dar el asalto á los baluartes desde la cima de aquella pequeña colina, hoy cubierta de calles, de edificios y de templos, que ha conservado el nombre de Cerro de los Molinos. Juana atravesó, con el duque de Alençon y los generales el primer foso, á pesar del fuego que lanzaba la ciudad; cuando llegó al borde del segundo, casi sola y espuesta á los disparos de los baluartes, sondeó la profundidad del agua con

la lanza é hizo llenar el foso de faginas á la par que agitaba su bandera intimando á la ciudad para que se rindiera, cuando una flecha la atravesó la pierna y la dejó caer desmayada sobre un monton de muertos y heridos.

La trasladaron á la parte opuesta del foso, en un sitio bajo, donde las flechas y los fuegos pasaban por encima de su cabeza, y la tendieron sobre la yerba para arrancar la flecha de la herida. Juana recobró la voz y el gesto para alentar á los suyos al asalto. Los valientes caballeros la suplicaban en vano que no se ocupase de la campaña: las flechas y las balas no servirían para la conquista de la ciudad, los fosos se llenarían en vano de cadáveres; mas ella se obstinaba en la victoria ó la muerte. El duque de Alençon temía perder con ella el alma y la fé del ejército, y se vió precisado á socorrerla, sacándola de entre los brazos de los soldados y del siniestro campo de batalla, donde ella queria perecer. La noche cubrió los muros y la llanura; los generales del rey retiraron silenciosamente las tropas, y para no revelar sus pérdidas á los parisenses cuando amaneciera, sacaron los cadáveres del foso. Los ordenaron á guisa de pira en la granja de los Mathurianos y les prendieron fuego durante las tinieblas para no dejar á los ingleses mas que las cenizas.

Semejante revés, que confundió las profecías de Juana de Arco, fué el primer mentis del cielo á su espíritu de adivinacion y el primer atentado contra el prestigio popular de su infalibilidad.

Comenzó Juana á dudar de sí misma; su ánimo cambió á la vez que su fortuna, y se humilló delante de Dios y delante del rey, y renunciando á la guerra, colgó su blanca armadura y su espada sobre la tumba de San Dionisio, en la basilica. Pero el rey y los caballeros la suplicaron de tal manera que volviese á tomar las armas, y se acusaron de tal modo de las faltas que habian desconcertado sus profecías, que Juana tuvo la debilidad de ceñirse otra vez su armadura para complacer al ejército y continuar inspirando y combatiendo, cuando ya le faltaba la inspiracion y cuando le faltaba el ánimo para pelear.

### III.

El ejército se desanimó después de la desgraciada tentativa sobre Paris; se concedieron treguas por una y otra parte para dar tiempo á las negociaciones. Juana pasó á Normandía para auxiliar al duque de Alençon y reconquistar su herencia personal sobre los ingleses. El señor de Albret la obligó en seguida á que guerreade con él en Oranges é hizo prodigios de valor en el sitio de Saint-Pierre-le-Montier: Juana volvió á encontrar su genio inspirador entre el humo del asalto; casi sola al lado del foso y abandonada de los suyos combatia aun. Su fiel escudero Daulon la llamaba en vano. «¿Qué haceis, Juana? Mirad que os encontráis sola. — No, repuso, señalando el espacio vacío y el cielo, tengo 50,000 hombres que me defienden.» Y con extraordinaria audacia continuaba llamando á los soldados desalentados, hasta que logró la siguieran á los muros, los cuales escaló valerosamente con ellos.

Rotas otra vez las hostilidades entre Carlos VII y los ingleses, Juana llevó al rey un ejército bajo los muros de Paris. Desengañada de lo infortunado de las negociaciones, le dijo esta vez al rey «que la paz es

taba en la punta de su lanza.» Desbarató muchos cuerpos de borgoñones y de ingleses, y se encerró en Compiègne para defenderle, como á Orleans, contra el duque de Borgoña. La suerte de los franceses luchaba allí, como en un campo cerrado, contra la fortuna de los dos ejércitos de Inglaterra y de Flandes.

Un hombre intrépido y feroz, Guillermo de Flavy, mandaba la ciudad; el rumor de los tiempos le acusaba de animosidad ó de desden contra la heroína popular de los campamentos.

Juana habia prometido salvar la ciudad. En una de las primeras salidas de la guarnicion contra los sitiadores, ella combatia con su primitiva audacia contra las tropas de Montgomery y el señor de Luxembourg. Dos veces rechazada, dió otras dos veces la victoria á su estandarte.

Al fin de la jornada, los ingleses y los borgoñones reunidos, y concentrando todos sus esfuerzos sobre aquel puñado de caballeros que la rodeaban, se dirigieron á ella sola, como á la única alma de sus enemigos y al único móvil de su derrota.

Cercada y perseguida en medio de los suyos, se sacrificó por salvar á los que habian confiado en ella, y mientras que pasaban el puente levadizo para entrar en Compiègne, se quedó la última, espuesta á los ataques de los ingleses y combatiendo por la salvacion de todos. En el momento en que lanzaba su caballo sobre el puente levadizo para refugiarse la última detrás de los muros, se levantó el puente y la cerró el camino. Cogida por su ropa y precipitada de su caballo, se levantó para combatir otra vez; pero cercada y dasarmada por sus enemigos, se entregó prisionera á Lionel, bastardo de Vendome, y fué presentada al señor de Luxembourg, general del duque de Borgoña.

Ninguna victoria valia tanto á los ojos de los ingleses como el despojo que la casualidad ó la traicion acababa de entregarles. Juana era á sus ojos el genio salvador de la Francia y de Carlos VII; creian teniéndola tener su trono.

El duque de Borgoña acudió en persona para asegurarse de su triunfo, contemplando á su cautiva; le habló en secreto en el recinto donde la habian encerrado. Las salvas de artillería y el *Te Deum* de las catedrales celebraron al punto la prision de Juana de Arco en todas las ciudades y en todas las provincias de los aliados. La Francia misma se creia conquistada con esta jóven.

El pueblo, por el contrario, lloró y lamentó en todas partes su muerte. Se hablaba secretamente en los campos y en las cabañas de la supuesta traicion del señor Flavy, comandante de Compiègne, que habia, segun el pueblo, vendido la heroína de Dios al señor de Luxembourg; se referian en apoyo de esta acusacion, sin pruebas y sin visos de probabilidad, los presentimientos y las proposiciones de Juana la víspera del último combate.

«¡Ay! mis buenos amigos, mis queridos hijos, dijo á sus huéspedes y á sus pages, os lo digo con tristeza, hay un hombre que me ha vendido; me han hecho una traicion y muy pronto seré condenada á muerte. ¡Rogad á Dios por mí, porque muy pronto ya no podré servir á mi rey, ni á la noble soberanía de Francia!»

Presentimiento ó sospecha que en una jóven, alimentada en las máximas del Evangelio, recordaba las de su divino maestro en la cena fúnebre con sus ami-

gos. ¿Aludia Juana al valeroso Flavy, guerrero demasiado brusco para lisonjear las credulidades populares, pero demasiado valiente para ser capaz de una traicion? ¿O pensaba en la envidia del monge Ricardo, cuyas acusaciones de sortilegio la perseguian? Nadie adivinó su pensamiento; pero todos recordaban con dolor sus tristes presagios.

Su madre, que habia venido á verla á Reims, y que se admiraba de su intrepidez en las batallas, habiéndola dicho un dia: «¿Pero Juana, tú no tienes miedo á nada? — No, le respondió; yo no temo mas que la traicion.»

Con efecto, bajo el peso de la traicion, el heroismo, la virtud y el genio sucumben. Facultades poderosas que no pueden combatirse frente á frente, que tienden un lazo lo mismo al águila que al leon.

Se observaba en Juana hacia algun tiempo un fervor extraordinario; entraba de noche en las iglesias y en las capillas de los campos y se arrodillaba, rodeada de niños, á los cuales enseñaba los misterios de la religion cristiana, y muchas veces la sorprendian rezando y orando á la sombra de los mas oscuros pilares del templo. Esperimentaba la agonía del monte de las Olivas antes de su suplicio, como la esperimentó el divino Maestro, á quien ella servia.

Este abatimiento del alma y del cuerpo redobló su amargura despues del cautiverio. Las leyes de la guerra y de la caballería, su sexo, su edad, su belleza, la dulzura y la humanidad que habia manifestado siempre despues de la victoria, el escrúpulo que siempre habia tenido de no derramar nunca sangre en los combates, la pureza de sus costumbres, la candidez de su fé, todo debia prometerle y asegurarle una salvaguardia, la compasion, los respetos que se deben á un guerrero que se entrega y á una muger que era la admiracion de las ciudades y de los campos. Era una infame felonía para un caballero entregar ó vender á otro los prisioneros puestos á merced suya. La hospitalidad obligatoria de la prision era tan sagrada como la del hogar. El señor Ligny, á quien Juana se habia entregado, respondia de su cautiverio ante la costumbre y el pundonor; no podia, segun las leyes y costumbres de la guerra, desprenderse de Juana mas que por medio de un rescate si la Francia se lo proponia.

Pero Ligny dependia del señor de Luxembourg en calidad de vasallo; tenia interés en lisonjear á este caballero, á quien debia muchas consideraciones. El mas estimado presente que pudo ofrecer al señor de Luxembourg, aliado del duque de Borgoña, para conquistarse su favor, era el genio tutelar de Carlos VII.

Despues de haber enviado á Juana prisionera á uno de sus propios castillos, cercano á la Picardia, la entregó al señor de Luxembourg; los ingleses al duque de Borgoña; la inquisicion de Paris la entregaba á los unos y á los otros, encargada de purgar á la tierra de esta victima, cuyo patriotismo era un crimen á los ojos de la inquisicion, aliada y compañera de la usurpacion. «Usando de los derechos de nuestro oficio, escribia el vicario general de la inquisicion á las gentes del duque de Borgoña, requerimos instantáneamente y mandamos, en nombre de la fé y bajo las penas del derecho, envíen y traigan prisionera ante nosotros á Juana, acusada de crímenes, para que proceda contra ella la santa inquisicion.»

El señor de Luxembourg, estrangero, fué menos cruel que los compatriotas de la heroína. Envióla á su

castillo de Beurevoir, donde las señoras de su familia se mostraron dulces y complacientes con ella.

La universidad de París, escandalizada de estas consideraciones y de estas dilaciones, y cobardemente aliada con la inquisición contra la inocencia y la desgracia, apoyó, por medio de cartas, las mas imperativas y las mas ardientes, los pareceres del vicario general de la inquisición: «En verdad, decia la universidad al señor de Luxembourg, en verdad, á juicio de todo buen católico, nunca recibiria la fé tan grande lesion, ni se encontraría en tan eminente peligro, ni jamás la fé pública se encontraría tan escarñada mas que cuando *ella* se libertase por una via tan dañosa y sin recibir el conveniente castigo.»

Se ve que en todos los tiempos los odios de los hombres parecen las justicias de los jueces, y que ni las letras, ni las funciones sacerdotales preservaban á los cuerpos políticos de estas detestables adulaciones á su partido.

Como Luxembourg se resistía aun, la universidad y la inquisición suscitaron la autoridad eclesiástica en la persona del obispo de Beauvais, hombre feroz y fanático, llamado Cauchon: fué el Caifás de este Calvario.

Cauchon, por principio ó por interés, se habia vendido á la causa enemiga. Se atrevió á significar al duque de Borgoña que le entregara su prisionera y él le daría el precio de ella.

«Aun cuando esta muger, decia, no debe ser considerada como prisionera de guerra, sin embargo, para recompensar á los que la han apresado, el rey (era el rey inglés de los parisienses), el rey consiente en darles seis mil francos (suma considerable entonces), y al bastardo que la cogió una renta de trescientas libras.»

El señor de Luxembourg, no atreviéndose á resistir á la vez al secreto deseo del duque de Borgoña, al imperio de los ingleses en la coalición, á la universidad, órgano de la opinion, á la inquisición, órgano de la iglesia, cedió, á pesar suyo, á estas influencias reunidas y entregó á Juana. Crimen colectivo, en el que cada uno se descarta de su responsabilidad; pero del que París tiene la acusación, Luxembourg la cobardía, la inquisición la sentencia, los ingleses la felonía y el suplicio, y la Francia la vergüenza y la ingratitud.

#### IV.

Este tráfico, relativo á la compra de Juana por sus enemigos, de los cuales, los mas encarnizados, eran compatriotas suyos, duró seis meses. Fué arranzada con dolor de los cuidados y verdadera amistad de las mugeres de la casa de Luxembourg en Beurevoir, trasladada á Arrás, y últimamente encadenada en Rouen. Durante estos seis meses, la influencia de este ángel de la guerra sobre las tropas de Carlos VII, su alma que sobrevivió en los consejos y en los campamentos de este príncipe, la superstición patriótica del pueblo bajo hácia ella, superstición que se redobló con su cautiverio, la ausencia, en fin, del duque de Borgoña, cansado de guerra, inclinado á las negociaciones, embriagado de amor y de festines, ocioso en sus estados de Flandes, todas estas causas contribuyeron á los reveses de los ingleses y á los triunfos de Carlos VII.

Juana, ausente, triunfaba á pesar de todo. El odio

contra su nombre se aumentaba á proporcion de los desastres de su causa en el corazon de los ingleses, de la universidad y de la inquisición, partidarios serviles ó interesados de esta monarquía estrangera. La política queria que se estinguiera aquel prestigio popular con la sangre de la heroína; un clero ciego deseaba que se quemase la mágia con la maga; la pasión pedía venganza; el miedo seguridad; la condena y la muerte de Juana eran el triste complot de estos viles instintos del corazon humano. El obispo de Beauvais aceleraba el proceso, y se abrió el tribunal; era tal la impaciencia que tenían en condenar á Juana las autoridades sagradas y las legas, que el clero de Beauvais autorizó á Cauchon para que sustituyese al arzobispo de Rouen, cuyo arzobispado experimentaba á la sazón un interregno.

Los caballeros de las tres naciones, aun aquellos que mas habian admirado á la cautiva, parecia tambien que se regocijaban, porque se libertaban de la presencia de Juana, viendo que la inquisición por su parte se apresuraba á sacrificarla á su injusto é inesperado resentimiento. Cuentan que poco tiempo antes de haber comparecido la acusada ante sus jueces, el señor de Luxembourg, de quien ella habia sido prisionera, atravesando á Rouen, fué, por mero pasatiempo, á presentarse delante de Juana en su prision, acompañado del conde de Strafford y el conde de Warwick, para manifestarla únicamente el temor de los ingleses, á pesar de verla encarcelada.

—Juana, la dijo con acento de mofa, he venido aquí para libertarte por medio de un rescate, con la condicion que has de prometernos no armarte otra vez contra nosotros.

—¡Ah, Dios mio! respondió la prisionera con un acento de dulce reconvenccion; vos os mofais de mí. Vos no teneis para lo que me ofrecéis ni el poder, ni la voluntad. Sé muy bien que los ingleses me harán morir, creyendo ganar la monarquía con mi muerte; pero aun cuando fuesen cien mil veces mas, juro al cielo que no lo conseguirán.

Strafford sacó una daga de la vaina, como para vengar este reto animoso de la cautiva; pero Warwick, mas leal y mas humano, le asió del brazo y previno el ultrage.

#### V.

Mas de cien doctores eclesiásticos y seglares se reunieron en Rouen para formar el terrible tribunal. Se hubiera creído que estos jueces perversos ó fanáticos, habian querido compartir la iniquidad en mayor número, á fin de disminuir su responsabilidad y el horror parcialmente á los ojos de la Francia y del porvenir. Estos cien jueces, sin embargo, no tenían autoridad mas que para informar contra la acusada, y para discutir las acusaciones y las pruebas; el obispo de Beauvais y el vicario del inquisidor general, Juan Le-maitre, eran los únicos que tenían el derecho de fallar; mas habian fallado de antemano interinamente.

Nada se omitió para adquirir recriminaciones contra Juana. Los informadores enviados á Domremy para buscar crímenes hasta en su cuna, y para manchar su vida con los rumores populares, que son los preludios de las grandes calumnias, no recogieron en todas partes mas que testimonios de su fé, de su candor y de su inocencia. Sus jóvenes compañeras de infancia, fieles á la verdad y á la amistad, hablaron de ella con

compasion y llorando; los soldados hablaron de ella con admiración, y el pueblo todo con reconocimiento. Fué preciso buscar en los manantiales mas tenebrosos y mas inmundos elementos de acusacion; la mas sacrilega perfidia los había abierto.

Un pastor de Lorena, y compatriota de Juana, llamado Loiseleur, fué encerrado en su prision bajo pretexto de ser adicto á la causa de Carlos VII, á fin de que el parentesco de la patria, la conformidad de opinion é igualdad en los sufrimientos abriesen el corazon de Juana á la confianza y á la confidencia. Mientras que Loiseleur preguntaba á su compañera de cautiverio, y se esforzaba en arrancar á su alma confesiones convertidas en crímenes, el obispo de Beauvais y el conde de Warwick, escondidos en cierto parage de la prision, asistian invisibles á estos diálogos, y especialmente á las expansiones de su corazon quejoso y resentido. Los tabelones, ocultos tambien como el obispo y encargados de escribir estos misterios, se avergonzaron del oficio que desempeñaban, y se negaron á trascribir tan infames sorpresas de la conciencia. Loiseleur continuó su obra de perdicion bajo otro disfraz: fingió compadecerse mucho de Juana, recibió sus confesiones en el calabozo, y entendiéndose despues con el obispo, aconsejó á la prisionera, afirmando que así complacia á Dios, todas las confesiones que podian dar pretexto á la condenacion.

Durante todos estos preliminares en Rouen, intimidaban á los testigos que hubieran podido hablar en su descargo ó en su gloria. Una muger del pueblo, por haber dicho en público que Juana era una muger de honor, fué quemada viva.

## VI.

Tales eran las disposiciones de los jueces y del espíritu público en Paris y en Rouen, cuando el obispo hizo comparecer á la acusada delante de él el 21 de febrero. Perseguida por sus enemigos, parecía hasta olvidada de sus amigos. Carlos VII, victorioso y desdenoso hacia aquella que le había hecho vencer, trataba ya con el duque de Borgoña, y ni siquiera se predispuso á hacer una tentativa eficaz para rescatar á la que iba á morir por él.

El obispo, temiendo que la acusada fuese sustraída un solo momento á la custodia de los ingleses, y arrebatada por alguna emocion patriótica del pueblo, instruyó el proceso en el castillo de Rouen, mandado por Warwick, capitán de las guardias del rey Enrique VI de Inglaterra; en la capilla de este castillo apareció Juana delante de él, encadenada, pero siempre cubriendo su traje de guerra. El vicario del inquisidor general, conmovido de no se sabe qué escrúpulo ó qué compasion por la víctima, parece que contuvo mas que escitó la feroz adhesion del obispo, y dió al proceso algunas formas de imparcialidad y templanza. La Iglesia juzgaba entonces, y no castigaba con su propia mano. Satisfecha con juzgar la heregía ó el sacrilegio por medio de su juicio, dejaba á los poderes civiles el odioso y el impopular encargo de la ejecucion. La inquisicion en esta causa manifestó menos deseos de condenar á Juana de Arco que de juzgarla; esto era un verdadero poder romano; Juana, en efecto, no había ofendido mas que á los ingleses, cuyo ministro era el obispo de Beauvais.

El obispo habló á la acusada con mansedumbre, como queriendo atestiguar la imparcialidad ó una com-

pasion, que diesen despues mas autoridad á la sentencia. Juana se quejó en un principio dulcemente del peso y la cruel presion de los anillos de hierro que herian sus miembros, y el obispo la dijo, que aquellos hierros eran una precaucion que se había visto precisado á tomar, para prevenir sus reiteradas tentativas de evasion. La prisionera confesó que cuando comenzó su cautiverio había deseado, nada mas que deseado, fugarse; pero que en esto no cabía deslealtad ni crimen, pues á nadie había confiado este pensamiento de evasion. El proceso no dice si la despojaron de sus cadenas.

Despues de este episodio la leyeron el acta de acusacion, menos política que religiosa, en la cual aparecia acusada de crímenes contra la fé, de heregías y de sortilegios.

Habiendo preguntado despues la edad que tenia, respondió que diez y nueve años aproximadamente. Sobre su creencia, contestó que su madre la había enseñado el *Padre nuestro*, el *Ave Maria* y el *Credo*, los tres rezos y la profesion de fé de los fieles, y que nadie mas que su madre la había enseñado nada acerca de la religion. La mandaron pronunciar en voz alta todos estos rezos y el acto de fé de su infancia; temió aparentemente cometer, recitándolos en latin delante de los doctores, alguna omision ó algun error, por cuyo motivo encontrasen un pretexto de heregía.

—Los recitaré con mucho gusto, dijo, con tal que monseñor el obispo de Beauvais, aquí presente, consienta en oirme en confesion.

Ella no creía indudablemente poder convencer mejor al juez de la sinceridad de la ortodoxia de su fé, que abriendo su alma á un sacerdote. La córte, el largo cautiverio, el amor á la vida en una edad tan tierna inspiraban á Juana la habilidad ingénuo y la prudencia instintiva de su situacion.

Despues la volvieron á cargar de hierro y la encerraron en un calabozo.

Al otro dia la obligaron á que jurase decir verdad en todo cuanto la fuera preguntado. Ella reservó las cosas que no pertenecian á ella sola, sino á Dios y al rey. «Diré unas cosas, y otras omitiré,» respondió.

No pudieron reconvenirla sobre el particular, y prosiguieron adelante.

—¿Os han enseñado algun oficio? le preguntaron.

—Sí, respondió Juana; mi madre me enseñó á coser, y he aprendido tan bien como la mejor en el pueblo.

Confesó que una vez había abandonado furtivamente la casa de sus padres; pero que había sido por temor á los bandos de borgoñones que andaban errantes por el pais; que una muger llamada Rosa la había llevado á la aldea de Neufchatel; que había vivido unos cuantos dias con esta familia; que durante este tiempo había desempeñado allí el modesto cargo de sirvienta de la casa; pero que no iba nunca á los campos, ni á los bosques á guardar los rebaños.

Confesó que desde la edad de trece años había oído voces, y que había sido deslumbrada con luces estrañas en el huerto de su madre, hacia el lado de la iglesia; que estas voces no la habían dado mas que juiciosos consejos; que estas voces la habían mandado obstinadamente que partiera á Francia é hiciera levantar el sitio de Orleans; que ella había resistido, pero que despues de largos combates obtuvo de su tio que la llevara á Vaucouleurs, donde el señor de Baudricourt la dijo, dejándola partir para Chinon: «Marcha y suceda lo que Dios quiera.»

Refirió sin vanidad, lo mismo que sin temor, su presentación al delfín, y el instinto que tuvo de reconocerle entre todos los que le acompañaban.

La preguntaron lo que había dicho secretamente al delfín, y se negó á dar esplicaciones sobre el particular, temerosa de revelar escrúpulos del rey sobre la legitimidad de su nacimiento.

Interrogada sobre si había visto algun signo divino ó algun espíritu celeste en derredor de la frente del delfín, «evitadme responder nada de eso» dijo, y volvió á entrar en el calabozo. Ya era de noche.

El obispo, en la apertura del tercer interrogatorio, la amonestó nuevamente para que dijese la verdad acerca de todas las cosas que se la preguntaran, hasta de los asuntos del Estado, de los cuales sería interrogada.

—Monseñor, dijo Juana, reflexionad bien que sois mi juez y que desempeñais un elevado cargo delante de Dios.... Ved que me preguntais mucho.

Inocente delante de la iglesia, sentía que sería infaliblemente culpable delante de los enemigos del rey, y evitando las preguntas que decían relacion con la política evitaba la muerte. El obispo lo sabía tan bien como ella, y la obligó en vano á caer en la red que la tendía.

—No, dijo Juana; diré la verdad, pero no lo diré todo.

Hizo restricciones á su juramento para hacer restricciones al inminente peligro que corría.

Volvieron á empezar el interrogatorio con la intención de sacar de la candidez de la jóven confesiones acerca de sortilegio.

—¿Escuchais todavía vuestra voz interior?

—Sí.

—¿Cuándo la habeis oído la última vez?

—Ayer, y aun hoy mismo.

—¿Qué haciais cuando os habló la voz?

—Dormía y ella me despertó.

—¿Os pusisteis de rodillas para responderla?

—No; la di gracias solamente, sentándome en el lecho, y la rogué que me consolara y me asistiera en mi desgracia.

—¿Os dijo la voz que os salvariais del peligro en que os encontráis?

—A eso no sé qué responder.

Las preguntas del obispo la asediaron mas todavía, y ella repitió de nuevo que corría gran peligro su alma, mostrándose á la vez su juez y su enemigo.

—Los niños, añadió, dicen que ahorcan á menudo á los inocentes por haber dicho la verdad.

—¿Vos os creéis en estado de merecer la gracia de Dios? la preguntó el obispo.

Ella reflexionó un poco de tiempo, y en seguida respondió como muger, atenta á la vez á Dios y á los hombres, no queriendo ofender al uno ni escandalizar á los otros:

—Si yo no lo estoy, quiera el Señor favorecerme; y si lo estoy le ruego que me mantenga en su divina gracia.

Esta sensata respuesta desconcertó á los acusadores, y estos dirigieron el interrogatorio hácia la parte política.

—¿Los habitantes de Domremy, la preguntaron, estaban por los borgoñones ó por los armagnacs?

—Yo no conocia mas que á un hombre del partido de los borgoñones.

Era su compadre, padrino de un niño, del cual

ella era madrina, y á quien dijo una vez: «Si no fuéis del partido de los borgoñones os diría gustosamente una cosa.» Pero la diferencia de opinion la cerró la boca y el corazón respecto á las visiones que quería revelar á este hombre.

—¿Ibais vos con los niños de la aldea que se dividían jugando en franceses ó ingleses para combatirse?

—Yo no me acuerdo haber jugado con ellos; pero los he visto algunas veces volver ensangrentados de estas batallas.

—¿Habeis tenido en vuestra primera juventud aborrecimiento á los borgoñones?

—Yo no deseaba mas sino que el delfín ocupase su monarquía.

La despidieron hasta el día siguiente.

Juana compareció de nuevo el 27 de febrero, y era tal su angustia, que turbaba el pensamiento de sus mismos jueces.

—¿Cómo, la preguntó uno de los asesores, os encontráis desde el sábado?

—Mejor de lo que yo creía, respondió Juana.

—¿Habeis observado los preceptos del ayuno?

—¿Pertenece al proceso esa pregunta? dijo Juana admirada.

Y como la dijieran que sí:

—Sí, contestó, siempre he ayunado los días de abstinencia.

Volvieron á sus apariciones para inferir por ellas alguna magia. Refirió con el mismo candor que otras veces las visitas de San Miguel, de Santa Margarita, de Santa Catalina, nombres que ella había dado en su infancia á todas aquellas desconocidas visitas. Y como insistiesen en saber por su boca todo lo que le inspiraban estos espíritus de distintas clases y formas:

—Hay, dijo severamente, revelaciones que tienen relacion con el rey de Francia y no con los que me interrogan.

—¿Estos espíritus venian desnudos cuando os visitaban? le preguntaron.

—El rey de los cielos, replicó, los viste á todos ellos con su propia luz.

—¿Queréis decirnos el signo que dísteis al delfín para hacerle conocer que veniais de parte de Dios?

—Ya os he dicho que todo lo que se refiera al rey no lo diré jamás; preguntádselo á él mismo.

Al siguiente día la preguntaron si sus revelaciones la habían predicho que se libertaría de la muerte.

—Eso no corresponde al proceso, respondió: ¿queréis, pues, que yo hable contra mí? Yo confío en Dios, hágase su voluntad.

—¿No pedisteis vestidos de hombre á la reina cuando fuisteis presentada á ella?

—Eso es verdad.

—¿No os invitaron nunca á que os desprendiéseis de los vestidos de hombre para volver á tomar el traje de muger?

—Sí; y yo respondí siempre que no cambiaria de traje hasta que Dios me lo mandara. La hija del señor de Luxembourg, que rogaba á su padre que me entregase á los ingleses, me lo suplicó, lo mismo que la señora de Beaurevoir cuando yo estaba prisionera en su castillo. Ellas me ofrecieron trages de muger ó tela para hacerlos. Yo respondí que aun no me había despedido de Dios, y que no había llegado todavía el tiempo de verificarlo; y si yo hubiese creído poderlo hacer innocentemente, hubiera mas bien complacido á

estas amables señoras que á ninguna otra de Francia, excepto á la reina.

Se comprendía que las consideraciones y la compasión de las señoras de la casa de Luxembourg habían despertado en Juana un reconocimiento que se complacía en atestiguar aun en presencia de la muerte.

—¿No habeis consentido que hagan imágenes á vuestra semejanza? ¿No oraban y rezaban en los campos y en las ciudades, invocando vuestro nombre?

—Si los que defienden nuestra causa han rezado en mi nombre, yo lo ignoro, y lo han hecho sin mi consentimiento. Si han rezado por mí, en ello no encuentro mal. Muchas gentes, es cierto, que me veían con alegría, y se apresuraban á rodearme, besaban mi ropa, mis armas, mi estandarte y lo que podían alcanzar que fuera mio; pero era porque los pobres se acercaban con confianza y porque veían que yo no los rechazaba, sino al contrario, veían que los aliviaba y los preservaba tanto como yo podía de los males de la guerra. Las mugeres y las niñas tocaban sus anillos al anillo de mi dedo, mas yo no conocía en ellas ninguna mala intencion. Mientras que estuve en Reims, en Chateau-Thierry, en Lagny, es verdad que muchas personas me requerían para que fuese madre de sus hijos, y que yo consenti en ello; pero jamás hice milagros. El niño que me rogaron tuviese en Lagny tenia tres dias; las jóvenes le llevaron á Nuestra Señora para rogar allí le concediera la vida, y yo fuí con ellas á rezar al pie del altar. Finalmente, el niño dió señales de vida, movió los labios y fué bautizado; poco despues murió.

—¿El rey no os dió escudo, armas y dinero para su servicio?

—Yo no tuve ni escudo, ni armas; pero el rey dió ambas cosas á mis hermanos. En cuanto á mí no obtuve de él mas caballos que los de batalla y siete de camino, y el dinero para pagar á mis huéspedes.

Volvieron á hablarla acerca del signo que habia dado al delfín y la pidieron que le describiera; pero Juana, dando á sus ideas un doble sentido y aludiendo á este signo, que no era otro mas que el reino de Francia,

—Ninguno, dijo, podrá describir su riqueza. En cuanto á vos, añadió con un desden que atestiguaba la libertad de su espíritu, el signo que necesitais es que Dios me liberte de vuestras manos, y es el mas brillante que os puede enviar.

Confesó en las siguientes comparencias que su padre habia tenido un sueño cuando ella era niña, en cuyo sueño habia visto con terror á su hija Juana guerreando contra muchos guerreros. Tornaron á decirle que hablase de sus revelaciones; mas ella cortó con una palabra los lazos, y respondió que todo el bien que habia hecho fué solo por sus propias inspiraciones.

La preguntaron si tenia algun signo mágico en un anillo que llevaba en su dedo, y por qué miraba con cierta piedad este anillo en el momento de los combates. Respondió que porque estaba grabado en él el nombre de Jesus y porque este anillo la recordaba con gozo á su padre y á su madre, de quienes procedía.

—¿Por qué, la preguntaron, hicisteis llevar vuestro estandarte á la catedral de Reims á la consagracion del rey?

—Había padecido; justo era llevarle en triunfo.

Interrogada primero en su sencillez y despues en

su patriotismo, quedaba interrogar á su conciencia. La tentacion en este punto estaba segura de vencer. La universidad, la inquisicion, el poder episcopal, representado por el obispo de Noyon, eran del partido de la monarquía inglesa, de los borgoñones y de los parisienses. Contrarestar la obediencia á este partido les parecia renunciar á la Iglesia. La dicen que reconocza en todo la autoridad de esta Iglesia, y Juana no puede consentir en renegar de su causa política, ni en rehusar su consentimiento, sin declararse rebelde á la fé. «Me pongo en manos de mi juez» respondió con sublime inspiracion y logró confundir á sus jueces; no se aparta de esta respuesta, que repite siete veces en los mismos términos á todos los ardidés de la acusacion.

—En fin, dijeron con impaciencia, ¿quereis ó no someteros al papa?

—Llevadme á su presencia, respondió Juana, y le contestaré lo mismo.

En lo restante del dia no dijo mas. Atormentada en su propia conciencia, confiesa su angustia en aquella oracion que dirige al cielo para que la libre de sus enemigos:

«Padre y Señor de mi vida, dijo á Dios, os ruego, por vuestra pasion, que si me amais me reveleis lo que debo responder á estas gentes de la Iglesia. Sé muy bien en cuanto á la vida lo que debo hacer; pero en cuanto á lo demas necesito un guia que me proteja.»

Sus angustias, mas terribles que los hierros de su calabozo y que la presencia de la muerte, la produjeron una enfermedad que interrumpió los interrogatorios públicos.

Pero el obispo y sus asesores fueron á mortificarla hasta el pie del pilar, donde languidecia encadenada, enferma y falta de espíritu. La preguntaron si se sometia de corazon á un concilio; mas ella ignoraba lo que era un concilio: la dijeron que era una reunion general de la Iglesia, y entonces contestó que se sometia á ella, cuya profesion de obediencia la salvaba. El tabelion, presente allí, lo escribió, y el obispo se apercibió de ello, pero queriendo á todo trance entregar á Juana á los partidos, de los cuales era el órgano principal: «Callaos en nombre de Dios,» esclamó el doctor que habia dirigido la pregunta y obtenido la respuesta.

Despues, volviéndose hácia el tabelion, le prohibió que escribiese todo cuanto pudiera contribuir á absolver á la acusada. «¡Ay! esclamó Juana, mirando compasivamente al obispo, vos mandais escribir todo lo que puede perjudicarme y no quereis que escriban lo que puede salvarme.»

Warwick, informado por el obispo de lo ocurrido, habiendo encontrado aquella misma noche al doctor inhábil ó misericordioso, le apostrofó encolerizado y le acusó de complicidad con la acusada, y le amenazó con arrojarle al Sena si proseguia el mismo género de conducta. Los doctores, amedrentados, se salvaron pasando á Rouen, y la prision de Juana se cerró á todo el mundo menos á Cauchon.

La sed que tenían por verla en el suplicio era tan grande y tan ardiente, que el partido inglés temia que la enfermedad la libertase de caer en manos de los verdugos. «Por nada del mundo, decia el guarda de la torre, desearia el rey que Juana muriese de muerte natural; la ha comprado muy cara para querer que sea quemada: ¡que la curen lo mas pronto posible!»

El obispo, sin embargo, se introdujo de nuevo en

la prision, y la manifestó el peligro de su alma, si moría sin adoptar el sentimiento de la Iglesia.

—Me parece, respondió Juana, que en vista de la enfermedad que tengo, estoy en peligro de muerte; si debe ser así, cúmplase la voluntad del Señor. Solamente desearia confesarme de mis pecados.

La preguntaron si era preciso hacer rogativas ó sacar una procesion para obtener su cura.

—Si, respondió, yo quisiera que las buenas almas rogasen por mí.

Reprodujeron la acusacion de suicidio que se la habia imputado, con motivo de una tentativa desespejada de evasion, que hizo durante su primer cautiverio en el castillo de Beurevoir. Juana confesó que el horror de sentirse cautiva y desarmada, mientras que su rey y los franceses combatian y derramaban su sangre, habia estraviado su razon, que se habia precipitado desde lo mas alto del foso á riesgo de perder allí la vida; que habiéndose desmayado, luego volvió en sí, y que al recobrar sus sentidos, conoció su falta, y pidió por ello perdon á Dios.

Su juventud la salvó de una muerte, para experimentar otra; renacian sus fuerzas; las injurias, los ultrages, la alegría y los cantos de sus carceleros la anunciaban el juicio próximo y una condenacion cierta. Tres soldados dormian constantemente en su aposento, los cuales decian en voz alta que eran los encargados de encender y avivar la lumbre de la hoguera destinada para su suplicio; pero la pobre Juana temblaba secretamente á vista de estos ultrages premeditados dentro del mismo calabozo. Juana guardaba con extraordinaria vigilancia su vestido de hombre de guerra, para resguardar hasta la muerte su castidad de los complots nocturnos de sus guardianes. El obispo decia que era un crimen conservar este traje, que recordaba sus hazañas, y en premio de este cambio de vestimenta, la concedia el permiso que solicitaba de rezar al menos con los fieles, y de asistir al sacrificio de la misa. Juana consintió en ello, á condicion de que el vestido de muger que se pusiera, fuese semejante al de las jóvenes pudorosas de Rouen: una especie de túnica larga y sujeta á la cintura, cuyos pliegues la envolvieran con decencia y evitaran los ultrages de los hombres profanos y atrevidos.

Durante la Semana Santa y el dia de la Resurreccion del Crucificado, en que toda la cristiandad se asociaba á la agonía del Hombre-Dios y á la alegría de su redencion, Juana sintió mas dolorosamente su soledad y su separacion del rebaño de las almas. El sonido de las campanas de Pascua resonó en su corazon como una ironía que contrastaba con su aislamiento y su tristeza.

No obstante, la universidad de París, consultada acerca del proceso verbal de los interrogatorios, la declaró poseida de Satanás, impia hácia su familia y fuera de la masa comun de los fieles.

Los legistas, consultados de la misma manera, declararon su culpabilidad en caso en que Juana se obstinara en sus errores.

El inquisidor y el obispo de Beauvais, intimidados en los últimos momentos por el clamor popular, que comenzaba á compadecerse de la inocente, parecian calmarse y contentarse con la condena del arrepentimiento y la prision en lugar de la muerte. Hicieron la última tentativa para obtener una apariencia de denegacion en la victima, pensando de este modo satisfacer á un tiempo al pueblo, que reclama-

ba indulgencia, y á los ingleses que pedian el castigo.

Sacaron á Juana, enferma y débil, de las tinieblas de su prision, donde languidecia hacia cuatro meses, para atormentarla en público. Erigieron dos cadalsos en el cementerio de Saint-Ouen, detrás de la basilica de este nombre. El cardenal de Winchester representaba el poder real de los ingleses en Francia; Cauchon representaba el servilismo ambicioso vendiendo á su pais por títulos y honores; los jueces, el clero, los doctores, los asesores, los predicadores de la universidad representaban la legalidad al servicio de la fuerza; estaban sentados sobre el cadalso.

Juana, encadenada de pies y manos, sujeta á un poste por la cintura, rodeada de notarios, prontos á escribir lo que dijera, y de ministros del tormento armados de sus instrumentos de dolor, prontos á arrancarla las debilidades ó gritos de la naturaleza, y el verdugo con su carreta á la vista, pronto á llevarse su cadáver mutilado, estaban enfrente del otro tablado.

Un pueblo inmenso, supersticioso, admirado de aquellos aparatos, indeciso entre el respeto á las autoridades civiles y religiosas, el temor del estrangero, el horror de la supuesta hechicera y la piedad hácia la jóven, cuya belleza se hacia mas interesante á la sombra de la muerte, temblaba en la plaza y en las casas. Un predicador célebre en aquel tiempo, Guillermo Erard, apostrofaba á Juana de Arco, y se esforzaba en traerla á una retractacion de sus errores y á la sumision completa de lo que decidiera la Iglesia acerca del derecho de los dos competidores.

—¡Oh noble casa de Francia! exclamó, creyendo esforzar así sus argumentos por una invocacion patética á la raza de los Valois; ¡oh noble casa de Francia, que fué siempre protectora de la fé! ¿cómo es que te has pervertido hasta el estremo de unirte á una herejía cismática? Sí, á tí, Juana, es á quien hablo, añadió lanzándola una mirada, á tí es á quien digo que tu rey es cismático y herege.

Juana, que hasta entonces habia escuchado en silencio y con humildad las injurias que solo hacian relacion á su persona, no pudo soportar que se ultrajara á su delfin.

—A fé mia, señor, exclamó interrumpiendo al predicador, juro que es el cristiano mas noble de todos los cristianos, el que mas ama la fé y la Iglesia, y que no es cierto lo que decis.

—Hacedla callar, gritó el obispo de Beauvais.

Los ugieres la impusieron silencio.

Entonces el obispo la leyó un modelo de retractacion, exhortándola á que se conformase con él.

—Quiero someterme al papa, dijo Juana.

—El papa está muy lejos, dijo el obispo.

—Pues bien, ¡que sea quemada! gritó el predicador.

Los ugieres, el verdugo, el pueblo que la rodeaba, la rogaban que firmase un acta de sumision á la Iglesia, que no era mas que una retractacion de sus ignorancias ante Dios, sin perjudicar en lo mas mínimo á su causa y á sus sentimientos ante los hombres.

—Pues bien, firmaré, dijo ella.

A estas palabras se oyó en la muchedumbre un gran clamor de consuelo. El obispo de Beauvais preguntó á Winchester qué debia hacer.

—Es preciso, dijo el inglés, admitirla á la penitencia.

Era lo mismo que concederle la vida. En tanto que los cortesanos de Winchester se quejaban del obis-



po de Beauvais en el tablado, suponiendo que favorecía á la acusada, y en tanto que el obispo los desmentía con cólera, se acercó á Juana un secretario, y la presentó la pluma para firmar la retractación que no podía leer. La pobre jóven se avergonzó y sonrió de su propia ignorancia, rodando torpemente la pluma en su mano, que tan bien manejaba la espada. Trazó bajo la dirección del ugiere un círculo y en medio una cruz, signo simbólico de su martirio. Después leyeron su sentencia de perdon, que la condenaba á pasar el resto de su vida en prision, para llorar sus pecados con el *pan del dolor y el agua de la angustia*.

A estas palabras, los partidarios del reinado inglés y los soldados de esta causa, engañados en su esperanza de venganza por una sentencia que parecía una cobardía, desde el momento que no daba por resultado la muerte, murmuraron, se agitaron y se amontonaron tumultuosamente alrededor del tribunal; y reuniendo las piedras y los huesos del cementerio, los tiraron al tablado contra el cardenal, el obispo y los doctores.

—Miserables sacerdotes facciosos, haceis traicion al rey.

Pero los jueces, para escapar de aquella granizada de piedras y para atravesar con seguridad por medio de aquella muchedumbre, decían á los mas furiosos:

—Estad tranquilos, que ya la buscaremos por otro lado.

Juana se asombraba mas que de la muerte, del odio de aquel pueblo á quien amaba tanto.

Entró de nuevo en el castillo, perseguida por las vociferaciones de la muchedumbre. Volvió á encontrar los hierros, los lazos y los ultrajes de sus enemigos.

—Los asuntos de nuestro rey van mal, dijo el comandante del castillo, Warwick; la jóven no será quemada.

La quitaron durante su sueño los vestidos de muger, que se había puesto en señal de obediencia sobre el tablado, y se la obligó á tomar el traje de hombre que estaba al lado de su cama. Apenas hubo revestido por necesidad este traje, que querian significase el crimen y la obstinacion, cuando se llamó al obispo para que la sorprendiese en reincidencia. El obispo la reprendió crudamente por su recaída después de su abjuracion.

Ella protestó que no había abjurado mas que sus pecados, y que mejor queria morir que vivir así atada á las pilastras de un calabozo. El obispo de Beauvais, convencido de la pasion de su partido por el suplicio de esta jóven, cuya existencia recordaba las derrotas de los ingleses y los crímenes de los borgoñones, renunció á disputársela á Warwick. Convenció á los sábios y á los doctores de la necesidad de castigar á aquella impenitente con la muerte. Los eclesiásticos la entregaron á la justicia civil, encargada de la aplicacion y ejecución de su sentencia, en la que, como Pilatos, se lavaba las manos. Esta sentencia la condujo á la hoguera.

Un confesor, enviado por el obispo, penetró en su prision, y la anunció su próximo suplicio.

—¡Ay Dios mio!... exclamó estendiendo sus brazos todo lo que la permitian las cadenas, é inclinando su desmelenada cabeza; ¡es preciso tratarme tan horrible y cruelmente, que mi cuerpo limpio y puro, que jamás se vió mancillado por ninguna mancha ni corrupcion, sea reducido al instante á cenizas! ¡Ah, me-

jor hubiera querido ser decapitada siete veces antes que quemada! ¡Apelo á Dios, soberano juez, de las injusticias y torturas que me han hecho sufrir!

El alma se adhería al cuerpo en el momento de perderle en el fuego; la vida luchaba con la fé; la muger se aparecía en el soldado.

Se la concedió como último favor la comunión de los moribundos en su calabozo. El obispo asistía entre las gentes del castillo á este socorro de los verdugos del alma. Ella le vió, y le dijo en tono de suave reprension:

—¡Obispo, sois la causa de mi muerte!

Conoció tambien entre los asistentes á uno de los predicadores que la había amonestado antes del proceso, y con el que había contraído la familiaridad del prisionero con los que los visitan.

—¡Ay, maese Pedro! le dijo llorando, ¿dónde estaré esta noche?

La devolvieron sus vestidos de muger para que fuera al suplicio. La condujeron en una carreta, entre su confesor y un ugiere.

Un monge caritativo la siguió á pie, rogando por su alma y representando la última piedad al pie del cadalso. Se llamaba Isambart. La historia conserva el nombre de los que saben amar hasta la muerte. El malvado Loiseleur, empleado por el obispo para arrancar á Juana sus secretos bajo la apariencia de la confesion, subió antes de la marcha en la carreta para obtener de su víctima el perdon de su traicion. Los mismos ingleses se amotinaron á la vista de aquel traidor, y le insultaron y amenazaron. Versatilidad natural á las masas, que quieren herir, pero no hacer traicion.

—¡Oh Rouen, Rouen! decia ella lamentándose, ¿debo yo morir aqui?

Se asombraba de que el cielo la dejase morir tan jóven, antes que hubiese acabado su obra, y que toda la Francia entera estuviese purgada por ella de sus opresores; esperaba incierta la muerte ó un milagro al pie de la hoguera.

## VII.

El obispo, el inquisidor, la universidad, los doctores, la esperaban en un estrado enfrente de una montaña apisonada, cubierta de madera seca preparada para el sacrificio humano.

Cuando se detuvo el carro al pie del estrado,

—Anda en paz, Juana, la dijo en nombre de los jueces el predicador, la Iglesia no puede defenderte, te abandona al brazo secular.

Escusa cruel de los que habían declarado el crimen, y que no dejaban á otros mas que la obra material de la muerte.

Juana entonces se arrodilló sobre el carro, no para pedir perdon de la vida á los jueces que la condenaban, sino para pedir la gracia del paraíso al obispo y á los sacerdotes que la echaban al fuego. Cruzó las manos, inclinó la cabeza, y dirigiéndose con un sencillo y patético ardor ya á sus divinos protectores en el cielo, ya á sus verdugos, arrodillados sobre el cadalso, invocó su asistencia, su compasion y sus oraciones, con un acento tan tierno y con suspiros tan estremados de desgarradoras exclamaciones, que á la vista de aquella juventud, de aquella inocencia y belleza, próxima á reducirse á cenizas, y al acento de aquella queja, que parecía salir ya de las llamas, los doctores, los inquisidores, los ugiere, Winchester, el mismo obispo de

Beauvais se deshicieron en lágrimas, y cierto número de ellos, no pudiendo soportar la vista de aquella figura ni el de aquella voz, se sintieron conmovidos, y se confundieron entre la muchedumbre.

La moribunda se confesó entonces en alta voz de los errores del ánimo ó de presunciones de corazón, que había podido tener de buena fé durante su misión sobre la tierra. Sintió tal vez haber obedecido demasiado á la voz interior, obligando á su tío á llevarla á Vaucouleurs, en lugar de obedecer á la voz de su madre y el genio oscuro y tutelar del hogar. Vió lo que costaban el heroísmo y la gloria, y la casa de sus padres se la apareció en contraste con la hoguera de Rouen.

¿Se arrepintió de haberse entregado á una inspiración gloriosa y una patria ingrata? Las crónicas no lo dicen; pero aquellos llantos, sus lamentaciones, su aceptación de corazón y la sublevación de sus sentidos contra el suplicio, lo hacen suponer. Conmovió mas que si hubiera estado impasible. Era muger y fué niña á la vista del fuego; la naturaleza, la voluntad y la muerte que habían luchado en su mismo Señor en el jardín de las Olivas, lucharon en la jóven al pie del suplicio. La muchedumbre asistió al desgarramiento del cuerpo y del alma. Aquel circo estúpido y feroz tuvo el espectáculo completo de una agonía.

Por último, Juana conoció la necesidad de reponerse por la vista del símbolo del supremo sacrificio aceptado por el Hijo del hombre para el hombre. Imploró la gracia de morir abrazando á lo menos una cruz, símbolo de la última comunión con la Iglesia que la repudiaba. Largo tiempo se hicieron sordos á esta súplica. Sin embargo, un inglés cruzó dos palos, atándolos con una cuerda, y formó una imagen grosera de cruz. La tomó, la besó, y abriendo su camisa la apretó contra su pecho, como para que penetrase mejor en su corazón la virtud de este signo.

El monge Isambart, atento á sus menores movimientos, y que vió su deseo tan mal satisfecho, se atrevió á ejecutar un acto de generosa audacia, á riesgo de parecer impío, en su compasión. Corrió con un macero á una iglesia cercana de la plaza del Mercado, y tomando la cruz de la parroquia, la puso en manos de Juana; verdadero *Simon* de aquel suplicio.

Los verdugos hicieron marchar á la jóven hacia el patíbulo. Su confesor subió con ella murmurando á su oído piadosas animaciones: su sangre fría no la había abandonado en su desesperación. Habiendo puesto fuego el verdugo á los estremos inferiores de la hoguera, estando atada á un poste,

—¡Jesus! exclamó, retiraos, padre mio, y cuando la llama me vaya envolviendo, elevad la cruz para que yo la vea al morir, y decidme palabras santas hasta el último.

El obispo de Beauvais, como para obtener una justificación de su sentencia por alguna acusación de la moribunda contra sí misma, se acercó á la hoguera.

—Obispo, obispo, le repitió la pobre jóven, como si este voz viniese ya del otro mundo, muero por vuestra causa.

Después, mirando á través de sus lágrimas aquella muchedumbre, ávida del suplicio de su libertadora; —¡Oh, Rouen! dijo ella, tengo miedo de que no espies algun día mi muerte.

Después oró en voz baja.

Un gran silencio había sucedido al tumulto de una muchedumbre agitada. Se hubiera dicho que aquel mar de hombres se callaba para oír el último suspiro de una vida que iba á fenecer. Un grito de horror y de dolor salió de la hoguera. Era que la llama impedida por el viento prendía los vestidos y los cabellos de la víctima.

—¡Agua, agua! gritó por un instinto de la naturaleza.

Después, rodeada como de un manto por las llamas, que formaban torbellinos á su alrededor, no profirió mas que algunas palabras confusas y entrecortadas, entendidas solo por el confesor é Isambart, á través del chisporroteo de las ascuas. Por último, dejó caer su cabeza rodeada de llamas sobre su pecho, y dijo con una voz espirante; ¡Jesus!

Ya no se oyó mas su voz y no se encontró mas que un poco de ceniza. Winchester hizo arrojar al Sena aquellas cenizas, para que nada quedase sobre la Francia del espíritu y del brazo de la jóven campesina que la habían disputado á la servidumbre.

¡Se engañó: Juana de Arco había muerto; la Francia se había salvado!

## VIII.

Tal fué la vida de Juana de Arco, la inspirada, la heroína y la santa del patriotismo francés, á la vez gloria, salud y vergüenza de su patria. El pueblo, para colocarla entre las mas sublimes é interesantes figuras de la historia, no tiene necesidad de aceptar las ilusiones entusiastas de la muchedumbre, ni las aplicaciones de otro tiempo. El suelo oprimido traslada su alma á una jóven; su pasión por la libertad de su país la da el don de los milagros, porque la naturaleza le concede á todas las grandes pasiones desinteresadas, lanzándose desde las filas del pueblo, detenida por sus parientes, arrastrada por su decisión, acogida por la política, desplegada como una bandera por los gefes y los combatientes de una causa perdida, deificada por el vulgo, victoriosa de los enemigos, abandonada del rey, de los hombres y de su genio después de acabada su obra; odiosa á los usurpadores, vendida por la ambición, juzgada por cobardes, condenada por sus hermanos, sacrificada en holocausto á los estrangeros, se desvanece como un meteoro en un sacrificio, que parece á los unos una expiación, á los otros una asunción en la muerte. Todo parece milagro en esta vida, y sin embargo, el milagro no es ni su voz, ni su visión, ni su signo, ni su estandarte, ni su espada; es ella misma. La pureza de su sentimiento nacional es su mas segura revelación; su triunfo atestigua en ella la energía de esta virtud; su misión no es mas que la explosión de esta fé patriótica en su vida; en ella vive y muere y se eleva á la victoria y al cielo sobre la doble llama de su entusiasmo y su hoguera. Ángel, muger, pueblo, vírgen, soldado, mártir, es el blason de la bandera de los campos, la imagen de la Francia popularizada por la belleza, salvada por la espada, sobreviviendo al martirio y divinizada por la santa superstición de la patria.





BERNARDO DE PALISSY.

I.

«El número de mis años me ha dado atrevimiento para deciros que uno de estos últimos días estaba considerando el color de mi barba, lo cual me hizo pensar en los pocos días que me faltan para concluir mi carrera, y me hizo admirar los lirios y los trigos de los campos, y muchas especies de plantas que cambian

sus colores verdes en blancos, cuando están preparadas para dar sus frutos. Muchos árboles se apresuran á florecer cuando sienten que va á cesar su virtud vegetativa y natural... Es, pues, justo y razonable que cada cual se esfuerce por multiplicar el talento que ha recibido de Dios.... Por cuya razón yo me he esforzado en dar á luz las cosas que Dios se ha dignado hacerme comprender, á fin de ser útil á la posteridad.»

En estos términos se espresa un pobre alfarero, llegado á los noventa años, en el prefacio de los escritos y diálogos consigo mismo, en los cuales se ocupa de su oficio, de sus miserias y de su vida, para consuelo suyo y estímulo de los demás. Parece una página de las confesiones de San Agustín ó de Juan Jacobo Rousseau; parece un filósofo, un escritor, un genio de corazón y de estilo. El escritor, el filósofo, el sabio no es más que un obrero, envejecido entre su horno y sus pucheros y con las manos arrugadas por la arcilla que ha manejado toda su vida. Nunca se comprende mejor que estudiando á este hombre insignificante que la grandeza no está en la condicion, sino en el corazón.

## H.

Se llamaba Bernardo de Palissy. Cuando joven amasaba la tierra y cocía tejas en el tejado de su padre, en la aldea de la Chapelle-Biron, en el Perigord. Pero la pasión de hacer bien lo que se hace, que conduce al hombre reflexivo á hacer mejor lo que ve hacer, y que acaba por hacerle dueño de todos los descubrimientos en los trabajos del espíritu ó de la mano, atormentaba á aquel joven. Manejando su tierra grosera y contemplando su teja endurecida, enrojecida, transformada en fuego del horno; pensaba en las formas, en los relieves, en las asas, en los adornos, en las figuras de los vasos, que se modelaban ya en su pensamiento, en la pasta y en el esmalte con que había de colorear un día sus obras maestras de alfarería.

El oficio de alfarero, es decir, el oficio de amasar las formas y cocer la tierra al sol ó al fuego es uno de los primeros oficios del hombre. La tierra humedecida, en que el pie deja su huella, se mostró naturalmente por sí misma, como un elemento preparado para el fuego ó la industria de los primeros habitantes del globo.

Los vasos, las copas para contener los líquidos de que necesita la sed, desde que el hombre dejó de beber en el manantial como los ganados, reemplazaron á la cavidad de la mano, que acercaba la bebida á los labios. La alfarería mas perfeccionada, destinada á la coccion de los alimentos, debió seguir de cerca á la invencion del fuego. Desde la primera jarra de arcilla, ó desde la primera copa de tierra hasta la pasta coloreada de los vasos etruscos, ó las porcelanas esmaltadas de la China ó del Japon y hasta las pinturas indelebles, incrustadas por la llama en los costados de las ánforas de Sevres, se puede medir toda la inmensa escala que separa el rudo oficio del arte esquisito... La mas remota antigüedad nos manifiesta que este oficio empleaba innumerables manos. Babel era una montaña de ladrillos.

Moisés libertó á su pueblo de los egipcios porque no daban á los hebreos, condenados á este trabajo servil, toda la paja necesaria para liar los ladrillos que construían para las pirámides. Los griegos, que no tenían en el fondo mas culto que la adoracion de lo bello, en todo y bajo todas las formas, y que se resumen en Platon, el adorador de la idea, estimaban en tanto el arte, en apariencia vulgar, del alfarero, que erigieron estatuas y acuñaron medallas en honor de los primeros que habían trabajado la arcilla. Coraebus de Atenas, inventor de la alfarería; Dibutades de Sicione, inventor de la tierra cocida al fuego; Talo, inventor de los tornos con que se redondean los pies de los vasos, deben su fama á este oficio. El mismo Fidias, el

divino estatuario, dió modelos de copas á los alfareros de su tiempo.

Sin duda había en este género obras maestras en Grecia; pero el tiempo, las convulsiones sociales, las invasiones, los incendios las han destruido. Han vuelto á la tierra, de donde han salido. Los únicos monumentos usuales de la alfarería que nos han sido conservados han sido descubiertos en las tumbas: los sepulcros son los mejores guardianes de todas las cosas.

Los etruscos, pueblo que habitaba la Etruria, hoy Toscana, llevaron este arte á tal perfeccion y multiplicaron de tal modo los vasos, las copas, las ánforas y las urnas cinerarias, que el suelo en que vivieron las vuelve todavía hoy por millares en las escavaciones, y no parece sino que aquel pueblo, que proveía á todas las naciones de tierras cocidas, era una nacion de alfareros.

Los romanos los imitaron sin igualarlos. Todavía se enseña en las puertas de Roma un montecillo artificial, llamado el *Testaccio*, formado enteramente por los desperdicios de la alfarería romana, cuyos fragmentos eran arrojados en montones en aquel sitio, como para ser testimonio en lo venidero de la inmensidad de la capital de aquel pueblo y de la eternidad de su duracion.

A la caída del imperio romano, el arte de amasar, de modelar, adornar, esculpir, barnizar y pintar la tierra cocida desapareció con todos los demás. El cristianismo al principio rechazaba las artes demasiado ligadas con la idolatría. Templos, estatuas, urnas, vasos, copas profanas, todo lo proscribió para volver á crear un mundo nuevo. Los griegos de Bizancio fueron los únicos que conservaron por tradicion algunos procedimientos de esta industria de sus padres; los ejercian en Damasco, la primera entre las ciudades manufactureras del Oriente, cuyos vasos, barnizados y pintados, circularon por el mundo como un lujo régio. Aquellas tierras cocidas eran, sin embargo, groseras y faltas de gracia; se percibió en ellas la decadencia de una industria perdida.

Pero mientras el Occidente creaba, perdía y se esforzaba por recobrar la alfarería, el viejo Oriente fabricaba sin que la Europa lo supiese desde hace millares de años, las porcelanas trasparentes pintadas, y coloreadas, lujo secular de los chinos y de los japoneses.

Habían llegado á tal perfeccion de pasta, de formas y de colores en esta industria, que apenas podemos rivalizar con ellos imitándolos, y que si se tomara por medida de la civilizacion material la prioridad del arte de dar formas á la arcilla, habría que humillar al Occidente ante el Oriente. Los anales mas remotos de la China han perdido hasta la fecha de la antigüedad de las porcelanas.

Hay misterios de antigüedad en una taza de té ó en una figura de dios ó de diosa del celeste imperio. Los primeros geógrafos árabes que hablan de la China, apenas entrevista hace mil años por los navegadores de los mares de la India, refieren que en las ciudades de aquel imperio maravilloso no hay ningun arte mas estimado que el de alfarero y dibujador de paisajes sobre porcelana, que inundan la India, la Persia y la Arabia con vasos de tierra trasparentes, de inimitable belleza, y que algunos millones de hombres no tienen mas ocupacion ni otra gloria, desde tiempos inmemoriales, que fabricar la porcelana... El Japon sobrepuja

á los chinos en un barniz que se llama laca, y que se desprende de un árbol, cuya corteza se abre en la primavera para recoger su savia en conchitas. Despues se le deseca sobre hilos de algodón; se le oprime entre piedras apretadas; se le deja en infusion en aceites purificados; despues se le estiende y se pule hasta que tiene el brillo del cristal. Entonces se pinta este barniz con figuras ó flores de oro y se cubre la pintura con otro barniz trasparente que desafía á la accion de la llama.»

Las formas de estos vasos, las figuras, las esculturas y las pinturas que los adornan manifiestan imaginacion, gusto, gracia, ingenio y habilidad en las manos, asi como la pasta de que están hechos manifiesta invencion y paciencia. Las asas de las tazas son unas veces arbustos cubiertos de follage, otras animales, cariátides animadas, cuyas patas sostienen los costados y cuya cola se enrosca en el pie de la copa. Ora es una gata y su cria, recostadas sobre una roca hendida, cuya cavidad contiene aguas ó perfume líquido. Ora un mendigo que canta para implorar la compasion, y la gota de té que caerá del vaso en la mano del hombre acomodado; ora un pájaro acostado, cuyo pico destila el líquido, ó una muger rodeada de sus hijos, en medio de frutos y hojas; un mono, jugando con una naranja que se escapa de sus dedos; una taza, en forma de flor entreabierta, de la cual el tallo forma el asa, ó un viejo parecido á Tántalo, que eleva la cabeza al borde de la copa, cuya agua se desborda, sin caer nunca sobre sus labios, ú otros mil caprichos de adorno, que hacen de un aparador del Japon ó de la China un verdadero museo de arte y de imaginacion, en que todos los caprichos de la naturaleza están reproducidos en porcelana. ¡Cuántos siglos se han necesitado para que un oficio, tan vulgar en apariencia, llegase á ser el lujo y la industria principal de tantos millones de hombres!

Pero estas maravillas del Oriente eran todavía desconocidas para el Occidente en el siglo XIV. El barro barnizado se presentó por primera vez en los pavimentos de la Alhambra de Granada y en las mezquitas de los moros en España. La Arabia es la que introduce este arte en Europa. Solo un siglo mas tarde se dió á conocer al famoso Lucca della Robbia, el Palissy toscano por sus trabajos de alfarería esmaltada en Italia. Escultor de tierras cocidas, llegó, despues de tareas oscuras, á dar color y barniz á sus grupos de esmalte blanco, impermeable á los elementos que roen la arcilla.

Las ciudades industriosas de Florencia y Faenza le debieron su esportacion y su renombre. La pintura se apoderó en seguida de aquel esmalte como de un lienzo imperecedero, y los cuadros de los mas grandes maestros fueron copiados y perpetuados sobre los trabajos de tierra. La escultura quiso rivalizar con la pintura y agrupó sus estatuas y sus bajos relieves alrededor de los vasos, de las copas y de los platos de la arcilla endurecida.

### III.

El arte del alfarero se encontraba en este estado cuando Bernardo de Palissy fabricaba sus tejas, sus ladrillos y sus vasijas para contener el agua, el vino y el aceite en su tejat. ¡Pero qué podía saber de estos secretos del artista el pobre trabajador, ignorante, sin modelos, sin libros y sin guías, en una cabaña de campesinos tan rudos como él, en medio de los pan-

tanos y de los bosques de la Saintonge! Y sin embargo, el arte, que se dedicó en todas partes al culto de los dioses, como si quisiera volver á su origen y divinizar á sí mismo, mezclándose con las cosas santas, se presentó al jóven alfarero á través de todos los esplendores de los dibujos góticos, de los cristales pintados de su iglesia.

Comprendió que el cristal, que dejaba pasar los rayos del sol hasta el templo y que incrustaba las maravillosas escenas de la Biblia y del Evangelio no era mas que una tierra y una arena mas amasados por la mano del hombre, mas endurecidos por el fuego y que han adquirido la transparencia del cristal de roca, por procedimientos que parecen una magia del trabajador. Desde aquel dia la tierra que manejaba tan bien le pareció fango; en su imaginacion se representó una magia que imitar y otras que descubrir. Dejó el tejat de su padre y empezó su aprendizaje en los talleres de artistas vidrieros, asemejados entonces con la nobleza por la ciencia y la dignidad de su oficio.

El arte de la vidrieria no consistia solamente en formar el cristal, sino en recortarle para los dibujos de la ojiva de las catedrales ó de las capillas, y cubrirle con pinturas que representaban los paisajes, los animales, los personajes, los misterios del cielo cristiano. Los cristales eran el poema de la vista para el pueblo que frecuentaba las iglesias. Cantaban á las miradas de los campesinos la creacion del mundo, las delicias del paraíso terrestre, los rios, los árboles, los leones, los corderos, los pájaros, compañeros del hombre, los milagros de la revelacion, los suplicios del Calvario, los martirios del circo, las resurrecciones de las víctimas de la nueva fé; los cielos abiertos; el Padre Eterno; el Hijo, verbo y misericordia del Padre; el Espíritu, bajo la forma de la paloma, que vuela del uno al otro para constituir la unidad, y que esparce desde su pecho rayos, que siembran por todas partes la luz y el amor; en fin, las almas felices, figuradas por innumerables rostros alados, que forman círculos semejantes á las estrellas, escalonadas en el firmamento, y que gozan el reflejo divino en la morada del Padre.

Bernardo de Palissy, para hacerse capaz del arte que habia adoptado, aprovechó horas de la noche y lo supérfluo de su salario para instruirse en todas las ciencias del cálculo y de la mecánica que tenian relacion con su oficio. Su espíritu, á la vez ardiente é infatigable, se formó al mismo tiempo que sus dedos. Aprendió rápidamente la geometría, el dibujo, la pintura y la escultura elemental. Los asuntos de sus dibujos le llevaron pronto á los libros sagrados y á los libros profanos, hojeados para buscar en ellos escenas, cuadros, alegorias. Se hizo, sin notarlo, literato, poeta, teólogo, filósofo, político. Estudiando un solo oficio, con la pasion de perfeccionarlo hasta donde pudiera, no dejó nada que no tocara: no queria formar en sí mismo mas que un artesano y formó un hombre. Es carácter de todo verdadero genio aspirar siempre á ser universal: los supuestos limites que separan á un oficio de otro son los limites del pensamiento. El genio los atraviesa casi siempre para llegar á lo infinito, verdadero campo del espíritu humano. En este infinito se contiene todo y se completa todo. El universo no es mas que un arte inmenso que esculpe, que dibuja, que pinta, que escribe, que canta, que revela lo bello, es decir, Dios. Asi comprendió Palissy el suyo. Al fin de sus dias daba forma á su idea en su es-

píritu, así como cuando era joven la daba á la arcilla en sus manos, y su estilo, modelado sobre la naturaleza, no tenia menos colores, ni menos relieve, ni menos vigor y gracia que sus grupos ó sus cuadros. Haciéndose alfarero se habia hecho poeta y escritor.

Un instinto desconocido conduce al niño de genio y al artesano que ambiciona la perfeccion á dejar su pais natal y viajar. Crean sin duda, así el uno como el otro, que encontrarán mas allá de su horizonte material otro horizonte moral, en el que se les aparecerán cosas desconocidas. El cambio de sitios satisface la inquietud natural del alma, que busca un no sé qué mas perfecto; y ademas cada ciudad y cada pais se incorporan, por decirlo así, mas especialmente una parte distinta del arte, de la industria, de los oficios del hombre. Aquí se forja mejor el hierro, allí se hace mejor el cobre, en el Mediodía la seda, en el Norte el lino, en el centro la alfarería, en el Este los metales, en el Oeste las lanas, en los Pirineos el cristal, en Lion las fábricas. El clima, las producciones, las costumbres de las localidades se prestan mas ó menos á cada una de estas industrias humanas; el hijo conserva el secreto de su padre, el arte se localiza, y el que quiera alcanzar su perfeccion debe ir á estudiarlo en su sitio respectivo. De aquí la costumbre de dar una vuelta por el mundo ó de dar una vuelta por Francia, que ha hecho desde Homero y Pitágoras que cuando un trabajador de cualquier oficio empieza la vida de filósofo, de poeta y de artesano, se da á sí mismo, de ciudades en ciudades y de pueblos en pueblos, el espectáculo del mundo antes de darse á sí mismo en espectáculos y como modelo á su arte.

Bernardo de Palissy fué á trabajar de ciudades en ciudades hasta Tarbes, situada en un llano enfrente de los Pirineos, y en donde florecia entonces la pintura sobre cristal. Pronto, encantado por la escena pintoresca que tenia á la vista, se sintió pintor al aspecto de aquel cuadro de la naturaleza; dejó para otro tiempo la arcilla y el cristal y recorrió las gargantas y las cimas de aquellas montañas, en que el artista supremo parece que ha formado juegos con todas las cumbres, todos los valles, todas las fuerzas y todas las gracias de la creacion.

Si Bernardo de Palissy no era mas que un trabajador al entrar en el laberinto de los Pirineos, salió de él pintor y poeta. Se fastidió de la uniformidad del taller de Tarbes, y viajando como dibujante y trazador de imágenes, ganó así su vida, perfeccionando su mano y dando ensanche á sus ideas. Recorrió pintando todas las provincias de Francia, desde Marsella á Flandes y las orillas del Rhin; sus correrías por las montañas de los Pirineos y de los Alpes y la particular atencion que dedicaba á las diferentes cualidades de la tierra, de las rocas, de las arenas, de las aguas, para hacer aplicacion de todo á su primera profesion, le habian hecho naturalista.

Empleaba sus ócios en examinar el lecho de los manantiales, en sorprender en sus juncos y en las elevadas yerbas acuáticas los reptiles, los escarabajos, los insectos que pueblan las orillas de los arroyos, en ascender por las montañas, en penetrar en las gargantas inaccesibles y en las cavernas para espiar en ellas los secretos de Dios. Los vastos horizontes que se descubren desde los sitios elevados, los límites variados del cielo, la vida de las hojas, de los prados, se pintaban y se incrustaban deliciosamente en sus ojos para re-

producirse mas adelante bajo su mano. Hijo solitario de la naturaleza, esta era su maestro y su paleta al mismo tiempo. Se embriagaba con el éstasis, con la verdad, con el candor de sus impresiones, y de esta falta de maestro en este comercio de Palissy con la naturaleza, debia brotar un arte nuevo.

Pero si un instinto aleja en la primera juventud de su pais al trabajador, otro instinto le vuelve á él cuando ya ha visto lo que tenia que ver. Aunque el hombre sea un ser nómada tiene, sin embargo, como el árbol, raíces invisibles en el corazon y en la memoria, que le retienen en su cuna ó le hacen volver á ella. Estas raíces son los recuerdos, las ternuras, los pesares, los disgustos, las gratitudes que ligan al hombre al tronco que se llama familia y patria. Allí está el suelo que le alimenta; allí recuerda un padre, una madre, hermanos, hermanas, compañeros de infancia, rostros, voces, sonrisas que ha amado antes de recorrer el mundo, y que nada ha podido borrar de su memoria. Estos sueños del viagero y del obrero concluyen por ser una enfermedad dulce de su pensamiento, cuya curacion no está para él sino en el pais de sus amores, le atraen sin que lo note y por un círculo cada vez mas estrecho hácia la aldea ó la casa de su nacimiento. Concluye por volver á ella y por dar descanso á su corazon. Este deseo es tanto mas invencible, cuanto mas sensible el hombre que le experimenta. Las imágenes se convierten en pasiones en el alma de los poetas ó de los artistas.

Palissy habia llevado de su pais natal, al partir para dar su vuelta por Francia, una de esas imágenes vivas que le llamaban á la patria. Su alma, recogida, religiosa, no era de los que dejan evaporar una primera flor de amor al viento del mundo. Se casó y fundó una familia sobre escasos bienes y sobre un trabajo asiduo.

Esta felicidad fué en aquellos primeros años de descanso la distraccion de su genio. El hombre que posee lo que ama olvida fácilmente la gloria. La ambicion no es mas que el vacío; un corazon lleno no se agita. Pero los hijos fueron tan numerosos que los años y la ambicion muertos en él renacian para ellos y con ellos. Era preciso atender á las necesidades de una vida que se multiplicaba en otras tantas vidas, como hijos tenia alrededor de su mesa y como ancianos habia en torno de su hogar. Trató primeramente de atender á ella, empleándose como geómetra en la medicion de tierra de la Saintonge, en servicio de los hombres del fisco, que iban en nombre del rey á poner límites y medir las herencias para los impuestos. Este trabajo no le separaba del objeto de su constante estudio, la tierra. Al medir sondeaba la arcilla, pesaba la arena, pulverizaba el pedernal, meditaba esas mezclas y esas combinaciones de elementos, propias para producir los descubrimientos fortuitos de materia, de pasta, de color, de barniz que agitaban su pensamiento desde su primera edad. Un fragmento de alfarería de Luca de la Robia que habia recogido en las barreduras de alguna quinta durante sus viajes hacia trabajar su espíritu como la manzana al caer del árbol hizo trabajar él de Newton; como la rama florecida, flotando sobre el Océano, hizo que los primeros navegantes, compañeros de Cristóbal Colon, presagiaran un nuevo continente.

Cansado del oficio lucrativo, pero temporal y estéril agrimensor, volvió á su casa y al lado de su mujer, decidido á intentarlo todo por ella y por sus que-

ridos hijos y á inventar ó morir en el trabajo. Débese leer en sus mismas páginas, apasionadas con la fiebre de su amor y de su voluntad, la relacion de sus meditaciones, de sus dias y de sus vigias, de aquel periodo de vida, comparable con los dolores de un parto.

## IV.

«¡Ah! dice en su libro titulado *Del arte de la tierra*; es verdad que no tenia muchos bienes; pero tenia fama de trazar bien los planos y me llamaban para dibujarlos en las particiones y en los pleitos. Sabia algo en el arte de vidrieria y no me dediqué al arte de la tierra hasta despues de haber ganado bastante para vivir algun tiempo sin trabajar. Pasé muchos disgustos y pobreza antes de conseguirlo, cargado cómo estaba de muger é hijos. No tuve medios para ir á aprender dicho arte en ningun taller, ni para sostener ningun criado que me ayudara... Hace veinte y cinco años me fué presentada una copa de tierra, torneada y esmaltada, de tal belleza que desde entonces entré en disputa con mi propia imaginacion para encontrar un esmalte y me dediqué á buscar los esmaltes sin saber de qué materias se componian, como hombre que anda á tientas.

»Reunia todos los materiales que se me ocurrian, y despues de reunirlos compraba una cantidad de vasijas de tierra, y despues de haberlas hecho pedazos los frotaba con los materiales que habia preparado; apuntaba en la memoria las drogas que empleaba en cada ensayo, y despues de hacer un horno segun mi idea cocia en él dichos trozos para ver si mis drogas podian dar algun color. Pero como no habia visto nunca cocer tierra, no conseguia nada aunque mis combinaciones fuesen buenas, porque unas veces habian cocido demasiado, otras muy poco... Y viéndome asi chasqueado con repeticion con grandes gastos y trabajos, volvia todos los dias á reunir y preparar nuevos materiales y á construir nuevos hornos con gran gasto de dinero y consumo de combustible y de tiempo.

»...Despues de vacilar y andar así á tientas varios años con tanta imprudencia, con tristeza y suspiros, compré nuevamente vasijas de tierra, y habiéndolas roto en pedazos, cubri trescientos ó cuatrocientos con ensayos de esmalte y los llevé á una alfareria que distaba legua y media de mi residencia, suplicando á los alfareros que me permitiesen cocer aquellas pruebas.

»Dios quiso que empezase así á perder valor, y para la última tentativa, habiendo llevado conmigo un hombre cargado con mas de trescientas pruebas, resultó que una de estas pruebas se fundió antes de las cuatro horas despues de haber sido introducida en el horno, lo cual me causó tal alegría que creí haberme trasformado en otro hombre y pensé haber alcanzado la perfeccion en el esmalte blanco. Pero aquella prueba, si habia sido muy afortunada por una parte, era por otra muy desgraciada; feliz porque me dió entrada á lo que he llegado á ser, é infeliz porque no habia sido hecha en dosis ó proporcion suficiente. Fui tan torpe entonces que en cuanto hube hecho dicho blanco, que era muy hermoso, me dediqué á hacer vasijas de tierra como si jamás las hubiera visto, y despues de emplear siete u ocho meses en hacerlas, trabajé en construir un horno como el de los vidrieros, en cuya fabricacion pasé indecibles trabajos, pues necesitaba hacer por mí mismo los ladrillos y preparar la

cal y conducirlo todo sobre mis espaldas, pues no tenia medios para pagar á ningun hombre que me ayudase en esta tarea.

»Hice cocer las vasijas por primera vez; pero al querer darles la segunda cocion tuve pesares y trabajos tales, que nadie querrá creerlos. Porque en vez de descansar de las pasadas fatigas tuve que trabajar mas de un mes para preparar las materias con que habia confeccionado el espesado blanco, y luego que las tenia preparadas, cubria con ellas las vasijas que habia hecho. Despues de esto las puse al fuego en mi horno de dos bocas, como habia visto hacer á los vidrieros; pero esto es muy desfavorable para mí, pues aunque estuve seis dias y seis noches delante del horno sin dejar de quemar leña por sus dos bocas, no me fué posible hacer fundirse el esmalte, y estaba como un hombre desesperado, y aunque agobiado por el trabajo, comprendí que en mi esmalte habia poca materia de la que hace fundir las demas, y empecé á recoger y moler dicha materia sin dejar enfriar mi horno. De este modo tenia doble trabajo, moler y calentar el horno.

»Luego que tuve compuesto mi esmalte me vi obligado á ir nuevamente á comprar pucheros para experimentarlo, pues habia perdido todos los que habia hecho, y habiéndolos cubierto con el esmalte los metí en el horno, continuando fuerte el fuego. Pero sobrevino otra desgracia que me hizo penar mucho, y es, que habiéndome concluido la leña, me vi precisado á quemar los palos que sostenian las plantas de mi jardin, y despues de quemados estos tuve que quemar las mesas y el piso de la casa para hacer fundirse la segunda composicion. Sentia tal angustia que no la puedo describir, pues estaba yerto y seco á causa del trabajo y del calor del horno; hacia mas de un mes que no me mudaba la camisa. Ademas, para consolarme se burlaban de mí, y hasta los que debian socorrerme iban á decir por la poblacion que estaba quemando las tablas de la casa, y de este modo me hacian perder mi crédito y me juzgaban loco.

»Otros decian que yo trataba de hacer moneda falsa, lo cual me hacia estremecer, é iba por las calles con la cabeza baja como un hombre malvado. Tenia deudos en diferentes sitios y mantenía por lo ordinario dos hijos en casa de sus nodrizas por no poder pagar sus salarios. Nadie me socorria, sino al contrario, se burlaban de mí diciendo: «debe morir de hambre, porque abandona su oficio.» Todas estas cosas llegaban á mis oidos cuando iba por la calle.

»Sin embargo, me quedó todavía alguna esperanza, que me animaba y sostenia, porque las últimas pruebas habian salido bastante bien, y por esto pensaba saber ya bastante para ganar la vida, de lo cual me hallaba aun muy distante, como verás mas adelante, y no te debe molestar que sea un poco largo, pues quiero llamar tu atencion hácia cosas que te podrán servir.

»Luego que hube descansado algun tiempo, con sentimiento porque nadie tenia piedad de mí, dije á mi alma: «¿Por qué estás triste si has encontrado lo que buscabas? Trabaja ahora y avergonzarás á tus destructores.» Pero mi alma podia contestarme: «No tienes nada para proseguir tu tarea, ¿cómo podrás mantener á tu familia y comprar lo necesario para pasar cuatro ó cinco meses que necesitas pasar antes de poder disfrutar de tu felicidad?» Por esto me hallaba en tal tristeza y abatimiento; pero la esperanza me dió

algun valor, y habiendo considerado que habria sido demasiado prolijo hacer toda una hornada por mí mismo, para abreviar y ganar tiempo y para hacer aparecer de repente el secreto que habia encontrado del esmalte blanco, tomé un alfarero cualquiera, le ocupé en hacer vasijas segun mi idea, y mientras él hacia esto yo me entretenia con algunas medallas. Mas sucedia una cosa lamentable; porque estaba precisado á mantener á dicho alfarero en un meson, de fiado por no tener medios en mi casa. Despues de trabajar por espacio de seis meses, y cuando hubo que cocer lo hecho, tuve que construir un horno y despedir al alfarero, al que, á falta de dinero, me encontré en la necesidad de darle vestidos míos por su salario.

»Y como no tenia materiales para mi horno, empecé deshacer el que habia hecho á imitacion del de los vidrieros, para servirme de sus fragmentos. Mas como este horno habia sido tan fuertemente calentado por espacio de seis dias y noches, la cal y el ladrillo se habian liquidado y vitrificado de tal modo, que al deshacerlo me corté los dedos por mil partes y tuve que comer mi potage con los dedos envueltos en trapos. Cuando tuve deshecho el horno empecé el otro, que no construí sin gran trabajo, pues tenia que buscar la cal y la piedra sin auxilio de nadie y sin ningun descanso.

»Despues hice cocer en primera cocion las obras trabajadas, y prestados ó de otros modos encontré materiales para los esmaltes con que habia de cubrirlas. Y entonces empecé un trabajo que pudo costarme caro, pues despues que por espacio de muchos dias estuve preparando y calcinando dicho material, lo molí sin ayuda de nadie en un molino de mano que se necesitaban ordinariamente dos hombres de fuerza para moverlo. El deseo que tenia de llegar á conseguir mi objeto me hacia hacer cosas que habria en otro caso creido imposibles.

»Cuando los colores estuvieron molidos, cubrí con su esmalte todas mis vasijas y medallas; despues, habiéndolo puesto y arreglado todo dentro del horno, empecé á encender fuego, esperando que la hornada me produciría trescientas ó cuatrocientas libras. Continué avivando el fuego hasta que tuve indicio y esperanza de que los esmaltes se habian fundido, y mi hornada iba bien. Al dia siguiente, cuando fuí á sacar mi obra, despues de quitar el fuego, mis tristezas y mis dolores se aumentaron tan abundantemente que perdí todo tino. Pues aunque mis esmaltes fueran buenos y mi trabajo tambien bueno, habia ocurrido un accidente que lo habia echado á perder todo; y á fin de que lo precavas te lo diré, y despues te diré otros muchos para que mis pérdidas sean ganancias para tí. La mezcla de cal y arená con que habia amasado el material de mi horno estaba llena de guijarros que, al sentir la vehemencia del fuego, se rompieron en muchos pedazos, los cuales saltaban contra mi esmalte, que ya se habia liquidado, y se impregnó con aquellos pedazos, y los unió en todas las partes de mis vasijas y medallas, que á no ser por esto habrian quedado bien.

»Quedé tan entristecido como no te puedo describir, y no sin causa, pues mi hornada me costaba mas de ciento veinte escudos. Habia tomado prestada la leña y los materiales, y tambien parte de mis alimentos, esperando pagar á mis acreedores con el dinero procedente de las piezas de aquella hornada, lo que fué causa de que muchos acudieran desde por la ma-

ñana cuando empezaba á sacar del horno; así, fué grande mi vergüenza y confusion. Porque todas las piezas estaban sembradas de trozos pequeños de guijarros, que se habian adherido con tal fuerza al esmalte, que cuando se les pasaban las manos por encima cortaban como navajas de afeitar; y aunque el trabajo habia quedado perdido de aquel modo, algunos querian, sin embargo, comprar lo cocido á bajo precio. Pero como hubiese sido para mí un descrédito, hice pedazos toda la hornada y me acosté lleno de tristeza, pues no tenia medios para mantener á mi familia. No habia para mí en mi casa mas que reconvenciones; en vez de consolarme me dirigian maldiciones; mis vecinos, que se habian enterado de todo, decian que estaba loco, y que habria sacado mas de ocho francos de lo que habia roto. Y todo esto aumentaba mis penas.

»Despues de estar algun tiempo en cama y de considerar que el deber de un hombre que se hubiera caido en un pozo seria tratar de levantarse, me dediqué á hacer algunos dibujos, y por varios medios y con trabajo recobré un poco de dinero: despues me dije á mí mismo que todas mis pérdidas y azares habian pasado, y que no habia ya nada que pudiera impedirme hacer buenas piezas, y me puse como antes á trabajar en el mismo arte.

»Hice que algunos alfareros me construyeran gran número de vasijas, á propósito para encerrar dentro de ellas las mias cuando las metia en el horno; la invencion resultó bien y me ha servido hasta hoy. Pero tenia tan poca esperiencia que no podia distinguir cuándo cocia poco ó demasiado; cuando lograba evitar un peligro me encontraba con otro en que no habia pensado nunca. Por fin, encontré medio de hacer algunas vasijas de diferentes esmaltes, entremezclados en forma de jáspe; esto me dió para comer por algun tiempo. Pero despues de hacer cierto número de cacharros y de haberlos hecho cocer, mis esmaltes se encontraban tan hermosos los unos y bien fundidos, y los otros tan mal, á causa de que estaban compuestos de diferentes materias, que necesitaban para fundirse diversos grados de calor; el verde de los lagartos estaba quemado antes de que se fundiera el color de las serpientes; el color de las serpientes, tortugas y cangrejos se fundia antes de que el blanco recibiera ningun brillo.

»Todas estas faltas me han causado tanto trabajo y tanta tristeza, que antes de lograr que mis esmaltes se fundieran con un mismo grado de fuego, estuve hasta en las puertas del sepulcro; trabajando en aquellas tareas me encontré con que habia trascurrido por mí el espacio de diez años, haciendo tal estrago en mi persona, que no tenia forma ni apariencia de carnes en los brazos ni piernas; mis piernas habian quedado tan iguales de arriba á bajo, que las ligas con que sujetaba mis medias, caian en cuanto andaba algo sobre los talones con los restos de mi calzado. Iba á menudo á pasearme por la pradera de Xaintes, reflexionando sobre mis miserias y disgustos. En mi misma casa no podia hacer nada que fuese juzgado bueno. Era despreciado por todos, y todos se burlaban de mí. Sin embargo, seguia haciendo algunas vasijas de diferentes colores que me producian para vivir. La esperanza que tenia me hacia proceder en mi tarea con tanto vigor, que muchas veces, para conversar con las personas que iban á verme, hacia esfuerzos por reirme, aunque interiormente estaba muy triste...

»Pasaba todas las noches espuesto á las lluvias y

á los vientos, sin tener auxilio ni consuelo sino el de los gallos que cantaban por una parte, y los perros que aullaban por la otra; á veces estallaban vientos y tempestades, que soplaban de tal modo sobre mis hornos, que me veía obligado á dejarlo todo, con pérdida de mi trabajo. Y me sucedió muchas veces que dejándolo todo y yendo enteramente mojado á causa de las lluvias que habían caído sobre mí, me retiraba á acostarme á media noche ó al rayar el día, sucio como un hombre á quien se hubiera arrastrado por todos los basureros de la población, y andando á tientas y tropezando como un hombre que estuviera borracho, y lleno de tristeza por ver que después de trabajar tanto se había perdido mi trabajo. Y al retirarme así, sucio y mojado, encontraba en mi habitación otra persecución peor que la primera; ahora me maravillo de no haber sido consumido por la tristeza.»

## V.

Dios y el arte, que quieren ser vencidos, el uno por la paciencia del hombre, el otro por el trabajo, le cedieron al fin, á una edad ya avanzada, la victoria. Su nombre se estendió con sus obras, y el precio de sus libras de tierra esmaltada y de sus esculturas de arcilla volvió á levantar su casa y su familia. La gloria y la fortuna visitaron á un mismo tiempo, aunque tarde, sus hornos. Sus obras, al principio imperfectas, pero en las que se sentía el vigor de un nuevo arte, producto de sí mismo y no de ninguna rutina, adornaron las quintas y los palacios. París, á donde Catalina de Médicis había llamado al genio y á las artes, le atraía como había atraído á los grandes escultores de aquel siglo, Juan Cousin, German Pilon y Juan Goujon, todos de las familias de Rafael y Miguel Angel. Los grandes le acogieron, los pequeños le envidiaron; el mariscal de Montmorency le protegió; Catalina de Médicis le dió un local para sus hornos en una parte del solar que ocupa hoy el palacio de las Tullerías, é iba á verle trabajar, á ejemplo de los príncipes de su familia en Florencia, que vivían en el taller y en familiaridad con los artistas, que son los príncipes de la naturaleza, del trabajo y del genio.

En aquella época feliz y honrada de su vida fué cuando hizo sus innumerables obras maestras de alfarería en relieves, y de vasijas adornadas con figuras de animales, reptiles, insectos, escarabajos, plantas y flores, que después de haber estado tres siglos sumidas en las catacumbas domésticas de las casas ricas, vuelven á salir hoy de ellas á precio de oro, como tesoros de dibujo y de gracia, para ser colocadas en los museos de los palacios y en los aparadores de los hombres opulentos, que ennoblecen la riqueza, haciendo de sus casas los archivos del arte.

Una sala del Louvre está dedicada casi entera á las minuciosas maravillas de Palissy. La cercanía de los lienzos de Rafael y de los mármoles de Miguel Angel no oscurece la gloria del alfarero. El espectador se detiene, atraído por la suavidad y la verdad de los dibujos de las vasijas esculpidas ó de las culebras en relieve, con sus espirales de escamas que hacen crisar los dedos, que atraen por la belleza del colorido y que rechazan por la verdad y exactitud de lo representado. Al lado de la culebra dormida, que descansa su cabeza doblando el cuello sobre los anillos de su cola, se ve al negro cangrejo, que es la araña del agua, estender sus largas sierras como para hui-

carlas en los escollos é incrustarse en los costados de la roca. A su lado los pescadores argentados, con las bocas abiertas, lanzándose como por resorte á través de los juncos, con un pequeño estremecimiento de su cola, timon de aquella nave viva. La rana, contrayendo sus miembros elásticos, se tiñe de verde para confundirse con las plantas que crecen al lado del arroyo; abre sus grandes ojos, levanta la cabeza, y parece pronta á huir para librarse de la culebra. Sobre los costados del artefacto, lagartos con patas estendidas y larga cola sinuosa, como los laberintos de plantas entre que se deslizan, inclinan la cabeza para escuchar el ruido de la yerba ó de los granos de arena. El fondo del agua y de los bordes están tapizados de musgo húmedo ó de anchas hojas de yerbas acuáticas, aplastadas sobre el suelo por el peso de las gotas de rocío, cuya transparencia se refleja sobre su barniz.

Es esto el mundo sab-fluvial de las aguas, sorprendido por la mirada del hombre, separando las hojas, los tallos, los juncos de los pantanos, y trasladado sobre la arcilla; tan exacto en las formas, tan matizado en las escamas, tan brillante de colores, como si una aldeana, al lavar su aparador, hubiera sumido una de sus tablas en el lavadero y la hubiera vuelto á sacar llena de arena, de conchas, de restos de yerbas y de animales acuáticos. La red de un pescador vaciada, palpitando y corriendo todavía sobre la arena y trasvasada á la arcilla, esto son las vasijas de Palissy.

A veces esculpe y pinta, en grupos coloreados, escenas de la historia, de la fábula, de la Biblia ó del Evangelio; á veces escenas sencillas de la vida del campo; la nodriza que da su seno y sonríe al niño, embriagado y regocijado por el manantial vivo de toda la vida; ora la Venus jugando con los Amores, ora una jóven que ha sorprendido la cama de unos perritos y los lleva en su delantal para hacerlos admirar; sus cabecitas admiradas salen por arriba del lienzo, y la madre, tierna, inquieta, muere, siguiendo á sus hijos, los pliegues del vestido de la jóven. Pero esta la mira y tranquiliza con una sonrisa.

Las obras maestras de Palissy, que llegó á ser artista consumado por la contemplación de los grandes cuadros y de los grandes mármoles durante su residencia en París, en tiempo de Catalina de Médicis, adornan los museos domésticos del príncipe Sollikof en París, de Mr. Rothschild en Londres, de Mr. Sauvageot, de Mr. Rallier y de Mr. Selliers, que ha tributado un culto especial á la memoria de aquel gran artista y ha hecho de su casa un museo de sus obras. En el palacio de Mello, propio de Mr. Selliers, es donde se admira la gran taza de los elementos, en que la tierra ha imitado las delicadezas del metal; el combate de los centauros y de los lapitas, monumento único del taller de Palissy; el relieve de Perseo y Andrómaca, el de la muger adúltera, el de la vendimia, y el de los platos festonados de arabescos, cuyos bordes esmaltan y parece que perfuman margaritas en flor, divisa elocuente de algún amor real ó caballeresco inspirado al artista. Es bello ver la pasión desinteresada del arte en los hombres opulentos, y cómo pagan precios enormes por pedazos de tierra cocida, que conservan únicamente la huella de los dedos de un pobre artesano. El oficio se convierte así en oro, y el oro se convierte en arte, con gloria del hombre de gusto y con provecho para el trabajador; cambio mú-

tuo entre el lujo y el trabajo y la fortuna, que los ennoblesce á los dos.

## VI.

Pero aquella gloria, aquel favor de las cortes, aquella popularidad de sus obras en toda la Francia y hasta en España é Italia; aquella fortuna, descanso de su ancianidad y herencia de sus hijos no satisfacian al obrero. Sentia que tenia dentro de sí mismo otra cosa que formar, su alma. Como Sócrates, estatuario en marmol, se esforzaba por tallar en sí mismo su propia estatua, por la semejanza con el divino modelo de toda perfeccion, por la santidad de su vida, y si era necesario por el martirio. La vida inmortal, á medida que avanzaba en años, le ocupaba mas que la vida mortal.

Desde su infancia y durante todo el curso de su aprendizaje, de sus viages y de sus luchas cuerpo á cuerpo con la tierra, la pasion de Dios le habia conducido, sostenido y consolado. Satisfacia esta pasion en la soledad de los bosques, sobre la cima de las montañas y en las playas de los mares. Ella le hacia buscar los sitios desiertos para abismarse mas en silencio en la contemplacion de las formas y de la vida de las rocas, de la estructura y de la vegetacion de las plantas, de la organizacion y de las costumbres de los animales... En este punto sabe secretos maravillosos para gloria de aquel á quien llama el gran mecánico, el gran constructor, el gran animador de los mundos. Esta contemplacion piadosa y apasionada de las cosas de la tierra debia conducir necesariamente á un alma tan completa á la adivinacion de las cosas del cielo. Todo verdadero genio sube sin cesar, y subiendo encuentra á Dios.

Palissy creia haberle encontrado y vivia en un perpétuo comercio con el espíritu invisible, único que le daba cuenta de las cosas visibles. En aquella época la reforma, nacida de los abusos introducidos por los Médicis en la Iglesia católica, preludiaba la libertad de pensar, aunque queriendo permanecer fiel al dogma principal del cristianismo, y la fé de autoridad y la fé de raciocinio luchaban con el hierro y el fuego, la una por conservar, la otra por conquistar el mundo de las almas. La familia de los Palissy, y él mismo, eran de la religion reformada, y sufrían las persecuciones de la religion dominante. Hay en el hombre una tiranía natural; cuando no puede tiranizar en nombre de los príncipes, quiere tiranizar en nombre de Dios. No aprende á respetar la libertad ajena sino despues de haber sufrido mil veces en la suya. Los predicadores del culto nuevo en las provincias del Mediodia y del Oeste eran tratados como bestias feroces, y adoptaban diferentes disfraces y oficios para ocultar el suyo de cosechadores de almas, espíados, apriisionados, encerrados y conducidos de ciudades en ciudades para acabar de ser quemados, preludio siniestro del San Bartolomé.

Rasgos sublimes de fé, de resignacion y de esperanza señalaron aquella persecucion. Uno, escapado de su prision la víspera de su suplicio y viendo que no era seguido por sus compañeros de cautiverio, menos diestros que él, volvía á entrar para consolarlos hasta la última hora. Otro, en la madrugada del dia de su muerte despertaba á su amigo, acostado sobre la misma paja, y mostrándole con la mano una espléndida aurora de estío sobre el horizonte, le decia: «Rego-

ciémonos. Si el espectáculo de la naturaleza y de la luz renaciendo es tan hermoso sobre la tierra, ¿qué será mañana, cuando veremos tantos pabellones eternos?»

Los mas afortunados se refugiaban á los escollos y á las islas de las costas de Saintonge, é iban, á través de las tempestades y desafiando á la muerte, á llevar la palabra evangélica á sus correligionarios.

Palissy, que se alimentaba con sus doctrinas, describe con admiracion su celo y su intrepidez:

«Aquellos ancianos, dice, no llevaban espada en su cintura, sino solo un baston sencillo en su mano, é iban así solos y sin temor, segun la palabra del maestro: «Anunciareis mi ley al ir, al venir, al comer, al beber, acostados, levantados, sentados al borde de los caminos.» Llevaban su alimento en su camisa, porque habia pocos ricos en nuestra congregacion y no teniamos con qué pagar su salario.»

«Los pintores, relojeros, dibujantes, carpinteros, libreros, impresores, dice un autor católico de aquel tiempo, y todos los demas que en sus humildes oficios tienen, sin embargo, algun ejercicio de espíritu, fueron los primeros en adoptar las ideas nuevas.»

El alma poética y musical de Palissy estaba muy seducida por la poesia y por el canto de los Salmos que los predicadores enseñaban al pueblo de los campos. «Al escucharlos, dice, me parecia estar paseando á lo largo de las arboledas de ayas y de fresnos, que ocultan el cauce de las aguas de los arroyos y que oia murmurar las aguas del arroyo que corria al pie de las mismas arboledas, y por otra parte oia la voz de los pajaritos que estaban en las ramas y me acordaba del salmo 104, sobre cuyo plan habia dibujado mi jardin, y en el que el profeta dice que «los arroyos pasan y murmuran por los valles,» y mas adelante que «los pájaros hacen resonar su voz sobre los arbustos plantados en el borde de las aguas corrientes.» Me parecia ademas oír la voz de muchas vírgenes, que tocaban melodiosamente sus flautas.»

Pero en seguida describe la persecucion religiosa y política que disipa aquellos rebaños. «Me retiré secretamente á mi casa, dice, por no ver las matanzas, las apostasías, los saqueos de las ciudades y campos; pero en dos meses que estuve en ella, creí que el infierno se habia desbordado y que todos los demonios habian salido de él para asolar la tierra. Desde mi casa veía á los soldados corriendo por las calles, con la espada desnuda, gritando: «¿En dónde están...?» Hasta los niños se reían en una plaza, que yo veía desde la casa en que trabajaba en mi oficio de alfarero, imitaban las blasfemias, las batallas y las matanzas de los hombres. A veces sentia deseos de tomar venganza; pero recitaba en mi corazon el salmo de misericordia.»

## VII.

Palissy regresó á Paris huyendo de aquellos espectáculos: su genio le preservó de la matanza del San Bartolomé, y tal vez también la humildad de su condicion y la dulzura de su carácter. Juan Goujon, el Miguel Angel de la Francia, mas envidiado porque era mas célebre, fué atacado sobre su cadalso de escultor, trabajando en las cariátides del Louvre; cayó con su cincel en la mano al pie de la estatua á que daba su vida. Las protecciones de la corte salvaron á Palissy; ocupó sus ócios primeramente, y mas ade-

lante su cautividad, en escribir sobre su arte, sobre su alma y su fé, las cosas estrañas en la mano de un obrero, que hemos citado de él. El estilo se engrandecia en él con la experiencia y los años. No reconocemos ninguno en francés mas bíblico y mas moderno al mismo tiempo. Se sienten en él los primeros héroes de un manantial que va á romper: de una lengua que se modela sobre el alma, y no sobre la antigüedad. Los ignorantes son los que crean los idiomas; los sabios no hacen mas que exhumarlos.

El principal libro de Palissy en su edad madura es una coleccion de meditaciones filosóficas, religiosas, artísticas, y sobre todo agrícolas, que titula su *jardin*. Es el Salomon de los obreros, descansando á la luz del sol poniente de su penosa y santa vida, recordando las cosas de la naturaleza, del arte y del alma, que han dejado huella en su imaginacion y su corazon mientras ha hecho su peregrinacion terrestre. Se conoce en él al trabajador, al fabricante de ladrillos, y al fabricante de sueños; se conoce sobre todo al adorador del Supremo obrero. El amor de la naturaleza le da la inteligencia de la naturaleza, y la inteligencia de la naturaleza le revela las leyes, las fuerzas, las gracias de la creacion.

Se imagina que para ponerle al abrigo de las persecuciones y de las guerras civiles de su tiempo, Dios le ha permitido construirse un jardin inaccesible á los ruidos, á los trastornos, á los estragos del mundo, una especie de *Eden*, de que es el *Adán*, sueña que despues de haber dibujado, plantado y sembrado este asilo, da á la sombra de sus vergeles y al borde de sus fuentes lecciones de cultura, de sabiduría, de piedad y de felicidad á los hombres. Se pintaba á sí mismo estas imágenes de felicidad y de reposo dentro de los muros de la Bastilla de Paris, en la que el mariscal de Montmorency y sus otros protectores del partido opuesto le tenían encerrado para su seguridad y para obligarle á convertirse.

Como el mismo Criador hizo con su obra, Palissy derrama su alma en toda su creacion imaginaria, y convida á todos los animales vivientes é inteligentes á la habitacion y á la felicidad del hombre. Asocia é ella hasta las plantas, que pinta como susceptibles de cierto grado incompleto de inteligencia y amor.

«Sobre las paredes de las cavernas de mis rocas, dice, pensando en los objetos que ha reproducido tantas veces en sus composiciones de arcilla y esmalte, muchas especies de yerbas y de musgos, y por debajo muchos lagartos é insectos, que recorrerán las rocas, unos hácia arriba, otros á través, otros hácia abajo, haciendo gestos y contorsiones, y todos ellos estarán esculpidos y coloreados con tanta verdad, que los otros insectos, lagartos y culebras naturales, irán muchas veces á admirarlo, como tú sabes que hay un perro esculpido en mi obrador de alfarero, contra el cual se han puesto á ladrar muchos perros creyéndole vivo; y desde la roca saltarán varios arroyos de agua que caen en el estanque, en el que habrá pescados naturales, ranas y tortugas. Y sobre esta gruta, abierta por arriba para que reciba la luz del cielo, plantaré, en forma de cornisa, arbustos, cuyos frutos sean sustento para los pájaros, para que estos acudan á ellos, y los que paseen por allí tengan el placer de oír las cancioncitas de dichos pájaros. Habrá dos razones para que los pájaros digan sus cancioncitas en aquel sitio. La primera es el sol, que desde la madrugada lanzará sus rayos sobre los arbustos; la segunda es que los pa-

jaritos encontrarán siempre algo que comer sobre las ramas. Para acostumbrarlos mas á que vayan á mi jardin, esparciré en tiempo de invierno granos sobre la tierra, para que encuentren qué comer cuando la estacion haya dejado estériles los árboles.

»Y los que se paseen por aquellas galerías, y se apoyen sobre la barandilla para contemplar, tendrán los arbustos y los pajarillos sobre su cabeza; y queriendo ver la hermosura del jardin y lo que en él sucede, percibirán el olor de las violetas, jazmines y otras yerbas abrigadas por las rocas de los frios del Norte y del Oeste. Aquellas montañas, espuestas al Mediodía y al Levante, calentadas todo el dia por el sol, darán por la noche su calor á las plantas, yerbas y árboles, y sus frutos serán mas sabrosos y de mejor gusto... Además, las que quieran humedad, serán plantadas á lo largo de los arroyitos, que saldrán de las rocas y montañas, y los arroyitos harán, andando, un arroyo grande; ciertas circulaciones formarán islas propias para alimentar yerbas acuáticas, y para regarlas abriré una hendidura en muchos troncos, que se unirán uno á otro, y presentaré su estremo en las caídas de las rocas, y los sostendré sobre orquillas de madera plantadas en tierra, que conducirán mis canilitos á todos los sitios que quiera regar. Y para que el pie de los hombres no pisotee y eche á perder las yerbas, entre la roca y las plantas, á que conduciré el agua, mis acueductos de madera estarán llenos de agujeritos, que lloverán como un rocío perpetuo sobre las yerbas.»

Despues de una larga y cariñosa descripcion de sus montañas, cavernas, rocas, jardines y vergeles, entremezclada con reflexiones maravillosamente piadosas y de éstasis del alma hácia Dios, esclama:

«Al retirarme de los trabajos de esta tierra, no habré encontrado en este mundo otro deleite que el de construir y cultivar mi jardin; asi como desde hace mucho tiempo no he hecho mas que soñar en su construccion... La semana pasada, estando dormido sobre mi lecho, me pareció que mi jardin estaba ya formado como ya he dicho, y que ya empezaba á comer sus frutos; y me parecia que al pasar por la mañana por dicho jardin, contemplaba las maravillosas cosas que el soberano Maestro ha empezado á hacer.»

De aqui Palissy pasa á las consideraciones mas sobrenaturales, pero mas verdaderas, sobre las leyes morales de toda la creacion, visibles para un genio religioso y filosófico en las leyes físicas de la vegetacion y del mundo animal. Da expansion á su caridad hácia los animales, presta su inteligencia á los vegetales, á las mismas rocas, á las fuentes, al Océano; fraterniza en su alma con el alma universal, cuyos actos ve, cuya sensibilidad siente, cuya voz oye en toda la naturaleza.

«Ninguna naturaleza, dice, produce su fruto sin mucho trabajo ó dolores. Lo mismo sucede en las naturalezas vegetativas que en las sensibles y racionales. Si la gallina se pone flaca para dar vida á sus huevos, si la perra sufre al parir sus hijitos, te aseguro que las plantas sufren al producir sus frutos...

»Estaba en cierta ocasion en las islas de Saintonge, ví una viña mas cargada de frutos que todas las demás; preguntando la causa, me contestaron que estaba cargada á punto de morir. Quise saber lo que esto queria decir, y entonces supe que se la habia dejado mas ramas que de costumbre, porque se la queria arrancar del suelo despues de hacer la cosecha, y que

en otro caso no se habría permitido que estuviese tan cargada. Es decir, que si se dejase á las viñas que hiciesen lo que quisieran, se matarian, á causa de la abundancia de los frutos que se esforzarian por producir... Muchas veces he contemplado árboles y plantas, que se sentían próximos á morir, y antes se apresuraban á florecer y á producir granos y frutos antes del tiempo acostumbrado... Y ¿qué sería si me refiriera á los hombres?»

Mas adelante, contempla en su jardín «las ramas de las viñas, que parecen en consonancia con su débil naturaleza; pues, no pudiendo sostenerse á sí mismas, echan unos como bracitos al aire, en los que se apoyan y suspenden... A veces tambien al pasar por los jardines, veia muchas de aquellas ramas que no tenían en dónde apoyarse, y lanzaban sus bracitos al aire, pensando que cogen algo en que sostenerse. Entonces iba á tenderles otras ramas para ayudar su debilidad; y habiéndolo hecho así una mañana, encontré por la tarde que las plantas habían entremezclado sus brazos con los apoyos. Y maravillado de la Providencia de Dios, recordaba aquella sentencia de que hasta los pájaros van y vienen, y no caen sin su voluntad...

«Ví tambien algunos árboles frutales, los cuales parecia que tenían algun conocimiento, porque cuidaban de guardar y proteger á sus frutos, como la muger á su hijo. Entre aquellas plantas, las viñas se habían adherido ciertas hojas, con que cubrian sus frutos, temiendo que el frio las echase á perder. Los rosales y los groselleros, con objeto de defenderse contra los que quisieran arrebatárles sus flores, habiau colocado delante armaduras y espinas. Ví el trigo y otros frutos, á los que el Omnipotente había dado la ciencia de vestir sus frutos tan bien, que Salomon con toda su sabiduría no estuvo nunca tan bien vestido. Todas estas cosas me daban ocasion para caer de rodillas y adorar al ser de los seres, que ha hecho estas cosas para utilidad y servicio del hombre.

«La tierra sería bendecida, si el hombre la trabajara.»

El alfarero llega hasta el lirismo, y el cántico del profeta se mezcla con el trabajo de sus manos:

«No hay tesoro igual á las yerbecitas de los campos, aun las mas despreciadas.»

Sila naturaleza, que llamamos inanimada, por ignorancia sin duda ó por debilidad de vista, inspiraba á Palissy tales himnos, júzguese de las impresiones que le causaba la contemplacion de los animales, de los campos y de las maravillas de la inteligencia del hombre.

«Cuando salia del jardín, dice, para ir á pasearme al prado, que baja por la ladera hasta el rio, veia jugar y retozar á algunos carneros, corderos, ovejas, cabras y cabritos, que saltaban, triscaban y hacian gestos y figuras estrañas; y hasta me parecia tener gran placer en ver á los carneros, que se separaban uno de otro á largo trecho, y despues iban á herirse con los cuernos uno contra otro. Veia tambien cabras, que alzándose sobre las dos patas de atrás, se golpeaban con los cuernos con gran violencia; veia tambien á los pollinitos y á los becerrillos, que jugaban al lado de sus madres... Todas estas cosas me tenían tan contento, que exclamaba dentro de mí, que los hombres eran bien locos al despreciar los sitios campestres y el arte de la agricultura, que nuestros antepasados, y hasta los profetas ejercieron por sí mismos, y aun el guardar sus rebaños...»

## VIII.

¡Ah! Palissy estaba dentro de los muros y de los fosos de una prision, separado de su muger por la tumba y de sus hijos por el cautiverio, de los horizontes del Sena por la proscripcion, del trabajo de su oficio por la vejez, de sus hermanos de religion por el martirio, cuando escribia esto, y se consolaba en su pensamiento de su ruina, de la prision y de su muerte cercana. Aquellas páginas esparcidas, por mucho tiempo dadas al olvido, por fin recogidas, forman dos volúmenes, verdaderos tesoros de sabiduría humana, de piedad divina, de genio eminente, de sencillez, de fuerza y de colorido de estilo. Es imposible, despues de haberlas leído, no proclamar á aquel pobre trabajador en arcilla uno de los mas grandes escritores de la lengua francesa. Montaigne no le escede en libertad, ni J. J. Rousseau en vigor, ni la Fontaine en gracia, ni Bossuet en energía lírica. Sueña, medita, llora, escribe y canta como ellos.

Tocaba entonces á esas últimas horas de la vida, en que la voz del alma toma mas melancolía y solemnidad, como los rumores de la tarde en una naturaleza que va á extinguirse y callar. Su antiguo patrono se compadecia de aquel anciano, próximo á morir en las cadenas, y á cambiar únicamente de sepulcro. El rey Enrique III fué á visitarle á su prision, deseoso de ponerle en libertad, concediéndole perdon á trueque de una ligera condescendencia respecto de su fé.

—Buen hombre, le dijo el rey, hace cuarenta y cinco años que estais al servicio de mi madre y al mio; hemos sufrido que hayais vivido en vuestra religion entre los fuegos y las matanzas. Ahora estoy tan apremiado por los de los Guisas y por mi pueblo, que me veo obligado á entregaros en manos de mis enemigos, y mañana sereis quemado si no os convertis.

El anciano se inclinó, enternecido por la bondad del rey, humillado de su debilidad; pero inalterable en la fé de sus padres.

—Señor, contestó, estoy pronto á dar el resto de mi vida por el honor de Dios. Me habeis dicho muchas veces que os compadeciais de mí, y yo á mi vez os tengo compasion á vos, que habeis pronunciado estas palabras: *¡Me veo obligado!* Eso no es hablar como rey, señor, y son palabras que ni vos, ni los Guisas, ni vuestro pueblo podrán jamás hacerme pronunciar. *¡SE MORIR!*

Los cortesanos que acompañaban al rey, en vez de admirarse, se indignaron.

—¡Insolente! exclamaron; parece que ha leído á Séneca, y que parodia las palabras del filósofo: El que sabe morir, no puede ser obligado contra su voluntad.

Enrique III, mejor que su córte, en consideracion de las hermosas obras de Palissy, que adornaban sus palacios, y en memoria de su madre no consintió en cederle á los Guisas, y dejó á la vejez y á la naturaleza que concluyeran con el condenado. Espiró, mártir voluntario, en los calabozos de la Bastilla, y no recobró su libertad sino con la muerte.

Su gloria pareció por mucho tiempo enterrada con él; no fué exhumada del olvido con sus obras hasta el último siglo por Faujas de Saint-Fond, Fontenelle y Buffon, y en este, por Mr. Cap, que recogió, clasificó y comentó sus obras; y en fin, muy recientemente, por un jóven, cuya alma é imaginacion se apasionaron

por semejanza de naturaleza, por el arte, la poesía y el martirio de Palissy, Mr. Alfredo Dumesnil. Le debemos los materiales para la estatua de arcilla del alfarero.

Bernardo de Palissy es el modelo mas perfecto del obrero. Por su ejemplo, mas que por sus obras, ha influido en la civilizacion, y ha merecido un sitio aparte entre los hombres, cuyos nombres han engrandecido á la humanidad. Si hubiese continuado desconocido y rutinario en el tejar de su padre haciendo tejas, si no hubiese nunca purificado, modelado, esmaltado su puñado de barro, si sus grupos sencillos, sus reptiles arrastrándose, sus ranas húmedas, sus traviesos lagartos, sus yerbas y sus musgos empapados en lluvia no hubieran adornado nunca el fondo ó los bordes de los platos, de los saleros, de las vajillas, adornos tan extraños como minuciosos de las mesas y aparadores del siglo XVI, nada seguramente habria faltado al arte de Fidias y de Miguel Angel, á la porcelana de Sevres, de la China, de Florencia ó del Japon, pero habria faltado su vida á la admiracion y á la imitacion del obrero. Es el patriarca del taller, el poeta del trabajo manual, de los tiempos nuevos; el alfarero de la Odisea, de la Biblia, del Evangelio, la parábola hecha hombre para ennoblecer y divinizar toda profesion, aun la mas trivial, siempre que tenga al trabajo por mérito, al progreso y al arte por modelo, á Dios por fin.

#### IX.

Tal fué Palissy. Hijo de sus propias obras, siente un genio en el estremó de sus dedos; no desprecia la tierra, que rueda bajo sus pies; no mira con desden la vil materia, que su condicion ha puesto en sus manos; estudia por purificarla y ennoblecerla, impregnándola en su alma; recorre el pais con su paleta en la mano, ganando su vida honradamente de horno en horno, y cuando su profesion no tiene ya nada que enseñarle, va á las soledades á interrogar al maestro de los maestros, la naturaleza, robándole sus misterios; concibe hácia ella amor y entusiasmo, á fuerza de contemplarla; la iguala en sus formas, en sus colores, en sus juegos; traslada la hoja, la yerba, la mosca, el reptil, el insecto, el arroyo, el rocío, la humedad, la

frescura, el barniz de la luz á un pedazo de tierra; buscando la perfeccion del arte, que se oculta siempre para ser descubierta, y que se niega para ser arrebatada, encuentra la miseria, la incredulidad y la burla de sus contemporáneos; se obstina, se encarniza, quema su casa para dar alimento á su último horno; violenta al genio de la invencion, manifiesta la locura de la esperanza, el heroismo del trabajo; es recompensado, triunfa, se ilustra, y enriquece á sus hijos. Pero estas recompensas terrestres, de que da gracias á la Providencia, no son nada para él; el obrero está satisfecho, el hombre no lo está; tiene sed de la belleza y de la gloria eternas. Lo que ha descubierto de mas precioso en sus contemplaciones solitarias de la naturaleza, no es su arte, sino Dios, fin y objeto de todo arte perfecto. Escribe en sus ocios sus maravillosas contemplaciones; da expansion á su inteligencia en sus cánticos, obras de su piedad, mil veces mas que en sus vasijas, obra y juego de sus manos. Su alma se inspira, sin estudio y sin idioma, en un santo entusiasmo. Abraza con fé filial el culto entonces perseguido de sus hermanos, da su juventud por su oficio, da su casa por su arte, da su vejez, su libertad, su vida por su Dios; se lanza desde su calabozo al cielo sobre las alas de la santa esperanza; deja en pos de sí obras maestras, sin duda fútiles, que parecen á los edificios de arcilla, de arena ó de concha, que los niños dejan olvidados en el sitio en que han jugado con otros niños de su edad; pero deja elocuentes lecciones de inmortales ejemplos de trabajo, de paciencia, de lucha con los obstáculos, de victoria sobre la materia, de elevacion dulce de piedad y de virtud á los artesanos de todos los oficios. Su vida quiere decir trabajo, sus obras invenciones, su muerte martirio. Su libro es el catecismo, no solo del oficio de alfarero, sino del oficio mas sublime de bien decir, de bien obrar, de bien vivir; su nombre es el patrono de los oficios trabajosos, obstinados y vencedores. Palissy conquista así legitimamente en la oscuridad un puesto entre los grandes hombres.

Algunos dirán: «Pero no manejó mas que arcilla.»  
¿Qué importa? La grandeza no está en el oficio, sino en el carácter. Si este hombre es pequeño, ¿quién es grande?



Faint, illegible text, likely bleed-through from the reverse side of the page.





CRISTÓBAL COLON.

I.

Dios está oculto aun en las cosas mas insignificantes de la humanidad, y aparece en su conjunto. Ningun hombre sensato ha negado jamás que los grandes acontecimientos que componen la vida histórica de la humanidad están ligados y coordinados secretamente

por un hilo invisible, suspendido en la poderosa mano del soberano ordenador de los mundos, para hacerlos concurrir á un designio y á un plan. ¿Cómo el que ha dado la luz á los ojos podría ser ciego? ¿Cómo el que ha dado el pensamiento á la criatura podría carecer de pensamiento?

Los antiguos llamaban á este plan oculto, absoluto é irresistible de Dios en las cosas humanas el destino, la

fatalidad, y los modernos le llaman la Providencia, nombre más inteligible, más religioso y más paternal. Estudiando la historia de la humanidad es imposible no reconocer en todas partes la acción libre del hombre, la acción soberana y trasparente de la Providencia. Esta acción no excluye en nada la libertad de nuestros actos, y que constituye la moralidad de los individuos y de los pueblos, parece moverse, obrar y estraviarse, con una latitud completa de intención, de elección entre el bien y el mal, en una cierta esfera de acción y con cierta conveniencia lógica de trabajos alentados ó de remuneraciones merecidas, según que su intención ha sido más recta ó más viciada; pero los grandes resultados generales de estos actos de los individuos ó de los pueblos pertenecen á ella sola. Parece reservarse independientemente de nosotros para fines divinos que no conocemos, y que nos deja solamente entrever cuando están casi á nuestro alcance ó comprensión. El bien y el mal son de nosotros y para nosotros; pero la Providencia mira igualmente nuestra perseverancia que nuestras virtudes, y de este bien y de este mal saca con igual inefabilidad de sabiduría el cumplimiento de su designio sobre la humanidad.

El agente oculto, pero divino, de esta Providencia, cuando se digna servirse de los hombres para preparar ó para cumplir una parte de sus planes, es la inspiración. La inspiración es verdaderamente un misterio humano, cuyo manantial es difícil encontrarle en el hombre mismo; parece proceder de una parte más alta ó más lejana. He aquí por qué se le ha dado un nombre misterioso también, y por qué no se define bien en ninguna lengua: *genio*. La Providencia crea un hombre de genio; el genio es un don que no se adquiere por el trabajo ni se obtiene por la virtud; existe ó no existe sin que aquel mismo que le posee pueda dar cuenta de su naturaleza y de su posesión. A este genio la Providencia envía una inspiración. La inspiración es al genio lo que el *iman* al acero; le atrae independientemente de toda conciencia y de toda voluntad hacia cierta cosa fatal y desconocida como el polo. El genio sigue esta inspiración que le seduce, y encuentra un mundo moral ó un mundo físico.

He aquí á Cristóbal Colón y al descubrimiento de América.

## II.

Colón, en su pensamiento, aspiraba nada menos que á completar el globo. La necesidad de la unidad geográfica terrestre fué la que inspiró su trabajo, porque esta necesidad era igualmente una inspiración en su época. Existen ideas que flotan en los aires como miasmas intelectuales, y que millares de hombres parece que las respiran á un mismo tiempo.

Siempre que la Providencia prepara al mundo, sin saberlo, á alguna transformación religiosa, moral ó política, se puede observar casi regularmente este mismo fenómeno: una inspiración ó una tendencia completa la unidad del globo por la conquista, por la lengua, por el proselitismo religioso, por la navegación, por los descubrimientos geográficos ó por la multiplicación de las relaciones de los pueblos entre sí, por medio de la aproximación ó del contacto de estos pueblos, á quienes las vías de comunicación y las necesidades de los cambios reasumen en un solo pueblo. Esta tendencia á la unidad del globo en ciertas épocas es uno de

los hechos providenciales más visibles en los resultados de la historia.

Así, cuando la gran civilización oriental de las Indias y de Egipto parece decrepita, y cuando Dios quiere llamar al Asia ó al Occidente á una civilización más joven y más activa, Alejandro parte, sin saber por qué, de los valles de Macedonia, y el mundo conocido llega á ser uno bajo el terror y bajo la gloria de su nombre, desde el Indo hasta la estremidad de Europa.

Cuando quiere preparar un auditorio inmenso al verbo transformador del cristianismo en Oriente y en Occidente, propaga la lengua, la dominación, las armas de Roma y de César desde las márgenes del golfo Pérsico hasta las montañas de Escocia, uniendo bajo un solo espíritu y bajo una sola servidumbre la Italia, las Galias, la Gran Bretaña, la Sicilia, la Grecia, el Africa y el Asia.

Cuando quiere, algunos siglos después, separar la Arabia, la Persia y sus dependencias de la barbarie y hacer prevalecer el dogma irresistible de la unidad de Dios sobre las idolatrías y sobre las indiferencias de estas partes remotas ó corrompidas del mundo, arma á Mahoma con el Corán y con la cimitarra; permite al islamismo conquistar en dos siglos todo el espacio comprendido entre el Oxo y el Tajo, entre el Tíbet y el Líbano, y entre el Atlas y el Tauro. Una inmensa unidad de imperio responde de antemano á una inmensa unidad de idea.

Por eso Carlo Magno en Occidente, durante su monarquía universal, prepara en la Escitia y en la Germania el vasto lecho donde la civilización cristiana va á recibir y á bautizar á los bárbaros.

Por eso la revolución francesa, aquella reforma del mundo occidental por el raciocinio, cuando Napoleón, tan emprendedor y más ciego que Alejandro, pasea sus armas victoriosas sobre el continente dominado, constituye un momento la grande unidad de la Francia; y creyendo fundar allí su imperio, solo esparce la semilla de la lengua, de las ideas y de las instituciones de la revolución.

Por eso en nuestros días, no ya bajo la forma de las conquistas, sino bajo la forma de las comunicaciones intelectuales, comerciales, pacíficas entre todos los continentes y todos los pueblos del globo, la ciencia llega á ser el conquistador universal en provecho y gloria de todos. La Providencia parece haber encargado esta vez al genio de la industria y de los descubrimientos la misión de prepararle la más completa unidad del globo terrestre, que han conocido los tiempos, el espacio y los hombres en una masa más compacta y más asimilada. La navegación, la imprenta, el descubrimiento del vapor, aquella fuerza económica é irresistible de impulsión, que lanza al hombre y á sus ejércitos, y á sus mercaderes tan lejos y tan pronto como su pensamiento; la construcción de los caminos de hierro, que nivelan las montañas, atravesándolas, y que nivelan la tierra; el descubrimiento de los telégrafos eléctricos, que dan á las comunicaciones entre los dos hemisferios la instantaneidad del rayo; el descubrimiento de los globos aereostáticos, que buscan todavía un timón, pero que harán bien pronto navegable un elemento más universal y más sencillo que el Océano; todas estas revelaciones, casi contemporáneas, de la Providencia por la inspiración del genio industrial, son otros tantos medios de unión, de concentración, de contracción del globo sobre sí

mismo; instrumentos de aproximacion, de homogeneidad de los hombres entre sí. Estos medios son tan activos y tan evidentes, que es imposible no ver en ellos el postrimer plan de la Providencia, el último esfuerzo hácia lo desconocido, y de no deducir por ello que Dios premedita por nosotros y para nuestros descendientes algun designio oculto á nuestra vista, designio por el cual toma sus medidas, haciendo avanzar al mundo hácia la mas poderosa de las unidades, la unidad de pensamiento, que anuncia alguna grande unidad de accion en lo venidero.

Asi estaba preparado el espíritu del siglo XV por cierta estraña manifestacion humana ó divina, cuando nació el grande hombre, cuya historia vamos á referir. Se esperaba alguna cosa; el espíritu humano tiene sus presentimientos... Son las vagas profecias de las realidades que se aproximan.

### III.

En la primavera del año 1471, en la mitad del día, y cuando su sol ardiente que calcinaba los caminos de Andalucía, sobre una colina situada á una media legua del pequeño puerto de Palos, dos estrangeros viajaban á pie con su calzado usado por la marcha, con sus vestidos, donde se veian los vestigios de pertenecer á personas que habian tenido buena posicion, llenos de polvo y la frente bañada de sudor. Se detuvieron y se sentaron á la sombra del pórtico exterior de un pequeño monasterio llamado *Santa María de la Rábida*. Su aspecto y su lasitud imploraban de suyo la hospitalidad. Los conventos franciscanos eran en esta época las posadas de los viajeros pedáneos, á quienes la miseria prohibia llegar á otra clase de asilos. Estos dos estrangeros llamaron la atencion de los frailes.

Uno de ellos era un hombre que apenas habia llegado á la mitad de su vida, de elevada estatura y de formas robustas, de posicion magestuosa, de noble frente, de franca fisonomía y de mirada penetrante, todo lo cual constituia una persona simpática. Sus cabellos, de un rubio ligeramente oscurecido, se teñia ligeramente sobre sus sienes con aquellas manchas blancas, que precipitan la desgracia y el trabajo del espíritu. Su frente era elevada, su tez, primitivamente colorada, habia palidecido por el estudio y se habia bronceado por el sol y el aire del mar. El ruido de su voz era varonil, sonoro y penetrante como el acento de un hombre acostumbrado á proferir pensamientos profundos. Nada de ligereza ó irreflexion revelaban sus gestos; todo era grave y simétrico en sus menores movimientos; parecia que se respetaba modestamente á sí propio, obrando con la reserva de un hombre piadoso en un templo, como si se hubiera encontrado en la presencia de Dios.

El otro era un niño de ocho á diez años. Sus facciones mas finas, pero ya maduras por las fatigas de su vida, tenian tal semejanza con las del primer estrangero, que era imposible no conocer en él ó un hijo ó un hermano del hombre ya entrado en años.

### IV.

Estos dos estrangeros eran Cristóbal Colon y Diego, su hijo. Los frailes, curiosos y enternecidos al aspecto de aquella noble fisonomía del padre y de la gracia infantil del niño, que contrastaban con la indigencia

de su ropage, los hicieron entrar en el interior del monasterio para ofrecerles la sombra, el pan y el reposo debidos á los peregrinos. Mientras que Colon y su hijo se refrescaban bebiendo agua, y se fortificaban con pan y aceitunas en la mesa de los huéspedes, los frailes pasaron á informar al prior de la llegada de los dos viajeros y del estraño interés que inspiraba su noble apariencia en contraste con su miseria: el prior bajó para conversar con ellos.

Este superior de la Rábida se llamaba Juan Perez de Marchena, antiguo confesor de la reina Isabel, que reinaba entonces con Fernando en los dominios españoles. Hombre virtuoso, científico y dado al recogimiento, habia preferido el abrigo de un claustro á los honores y á las intrigas de la corte; pero conservaba por este mismo retiro un gran prestigio en el palacio y gran crédito en el ánimo de la reina. La Providencia, no menos que la casualidad, habia dirigido los pasos de Colon, si ambas habian tenido por objeto abrirle por medio de una mano fiel, aunque invisible, las puertas del consejo y el oido y el corazon de los soberanos.

### V.

El prior saludó al estrangero, acarició al niño, y se informó con benevolencia de las circunstancias que le obligaban á viajar á pie á través de las veredas tortuosas de España, y á reclamar el humilde techo de un monasterio pobre y aislado. Colon refirió su vida oscura; manifestó sus grandes pensamientos al estado monge. Esta vida y estos pensamientos no eran mas que un presentimiento. He aqui lo que se ha sabido despues.

### VI.

Cristóbal Colon era el hijo mayor de un cardador de lana de Génova, hoy oficio ínfimo, entonces profesion liberal y casi noble. En aquellas repúblicas comerciales é industriales de Italia, los artesanos, orgullosos por el descubrimiento ó la invencion de alguna cosa en la industria, formaban corporaciones ennoblecidas por su arte é importantes en el Estado. Habia nacido en 1436. Tuvo dos hermanos, Bartolomé y Diego, á quien llamó mas tarde para dividir con él sus trabajos, su gloria y sus desgracias; tambien tenia una hermana mas jóven que sus hermanos, que se casó con un obrero de Génova, y su oscuridad la reservó mucho tiempo del brillo y del infortunio de sus hermanos.

Nuestros instintos nacen de los primeros espectáculos que la naturaleza ofrece á nuestros sentidos en los lugares donde nosotros vemos la luz, sobre todo cuando estos espectáculos son magestuosos é infinitos, como las montañas, el cielo y el mar. Nuestra imaginacion es la contraprueba y el espejo de las primeras escenas que hieren nuestra vista. Las primeras miradas de Colon cuando niño contemplaron el firmamento y el mar de Génova. La astronomía y la navegacion condujeron desde muy temprano sus pensamientos á esos dos espacios abiertos ante sus ojos; él los llenaba en sus ensueños antes de poblarlos con sus continentes y con sus islas. Contemplativo, silencioso, piadoso por inclinacion desde sus mas tiernos años, su genio infantil le llevaba á los espacios no solamente para descubrir mas, sino para adorar mas. En la obra divina lo que buscaba con especialidad era á Dios.

## VII.

Su padre, hombre ilustrado y bien acomodado por su profesion, no resistió á la naturaleza, que se manifestaba de suyo con tan estudiosas inclinaciones en su hijo. Envióle á estudiar á Pavía la geometria, la geografía, la astronomía, la astrología, ciencia imaginaria del tiempo, y la navegacion. Su espíritu traspasó bien pronto los límites de estas ciencias, á la sazón incompletas. Siendo una de aquellas almas que ven siempre mucho mas allá del objeto donde el vulgo se detiene, dijo: basta; y á la edad de catorce años sabia todo lo que se enseñaba en esta clase de escuelas; regresó á Génova al seno de su familia. La profesion sedentaria é intelectual de su padre no podia aprisionar sus facultades, y navegó muchos años á bordo de buques mercantes de guerra, y de expediciones aventureras, que armaban las casas de Génova en el Mediterráneo, para disputar sus flotas y sus puertos á los españoles, á los árabes y á los mahometanos; especie de cruzadas perpétuas, donde el tráfico, la guerra y la religion hacian de estos marinos de las repúblicas italianas una escuela de comercio, de lucro, de heroismo y de santidad. Soldado, sabio y marinero á la vez, entró á bordo de las naves que su patria prestó al duque de Anjou para la conquista de Nápoles, sobre la flota que el rey de Nápoles envió para atacar á Tunez, sobre las escuadras con que Génova combatía á los españoles. Dicen que ejerció el mando de expediciones navales oscuras en la marina militar de su país; pero la historia le perdió de vista en los principios de su vida. Su destino no estaba allí; su genio no cabía en estos pequeños mares y en estas pequeñas cosas; su pensamiento era mas grande que su patria; meditaba una conquista para la especie humana, y no para una estrecha república de la Liguria.

## VIII.

En los intervalos de sus expediciones, Cristóbal Colon encontraba á la vez en el estudio de su arte la satisfaccion de su pasión por la geografía y por la navegacion, y de su humilde fortuna. Dibujaba, grababa y vendía cartas marinas, cuyo comercio suministraba penosamente lo necesario para su existencia. En estos trabajos buscaba menos el lucro que el progreso de las ciencias; su espíritu y sus sentidos, continuamente fijos entre los astros y los mares, perseguian con el pensamiento un punto entrevisto solamente por él.

Un naufragio, consecuencia de un combate naval ó del incendio de una galera que montaba en la rada de Lisboa, le fijó en Portugal. Precipitose en el mar para huir de las llamas, asiose con una manó á un remo, y nadando con la otra mano hácia la costa logró llegar á la orilla. Portugal, entregado á la sazón á los descubrimientos marítimos, era una residencia conveniente á sus inclinaciones, por lo cual esperaba encontrar allí ocasiones y medios de lanzarse del modo que deseaba al Océano; pero en este país solo halló el trabajo ingrato de la geografía sedentaria, la oscuridad y el amor. Como asistiese todos los días á los oficios religiosos de la iglesia de un convento de Lisboa, se enamoró extraordinariamente de una jóven reclusa, cuya belleza le habia sorprendido. Esta reclusa era hija de un noble italiano matriculado en el servicio de

Portugal; su padre la habia confiado á las religiosas del convento en el momento de partir para una expedición naval bastante lejana; y la jóven se llamaba doña Felipa Palestrello. Seducida tambien ella por la agradable fisonomía y por la magestuosidad del jóven extranjero, á quien veia todos los días asiduo al servicio de la iglesia, dió á entender bien pronto el amor que él la habia inspirado. Ambos sin parientes y sin fortuna y en un país extraño... nada podia contrariar el atractivo que experimentaban el uno para el otro; se unieron en casamiento esperanzados en la Providencia y en el trabajo, único dote de Felipa y su amante. Colon continuó, á fin de alimentar á su suegra, á su muger y á él mismo, haciendo cartas y globos, que eran muy buscados, á causa de su perfeccion, por los navegantes portugueses.

Los papeles de su suegro, que le presentó su esposa, y sus correspondencias con Toscanelli, famoso geógrafo de Florencia, le suministraron, dicen, nociones exactas acerca de los mares lejanos de la India, y los medios de rectificar los elementos entonces confundidos ó fabulosos de la navegacion. Enteramente absorto en su felicidad doméstica y en sus contemplaciones geográficas, tuvo un hijo, á quien llamó Diego, que era el nombre de su hermano. Su sociedad íntima no se componia mas que de marinos que regresaban de las expediciones lejanas ó de tierras desconocidas, ó de rutas ignoradas en el Océano. Su taller de cartas y de globos era un foco de ideas, de conjeturas, de proyectos que preocupaban incesantemente su imaginacion por cierta cosa ignorada que existia en el globo. Su muger, hija y hermana de marinos, dividia con su esposo este entusiasmo, y al mismo tiempo que contorneaba con los dedos sus globos y señalaba en sus cartas las islas y los continentes, hallaba Colon un vacío inmenso en medio del Océano Atlántico. La tierra carecia del contrapeso de un continente. Rumores vagos, maravillosos, terribles hablaban á la imaginacion de los navegantes acerca de las costas, entrevistas desde la cima de las Azores, llamadas inmuebles ó flotantes, que se mostraban en tiempos serenos, que desaparecian ó que se alejaban cuando los temerarios pilotos procuraban acercarse allí. Un viagero veneciano, *Marco Polo*, que se consideraba entonces como un inventor de fábulas, pero cuya veracidad ha reconocido despues el tiempo, referia en el Occidente las maravillas de los continentes, de los estados y de las civilizaciones de la Tartaria, de la India, de la China, que se suponía prolongarse mas allá de donde se estienden en realidad las dos Américas. Colon mismo se lisonjeaba de encontrar en la estremidad del Atlántico estos dos países del oro, de las perlas, de la mirra, de donde Salomon sacaba sus riquezas. En su concepto no era un continente nuevo el que buscaba, sino un continente perdido. El atractivo de lo falso le llevaba hácia la verdad.

Suponia en sus cálculos, segun Tolomeo y segun los geógrafos árabes, que la tierra era un globo, sobre el cual se podia dar una vuelta. Suponia este globo menos vasto que lo creian otros en consecuencia; que la estension del mar que habia que recorrer para llegar á estas tierras desconocidas de la India era menos inmenso que lo que pensaban los navegantes. La existencia de estas tierras le parecia confirmada por los testimonios extraños de los pilotos que habian pasado mas allá de las Azores. Los unos habian visto flotar sobre las olas ramas de árboles desconocidos en Occi-

dente; otros, pedazos de madera esculpidos, pero que no habian sido trabajados con la ayuda de instrumentos de hierro; aquellos pinos monstruosos en forma de canoas, formadas de un solo tronco, que no podian llevar arriba de ochenta remeros; estos rosales gigantes; otros, en fin, cadáveres de hombres blancos ó cobrizos, cuyas facciones no recordaban en nada las razas occidentales, asiáticas ó africanas.

Todos estos, indicios flotantes de tiempo en tiempo, á consecuencia de las tempestades en el Océano, y yo no sé qué instinto vago que siempre precede á las realidades como la sombra precede al cuerpo cuando está el sol á nuestra espalda, atestiguaban á Colon que existian tierras que no estaban indicadas por la mano de los geógrafos sobre los mapamundis. Solamente estaba convencido de que estas tierras no eran mas que una adición del Asia, que llenaba mas de una tercera parte de la circunferencia del globo. Esta circunferencia, ignorada entonces por los filósofos y los géometras, dejaba á las conjeturas la estension de este Océano que era necesario atravesar para llegar á esta Asia imaginaria. Los unos la creian incmensurable; otros se la figuraban como una especie de ether profundo y sin límites, en el cual se estraviaban los navegantes, como hoy los aereonautas en los desiertos del firmamento. El mayor número de esta gente, ignorando las leyes de la pesantez y de la atraccion que llama los cuerpos al centro, y admitiendo ya, sin embargo, la redondez del globo, suponian que naves ú hombres llevados por la casualidad á los antípodas, se apartarian de ellos para caer en los abismos del espacio: las leyes que rigen el nivel y los movimientos del Océano les eran igualmente desconocidas. Se representaban el mar mas allá de un cierto horizonte, limitado por las islas ya descubiertas como una especie de caos líquido, cuyas desmesuradas olas se elevaban á manera de montañas inaccesibles, cruzándose en golfos sin fondo, precipitándose del cielo á modo de cataratas que arrastrarian y sumergirian las velas bastante temerarias para aproximarse á ellas. Los mas instruidos, admitiendo las leyes de la pesantez y un cierto nivel en los espacios líquidos, pensaban que la forma redonda del globo daba al Océano una pendiente hácia los antípodas, que llevaria los vageles hácia riberas sin nombre; pero que no les permitiria nunca subir esta pendiente para regresar á Europa. Por estas distintas preocupaciones acerca de la naturaleza, por la forma, por la estension, por los ascensos y descensos del Océano, reinaba una especie de terror general y misterioso, que solo un genio investigador y una audacia sobrenatural podian abordar con su pensamiento y afrontar con sus velas. Era la lucha del entendimiento humano contra un elemento; para tentarle era necesario mas de un hombre.

## IX.

El atractivo invencible del pobre geógrafo hácia esta empresa era el verdadero lazo que detenia tantos años á Colon en Lisboa, como en la patria de sus pensamientos. Era el momento en que el Portugal, gobernado por Juan II, príncipe ilustrado y emprendedor, se entregaba á cálculos de colonizacion, de comercio, de aventuras y á tentativas navales, incansantes para unir la Europa al Asia, y en el que Vasco de Gama, el colon portugués, no se hallaba distante de descubrir el camino marítimo de las Indias por el cabo de Buena

Esperanza. Colon, convencido de que encontraría un camino mas ancho y mas directo lanzándose hácia el Oeste, obtuvo, despues de largas pretensiones, una audiencia con el rey para revelarle sus planes de descubrimiento y para pedirle los medios de llevarlos á cabo en provecho de la fortuna y de la gloria de sus estados. El rey le escuchó con interés. La fé de este desconocido en sus esperanzas no le pareció desnuda de fundamento para relegarla al rango de las quimeras: Colon, independientemente de su elocuencia natural, tenia la elocuencia de su conviccion, y logró conmover al rey lo suficiente para que este príncipe mandase formar un consejo, compuesto de sabios y de políticos, que examinasen las proposiciones del navegante genovés y para que dictasen una resolucion sobre las probabilidades de su empresa. Este consejo, compuesto del confesor del rey y de algunos geógrafos, tanto mas acreditados en su córte, cuanto que se apartaban de las preocupaciones vulgares, declaró las ideas de Colon quiméricas y contrarias á todas las leyes de la fisica y de la religion.

Otro consejo de exámen, al cual apeló Colon con el permiso del rey, agravó mas todavía la primera decision. Sin embargo, por una perfidia ignorada del rey, sus consejeros comunicaron los planes á un piloto é hicieron partir secretamente una nave para tentar el camino que indicaba Colon hácia el Asia. Este buque, que habia navegado algunos dias mas allá de las islas Azores, regresó asustado del vacío y de la inmensidad del espacio que habia entrevisto, y confirmó al consejo en el desprecio de las conjeturas de Colon.

## X.

Durante estas inútiles solicitudes en la córte de Portugal, el infortunado Colon habia perdido á su esposa, el amor, el consuelo y la animacion de sus pensamientos. Su fortuna, descuidada por la perspectiva de sus descubrimientos, se habia arruinado; sus acreedores se cobraban con los frutos de sus trabajos, apoderándose de sus globos y de sus cartas, y aun amenazándole con la pérdida de su libertad. Muchos años habia perdido en medio de una dudosa expectativa; su edad ya madura adelantaba el curso de su vida á la par que su hijo crecía, y las consecuencias de la miseria era el único patrimonio que divisaba en lugar del mundo que habia entrevisto. Se evadió furtivamente de Lisboa á pie, sin otro recurso mas que la hospitalidad que le dieran en el camino, y ora llevando á su hijo Diego de la mano, ora conduciéndole sobre sus robustos hombros, entró en España, decidido á ofrecer á Fernándo y á Isabel, que reinaban entonees, aquel imperio ó aquel continente que Portugal habia rehusado.

Siguiendo este largo peregrinaje hácia la residencia movable de la córte de España, Colon habia llegado á la puerta del monasterio de la Rábida, cerca de Palos. Se proponia pasar primero á la villa de Huerta, en Andalucía, donde habitaba un hermano de su difunta esposa, para dejar allí á su hijo Diego y partir solo para sufrir las lentitudes, los azares y tal vez las incredulidades en la córte de Isabel y de Fernándo.

Se asegura que antes de partir á España creyó de su deber, como italiano y como genovés, ofrecer primero su descubrimiento á Génova, su patria, y al senado de Venecia; pero que estas dos repúblicas, ocu-

padas por las ambiciones y por las rivalidades, respondieron á sus pretensiones primero con la frialdad y despues con la negativa.

## XI.

El prior del monasterio de la Rábida estaba mas versado en las ciencias relativas á la navegacion que lo que pertenecia á un hombre de su profesion. Su monasterio, desde donde se veia el mar, é inmediato al puerto de Palos, uno de los mas activos entonces de la Andalucia, puso al monge en sociedad continua con los navegantes y armadores de aquel punto, entregado únicamente á la marina. Sus estudios, mientras que permaneció en la capital y en la córte, se dirigieron siempre á las ciencias naturales y hácia los problemas que mas se agitaban entonces. Primeramente se compadeció, poco despues se entusiasmó y últimamente se convenció de las observaciones de Colon, y le pareció hallarse en presencia de un hombre superior á su fortuna. Vió en él uno de estos enviados de Dios, que son rechazados de la casa de los príncipes ó de las ciudades á donde llevan entre sus manos indigentes invisibles tesoros de verdades. La religion comprendió al genio, una revelacion que quiere como la otra sus fieles; quiso ser uno de estos fieles que toman parte en estas revelaciones del genio, no por el descubrimiento sino por la fé. La Providencia envia casi siempre uno de estos creyentes á los hombres superiores para impedir el desaliento de la incredulidad, de la dureza ó de las persecuciones del vulgo; ellos son la mas sublime forma de la amistad, los amigos de la verdad desconocida, los confidentes del porvenir imposible.

Juan Perez se sintió predestinado por el cielo para llegar á ser, desde el fondo de su soledad, el introductor de Colon en el favor de Isabel, el apóstol de su gran designio en el mundo. Lo que le agradó en Colon no fué solamente su designio, le encantó su beatitud, su carácter, su valor, su modestia, su gravedad, su elocuencia, su piedad, su virtud, su dulzura, su paciencia, la resignacion con que soportaba su infortunio, que revelaba en este extranjero una de aquellas naturalezas señaladas por mil perfecciones con el sello divino que prohíbe el olvido y que obliga á admirar á un hombre, único en su clase. Despues de la primera entrevista con el padre Marchena, este no le dió solamente su conviccion sino su alma, y cosa rara, jamás le retiró este afecto que le manifestó desde un principio. Colon tuvo un amigo.

## XII.

Juan Perez obligó á Colon á aceptar por algunos dias un asilo, ó al menos un lugar de reposo, en el humilde monasterio para él y para su hijo, y durante esta corta residencia, el prior comunicó á sus amigos de la poblacion la llegada y las aventuras del huésped que le habia visitado. Suplicóles que viniesen al convento á conversar con el extranjero acerca de sus conjeturas, de sus intenciones y de sus planes, á fin de que apreciaran si sus teorías estaban en consonancia con las ideas experimentales de los marinos de Palos. Un hombre eminente, amigo del prior, el médico Fernandez y un piloto consumado de Palos, Pedro Velasco, pasaron allí á las invitaciones del monge, en cuyo convento estuvieron muchas noches, y escucharon á Colon, sintieron sus ojos empapados en lágrimas al

oir sus aventuras y se penetraron despues con el fuego de los espíritus rectos y de los corazones sencillos de sus ideas; formaron el primer cenáculo, donde toda idea nueva germina en la confianza de algunos prosélitos, á la sombra de la intimidad, de la soledad y del misterio. Toda gran verdad comienza por un secreto entre amigos antes de que aparezca la ruidosa voz del mundo: estos primeros amigos conquistados por Colon en la celda de un pobre fraile, le fueron tal vez mas queridos que el entusiasmo y el aplauso de la España entera cuando el éxito confirmó sus previsiones, porque los primeros creian en la fé de sus palabras y los segundos no creian mas que sobre la fé de sus descubrimientos cumplidos.

## XIII.

Perez de Marchena, confirmado en sus impresiones por la prueba de sus ideas sobre la ciencia del médico Fernandez y sobre la esperiencia del piloto Velasco, se apasionó con ellos de su huésped, por lo cual obligó á Colon á dejar á su hijo consagrado á sus cuidados en el monasterio de la Rábida y á pasar á la córte para ofrecer su descubrimiento á Fernando y á Isabel y á solicitar de estos soberanos la asistencia necesaria al cumplimiento de sus pensamientos. La casualidad hacia al pobre monge un introductor natural y poderoso en la córte de España. La habia habitado mucho tiempo y habia tenido el oido y la conciencia de Isabel, y desde que su gusto por el retiro le alejó del palacio, habia conservado relaciones de amistad con el nuevo confesor que él dió á la reina. Este confesor, ministro de la conciencia de los reyes en esta época, era Fernando de Talavera, superior del monasterio del Prado, hombre de mérito, de crédito y de virtud, delante del cual se abrían todas las puertas del palacio. Juan Perez de Marchena dió á Colon una carta de recomendacion para Fernando de Talavera. Le suministró la ropa necesaria para presentarse con decencia en la córte, una mula, un guia, un bolsillo con dinero y un fuerte abrazo en los umbrales del monasterio, y encomendó á él y á su designio al Dios que inspira y á las calamidades que prestan grandes servicios á los grandes pensamientos.

## XIV.

Colon, penetrado de reconocimiento por este primero y generoso amigo que jamás le abandonó con los ojos ni con el corazon, y á quien consideró siempre como el origen de su fortuna, se encaminó hácia Córdoba. Esta ciudad era la residencia actual de la córte. Caminaba con aquella confianza, que es la ilusion, pero tambien la estrella del genio.

Esta ilusion no debia tardar mucho tiempo en dissiparse ni en eclipsarse la estrella. El momento en que el aventurero genovés venia á ofrecer un mundo á la corona de España pareció no ser el mas oportuno: Fernando é Isabel, lejos de pensar en conquistar posesiones problemáticas mas allá de los mares desconocidos, estaban ocupados en reconquistar su propio reino, ocupado por los moros. Estos musulmanes conquistadores de la Península, despues de una larga y próspera posesion, veian desaparecer una á una las ciudades y las provincias, de las cuales habian formado una patria. Vencidos por todas partes á pesar de sus hazañas, no ocupaban mas que las montañas y los valles que ro-

dean á Granada, capital y maravilla del imperio. Fernando é Isabel empleaban todo su poder, todos sus esfuerzos y todos los recursos de sus dos reinos unidos para arrancar á los moros aquella ciudadela de las Españas. Unidos por un casamiento político que el amor habia cimentado y que ilustraba una gloria comun, el uno habia traído en dote el reino de Aragon y ella la monarquía de Castilla. Pero aunque el rey y la reina habian confundido así sus provincias separadas en una sola patria, conservaban, no obstante, una dominacion distinta é independiente sobre su monarquía hereditaria. Tenian su consejo y sus ministros aparte para los intereses reservados de sus antiguos asuntos personales. Estos consejos no se confundian en un solo gobierno mas que acerca de los intereses patrióticos comunes á los dos imperios y á los dos esposos.

La naturaleza parecia haber dotado á estos dos soberanos de formas, de cualidades y perfecciones distintas; pero casi iguales para completar el uno por el otro el reinado de prestigio, de conquista, de civilizacion y de prosperidad que Dios les destinaba. El único defecto de Fernando era una cierta incredulidad y una cierta frialdad que proceden de la desconfianza y que cierran el corazon al entusiasmo y á la magnanimidad.

Pero estas dos virtudes de que hasta cierto punto carecia eran recompensadas en sus consejos por la ternura de alma y por la abundancia de corazon y de génio de Isabel. Jóven, bella, admirada de todos, adorada del rey, instruida, piadosa sin supersticion, elocuente, llena de fuego por las grandes cosas, de atractivo para los hombres grandes, de confianza en los grandes pensamientos, imprimia en el corazon y en la política de Fernando el heroismo que procede del corazon y lo maravilloso que procede de la imaginacion. Ella inspiraba y él ejecutaba; Isabel hallaba su recompensa en la fama de su esposo y Fernando su gloria en la admiracion y en el amor de su muger. Este doble reinado, que debia llegar á ser casi fabuloso para España, no esperaba para immortalizarse entre todos los vecinos mas que la llegada de este pobre extranjero que venia á implorar la entrada en el palacio de Córdoba con la carta de un pobre fraile en la mano

## XV.

Esta carta, leída con prevencion é incredulidad por el confesor de la reina, no produjo mas que dilaciones, negativas respecto á la audiencia que Colon solicitaba, y el mas grande desaliento. Los hombres no tienen oídos para los pensamientos atrevidos mas que en la soledad y en el reposo. Entre el tumulto de los negocios y de la actividad no encuentran benevolencia ni tiempo. Todas las puertas se cerraron delante de Colon, «porque era extranjero, dice el historiador de Oviedo, contemporáneo de este grande hombre, porque iba pobremente vestido, y porque no llevaba á los cortesanos y á los ministros otra recomendacion que la carta de un fraile franciscano, solitario, hacia ya mucho tiempo olvidado de la corte.»

El rey y la reina ni aun le oyeron hablar; el confesor de Isabel, por indiferencia ó por desden, engañó completamente las esperanzas que Juan Perez habia puesto en él. Colon, obstinado como la certidumbre que aguarda la hora, no se alejó de Córdoba á fin de espiar mas de cerca un momento mas propicio. Des-

pues de haber agotado en la expectativa la módica bolsa de su amigo el prior de la Rábida, ganó miserablemente su vida en su mezquino tráfico de globos y cartas, gozando así con las imágenes de un mundo que él debia conquistar. La vida azarosa y paciente durante tantos años no deja entrever en el fondo de su oscuridad mas que la miseria, el trabajo y sus burradas esperanzas. Jóven y tierno de corazon, amó sin embargo y fué correspondido durante estos años de amargas pruebas, pues tuvo otro hijo llamado Fernando, procedente de un amor misterioso que jamás consagró el casamiento, que recuerdan la memoria y el remordimiento en palabras muy sentidas, impresas en su testamento; pero educó á este hijo natural con tanta ternura como á su hijo Diego.

## XVI.

Su gracia y su dignidad exterior traspiraban al través de su humilde profesion; los personajes distinguidos á quienes le aproximaba algunas veces su comercio científico, recibian de su persona y de sus conversaciones aquella impresion de asombro y de atraccion, profecía eléctrica en un gran destino en una mediana condicion. Este tráfico y estas conversaciones le conquistaron amigos en Córdoba, y hasta en la corte. Entre estos amigos, cuyos nombres ha conservado la historia para asociarlos al reconocimiento del mundo futuro, se cita á Alonso de Quintanilla, mayordomo de los bienes de Isabel; Geraldini preceptor de los jóvenes principes sus hijos, y Antonio Geraldini, nuncio del papa en la corte de Fernando; en fin, Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal, hombre de tal crédito, que era llamado el tercer rey de España.

## XVII.

El arzobispo de Toledo, asustado al principio de estas novedades geográficas, que parecian infundadamente contradecir las nociones sobre el mecanismo celeste, contenidas en la Biblia, se tranquilizó bien pronto al notar la piedad sincera y superior de Colon. Dejó de temer ó sospechar un blasfemo en ideas que engrandecian la obra de la sabiduría de Dios. Seducido por el sistema, encantado por el hombre, obtuvo una audiencia de los soberanos, mediante la proteccion del arzobispo. Colon, despues de dos años de espera, compareció á esta audiencia con la modestia de un humilde extranjero; pero con la confianza de un tributario que lleva á sus amos mas que lo que ellos pueden darle. «Pensando en lo que yo era, escribe él mismo mas tarde, estaba confundido de humildad; pero pensando en lo que yo llevaba me sentia igual á las dos coronas: yo no era ya yo, era el instrumento de Dios, escogido y señalado para cumplir un gran designio.»

## XVIII.

Fernando escuchó á Colon con gravedad; Isabel con entusiasmo, y concibió á la primera mirada y á los primeros acentos de este enviado de Dios una admiracion que rayaba en fanatismo y un atractivo que se confundia con la ternura. La naturaleza habia dado á la persona de Colon la seducccion que nos ciega, tanto como la elocuencia que persuade al entendimiento. Se hubiera dicho que ella le destinaba á tener por pri-

mer apóstol una reina, y que la verdad con la cual iba á dotar á su siglo, debía ser recibida y alimentada en el corazón de una mujer. Su constancia en favor de Colon no se desmintió ni aun delante de los indiferentes de su corte, ni delante de sus enemigos, ni delante de sus reveses; creyó en él desde el primer día y fué su prosélita sobre el trono, y su amiga hasta la muerte.

Fernando, despues de haber oído á Colon, nombró un consejo de exámen en Salamanca, bajo la presidencia de Fernando de Talavera, prior del Prado. Este consejo se componia de los hombres mas versados en las ciencias divinas y humanas de los dos reinos. Reunióse aquella capital literaria de España en el convento de los dominicos, donde Colon recibió hospitalidad. Los sacerdotes eran los que á la sazón lo decían todo en España, porque la civilización estaba en su santuario. Los reyes no reinaban mas que sobre los actos, pero las ideas pertenecian á los pontífices. La inquisición, policia sacerdotal, vigilaba y castigaba hasta cerca del trono todo cuanto tenia relacion con la herejía. El rey añadió á este consejo profesores de astronomía, de geografía, de matemáticas y de todas las ciencias profesadas en Salamanca. Este auditorio no intimidó á Colon, porque se lisonjeaba con la idea de ser juzgado allí por sus correligionarios; pero fué juzgado nada mas que por sus competidores. La primera vez que compareció en el salón del monasterio, los frailes y los pretendidos sabios, convencidos de antemano de que toda teoría que iba mas lejos de su ignorancia ó de su rutina, no era mas que el sueño de una imaginación enferma ó soberbia, no vieron en este oscuro extranjero mas que un aventurero buscando fortuna con sus quimeras. Nadie se dignó escucharle, á escepcion de dos ó tres religiosos del convento de San Esteban de Salamanca, religiosos oscuros y sin autoridad, que se entregaban en su claustro á estudiar despreciados por el clero superior. Los otros examinadores de Colon le confundieron con citas de la Biblia, de los profetas, de los salmos, del Evangelio y de los Padres de la Iglesia, quienes pulverizaban de antemano con textos indiscutibles la teoría del globo y la existencia quimérica é impía de los antipodas: Lactancio, entre otros, esplica formalmente con este motivo un pasaje que se opone á los pensamientos de Colon.

«¿Hay nada mas absurdo, decia Lactancio, que creer que hay antipodas, que tienen los pies opuestos á los nuestros, hombres que andan con los talones en el aire y la cabeza hácia abajo, una parte del mundo donde todo está á la inversa, donde los árboles crecen con las raíces en el aire y las ramas hácia abajo?»

San Agustín habia ido mas allá todavía, y habia tachado de iniquidad la fé de los antipodas, «pues, decia, esto seria suponer naciones que no descienden de Adán, pues la Biblia dice que todos los hombres descienden de un solo padre.»

Otros doctores, tomando una metáfora poética por un sistema del mundo, citaban al geógrafo el versículo del salmo donde se dice que Dios estendió el cielo sobre tierra, como una tienda; de donde resultaba, segun ellos, que la tierra debía ser plana.

Colon respondia en vano á sus interlocutores con una piedad infinita; en vano siguiéndoles respetuosamente en el terreno teológico, se manifestaba mas religioso y mas ortodoxo que ellos, porque él era mas inteligente y mas entusiasta de la obra de Dios. Su

elocuencia, que patentizaba la verdad, perdió todo su fuego y toda su luz en las tinieblas voluntarias de esos espíritus obstinados. Algunos religiosos se manifestaron, no obstante, un tanto conmovidos entre la duda y la convicción al escuchar el acento de Colon. Diego de Deza, religioso del orden de Santo Domingo, hombre superior á su siglo, que llegó á ser mas tarde arzobispo de Toledo, se atrevió á combatir generosamente las preocupaciones del consejo, y á prestar su palabra y autoridad á Colon. Este inesperado socorro pudo destruir la indiferencia ó la obstinacion de los examinadores. Las conferencias se multiplicaron sin traer la anulacion; últimamente, languidecieron y dejaron la verdad con dilaciones, que son el último refugio del error. Estas conferencias se interrumpieron ademas por una nueva guerra de Fernando é Isabel contra los moros de Granada. Colon, entristecido, despreciado, sostenido únicamente por el favor de Isabel y por la conquista de Diego de Deza en su teoría, siguió miserablemente á la corte y al ejército de campamento en campamento y de ciudad en ciudad, espionando en vano una hora de atencion, que le impedia obtener el tumulto de las armas. La reina, sin embargo, tan fiel en el secreto favor que le habia prometido, como la fortuna la era adversa, continuaba esperando tiempos mejores para proteger aquel genio desconocido. Mandaba reservar para Colon una casa ó una tienda en todos los altos que hacia la corte. Su tesorero estaba encargado de mantener al sabio extranjero, no como á un huésped importuno que mendiga socorros, sino como huésped distinguido que honra la monarquía, y que los soberanos quieren tener á su servicio.

## XIX.

De esta manera trascurrieron muchos años, durante los cuales el rey de Portugal, el rey de Inglaterra y el rey de Francia, habiendo oído hablar por sus embajadores de este hombre extraño, que prometia un nuevo mando á los reyes, hicieron algunas proposiciones á Colon para que llevase á cabo su proyecto en favor de aquellas monarquías. El tierno reconocimiento que habia profesado á Isabel y el amor que habia profesado á doña Beatriz Enriquez de Córdoba, ya madre de su segundo hijo Fernando, contribuyeron á que mirase con desden estas ofertas, y por consecuencia le detuviesen en la corte. Reservaba á la jóven reina un imperio en recompensa de la bondad que le habia demostrado. Asistió al sitio de Granada, y vió á Boabdil dar á Fernando y á Isabel las llaves de esta capital, los palacios de los abencerrages y la mezquita de la Alhambra. Formó parte del séquito de los soberanos españoles é hizo con ellos su entrada triunfal en el último asilo del islamismo. Colon veia mas allá de estos baluartes, de estos valles de Granada otras mezquitas y otras entradas triunfales en mas vastas posesiones. Todo le parecia pequeño comparado con sus pensamientos.

La paz que se siguió á esta conquista, en 1492, motivó una segunda reunion de examinadores de sus planes en Sevilla, para dar su dictámen á la corte. Este dictámen, combatido en vano, como en Salamanca por Diego de Deza, desechó las ofertas del aventurero genovés, sino como impías, al menos como quiméricas y comprometidas para la dignidad de la corte de España, que no podia autorizar una empresa

basada en tan pueriles fundamentos. Fernando mediante la influencia de Isabel, dulcificó la dureza de esta resolución del consejo al trasmitirla á Colon. Prometiale, que inmediatamente despues de la tranquila posesion de España por la completa espulsion de los moros, la córte favoreceria con sus recursos y su marina la expedicion del descubrimiento que le detenia en la córte tanto tiempo.

## XX.

Esperando sin muchas ilusiones el cumplimiento siempre dilatado de las promesas del rey y de los deseos mas sinceros de Isabel, Colon vió á dos grandes señores españoles, al duque de Medina-Sidonia y al duque de Medina-Celi, con el objeto de hacer á su costa esta empresa. Tanto el uno como el otro poseian puertos y naves en la costa de España. En un principio les halagó esta perspectiva de gloria y de posesiones marítimas para su casa; pero despues abandonaron este proyecto por incredulidad ó por indiferencia. La envidia se echó en cara contra Colon aun antes que la hubiera merecido por el buen éxito de su empresa, y le persiguió anticipadamente y por instinto hasta en medio de sus esperanzas; ella le disputaba lo que llamaba sus quimeras. Por último, renunció con lágrimas á estas tentativas. La frialdad de los ministros cuando le escuchaban, la obstinacion de los frailes en rechazar sus ideas como una impiedad de la ciencia, las vanas promesas y las eternas dilaciones de la córte produjeron en su alma, despues de seis años de angustias, tal desaliento, que renunció definitivamente á toda solicitud cerca de los soberanos de España, y resolvió ir á ofrecer su imperio al rey de Francia, del cual habia recibido algunas provocaciones.

Arruinado, abatido, sin esperanza, con el corazon despedazado por la necesidad que tenia de separarse del amor que le unia á doña Beatriz, partió de Córdoba, si no con las perspectivas del porvenir, al menos para ir á encontrar á su fiel amigo el prior Juan Perez en el monasterio de la Rábida. Se proponia recoger á su hijo Diego que habia dejado allí, llevarle á Córdoba y confiarle, antes de su partida para Francia, á doña Beatriz, madre de su hijo natural Fernando. Educados de este modo los dos hermanos por los cuidados y el amor de la misma muger, adquiririan el uno para el otro aquella ternura fraternal, única herencia que él pudo dejarles.

## XXI.

Las lágrimas humedecieron las megillas del prior Juan Perez viendo á su amigo á pie, vestido mas miserablemente todavía que la primera vez, llamando á la puerta del monasterio, atestiguando demasiado por la desnudez en que se hallaba y por la tristeza de su rostro, la incredulidad de los hombres y la ruina de sus esperanzas. Pero la Providencia habia ocultado de nuevo el resorte de la fortuna de Colon en el corazon de la amistad. La fé del pobre fraile en la verdad y en el porvenir de los descubrimientos de su protegido, en lugar de abatirle le indignó y le obstinó caritativamente contra sus desgracias. Abrazó á su huésped, gimió y lloró con él; pero recobrando bien pronto toda su energia y toda su autoridad, mandó á buscar al palacio al médico Fernandez, al antiguo confidente de

los misterios de Colon, á Alonso Pinzon, rico navegante de aquel puerto y á Sebastian Rodriguez, piloto consumado de Lepi. Demostradas nuevamente las ideas de Colon delante de este pequeño consejo de amigos, entusiasmaron mas y mas al auditorio. Le suplicaron que se quedara y que tentara todavía la fortuna de conservar á España, aunque incrédula é ingrata, la gloria de una empresa única en la historia. Pinzon prometió concurrir con sus riquezas y con sus naves al armamento de la flotilla inmortal, tan pronto como el gobierno consintiese en autorizarle. Juan Perez escribió, no ya al confesor de la reina sino á la reina misma, interesando su conciencia tanto como su gloria en una empresa que convertiria á muchas naciones idólatras á la verdadera fé. Hizo hablar á la tierra y al cielo, y encontró la persuasion y el fuego en la passion de la grandeza de su patria y en la amistad. Colon, desanimado, rehusando llevar esta carta á una córte, cuya lentitud y cuyo desden habia ya espermentado, el piloto Rodriguez se encargó de llevarla él mismo á Granada, donde la córte residia entonces. Este partió, acompañado de los votos y de los ruegos del convento y de los amigos de Colon en Palos. Catorce dias despues de su partida se le vió llegar triunfante al monasterio. Habia leído la reina la carta de Juan Perez y habia vuelto á encontrar con su lectura todas sus prevenciones favorables hácia el genovés. Mandaba llamar al momento al venerable prior á la córte, y hacia decir á Colon que esperase en el convento de la Rábida la vuelta del fraile y la resolución del consejo.

Juan Perez, embriagado de alegría por la felicidad de su amigo, mandó ensillar la mula sin perder un solo instante y se puso en camino aquella misma noche, solo, al través de los campos infestados de moros. Sintió que el cielo protegía en él al gran designio que tenia en depósito en su amigo. Llegó: las puertas del palacio se abrieron á su nombre; vió á la reina; reavivó con el ardor de su propia conviccion la fé y el celo que habia concebido hácia esta grande obra. La marquesa de Moya, favorita de Isabel, se apasionó por entusiasmo y por piedad del protegido del santo religioso. Estos dos corazones de muger, encendidos por la elocuencia de un fraile en favor de los proyectos de un aventurero, triunfaron de la resistencia de la córte. Isabel envió á Colon una cantidad de dinero, sacada de su tesoro secreto, para que comprase una mula y vestidos, y para que pasase inmediatamente á la córte. Juan Perez quedó cerca de la reina para sostener á su amigo en su empresa y en su crédito, y trasmitió estas dichosas nuevas y este socorro de dinero á la Rábida por medio de un mensajero, que puso la carta y la cantidad en manos del médico Fernandez de Palos para que entregase ambas cosas á Colon.

## XXII.

Colon, habiendo comprado una mula y tomado un criado, llegó á Granada, y fué admitido para debatir sus planes y sus condiciones con los ministros de Fernando. «Se veia entonces, escribe un testigo ocular, á un hombre oscuro y desconocido seguir á la córte, confundido por los consejeros de las dos coronas entre la multitud de los pretendientes importunos, repasando con su imaginacion en los rincones de las antecámaras el pomposo proyecto de descubrir un mundo;

grave, melancólico y abatido en medio del regocijo público, parecía que miraba con indiferencia el término de la conquista de Granada, que llenaba de orgullo á un pueblo y á dos córtes: este hombre era Cristóbal Colon.»

Los obstáculos esta vez procedieron de Colon. Seguro del continente que ofrecía á España, quería, por respeto á la misma grandeza del presente que iba á hacer al mundo y á sus soberanos, estipular, para él y para sus descendientes, condiciones dignas, no de él mismo, sino de su obra. Careciendo de un legítimo orgullo hubiera creído carecer de fé en Dios y de dignidad en su mision. Pobre, aislado, trataba como soberano de las posesiones que no veía todavía mas que en su pensamiento. «Un mendigo, decía Fernandez de Talavera, jefe del consejo, hace las condiciones de un rey á los reyes.» Exigia el título y los privilegios de almirante, el poder y los honores de virey de todas las tierras que uniese por sus descubrimientos á la España, la décima parte en perpetuidad, para él y para sus descendientes, de todos los productos de estas posesiones. «Singulares exigencias de un aventurero, exclamaban sus adversarios en el consejo, que le atribuirían probablemente el mando de una flota y la pension de un vireinato sin límites si saliese bien de su empresa, y que nada arriesga sino sale airoso con su proyecto, puesto que su miseria actual no tiene nada que perder.»

Se admiraron en un principio de estas exigencias y concluyeron por indignarse; le ofrecieron condiciones menos onerosas para la corona, pero á pesar de su indignación no quiso ceder. Cansado, pero no vencido, por diez y ocho años de pruebas desde el dia en que se mostró con su pensamiento que ofrecía á las potencias de la tierra, se hubiera avergonzado de rebajar el precio del donativo que Dios le habia hecho. Se retiró respetuosamente de las conferencias con los comisarios de Fernando, y cabalgó solo y desnudo sobre una mula, presente de la reina, y volvió á tomar el camino de Córdoba, para dirigirse desde este punto á Francia.

## XXIII.

Isabel, al saber la partida de su protegido, tuvo como el presentimiento de las grandes cosas que se alejaban para siempre de su lado con este hombre predestinado. Indignose contra sus comisarios que ajustaban con Dios, exclamó ella, el precio de un sin precio, y sobre todo el precio de millones de almas entregadas por su culpa á la idolatría. La marquesa de Moya y Quintanilla, animaron con su elocuencia sus remordimientos. El rey, mas frio y mas calculador, titubeaba; el gasto de la empresa en un momento de penuria del tesoro le detenía. «Y bien, exclamó en un arranque de generoso entusiasmo Isabel, yo me encargo sola de la empresa, por mi corona personal de Castilla. Yo daré mis joyas y mis diamantes en prenda para subvenir á los gastos del armamento.»

Este arranque de corazón de una muger triunfó de la economía del rey, y por un cálculo mas sublime, adquirió incalculables tesoros de riquezas y de provincias para estas dos monarquías. El desinterés inspirado por el entusiasmo es la verdadera economía de las almas grandes y la verdadera sabiduría de los grandes políticos.

Corrieron al punto detrás del fugitivo: el mensa-

gero que la reina le envió para llamarle le encontró á algunas leguas de Granada, en el puente de Pinos, famoso desfiladero situado entre las rocas donde los moros y los cristianos habian frecuentemente confundido su sangre con las aguas del torrente que separaba las dos razas. Colon enternecido volvió á echarse á los pies de Isabel. Esta, obtuvo por sus lágrimas del rey Fernando la ratificación de las condiciones exigidas por Colon. Sirviendo la causa abandonada de este hombre grande, creía servir la causa de Dios á quien no conocia aquella parte del género humano que iba á conquistar á la fé: veía el reino celestial en las adquisiciones que su favorito iba á hacer á su imperio, y Fernando miraba allí su monarquía terrestre. Soldado de la cristiandad en España y vencedor de los moros, todos cuantos fieles añadía á la fé de Roma, aumentaban el número de sus súbditos por el papa; los millones de hombres que iba á ligar con el cristianismo con los descubrimientos de este aventurero se los entregaba de antemano en plena posesion las bu-las de la córte de Roma. Todo el que no era cristiano, á sus ojos, era esclavo de derecho; toda aquella parte de la humanidad que no estaba señalada con el sello de Cristo, no tenia tampoco el sello del hombre.

El tratado entre Fernando, Isabel y este pobre aventurero genovés, que se habia echado á sus pies algunos años antes en su capital, no teniendo otro asilo que la hospitalidad á las puertas de un monasterio, fué firmado en la vega de Granada, el 17 de abril de 1492. Isabel tomó por su cuenta los gastos de la expedicion; nada mas justo que la primera que habia creído arriesgar mas en la empresa, y nada mas justo tambien, que la gloria y el reconocimiento del éxito se unieran antes que á otro nombre al suyo. Assignóse á Colon el pequeño puerto de Palos, en Andalucía, por centro de organizacion de la expedicion y por punto de partida de su escuadra. El pensamiento concebido en el monasterio de la Rábida, cerca de Palos, por Juan Perez y por sus amigos en su primer encuentro con Colon, volvía al punto de donde habia partido. El prior de este monasterio iba á presidir los preparativos y á ver desde su ermita la primera vela de su amigo desplegarse hácia el mundo desconocido que habian visto juntos con la mirada del génio y de la fé.

## XXIV.

Obstáculos numerosos, imprevistos, insuperables en la apariencia, se opusieron de nuevo á los favores de Isabel y al cumplimiento de las promesas de Fernando. Faltó el dinero en el tesoro real; las naves destinadas á expediciones mas urgentes se alejaban de los puertos de España; los marineros enganchados para una travesía tan larga y tan misteriosa, se negaban ó desertaban á medida que se iban reclutando. Las ciudades del litoral, obligadas por orden de la córte á suministrar lo mas necesario, dudaron obedecer, y desarmaron las naves condenadas, en la opinion general, á una pérdida cierta. La incredulidad, el terror, la envidia, la avaricia rompieron cien veces en las manos de Colon y de los agentes de la córte los medios materiales de ejecucion que el favor de Isabel habia puesto á su disposicion. Parecia que un génio fatal, obstinado en luchar contra el génio de la unidad de la tierra, queria separar para siempre estos dos mundos que el pensamiento de un solo hombre trataba de unir

Colon lo presidia todo desde lo interior del monasterio de la Rábida, donde su amigo, el prior Juan Perez, le habia dado nuevamente hospitalidad. Sin la intervencion y la influencia de este pobre religioso, la expedicion ordenada hubiera fracasado definitivamente, porque todas las órdenes de la corte eran impo- tentes ó desobedecidas; pero el monge halló recursos en sus amigos de Palos; se fiaron en su fé y en sus ruegos y en sus consejos. Tres hermanos, ricos navegantes de Palos, los Pinzones, se sintieron por fin penetrados de la conviccion y la esperanza que inspiraban al amigo de Colon. Creyeron oír la voz de Dios en este anciano solitario; se asociaron espontáneamente á la empresa; suministraron el dinero, aparejaron tres naves llamadas entonces *caravelas*, engancharon marineros de los puertos de Palos y de Moguer, y para dar á la vez impulso y ejemplo de confianza á sus marinos, dos de los tres hermanos, Martin Alonso Pinzon, y Vicente Pinzon resolvieron embarcarse y tomar mando en los bageles expedicionarios. Merced á esta generosa asistencia de los Pinzones, tres bageles, ó mas bien, tres barcas, la *Santa Maria*, la *Pinta* y la *Niña*, se pusieron en estado de navegar, y se hallaron dispuestos á la expedicion el 3 de agosto de 1492.

## XXV.

Al rayar el dia, Colon, acompañado hasta la orilla por el prior y por los religiosos del convento de la Rábida, que bendijeron el mar y sus velas, abrazó á su hijo, que confiaba á los cuidados de Juan Perez, y subió sobre la mas grande de sus tres naves, la *Santa Maria*. Enarboló su pabellon de almirante de un Océano ignorado y de un virey de tierras desconocidas. El pueblo de los puertos y de la costa se apiñaba en inmensurable multitud sobre la ribera para presenciar esta partida, cuyo regreso creían imposible las preocupaciones populares. Aquello parecia un séquito fúnebre mas bien que un saludo de dichosa travesía; habia allí mas tristeza que esperanza, mas lágrimas que aclamaciones. Las madres, las mugeres, las hermanas de los marineros maldecian en voz baja á aquel funesto extranjero que habia seducido con sus palabras encantadoras el ánimo de la reina, y que tomaba tantas vidas de hombres bajo la responsabilidad de uno de sus sueños. Colon, como todos los hombres que conducen á un pueblo mas allá de sus preocupaciones, seguido con violencia, entraba en lo desconocido, en medio de las maldiciones y de las murmuraciones. Esta es la ley de las cosas humanas; todo lo que sobrepuja á la humanidad basta para conquistarle una idea, una verdad ó un mundo, la hace murmurar. El hombre es como el Océano, tiene una tendencia al movimiento y un peso natural hácia la inmovilidad: de estas dos tendencias contrarias nace el equilibrio de su naturaleza. ¡Desgraciado el que le rompe!

## SEGUNDA PARTE.

## I.

El aspecto de esta flotilla, apenas comparable á la expedicion de pesca ó de tráfico sobre la costa, era muy propio para contrastar en los ojos y en el alma del pueblo, con la grandeza y los peligros que iba temerariamente á afrontar. De las tres barcas de Colon

solamente una tenia puente, es decir, la que él montaba. Era un angosto y débil navio mercante, ya viejo y castigado por las olas; las otras dos barcas no tenian puentes; una ola demasiado hinchada hubiera sido suficiente para sumergirlas. Pero la popa y la proa de estas dos barcas, muy elevadas á las olas, como las galeras antiguas, tenian dos semi-puentes, cuyo vacio daba asilo á los marineros en las borrascas é impedía que el peso de una ola embarcada hiciese zozobrar la caravela. Estas barcas llevaban dos mástiles, el uno en medio y el otro hácia la proa del buque. El primero de estos dos mástiles no llevaba mas que una vela cuadrada y el segundo una vela latina triangular; largos remos y rara y difícilmente empleados se adaptaban en tiempo de calma á las maniobras de la embarcacion, y en caso de necesidad imprimian un lento impulso al bastimento. Sobre estos tres buques desiguales en tamaño dispuso Colon los ciento veinte hombres que componian toda su tripulacion. Solo él iba allí con semblante sereno, con mirada tranquila y con firmeza de corazon. Sus conjeturas habian tomado, durante el período de diez y ocho años, en su ánimo el aspecto de la certidumbre. Aun cuando habia llegado á mas de la mitad del término de su vida y entraba á cumplir los cincuenta y siete años, miraba como nada los que habia dejado atrás; toda su vida, á sus ojos, estaba cifrada en lo venidero; sentia interiormente la juventud de la esperanza y el porvenir de la inmortalidad. Yendo á tomar posesion de estos dos mundos, hácia los cuales encaminaba sus velas, escribió y publicó, al subir sobre su nave, una relacion solemne de todas las fases que su espíritu y su fortuna habian recorrido hasta entonces para concebir y ejecutar su designio: á esta relacion añadía la enumeracion de todos los títulos, de todos los honores, de todos los mandos de que acababa de ser investido por sus soberanos sobre sus futuras posesiones, é invocó á Dios y á los hombres en proteccion de su fé y en testimonio de su constancia. «Y por esto, dice al terminar esta proclama al antiguo y al nuevo mundo, me condeno á no dormir durante esta navegacion y el cumplimiento de estas cosas »

## II.

Una brisa feliz, que soplabá de Europa, le condujo tranquilamente hácia las islas Canarias, último alto de los navegantes sobre el Océano. Dando gracias á Dios por estos augurios, que contribuian á tranquilizar á su tripulacion, hubiera solamente preferido que un viento tempestuoso le hubiese llevado á toda vela fuera de los parages conocidos y frecuentados por los navegantes. Temia con razon que la vista de las costas lejanas de España entristecieran, por los invencibles atractivos de la patria, los ojos y el corazon de los marinos irresolutos y tímidos, que dudaban todavía al embarcarse. En las empresas supremas es preciso no dar á los hombres el tiempo de la reflexion y las ocasiones del arrepentimiento. Colon lo sabia; ardía por lo tanto en deseos de pasar los límites de las olas conocidas, y de tener él solo la posibilidad del regreso en el secreto de su ruta, de sus cartas y de su brújula. Su impaciencia por perder de vista las riberas del antiguo continente era demasiado fundada. Una de sus naves, la *Pinta*, cuyo timon se habia roto y que hacia agua en su cala, le hizo buscar á pesar suyo las islas Canarias, para cambiar allí esta embar-

cacion con otra. Perdió cerca de tres semanas en estos puertos, sin poder encontrar allí una nave á propósito á su larga travesía, y se vió obligado á componer la *Pinta* y dar otra modificacion á la *Niña*, su tercera conserva, barca maciza y perezosa, que siempre se atrasaba en su marcha. Renovó allí sus provisiones de agua y de víveres; sus estrechos bastimentos y sin puente no le permitian llevar la vida de sus ciento veinte hombres mas que para un número de dias contados.

Despues de haber dejado las Canarias, el aspecto del volcan de Tenerife, cuya erupcion inflamaba el cielo y la reverberaba en el mar, introdujo el terror en el alma de sus marineros; creyeron ver allí el acero ardiente del ángel que lanzó al primer hombre del Eden, prohibiendo á los hijos de Adán la entrada en los mares y en las tierras vedadas. El almirante pasó de nave en nave para disipar este pánico popular y para explicar científicamente á estos hombres sin instruccion las leyes físicas de este fenómeno; pero la desaparicion del pico de Tenerife cuando se quedó debajo del horizonte, imprimió en ellos tanta tristeza, como espanto y miedo les habia inspirado su cráter. Era para ellos el último límite, el último faro del universo antiguo. Al perderle de vista, creyeron haber perdido hasta la guía de su camino al través de un espacio inmensurable; se creyeron como separados de la tierra y navegando en ether de otro planeta; una postracion general de ánimo y de cuerpo se apoderó de ellos. Eran como espectros que han perdido hasta su tumba. El almirante los reunió de nuevo en su derredor, sobre su misma nave; despertó sus almas con la energía de la suya, y entregándose como el poeta de lo desconocido á la inspiracion elocuente de sus esperanzas, les describió, como si él las hubiese ya frecuentado, las tierras, las islas, los mares, los reinos, las riquezas, las vegetaciones, los soles, las minas de oro, las playas arenosas de perlas, las montañas deslumbrantes de piedras preciosas, las llanuras embalsamadas de especias, que se elevaban ya para él al otro lado de este espacio. Estas imágenes pintadas con los colores deslumbrantes de la opulenta imaginacion de su gefe, embriagaron y animaron aquellos débiles corazones; los vientos alisios soplaban constantemente con dulzura del Este, pareciendo que secundaban la impaciencia de los marineros. Solo la distancia podia desde entonces amedrentarles. Colon, para quitarles una parte del espacio al través del cual los conducia, sustraia todos los dias de su cálculo de leguas marinas una parte de la distancia recorrida, y engañaba de este modo la imaginacion de sus pilotos y de sus marineros. Solo él notaba la verdadera distancia que habia recorrido, á fin de conocer solo él tambien el número de olas que aun le quedaba que atravesar, y los surcos de la ruta que queria ocultar como su secreto á sus rivales. Los tripulantes, en efecto, ilusionados por el giro igual del viento y por la apacible oscilacion de las olas, se figuraban flotar lentamente en los últimos mares de Europa.

### III.

Tambien hubiera deseado ocultarles un fenómeno que desconcertó su propia ciencia á doscientas leguas de Tenerife. Era la variacion de la aguja imantada de la brújula, último, y segun él, inefable guía que variaba los límites de un hemisferio no frecuentado. Du-

rante algunos dias llevó consigo mismo esta duda terrible; pero sus pilotos, atentos como él, se apercibieron bien pronto de estas variaciones: sobrecogidos de la misma admiracion, pero menos firmes que su gefe en la inalterable resolucion de desafiar á la misma naturaleza, creyeron que hasta los elementos se turbaban ó cambiaban de ley al borde del espacio infinito. El vértigo que suponian en la naturaleza se trasmitió á su alma, se comunicaron palideciendo su duda, y abandonaron las naves á la voluntad de las olas y de los vientos, únicos guías que les quedaban desde entonces. Su desacierto consternó á todos los marineros. Colon, que buscaba esplicarse él mismo un misterio, cuya razon busca hoy todavía la ciencia, recurrió á su poderosa imaginacion, brújula íntima de que se sirvió dotarle el cielo. Inventó una falsa explicacion, pero especiosa para entendimientos sin cultura, de las variaciones de la aguja imantada. Atribuyó este fenómeno á nuevos astros que circulaban en rededor del polo, que atraia la aguja segun los movimientos alternativos del firmamento. Esta explicacion, conforme á los principios astrológicos del tiempo, satisfizo á los pilotos, y su credulidad prestó fé á los marineros. La presencia de una garza y de otra ave de los trópicos, que aparecieron á la siguiente mañana revoloteando en derredor de los mástiles de las flotillas, obró sobre los sentidos lo que la explicacion del almirante habia obrado sobre los pensamientos. Estos dos habitantes terrestres no podían vivir sobre un océano sin árboles, sin yerbas y sin aguas; se presentaron como dos testigos que venian á certificar, ante el testimonio ocular, las meditaciones de Colon. Bogaron con mas seguridad fundados en la fé de un pájaro. La temperatura suave, igual y serena de esta parte del Océano, la limpidez del cielo, la transparencia de las olas, los giros de los delfines en derredor de la proa, la tirantez del aire, los perfumes que las olas traen de lejos y que parecian traspasar en las espumas, las luces mas vivas de las constelaciones y de las estrellas durante la noche, todo parecia en estas latitudes penetrar los sentidos de serenidad como las almas de conviccion. Se respiraban los presagios del mundo todavía invisible; se acordaban de los dias resplandecientes, de los astros amigos, de las tinieblas aun luminosas de las primavera de Andalucía. «No faltaba allí, escribe Colon, mas que el ruiñeñor.»

### IV.

La mar comenzaba tambien á demostrar sus presagios, sobre la cual flotaban á menudo plantas desconocidas: unas, dicen los historiadores de esta primera travesía, eran plantas marinas que no podian crecer mas que en las riberas; otras, plantas saxiluvias, que las olas elevaban hasta las rocas; otras, plantas fluviales; algunas aparecian sacadas de raiz y conservaban la verdura de su sávia; una de ellas llevaba una langosta viva, navegante embarcado sobre un monton de yerba. Estas plantas y estos seres vivientes no podian haber pasado muchos dias sobre el agua sin morir de hambre. Un ave de la especie de aquellas que no se cazan sobre las olas y que no duermen nunca sobre el agua atravesó el cielo. ¿De dónde venia? ¿A dónde iba? ¿Debia estar su morada muy lejana? Mas lejos, el Océano cambiaba de temperatura y de color, indicios de fondos variados; por otra parte, el mar parecia una inmensa llanura ó pradera marina;

por la tarde y por la mañana las brumas lejanas, tales como las que se adhieren á las grandes cimas del globo, afectaban en el horizonte las formas de playas y de montañas. El grito de tierra estaba ya casi en los labios de los navegadores. Colon no queria ni confirmar demasiado ni extinguir estas esperanzas que auxiliaban sus designios animando á sus compañeros; pero no se creia mas que á trescientas leguas de Tenerife, y según sus conjeturas no encontraría la tierra que buscaba mas que á setecientas ú ochocientas leguas mas lejos.

## V

No obstante, se reservaba sus conjeturas, pues no tenia amigos entre sus compañeros, cuyo corazon fuese tan firme que igualase su constancia de una manera bastante segura para contener sus secretas aprensiones. No tenia en esta larga travesía conversacion mas que con sus propios pensamientos, con los astros y con Dios, del cual se tenia por confidente. Casi sin dormir, como lo habia dicho en su proclama de despedida al antiguo mundo, pasaba los dias enteros en su cámara de popa, anotando en caracteres, inteligibles para él solo, los grados, las latitudes, los espacios que suponía haber atravesado; pasaba las noches sobre el puente, al lado de sus pilotos, estudiando los astros y vigilando el mar. Casi siempre solo como Moisés conduciendo al pueblo de Dios en el desierto, imprimiendo en sus compañeros con su grave reflexion, ora respeto, ora desconfianza, ora una especie de terror que alejaba á los que estaban á su lado; aislamiento ó distancia que se nota muchas veces cerca de los hombres superiores en ideas y en resolucion á sus semejantes, bien porque estos génius inspirados tengan necesidad de mas soledad y de recogimiento para hablar consigo mismos, bien porque los hombres inferiores á quienes ellos intimidan, no quieran aproximarse mucho á aquellos, temiendo medirse con estas altas naturalezas para sentir su pequenez delante de estas grandezas morales de la creacion.

## VI.

La tierra tantas veces indicada no se mostraba, sin embargo, mas que en la imaginacion de los marineros; todas las mañanas se disipaban delante de las proas de las naves, los horizontes fantásticos que la bruma de la noche les habia hecho tomar por costas. Iban sumergiéndose siempre como en un abismo sin límite y sin fondo. La regularidad y la constancia misma del viento del Este que los secundaba sin que tuviesen que orientar una vez sola sus velas despues de tantos dias, era para ellos una causa de turbacion. Empezaron á imaginarse que este viento reinaba eternamente el mismo en esta region del Grande Océano, centro del globo, y que despues de haberlos hecho descender con tanta felicidad hácia el Oeste, esto mismo seria un inmensurable obstáculo para su regreso. ¿Cómo subirían jamás aquella corriente de vientos contrarios de otro modo que abriendo los espacios de una manera increíble? Y aun cuando así sucediera, ¿cómo los víveres, ya casi consumidos, bastarían para tantos meses de navegacion? ¿Quién los libertaría de la horrible perspectiva de morir de hambre y de sed en su larga lucha con estos vientos que los alejaban de sus puertos? Muchos comenzaron á

calcular el número de dias, acerca de las raciones que necesitaban y á murmurar contra una obstinacion siempre engañosa de su gefe, y á reconvenirse en voz baja de una perseverancia que sacrificaba las vidas de ciento veinte hombres á la demencia de uno solo.

Pero cada vez que el murmullo se adelantaba casi hasta la sedicion, la Providencia parecia enviarles presagios mas convincentes y mas inesperados para recobrar nuevas esperanzas. Así, el 20 de setiembre estos vientos favorables, pero alarmantes por su fijeza, variaron y pasaron al Sud-Oeste. Los marineros saludaron este cambio, aunque contrario á su camino, como un signo de vida y de movilidad en los elementos, que les hacia reconocer una palpitacion del aire sobre sus velas. Por la tarde pájaros pequeños de las razas mas débiles, que fabrican sus nidos en los arbustos y en los vergeles domésticos, comenzaron á revolotear en derredor de los mástiles. Sus frágiles alas y sus gozosos trinos no indicaban en ellos ningun síntoma de laxitud ó espanto, como en el vuelo de los pájaros que hubieran sido llevados á su pesar á los mares por un golpe de viento. Sus cantos, parecidos á los que oian los marineros entre los mirtos y en los bosques de naranjos de Andalucía, les recordaban su patria y les anunciaban la proximidad de las riberas. Creyeron reconocer una especie de golondrina que habita siempre en los techos de las casas; vieron otra vez yerbas y ramas en mayor cantidad; la vegetacion oculta debajo del agua aparecia antes que la tierra; esta vegetacion encantaba los ojos de los marinos, cansados ya del eterno azul de las olas. Pero llegaron a ser bien pronto tan espesas por las yerbas que contenian, que temieron encallarse su timon y su quilla y verse detenidos, cautivos en estos juncos del Océano como las naves del mar del Norte en los hielos. Así todas las alegrías se convertían pronto en alarmas. ¡Tanto terror causa lo desconocido en el corazon del hombre! Colon, semejante á un guia que busca su ruta á través de estos misterios del Océano, se veia obligado á aparentar que comprendía perfectamente lo mismo que le admiraba, é inventaba una explicacion para cada cosa de las que admiraban á sus marineros.

## VII.

Una calma imprevista produjo en ellos la mas grande consternacion. Si todo, hasta el viento moria en estos parages; ¿quién devolvería el soplo á sus velas y el movimiento á sus bageles? De repente se encontró el mar sin viento; supusieron desde luego que se verificaba una convulsion subterránea; apareció dormida una inmensa ballena y creyeron ver un monstruo devorando las naves. La ondulacion de las olas los llevaba sobre corrientes que no podían atravesar faltos de viento; se figuraron que se acercaban las cataratas del mar y que iban á ser impulsados á abismos ó recipientes donde el diluvio habia amontonado sus mundos de agua. Todos se agruparon sombríos é irritados al pie de los mástiles y se comunicaban en voz mas alta sus murmullos; hablaban de obligar á los pilotos á virar de bordo y de arrojar al almirante al mar como á un insensato que no dejaba á sus compañeros otra alternativa que el suicidio ó la muerte. Viendo Colon estas murmuraciones comprendió que existía un complot, y los afrontaba con su actitud ó los desconcertaba con su confianza.

La naturaleza vino en su socorro haciendo que so-

plasen de nuevo los vientos frescos del Este, allanando el mar bajo sus proas. Antes que terminara el día, Alonso Pinzon que mandaba la *Pinta* y que navegaba bastante cerca del almirante para poder hablar con él, lanzó el primer grito de ¡tierra! desde lo alto de la popa. Todos los tripulantes, repitiendo este grito de saludo, de vida y de triunfo, se postraron de rodillas sobre los puentes y entonaron el himno de ¡Gloria á Dios en las alturas!

Este religioso canto, primer himno dirigido á Dios desde el seno de este nuevo Oceano retumbó lentamente por aquella bóveda marina. Cuando cesó todo el mundo subió á los mástiles mas elevados de las naves para tomar posesion con sus propios ojos de la ribera entrevista por Pinzon al Sud-Oeste. Colon solo dudaba; pero le gustaba creer para contradecir solo el delirio de sus tripulantes. Aunque él no buscaba su tierra donde los otros creian haberla hallado, se dejó gobernar al Sud durante toda la noche; consiente mejor en variar un poco de su ruta para complacer á sus compañeros que perder la popularidad pasagera debida á su ilusion, la cual se disipó bien pronto á los primeros rayos del sol. La tierra imaginaria de Pinzon se habia desvanecido con la bruma de la noche, y el almirante volvió á tomar el camino de sus pensamientos hácia el Oeste.

## VIII.

El Oceano allanó de nuevo su superficie, el sol sin nubes y sin límites reverberaba como en un segundo cielo, y las olas acariciadoras coronaban la proa con ligeras espumas. Los delfines mas numerosos no abandonaban las naves, y todo parecia concertar con Colon en la naturaleza para conducir por una esperanza renaciente á sus marineros que olvidaban los dias. El 1.º de octubre se imaginaban no haber hecho mas que seiscientas leguas fuera de los parages frecuentados de los navegantes, pero el libro secreto de cálculos del almirante acusaba mas de ochocientas. Sin embargo, todos los signos de la proximidad de la tierra se multiplicaban en su derredor, pero no veian la tierra al través del horizonte; el terror volvió á apoderarse de ellos. El mismo Colon, bajo su aparente calma se turbó y dudó; temia haber pasado sin verlas al través de las islas de un archipiélago, de haber dejada atrás la estremidad del Asia que buscaba y de haberse extraviado ahora en algun otro Oceano.

La mas ligera de sus barcas, la *Niña*, que navegaba á vanguardia, el 7 de octubre, izó en fin su pabellon de descubrimiento, tiró un cañonazo de alegría para anunciar una costa á los otros dos bageles. Al aproximarse, reconocieron que la *Niña* se habia engañado; una nube les pareció una poblacion; el viento habiéndola traído en los aires les trajo esta corta alegría, la que se cambió en consternacion; nada fatiga el corazon de los hombres tanto, como estas alternativas de falsas alegrías y de amargas decepciones. Estos son los sarcasmos de la fortuna, y por lo tanto volvieron á estallar las reconvenciones contra el almirante. No era ya la fatiga lo que los tripulantes imputaban en el almirante, era la vida sacrificada sin esperanza. El pan y el agua iban á faltar.

Colon, desconcertado por la inmensidad de este espacio, cuyos limites pensó haber tocado, abandonó su camino ideal trazado sobre su carta, y siguió dos dias y dos noches el vuelo de las aves, pilotos ce-

lestes que la Providencia parecia enviarle en el momento en que la ciencia humana desfallecia. El instinto de estas aves, decia, no las dirigiria á todas hácia este punto del horizonte si ellas no viesen una ribera. Pero las aves mismas parecian á los ojos de los marineros, que se entendian con el desierto del Oceano y con los mentirosos astros para jugar con sus naves y con sus vidas. Al fin del tercer día, los pilotos, subidos en los mástiles á la hora en que el sol descendia en el horizonte, le vieron sumergirse en las mismas olas de donde se elevaba en vano despues de tantas auroras. Creyeron en el infinito de las aguas, y la desesperacion que los abatia se cambió en sordo furor. ¿Qué podrian hacer ahora con un gefe que habia engañado á la córte, y cuyos títulos y autoridad habia sorprendido la confianza de sus soberanos, y que iban á perecer con sus ilusiones? ¿El seguir mas lejos, no era asociarse á su crimen? ¿La obediencia no concluia donde concluia el mundo? ¿Quedaba otra esperanza, que volver las proas hácia Europa, luchar contra aquellos vientos, cómplices del almirante, y de atar al almirante á un mastil para que fuese objeto de la maldición de los moribundos, si era preciso morir, ó para entregarle á la venganza de España si el cielo les permitia volver á sus puertos?

Estos murmullos se convirtieron en clamores. El intrépido almirante los contuvo con la impasibilidad de su rostro. Invocó contra los sediciosos la autoridad, sagrada para los súbditos de los soberanos de cuyas facultades se veia investido; invocó al mismo cielo, juez en este momento entre ellos y él; no se intimidó, y ofreció su vida en cambio de sus promesas; solamente les pidió, con el acento de un profeta que vé lo que no vé el vulgo, que esperasen tres dias para deshacer su incredulidad y su irresolucion. Les hizo formal juramento, juramento temerario, pero político, que si durante el curso de tres soles la tierra no era visible en el horizonte, que los obedeceria y regresarian á Europa. Los signos reveladores de la proximidad de las islas ó de los continentes eran tan visibles á los ojos del almirante, que al mendigar estos tres dias á sus revolucionarios tripulantes, se creia cierto de conducirlos al fin que se proponia. Los hombres, no sin repugnancia le concedieron estos tres dias, y Dios que le inspiraba, no le castigó por esperar tanto de él.

## IX.

Al amanecer del segundo dia, rodearon los bageles un sinnúmero de juncos sacados de raiz. Se vieron flotar sucesivamente sobre las aguas una tabla trabajada con un hacha, un baston artísticamente cincelado, una rama de oxiacanto en flor, y un nido de pájaros suspendido en una rama rota por el viento, lleno de huevos á los cuales cubria la madre todavía al dulce arrullo de las olas. Los marineros llevaron abordo estos testigos escritos, parlantes ó vivientes, de una tierra cercana; eran las voces de la ribera que confirmaba las de Colon; antes de contemplar la tierra con los ojos del rostro, se la deducia por estos indicios de vida. Los sediciosos se prosternaron delante del almirante ultrajado en dia anterior, é imploraron el perdón de su desconfianza, y entonaron el himno de reconocimiento á Dios que los habia asociado á su triunfo.

La noche sorprendió estos cantos religiosos que saludaban un nuevo mundo. El almirante mandó car-

gar las velas, sondar delante de las naves, navegar con lentitud temiendo los escollos, convencido de que las primeras claridades del crepúsculo descubrirían la tierra bajo las proas de sus bageles. Nadie dormía en esta noche suprema. La intranquilidad del espíritu había quitado la necesidad del sueño á todos los ojos; los pilotos y los marineros suspendidos en los mástiles rivalizaban su atencion para lanzar la primer mirada sobre el nuevo hemisferio; el almirante había ofrecido un premio á aquel que lanzara el primer grito de ¡tierra! si la tierra en efecto reconocida verificaba su descubrimiento; pero la Providencia, sin embargo, le reservaba también esta primer mirada, que había comprado al precio de veinte años de su vida y de tanta constancia y peligros. Paseándose solo á media noche sobre la toldilla de su nave, y sumergiendo su mirada perspicaz en las timieblas, una luz de fuego pasó, se estinguió y volvió á pasar por delante de sus ojos al nivel de las olas. Temiendo haberse engañado por un deslumbramiento ó por una fosforescencia del mar, llamó en voz baja á un page de la corte de Isabel llamado Gutierrez, en el cual tenía más fé que en sus pilotos. Le indicó con la mano el punto del horizonte donde había entrevisto un fuego, y le preguntó si no distinguía una luz hácia aquella parte. Gutierrez contestó que veía en efecto centellear una luz fugitiva en aquella direccion. Colon, para confirmarse más en su conviccion, llamó á Rodrigo Sanchez de Segovia, otro de sus confidentes; Sanchez, lo mismo que Gutierrez aseguró que distinguía una claridad en el horizonte. Pero no bien aparecía este fuego, cuando desaparecía para reaparecer en una emersion alternativa del Océano, ora fuese la llama de una hoguera sobre una playa baja, descubierta y cubierta á la vez por el ondulante horizonte de las grandes olas, ora fuese el fanal flotante de una canoa de pescadores, á la vez elevada sobre la cresta y sumergida en el cruzamiento de las olas. Así, la tierra y la vida aparecieron á un tiempo á Colon y á sus dos confidentes bajo la forma del fuego en la noche del 11 al 12 de octubre de 1492. Colon, ordenando el silencio á Rodrigo y á Gutierrez encerró en sí mismo su vision temiendo dar otra vez una falsa alegría y una amarga decepcion á sus equipages. Perdió de vista la luz, y veló hasta las dos de la mañana, rogando, esperando y desesperando solo sobre el puente entre el triunfo ó el regreso, todo lo cual iba á decidirlo pronto la aparicion del siguiente dia.

## X.

Sumergido se hallaba en aquella angustia que precede á las grandes cosas, cuando un cañonazo que retumbó en el Océano á algunos centenares de brazas de su nave, resonó como el ruido de un mundo en su oido, y le hizo entremecer y caer de rodillas sobre la toldilla. Era el grito de *tierra!* lanzado por el bronce, señal convenida con la *Pinta* que navegaba á la cabeza de la flota, para alumbrar el camino y sondar la mar. A este ruido, un grito general de ¡tierra! estalló en las tres naves, todos esperaban la aurora. El misterio del Océano había dicho su primer palabra en el seno de la noche, y el dia iba á revelarlo todo: los perfumes más suaves y desconocidos llegaban hasta los bageles con la sombra de una costa, el ruido de los arrecifes y el viento de tierra. El fuego apercibido por Colon anunciaba la presencia del hombre y el primer elemento de la civilizacion. No hubo noche que cami-

nara más lenta para descubrir el horizonte, pues este horizonte era para los compañeros de Colon y para él mismo una segunda creacion de Dios.

## XI.

El crepúsculo, esparciéndose por el aire hizo poco á poco surgir las formas de una isla del seno de las olas; sus dos estremidades se perdían en las brumas de la mañana. Su costa baja se elevaba en anfiteatro hasta la cima de las colinas, cuyo sombrío verdor contrastaba con la limpidez azul del cielo: á algunos pasos de la espuma de las olas moribundas sobre una arena amarilla, bosques de árboles magestuosos y desconocidos se estendían confusamente por las sucesivas desigualdades de la isla. Distinguíase anunciando informemente los misterios de la soledad. Se entreveían habitaciones diseminadas, semejante á chozas por su forma especial y por sus techos de hojas disecadas; grandes columnas de humo se elevaban por acá y por allá en las cimas de los bosques; grupos de hombres, de mugeres y niños, asombrados más que asustados, se mostraban casi desnudos entre los troncos de los árboles más cercanos á la ribera, que se adelantaban tímidamente, se retiraban, atestiguando con sus gestos y con sus actitudes cándidas, tanto el temor, como curiosidad y admiracion al aspecto de estos navegantes y de estos estrangeros conducidos allí por las aguas del mar.

## XII.

Colon, despues de haber contemplado en silencio esta primer ribera avanzada de la tierra tan á menudo construida en sus cálculos, y tan magníficamente colorida en su imaginacion, la encontró superior todavía en sus pensamientos. Ardía en deseos de sentar el primer pie de un europeo sobre aquella arena y de atravesarla, con el signo de la cruz y con la bandera española, estandarte de la conquista de Dios y de la conquista de sus soberanos por su genio; pero se contuvo y contuvo en su tripulacion aquel apresuramiento de llegar á la ribera queriendo dar á esta toma de posesion de un nuevo mundo la solemnidad del más grande acto llevado á cumplido término por un navegante, y llamar en defecto de los hombres, á Dios y á los ángeles, al mar, á la tierra y al cielo en testimonio de su conquista sobre lo desconocido.

Se revistió con todas las señales de sus dignidades de almirante del Océano y de virey de las monarquias futuras; desplegó su manto de púrpura, y tomando en su mano derecha la bandera bordada con una cruz, donde las cifras de Fernando é Isabel, entrelazadas como su reino, se veían con sus coronas, descendió á su chalupa, y se adelantó, seguido de las chalupas de Alonso Pinzon y de su hermano, sus dos tenientes, hácia la ribera. Al saltar en tierra se postró de rodillas para consagrar por un acto de humildad y de adoracion, el don y la grandeza de Dios en esta nueva parte de sus obras. Besó la arena, y con su rostro sobre la yerba lloró. Lágrimas de doble sentido y de doble augurio, que humedecían por vez primera, el suelo de este hemisferio visitado por hombres de la antigua Europa; lágrimas de alegría para Colon que revelaban á la vez un corazon soberbio, reconocido y piadoso; lágrimas de duelo para aquella tierra virgen, que parecían presagiar las calamidades, las devastaciones, el fuego, el hierro, la sangre y la muerte que llevaban

estos extranjeros con su orgullo, sus ciencias y su dominación; Colon derramaba estas lágrimas; mas era la tierra la que debía llorar.

## XIII.

«Eterno Dios y Todopoderoso, exclamó Colon al levantar su frente del suelo, con un rezo latino que nos ha sido conservado por sus compañeros; Dios, que por la energía de tu palabra creadora, has hecho el firmamento, el mar y la tierra, ¡bendito sea tu nombre y por todos glorificado! ¡Que tu magestad y tu soberanía universal sean exaltadas de siglo en siglo, pues has permitido que por el mas humilde de tus esclavos tu nombre sagrado sea conocido y propagado en esta mitad del mundo, hasta hoy oculta, de tu imperio!»

Después bautizó esta isla con el nombre de Cristo, la isla de *San Salvador*.

Sus tenientes, sus pilotos, sus marineros, embriagados de alegría y penetrados de un respeto sobrehumano hacia aquel que habia visto mas allá del horizonte visible y á quien ultrajaban la víspera con la desconfianza, vencidos por la evidencia y humillados por aquella superioridad que prosterna al hombre, cayeron á los pies del almirante, besaron sus manos y sus vestidos y reconocieron un momento la soberanía y casi la divinidad del genio; víctimas ayer de su obstinación y hoy compañeros de su constancia y resplandecientes de la gloria que hacia poco blasfemaban!

## XIV.

Durante la ceremonia de la toma de posesion, los habitantes de la isla, detenidos primero á cierta distancia por el terror, atraídos despues por aquella curiosidad instintiva, primer vínculo del hombre al hombre, se habian ido acercando mas. Se preguntaban mutuamente acerca de los espectáculos maravillosos de aquella noche y de aquella aurora. Aquellas embarcaciones que maniobraban con sus velas, con sus antenas y sus vergas como miembros inmensos, desplegándose y replegándose á impulsos de un pensamiento interior, les habian parecido seres animados y sobrenaturales, descendidos durante las tinieblas del firmamento de cristal que rodeaba su horizonte, habitantes del cielo flotando con sus alas y marchando á su gusto sobre las riberas de los mares; eran dioses. Sobrecogidos de respeto en presencia de las chalupas que llegaban á su isla y de los hombres vestidos con telas brillantes y ciñendo armas donde la luz reverberaba, concluyeron por acercarse, como fascinados por su poder. Los adoraban y los imploraban con la candidez de los niños que no sospechan el mal bajo el atractivo. Los españoles, examinándolos á su vez, se admiraban de no encontrar en estos insulares ninguno de los caracteres físicos de conformacion y de color de las razas africanas, asiáticas, europeas, que ellos tenian la costumbre de frecuentar. Su tez cobriza, su flexible cabellera y esparcida en ondas sobre sus hombros, sus ojos sombríos como su mar, sus facciones delicadas y afeminadas, su fisonomía confiada y franca, su desnudez, en fin, y los dibujos de colores con que tenían sus miembros, revelaba en ellos una raza enteramente distinta de las familias humanas esparcidas sobre el antiguo hemisferio, raza que conserva to-

avía la sencillez y la dulzura de la infancia, olvidada durante muchos siglos en este fondo ignorado del mundo, habiendo, á fuerza de ignorancia, conservado la sencillez, el candor y la dulzura de los primitivos dias.

Persuadido Colon de que esta isla era un apéndice avanzado del Océano de las Indias, hacia las cuales creia siempre navegar, les dió el nombre imaginario de indios, que han conservado hasta su estincion, por un error de la lengua que ha sobrevivido al error del navegante.

## XV.

Bien pronto estos indios, comunicándose con sus huéspedes, les mostraron sus manantiales, sus habitaciones, sus pueblos, sus embarcaciones, les trajeron en tribu sus frutos alimenticios, su pan, que renovó los víveres de los españoles, y algunos ornamentos de oro puro que llevaban suspendidos en sus orejas, en las narices, como tambien brazaletes y collares que ceñían el cuello y las piernas de las mugeres. Ignoraban el comercio y el uso de la moneda; este suplemento venal, pero necesario á la virtud de la hospitalidad; recibian en cambio con alegría los mas insignificantes objetos, y aun los mas usuales de los europeos. La novedad constituía á sus ojos el precio de todas las cosas. *Raro y precioso* es la misma palabra en todo el universo. Los españoles que buscaban el pais del oro y de las pedrerías, se informaron por signos de los lugares de donde procedía el metal. Los indios les mostraron el Mediodía: el almirante y sus compañeros creyeron comprender que habia allí una isla ó un continente de las Indias que correspondia por sus riquezas y por sus artes á las maravillosas relaciones de Marco Polo, el veneciano. Esta tierra, á la cual se creian cercanos, era, segun ellos, la isla famosa de *Cipangú*, ó del *Japon*, cuyo soberano hollaba con sus pies planchas formadas con placas de oro. La impaciencia de volver á emprender su curso hacia el objeto de su quimera ó de su avidez los obligó á volverse á embarcar prontamente: se abastecieron de agua fresca de los arroyos de la isla, y cargaron sus puentes con los frutos del pais, presentes de estos felices y pobres indios. Se llevaron consigo á un negro para que les enseñase su lengua y para que les sirviera de intérprete.

## XVI.

Al volver á la isla de *San Salvador* se encuentran como extraviados en los canales de su archipiélago, compuesto de mas de cien islas desiguales en estension, pero todas bajo el aspecto mas risueño por su juventud y por la fecundidad de su vegetacion. Llegaron á la mas vasta y á la mas poblada. Se vieron rodeados de canoas fabricadas en un solo tronco de árbol, y comerciaron con los habitantes, dando sus botones en cambio de oro y perlas preciosas. Su navegacion y sus dilaciones en medio de este laberinto de islas desconocidas no fué para ellos mas que la repetición de su arribada á *San Salvador*. La misma curiosidad inofensiva los acogia por todas partes; se enamoraron del clima, de las flores, de los perfumes, de los colores, del plumage de las aves desconocidas, que cada uno de estos oasis presentaba á sus sentidos; pero su mente, preocupada con un solo pensa-

miento, esto es, con el descubrimiento del país del oro, con lo que ellos presumían la estremidad del Asia, les hacía menos sensibles á estos tesoros naturales, y les impedía sospechar el inmenso y nuevo continente, cuyo punto avanzado eran estas islas. A los signos y á las miradas de estos indios, que le indicaban una región mas espléndida todavía que su archipiélago, Colon hizo vela hácia la costa de Cuba, á donde llegó á los tres días, sin perder de vista las islas encantadoras de Bahama, que señalaba su camino.

Cuba con sus costas sin límites, unida á sus montañas que se confundían con el cielo, con sus embocaduras de ríos, con sus golfos, sus radas, sus bosques, sus aldeas, le recordó con rasgos mas magestuosos la antigua Sicilia. Dudó si era un continente ó una isla; echó el áncora en un lecho sombrío de una vasta ribera, descendió á tierra, recorrió los bosques de palmeras, las aldeas y las chozas de sus habitantes. Una culebra de cascabel fué el único ser viviente que halló en estas habitaciones abandonadas á su aproximación. Volvió á embarcarse y tornó con sus bageles al lecho de la ribera sombreada de palmeras de anchas hojas y de árboles gigantes cubiertos á la vez de frutos y de flores. La naturaleza parecía haber tenido cuidado de prodigar por sí misma y sin trabajo á aquellos felices habitantes los alimentos de la vida. Todo recordaba el paraíso de los sagrados libros y de los poemas. Los animales inofensivos, las aves de pintadas plumas, los papagayos gritaban, cantaban de rama en rama, insectos luminosos hendían el aire; el sol templado por el aliento de las montañas, por la sombra de los árboles, por la corriente de las aguas, lo fecundaba todo sin calcinar nada; la luna y las estrellas reverberaban durante las tinieblas con esplendores y rayos de claridad dulce que arrebatava su terror á la noche. Un regocijo general exaltaba el alma y los sentidos de Colon y de sus compañeros. Verdaderamente, aquella era una tierra mas virgen y mas maternal al mismo tiempo que la antigua, de la cual había venido. «Es la isla mas bella, escribe Colon en sus notas, que jamás ha contemplado la mirada del hombre. Se quería vivir allí siempre; allí no se concibe la muerte ni el dolor.»

El olor de las especias que llegaba desde lo interior hasta sus naves, y el encuentro de aquellos lugares que producen las perlas, desde la ribera le persuadían cada vez mas de que Cuba era un apéndice del Asia. Imaginaba que detras de las montañas de esta isla ó de este continente, pues era todavía incierto si Cuba tenía ó no la tierra firme, encontraría los imperios, la civilización, las minas de oro y las maravillas con que los viajeros entusiastas dotaban el Cathay y el Japon. No pudiendo reunir á los naturales, que huían todos de la costa á la aproximación de los españoles, envió á dos de sus compañeros, de los cuales el uno hablaba hebreo y el otro árabe, en busca de aquellas capitales, donde conjeturaba que el soberano de Cathay tenía su residencia. Estos embajadores iban cargados de presentes para los indígenas; llevaban órden de no dar estos regalos mas que á cambio de oro, cuyo manantial suponían que estaba en lo interior de esta tierra.

Los enviados volvieron á las naves sin haber descubierto otra capital que chozas de salvajes y una naturaleza pródiga en vegetación, en perfumes, en flores y en frutos. Habían logrado atraer á fuerza de presentes á algunos de los naturales, y los traían consigo

hacia donde estaba el almirante. El tabaco, del cual fumaban los habitantes, la patata, raíz harinosa que se convertía en pan preparada á la ceniza, el maíz, el algodón hilado por las mugeres, las naranjas, los limones, los frutos anónimos de sus vergeles eran los únicos tesoros que habían encontrado en derredor de las habitaciones diseminadas por grupos en aquellas llanuras.

Desconcertado el almirante en sus sueños de oro, dando fé á los indígenas mal comprendidos, dejó á su pesar esta residencia encantada para dirigirse hácia el Este, en donde siempre colocaba su fabulosa Asia. Embarcó algunos hombres y algunas mugeres de Cuba, mas atrevidos y mas confiados que los otros, para que les sirvieran de intérpretes en las tierras vecinas que se proponía visitar, para convertirlos á la fé, y para ofrecer á Isabel estas almas rescatadas, segun él, por su generosa empresa.

Persuadido de que Cuba, cuyos límites no había distinguido, formaba parte de la tierra firme de Asia, bogó algunos días á poca distancia del verdadero continente americano sin verle. La envidia, que debía emponzoñar sus días, había nacido en el alma de sus compañeros el mismo día en que sus descubrimientos coronaron el pensamiento de su vida entera. Américo Vesputio, florentino oscuro, embarcado en una de sus naves, debía dar su nombre á este mundo, hácia el cual solo Colon le había guiado. Vesputio no debió esta fortuna de su nombre mas que á la casualidad y á sus viajes subsecuentes con Colon hácia estos mismos parages. Teniente subalterno y subordinado al almirante, no procuró nunca arrebatarle esta gloria. El capricho de la fortuna se la dió, sin que él procurase nunca engañar la opinión de Europa, y la rutina se la conservó. El nombre del gefe fué desheredado del honor de nombrar un mundo, y el nombre del subordinado prevaleció. Escarnio de la gloria humana, de la que fué víctima Colon; pero de la que Américo no fué menos culpable. Se puede reprochar una injusticia y una ingratitud á la posteridad; pero no puede reprocharse una usurpación voluntaria al feliz piloto de Florencia.

## XVII.

Pero esta envidia, que nació en el corazón de los hombres el día mismo del triunfo, abrasaba ya el corazón del principal teniente de Colon, Alonso Pinzon, comandante de la *Pinta*, segunda nave de la escuadra. Pinzon, cuyas velas avanzaban mas ligeras que las otras dos, fingió estraviarse en las tinieblas de la noche, y desapareció de la vista de su gefe.

Había resuelto aprovecharse del descubrimiento de Colon para descubrir él mismo, sin genio y sin esfuerzos, otras tierras, y despues de darles su nombre, volver el primero á Europa á usurpar la flor de la gloria y de las recompensas debidas á su maestro y á su guía en navegación.

Colon había advertido ya hacia días la envidia y la insubordinación de su teniente; pero debía mucho á Alonso Pinzon, pues á no ser por él, por sus estímulos y su auxilio en Palos, jamás habría llegado á tripular sus buques y á enganchar á sus marineros. El reconocimiento le había impedido mostrarse severo contra las primeras insubordinaciones de un hombre de quien tanto había recibido. El carácter tolerante, modesto y magnánimo de Colon, le apartaba de todo rigor odioso. Lleno de justicia y de virtud, contaba

con que los demas volviesen á los sentimientos de justicia y de virtud. Esa bondad que Alonzo Pinzon tomó por debilidad, le alentaba á ser ingrato, y se lanzó osadamente entre Colon y los nuevos descubrimientos que habia resuelto arrancarle.

### VIII.

El almirante se apesadumbró, entrevió el crimen, aparentó creer un extravío involuntario de la *Pinta*, y haciendo rumbo con sus dos barcos al Sud-Este, hacía una sombra inmensa que divisaba en el mar, abordó á la isla *Española*, llamada despues Santo Domingo. A no ser por aquella nube que rodeaba las montañas de Santo Domingo que le hizo virar de bordo, habria llegado al continente. El archipiélago americano seduciéndole y extraviándole de isla en isla, parecía apartarle á placer del objeto á que tocaba sin advertirlo. Esta fantasma del Asia que le habia conducido á orillas de América, se interponia ahora entre la América y él para arrebatarse con una quimera la gran realidad.

### XIX.

Aquella tierra nueva, risueña, fecunda inmensa, anegada en una atmósfera de cristal y bañada por un mar cuyas olas arrastraban aromas, se le apareció como la isla maravillosa, desprendida del continente de las Indias que buscaba á través de tantas distancias y peligros, bajo el nombre quimérico de la isla de Cipangu. Dióle el nombre de la *Española*, para marcarla con el signo eterno de su patria adoptiva. Los indigenas, sencillos, afables, hospitalarios, cándidos y respetuosos, acudieron en tropel á la ribera, como para acoger á criaturas de una naturaleza superior, que un prodigio celeste les enviaba desde los límites del horizonte ó desde el fondo del firmamento para ser adoradas y servidas por ellos como si fueran dioses. Una poblacion numerosa y feliz cubria á la sazón las llanuras y los valles de la *Española*. Los hombres y las mugeres eran tipos de fuerza y de gracia. La paz perpétua que reinaba entre sus tribus, imprimia en sus fisonomías un carácter de dulzura y bondad. Sus leyes no eran mas que instintos benévolos constituidos en tradiciones y en costumbres. Aseméjábanse á un pueblo niño cuyos vicios no habian tenido aun tiempo para desarrollarse, y al que bastaban para gobernarle las inspiraciones de una naturaleza inocente. Conocian de la agricultura, la horticultura y las artes, todo lo necesario para la administracion, la habitacion y las primeras necesidades de la vida. Sus campos estaban admirablemente cultivados. Sus moradas elegantes, agrupadas en aldeas á orillas de bosques de árboles frutales en la proximidad de los rios ó de los manantiales. Sus vestidos, bajo un cielo templado que no les hacia sufrir los estremos del frio ni del calor, solo consintian en adornos destinados á embellecerlos, en telas de algodón, esterillas y en ceñidores suficientes para velar su pudor. Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas. Era la familia acrecentada por la série de las generaciones, pero agrupada siempre en torno de un gefe hereditario llamado cacique. Estos caciques eran los gefes, no los tiranos de su tribu. Las costumbres, constituciones no escritas, pero inviolables y protectoras como una ley divina, eran superiores á aquellos pequeños reyes. Autoridad enteramente paterna por una parte y filial

por otra, contra la cual parecia desconocida la rebelion.

Los naturales de Cuba, á quienes habia embarcado Colon con él para que le sirviesen de guias y de intérpretes en aquellos mares y en aquellas islas, principiaban á comprender la lengua de los europeos, y entendian á medias la de los habitantes de la *Española*, rama desprendida de la misma raza humana. De ese modo establecieron relaciones de inteligencia entre Colon y el pueblo que acababa de visitar.

### XX.

Los pretendidos *indios* condujeron sin desconfianza á los españoles á sus casas, presentándoles el pan de cazabe, los frutos desconocidos, los peces, las sabrosas raíces, las aves domésticas de rico plumage, de canto melodioso, las flores, las palmas, las bananas, los limones, todos los dones del mar, del cielo, de la tierra, del clima, tratáronles como á huéspedes como á hermanos, casi como á dioses.

«La naturaleza, dice Colon, es aqui tan pródiga, que la propiedad no ha creado el sentimiento de la avaricia ó de la codicia. Estos hombres parecen vivir en una edad de oro, felices y tranquilos en medio de jardines abiertos y sin límites que ni están rodeados de fosos, ni divididos por empalizadas, ni protegidos por paredes. Proceden lealmente unos con otros sin leyes, sin libros y sin jueces. Miran como á un malvado al que se complace en hacer mal á los demas. Ese horror de los buenos contra los malos parece ser toda su legislacion.»

Su religion no era otra cosa que el sentimiento de inferioridad, de reconocimiento y de amor hacia el ser invisible que les habia prodigado la vida y la felicidad.

¡Qué contraste entre el estado de aquellas felices poblaciones en el momento en que las descubrieron los europeos para llevarles el genio del antiguo mundo, y el estado en que aquellos desgraciados indios cayeron en pocos años despues de aquella visita de sus pretendidos civilizadores! ¡Qué misterio de la divina Providencia el de aquella visita inesperada de Colon á un nuevo mundo, al que cree llevar la virtud y la vida, y en el que siembra, sin sospecharlo, la tiranía y la muerte!

### XXI.

El piloto de Colon, procurando penetrar sucesivamente en todas las ensenadas y en todas las embocaduras de los rios de la isla, no pudo evitar un escollo, en el que tropezó mientras que el almirante dormia. El barco, amenazado de quedar sumergido por las olas bramadoras, fué abandonado por el piloto y por una parte de los marineros, que á pretexto de llevar otra áncora á tierra, huyeron á fuerza de remos para meterse en el otro barco, creyendo á Colon condenado á una muerte segura. La energía del almirante salvó de nuevo, no al barco, pero sí á sus compañeros. Luchó contra las rompientes hasta que se desunio la última tabla, y colocando á su gente en una balsa, abordó como naufrago á aquella misma costa á que acababa de abordar como conquistador. Al punto fué á recogerle el único barco que le quedaba. Su naufragio y su infortunio no resfriaron la hospitalidad del cacique de quien habia sido pocos dias antes. Aquel cacique, llamado Guacanagarí, primer amigo, y

muy pronto primera víctima de aquellos extranjeros, derramó lágrimas de compasión por el desastre de Colon, y ofreció su morada, sus provisiones, sus socorros de toda especie á los españoles. Los restos del naufragio, las riquezas de los europeos arrancadas á las olas y estendidas en la playa, quedaron preservadas como cosas santas de toda violacion y hasta de toda curiosidad importuna. Aquellos hombres que no conocian la propiedad entre sí, parecian reconocerla y respetarla en unos huéspedes desgraciados. Colon se enterneció en sus cartas al rey y á la reina, al hablar de la generosidad tan natural de aquel pueblo.

«No hay en el universo, escribe, mejor nacion ni mejor pais. Sus habitantes aman á sus prógimos como á sí mismos, usan siempre un lenguaje dulce y afable, y tienen la sonrisa de la ternura en sus labios. Van desnudos, es cierto, pero vestidos con su decencia y su candor.»

Colon, despues de entablar con el jóven cacique relaciones de una estrecha é ingénuu hospitalidad, recibió de él como regalo algunos adornos de oro. A la vista del oro, la fisonomia de los europeos espresó súbitamente tanta codicia y ferocidad en el deseo, que el cacique y sus súbditos se sorprendieron y alarmaron por instinto, como si sus nuevos amigos hubiesen cambiado de pronto de naturaleza y de disposiciones respecto de ellos.

Esto era demasiado verdad. Los compañeros de Colon no buscaban mas que las riquezas fantásticas de Oriente, mientras que él buscaba una parte misteriosa del Universo. La vista del oro habia escitado su codicia, su semblante se habia puesto áspero y violento como su pensamiento. El cacique, sabiendo que este metal era la divinidad de los europeos, les esplicó, mostrándoles las montañas que habia detrás de aquellas cimas, una region que producía con abundancia este oro. Colon no dudó ya de haber dado con el manantial de aquellas riquezas de Salomon, y preparándolo todo para su pronto regreso á Europa, á fin de anunciar su triunfo, construyó un fuerte en la aldea del cacique; para dejar allí una parte de sus compañeros con seguridad durante su ausencia. Eligió entre sus oficiales y sus marineros cuarenta hombres escogidos, y los puso bajo el mando de Pedro de Arana. Quedaban encargados de recoger nociones acerca de la region del oro, y de sostener á los indios en el respeto y la amistad de los españoles. Partió para volver á Europa, colmado con los donativos del cacique, y trayendo todos los ornamentos de oro puro que habia podido adquirir durante su permanencia, en cambio de cosas insignificantes.

Costeando los alrededores de la isla volvió á encontrar á su infiel compañero Alonso Pinzon. Bajo pretexto de haber perdido de vista al almirante, Pinzon habia caminado aparte. Oculto en un lugar profundo de la isla, habia saltado en tierra, y en vez de imitar la dulzura y la política de Colon, habia ensangrentado sus primeros pasos. El almirante, al encontrar á su teniente, fingió dar crédito á sus disculpas, y de atribuir su desercion á la oscuridad de la noche. Mandó que le siguiera con su nave á Europa. Se embarcaron juntos, impacientes de anunciar á España la nueva de su maravillosa navegacion. Pero el Océano que los habia llevado á merced de los vientos alisios, hasta la costa de América, parecia con sus vientos y sus olas contrarias quererlos rechazar obstinadamente de la tierra que anhelaban volver á ver. Ce-

lon, gracias á sus conocimientos náuticos y á sus notas de cálculo, cuyo secreto guardaba á sus pilotos, sabia solo el camino y evaluaba solo la verdadera distancia.

Sus compañeros se creían aun á millares de leguas de Europa; Colon percibió bien pronto las islas Azores, terribles vendavales, nubes amontonadas, relámpagos, rayos que nunca habian visto encenderse en el cielo y apagarse en el mar, olas montañosas y espumantes que hacían valancear las naves, insensibles á las velas y al timon, abrieron y cerraron durante seis dias y seis noches su tumba y la de sus compañeros á las puertas de su patria. Las señales que se hacían las dos embarcaciones en las tinieblas desaparecieron. Creyeron la una la pérdida de la otra, flotando entrambas á merced de una eterna tempestad entre las Azores y la costa de España. Colon, que no dudaba que la *Pinta* fuese sepultada con Pinzon en los abismos, y cuyas velas despedazadas y cuyo timon entregado á las olas no dirigía ya el esquife, esperaba á cada instante que desapareciesen bajo aquellas montañas de agua, que subían y bajaban con su espuma. Habia hecho el sacrificio de su vida, pero no podia sin desesperacion hacer el sacrificio de su gloria. Sentir el misterio del descubrimiento que traía al antiguo mundo sepultado por los siglos de los siglos con él tan cerca del puerto, era un sarcasmo tan cruel de la Providencia que no podia doblegarse ni aun á su piedad. Su alma se revelaba contra este juego de la muerte. Morir poniendo solamente el pie en la ribera de Europa, despues de haber depositado su tesoro y su secreto en la memoria de su pais, era un destino que aceptaba con alegría; pero dejar morir un segundo universo, por decirlo así, con él, y llevar á la tumba la palabra al fin encontrada de este enigma del globo que los hombres sus hermanos, buscarían acaso en vano durante tantos siglos, era un millon de muertes en una. El no pedía á Dios en sus súplicas y á todos los santos de España, mas que llevar al menos á la costa con sus despojos, las pruebas de su descubrimiento. Sin embargo, las tempestades se sucedían á las tempestades; la nave estaba llena de agua, las miradas hostiles, los murmullos irritados ó el silencio de sus compañeros le reconvenían la obstinacion que los habia seducido ú obligado á aquella fatal travesía. Todos miraban aquella prolongada cólera de los elementos como una venganza del Océano, celoso de que un hombre audaz le hubiese arrebatado su misterio. Hablaban de arrojarle al mar para obtener por una ruidosa espacion el apaciguamiento de las olas.

## XXII.

Colon, despreciando aquellos signos de cólera, y únicamente preocupado de la muerte de su descubrimiento, escribió sobre pergamino muchas relaciones cortas acerca de su descubrimiento; encerró unas en una bola de cera y otras en cajas de cedro, y arrojó estos testimonios al mar, para que la casualidad los hiciera flotar un dia hasta la ribera. Se dice que una de estas cajas entregadas á los vientos y á las aguas, anduvo nadando durante tres siglos y medio sobre la superficie del mar, y que el marinero de un navío europeo, embarcándose en una lancha para ir á su nave, hace algun tiempo, en la costa de Africa enfrente de Gibraltar, recogió una nuez de coco petrificado, y la trajo á su capitan como una vana curiosidad de la naturaleza. El capitan, abriendo la nuez para asegurar-

se si la almendra habia resistido al tiempo, encontró, debajo de la corteza, un pergamino sobre el cual estaba escrito en letras góticas, descifradas con trabajo por un erudito de Gibraltar, estas palabras: «No podemos resistir un día mas á la tempestad; estamos entre España y las islas descubiertas de Oriente. Si la caravela se hunde, pueda alguno recoger este testimonio.—CRISTOBAL COLON.»

El Océano habia guardado trescientos cincuenta y ocho años este mensaje, y no le devolvía á Europa sino despues que la América colonizada, floreciente y libre rivalizaba con el antiguo continente. Juego de la mente para enseñar á los hombres lo que hubiera podido quedar oculto tantos siglos, si la Providencia no hubiese prohibido á las olas sumergir á Colon su gran mensajero.

## XXIII.

Al día siguiente gritaron *tierra!* Era la isla portuguesa de Santa María, situada á la estremidad de las Azores. Colon y sus compañeros fueron rechazados de ella por la envidiosa persecucion de los portugueses. Nuevamente entregados á todas las fatalidades del hombre y de la tempestad durante muchos días, no entraron hasta el 4 de marzo en la embocadura del Tajo, donde al fin echaron el áncora sobre una costa europea, pero rival de los españoles. Colon, presentado al rey de Portugal, le hizo la relacion de sus descubrimientos, sin descubrirle el camino, temeroso de que este principe se apoderare de las flotas de Isabel. Los portugueses de la corte de Juan II, rey de Portugal, aconsejaron á este principe mandara asesinar al gran navegante, á fin de sepultar con él su secreto y los derechos de la corona de España sobre las nuevas tierras. Juan II se indignó al oír semejante consejo. Colon honrado por él, envió por tierra un correo á sus soberanos, para anunciar su éxito y su próxima vuelta por mar á Palos. Allí desembarcó el 13 de marzo al rayar el día en medio de una multitud embriagada de gozo y de orgullo, que se lanzaba al mar para conducirle en triunfo á tierra. Cayó en los brazos de su amigo y de su protector, el pobre prior del convento de la Rábida, Juan Perez que solo le habia creído, cuya creencia era recompensada con un nuevo mundo. Colon fué descalzo y procesionalmente á la iglesia del monasterio para darle gracias por la gloria de su conquista. Un pueblo entero le seguía bendiciéndole á la puerta de aquel humilde convento donde habia pedido, solo y á pié con su hijo, algunos años antes la hospitalidad de los mendigos. Jamás hombre alguno entre los hombres ha legado á su patria y á la posteridad tal conquista desde el origen del globo escepto aquellos que trajeron á la tierra la revelacion de una idea; y esta conquista de Colon no habia costado hasta entonces, ni un crimen, ni una vida, ni una gota de sangre, ni una lágrima á la humanidad. Los días mas deliciosos de su existencia fueron aquellos que pasó descansando en el monasterio de la Rábida, al lado de su huésped y de su amigo el prior del convento, y abrazando á su hijo.

## XXIV.

Y como si el cielo hubiese querido que llegase al colmo su felicidad y vengarlo de la envidia que le perseguía, Alonso Pinzon, comandante de su segunda

nave, entró al día siguiente en la *Pinta* en el puerto de Palos, donde esperaba adelantar á su gefe y robarle las primicias del triunfo. Pero engañado en su culpable designio, y temiendo el castigo de su desercion revelada por el almirante, Pinzon murió de dolor y de envidia al llegar á la orilla, y viendo la nave de Colon anclada en el puerto. Colon era demasiado generoso para alegrarse, y mucho menos para vengarse, y la celosa Nemesi de los grandes hombres parecia espirar á sus pies.

## TERCERA PARTE.

## I.

Isabel y Fernando, informados de su regreso y de su conquista por el mensaje que el almirante habia enviado de Lisboa, le esperaban en Barcelona con triunfos y munificencias dignas de la grandeza de sus servicios. La nobleza de España acudió allí de todas las provincias para rendirle pleito homenaje. Entró como triunfador y como rey de futuras monarquías. Los indios traídos por la escuadra, como una prueba viviente de la existencia de otras razas humanas sobre aquellas tierras descubiertas, marchaban á la cabeza del cortejo, con el cuerpo pintado de diferentes colores y adornados de collares de oro y perlas; los animales y las aves, las plantas desconocidas, las piedras preciosas recogidas sobre aquellas riberas, iban colocadas en vasijas de oro llevadas sobre la cabeza de los esclavos negros. La ansiosa multitud se apiñaba; los rumores fabulosos circulaban por entre los oficiales y los compañeros de gloria del almirante. Colon, montado sobre un caballo del rey, ricamente enjaezado, aparecía despues, escoltado por una numerosa cabalgata de cortesanos y caballeros de todas órdenes. Todas las miradas se concentraban en este hombre inspirado de Dios, que fué el primero que recorrió el velo del Océano. Se buscaba en sus facciones el signo visible de su mision, y se creía verle allí. La belleza de sus facciones, la magestad de su fisonomía, el vigor de la eterna juventud junto con la gravedad de los años, el pensamiento bajo la accion, la fuerza bajo sus blancos cabellos, el sentimiento íntimo de su valor junto con la piedad hácia Dios, que le habia elegido entre todos, el reconocimiento hácia sus soberanos, que le devolvían en honores lo que él les traía en conquista, convertían en este momento á Colon, dicen los espectadores de su entrada en Barcelona, en una de aquellas figuras proféticas y heroicas de la Biblia. El pueblo le arrojaba palmas en señal de adoracion.

«Ninguno se media por él, dicen, todos creían ver al hombre mas grande, y al hombre mas favorecido del cielo.» Isabel y Fernando le recibieron sentados sobre su trono, y se levantaron al verle como si se hallaran en la presencia de un enviado del cielo. Despues le mandaron sentar al nivel de su trono, y escucharon la relacion solemne y circunstanciada de sus viages. Al terminar esta relacion, donde la elocuencia y la poesia que salían de los labios del almirante, encendieron su santo entusiasmo, el rey y la reina, conmovidos al estremo de verter copiosas lágrimas, cayeron de rodillas y entonaron como una piadosa exclamacion el *Te-Deum*, himno de la mas grande victoria que el Todopoderoso concedió jamás á ningun soberano.

Despacháronse al punto correos para llevar á todas las córtes de Europa la gran noticia y el nombre triunfal de Colon. La oscuridad, que hasta entonces habia rodeado su vida, se cambió en un resplandor y un eco que llenaron la tierra. El descubrimiento del pobre geógrafo de Córdoba fué la conversacion del mundo. Colon no dejó que su alma se engriese con aquellos honores tributados á su nombre, ni que se humillara su modestia con las envidias que principiarian á surgir en torno de su gloria. Un día que fué invitado á comer con Fernando é Isabel, uno de los convidados, envidioso de aquellos honores tributados al hijo de un cardador de lanas, le preguntó astutamente si creia que ninguno mas que él hubiera descubierto aquel otro hemisferio, en el caso de que él no hubiera nacido. Colon no respondió á la pregunta por temor de decir demasiado, ó demasiado poco de sí mismo. Pero tomando un huevo entre sus dedos, se dirigió á todos los convidados, y les invitó á que lo colocasen de punta. Ninguno pudo conseguirlo. Entonces Colon rompió el huevo por uno de sus extremos, y colocándole por donde estaba roto, mostró á sus rivales que no habia mérito ninguno en una idea sencilla, pero que nadie, no obstante, podia sospecharla, antes de que un primer inventor diese el ejemplo á los demas, atribuyendo así al inspirador supremo el mérito de su empresa, pero reivindicando al propio tiempo para él solo el honor de la primacia. Este apólogo ha servido en lo sucesivo de respuesta á todo hombre elegido de la Providencia para mostrar un camino á sus semejantes y para marchar por él el primero, sin ser, no obstante, mas grande, sino mas favoecido de la inspiracion que sus hermanos.

Los honores, los títulos, las dotaciones futuras de las tierras, cuyo descubrimiento y conquista iba á terminar Colon, fueron destinados en tratados formales con la córte para su patrimonio. Aquel obtuvo el reinado; la administracion y la cuarta parte de las riquezas ó productos de toda especie de los mares, islas y continentes en que plantase la cruz de la Iglesia y la bandera de las Españas. El arcediano de Sevilla, Fonseca, con título de patriarca de las Indias, fué encargado de los preparativos y armamentos de la nueva expedicion que Colon iba á conducir á nuevas y mas vastas conquistas. Pero desde aquel día, Fonseca se hizo el rival oculto del gran navegante, y como si quisiese rebajar el genio que tenia encargo de ayudar, aparentando que facilitaba á Colon los medios, le suscitaba obstáculos. Sus dilaciones y sus pretestos redujeron á diez y siete barcos la escuadra destinada á llevar de nuevo al almirante al otro lado del Atlántico.

Sin embargo, el genio aventurero de los españoles de aquella época, el espíritu de proselitismo religioso y el espíritu caballeresco precipitaron en aquellos buques una porcion de religiosos, nobles y aventureros, deseosos unos de llevar la fé, y ansiosos otros de adquirir fama y fortuna, lanzándose los primeros en aquellas comarcas, que todavía engrandecia mas la imaginacion humana. Obreros de todos oficios, cultivadores de todas las zonas, animales domésticos de todas especies, semillas, plantas, cepas, árboles frutales, cañas de azúcar, muestras de todas las artes y de todos los comercios europeos fueron embarcados en aquellos barcos de transporte para probar el cielo, fecundar el suelo y tentar á los hombres de aquellos nuevos climas, arrancándoles el oro, las perlas, los

perfumes, las especias de la India, á cambio de cosas de poco valor en Europa. Era aquello la cruzada de la religion, de la guerra, de la industria, de la gloria y de la codicia; para unos el cielo, para otros la tierra, para todos lo desconocido y lo maravilloso.

El mas ilustre de los compañeros que se embarcó con Colon era Alonso Ojeda, page en otro tiempo de Isabel, y el caballero mas gallardo, mas intrépido y mas aventurero de aquella córte. Su corazon y sus sentidos rebosaban valor hasta tal punto, que llevaba el fanatismo hasta la demencia. El fué el que un día que Isabel habia subido á lo alto de la inmensa torre de Sevilla, llamada la Giralda, para admirar su asombrosa elevacion y contemplar desde arriba las calles y las casas de la ciudad, parecidas á un hormiguero á sus pies, se lanzó por una estrecha viga, cuyo extremo salia fuera de las almenas, y saltando en un pie sobre la punta de la viga, hizo prodigios de destreza y de audacia sobre el abismo para agradar á su soberana, sin que el vértigo de la muerte presente turbara sus ojos, ni intimidara su corazon.

## II.

El 23 de setiembre de 1493 salió la escuadra de la bahía de Cádiz. Gritos de júbilo que partian de todas las riberas eran el agüero de aquella segunda partida, que parecia no estar destinada mas que á un largo triunfo. Los dos hijos de Colon acompañaron á su padre hasta el buque almirante. Dióles aquel su bendicion, y los dejó en España para que la parte mejor de su vida quedara al menos resguardada de los riesgos que iba á correr. La flota se componia de tres barcos grandes y catorce caravelas. El Océano se dejó tan fácilmente como la vez primera. La escuadra descubrió el 2 de noviembre la Guadalupe, cruzó por medio de las islas Caribes, bautizó aquel archipiélago con nombres tomados de recuerdos piadosos, y tocando á muy poco en la punta de la Española, hoy Haiti, hizo vela Colon hácia el golfo donde habia construido el fuerte y dejado sus cuarenta compañeros. Volvia lleno á un tiempo de ansiedad y de esperanza; la noche cubria la costa cuando echó el áncora en la rada y no aguardó al día para asegurarse de la suerte de su colonia. Hizo disparar una salva de cañonazos, que resonó sobre las olas, para avisar á los españoles su regreso; pero el cañon del fuerte permaneció mudo, y únicamente el eco de aquellas soledades repitió el saludo de la Europa al Nuevo Mundo.

Al amanecer del día siguiente descubrió la orilla desierta, el fuerte destruido, los cañones medio enterrados en sus ruinas, los huesos de los españoles esparcidos por la arena, y hasta la misma aldea de los caciques abandonada; el corto número de los indígenas que se mostraban de lejos á orillas de los bosques parecian vacilar en acercarse, como si les retuviese el sentimiento de un remordimiento ó el temor de una venganza. El cacique, que confiaba mas en su inocencia y en la justicia de Colon, á quien habia aprendido á amar, se adelantó al fin; deploró los crímenes de los españoles, que habian abusado de la hospitalidad de sus súbditos para oprimir á los indígenas, robándoles sus hijas y mugeres, reduciéndolos á esclavitud, y suscitando, por último, la venganza de su tribu. Despues de haber inmolado aquellos una porcion de indios é incendiado sus cabañas, habian sido sacrificados ellos mismos. El fuerte incendiado que cu-

bria sus huesos, era el primer monumento del contacto entre aquellas dos familias humanas, de las que la una llevaba á la otra la servidumbre y la devastacion. Colon lamentó los crímenes de sus compañeros y las desgracias del cacique, y resolvió buscar otra playa para desembarcar y establecerse en las costas de la isla.

Entre las jóvenes indias cautivas de las islas vecinas, prisioneras á bordo, la mas hermosa de ellas, Catalina, habia agradado en extremo á un cacique que visitó el barco de Colon. Tramóse un complot de evasión entre aquel cacique y el objeto de su amor por medio de aquel lenguaje de signos que los europeos no comprendian. La noche en que Colon dió sus velas al viento, Catalina y sus compañeras, burlando la vigilancia de sus tiranos, se precipitaron en el mar, y perseguidas inútilmente por las lanchas de los europeos, nadaron hácia la ribera, donde el joven cacique habia encendido una hoguera que les sirviese de guia. Los dos amantes, reunidos por aquel prodigio de audacia y de fuerza, se refugiaron en los bosques á cubierto de la cólera de los europeos.

### III.

Abordando Colon de nuevo á una playa virgen á alguna distancia, fundó allí la ciudad de Isabela: estableció relaciones de amistad con los indígenas, formó, cultivó y gobernó la primera colonia de europeos, madre de tantas otras, envió destacamentos armados á visitar las llanuras y las montañas de la Española, acarió primero, atrajo despues y sujetó, por fin, con leyes dulces y sabias las diferentes tribus de aquellas vastas comarcas, construyó fuertes, trazó caminos hácia las diferentes partes de su imperio, buscó el oro, menos abundante de lo que él esperaba, en aquellas regiones, que seguia confundiendo con las Indias, y no halló en ellas mas que las riquezas inagotables de un suelo pródigo y un pueblo tan facil de sujetar como de tiranizar.

Envio la mayor parte de sus buques á España para pedir á su soberano nuevas remesas de hombres, animales, instrumentos, plantas y semillas, necesarios á la inmensidad de los territorios que iba á conquistar para las costumbres, la religion y las artes de Europa. Pero los descontentos, los ambiciosos y los envidiosos se embarcaron los primeros en su escuadra, á fin de ir á sembrar en contra suya las murmuraciones, las acusaciones y las calumnias. Quedóse él solo, aquejado de la gota, padeciendo dolores crueles, condenado su cuerpo á la inacción, mientras que su espíritu trabajaba sin cesar, asediado en su colonia naciente por las rivalidades, las sediciones, los complots, los excesos vergonzosos y las miserias de sus tripulaciones.

Colon, indulgente siempre y magnánimo, triunfando por la fuerza solo moral de su carácter de las turbulencias de sus compatriotas y de las rebeliones de sus tenientes, se limitó á relegar á los insubordinados á bordo de los barcos en la rada. Restablecido de su larga enfermedad, recorrió la isla al frente de una columna compuesta de hombres escogidos, buscando en vano las minas de oro de Salomon, pero estudiando la naturaleza y las costumbres de la isla, y sembrando en todas partes á su paso el respeto y el amor de su nombre.

### IV.

A su vuelta halló de nuevo los mismos desórdenes, las mismas insubordinaciones y los mismos vicios. Los españoles abusaban de la superstición de los indígenas respecto de ellos, y del terror que les inspiraban los caballos. Los indios los tomaban por seres monstruosos, que no formaban mas que un cuerpo con los ginetes, y herian, hollaban y aterraban á la vez á los enemigos de los europeos. Merced á ese terror, estos sujetaban, encadenaban, profanaban, violaban y martirizaban á aquella dulce y obediente poblacion. Colon se mostró severo con esa tiranía de sus compañeros sobre los indios. El queria llevarles la fé y las artes de Europa, no el yugo, el vicio y la muerte. Despues de haber restablecido un poco el órden, se embarcó para visitar la isla apenas reconocida de Cuba. Llegó á ella y siguió largo trecho sus costas, sin divisar la estremidad de esa isla, que tomó por un continente. Desde allí navegó hácia la Jamaica, otra isla de inmensa estension, cuyas cimas divisaba entre las nubes. Cruzando en seguida un archipiélago, á que dió el nombre de los *Jardines de la reina*, á causa de la riqueza y de los perfumes de la vegetacion que adornaban aquellas islas; volvió á Cuba y logró establecer allí algunas relaciones con los indígenas. Los indios asistieron con un asombro mezclado de respeto á las ceremonias del culto cristiano, que los españoles celebraron en una gruta bajo las palmeras de la ribera. Uno de sus ancianos se acercó á Colon despues de la ceremonia, y le dijo con acento solemne:

—Lo que acabas de hacer está bien hecho, porque parece que ese es tu culto al Dios universal. Dicen que vienes á estas regiones con una gran fuerza y una autoridad superiores á toda resistencia. Si así es, oye de mí lo que nuestros antepasados han dicho á nuestros padres y estos á nosotros. Despues que las almas de los hombres son separadas de sus cuerpos por la voluntad de los seres divinos, van las unas á un país sin sol y sin árboles, las otras á regiones de claridad y de delicias, segun han merecido bien ó mal en este mundo, haciendo bien ó mal á sus semejantes. Si, pues, tú debes morir como nosotros, procura no hacer mal ni á nosotros ni á los que no te lo han hecho.

Este discurso del anciano indio, citado por Las Casas, prueba que los indios tenian una religion casi evangélica por la sencillez y pureza de su moral, emanacion misteriosa ó de una naturaleza primitiva, cuya claridad no habian empañado aun las depravaciones y los vicios, ó de una civilizacion envejecida y gastada, que habia dejado esos resplandores en sus tradiciones.

### V.

Colon, despues de una larga y penosa exploracion, regresó moribundo á la Española. Sus fatigas y cuidados, unidos á sus padecimientos y al peso de los años que su espíritu no sentia, pero que pesaban sobre sus miembros, habian triunfado por un momento de su genio. Sus marineros le condujeron á Isabela insensible y anonadado. Pero la Providencia, que no le habia abandonado, velaba sobre él durante la ausencia de sus facultades. Al volver en sí de su desmayo, halló á su querido hermano Bartolomé Colon á la cabecera de su cama.

Bartolomé Colon habia llegado de Europa á la Espa-

ñola como si hubiese tenido la inspiracion de los peli-  
gros y necesidades en que iba á hallarse su hermano.  
Era aquel la fuerza de la familia, de la que el tercer  
hermano, Diego, era la dulzura y Cristóbal el genio.  
El vigor de su cuerpo igualaba al de su alma. Era de  
una estatura atlética, de un temple de hierro, de una  
salud robusta, de un aspecto imponente, de un acento  
de voz que dominaba los vientos y las olas: navegante  
desde sus primeros años, soldado y aventurero toda  
su vida, dotado por naturaleza y por hábito de esa  
audacia que impone la obediencia, y esa justicia que  
hace aceptar la disciplina, hombre tan capaz de go-  
bernar como de combatir, era el segundo que mas con-  
venia á Colon en las circunstancias extremas en que la  
anarquía habia colocado á su imperio, y sobre todo,  
era un hermano que profesaba tanto respeto como ter-  
nura al gefe y á la gloria de su casa.

El espíritu de familia respondia á Colon de la fide-  
lidad de su teniente. El cariño entre ambos hermanos  
era la mejor prenda de la confianza del uno y de la  
sumision del otro. Colon le entregó el mando, durante  
los largos meses en que la naturaleza decaida le con-  
denaba á él á la inaccion y al reposo, con el título de  
*Adelantado* ó intendente general y sub-gobernador  
de las tierras de su dominio. Bartolomé, administrador  
mas severo que su hermano, impuso mas respeto; pero  
tambien suscitó mas resistencias.

La temeridad y la perfidia del jóven guerrero es-  
pañol Ojeda, suscitaron guerras de desesperacion en-  
tre los indios y la colonia. Aquel intrépido aventu-  
ro, habiéndose adelantado con algunos ginetes hasta  
las partes mas lejanas y mas independientes de la isla,  
persuadió á uno de los caciques á que le acompañase  
al regreso con gran número de indios para admirar en  
Isabela la grandeza y la riqueza de los europeos. Se-  
ducido el cacique, siguió á Ojeda. Despues de algunos  
días de marcha, durante un descanso á orillas de un  
rio, Ojeda, abusando de la sencillez de aquel gefe in-  
dio, le hizo admirar un par de esposas de acero bru-  
ñido cuyo brillo deslumbró al cacique.

Ojeda le dijo que aquellos hierros eran brazaletes  
con que se adornaban los reyes de Europa en los días de  
gala á los ojos de sus súbditos. Inspiró al cacique el  
deseo de adornarse con ellas, de montar un caballo  
como un español, y de mostrarse á sus indios con  
aquella supuesta insignia de los soberanos del antiguo  
mundo. Pero apenas el infortunado cacique montó á la  
grupa detrás del astuto Ojeda y se puso las esposas ob-  
jeto de su vanidad infantil, cuando los españoles par-  
tiendo al galope y llevándose á su prisionero, cruzaron  
la isla y le condujeron encadenado á la Colonia donde  
le retuvieron con los hierros que habia deseado ino-  
centemente.

Una vasta insurreccion sublevó á los indios contra  
aquella perfidia de los extranjeros, en los cuales habian  
ellos visto al pronto unos huéspedes, unos amigos,  
unos bienhechores, unos dioses. Esa insurreccion mo-  
tivó la venganza de los españoles. Estos redujeron á  
los indios al estado de esclavos y enviaron cuatro bar-  
cos cargados de aquellas victimas de su codicia á Es-  
paña, para hacer de ellas un comercio infame como  
de un ganado humano. Compensando asi con el pre-  
cio de esos esclavos el oro que se habian prometido  
recoger como el polvo en esas comarcas, en que no  
habian hallado mas que sangre, degeneró entonces la  
guerra en caza de hombres. Varios perros traídos de  
Europa y acostumbrados á esa persecucion en los bos-

ques, olfateaban, destrozaban y se apoderaban de los  
indígenas por el cuello, ayudando á los españoles en  
esa inhumana devastacion del pais.

## VI.

Restablecido al fin Colon de su larga enfermedad,  
volvió á tomar las riendas del gobierno, se vió arras-  
trado en esas guerras encendidas durante su interreg-  
no, y se hizo guerrero y pacificador. Despues de ha-  
ber sido navegante, ganó batallas decisivas contra los  
indios, los sujetó al yugo suavizado por su bondad y  
su política, y únicamente les impuso un ligero tributo  
en oro y frutos de sus comarcas, mas bien en señal de  
alianza que de servidumbre. La isla volvió á florecer  
bajo su dominacion; pero el infeliz y confiado cacique  
*Guanacanari*, avergonzado y desesperado de haber  
sido involuntariamente cómplice de la esclavitud de  
su patria, huyó para siempre á las montañas escarpa-  
das de la isla, y murió en ellas libre por no vivir es-  
clavo bajo las leyes de los que habian abusado de sus  
virtudes.

Durante aquella enfermedad de Colon y aquellas  
agitaciones de la isla, sus enemigos, trabajando en la  
córte por perderle, le habian atacado en el corazon de  
Fernando. Isabel, mas firme en su admiracion á aquel  
hombre, le protegía en vano con su favor. La córte  
habia enviado á la Española un magistrado revestido de  
poderes secretos, que le autorizaban para informar  
contra los pretendidos crímenes del virey, para desti-  
tuirle de su autoridad y enviarle á Europa si llegaban  
á comprobarse esos crímenes. Ese juez parcial, llama-  
do Aguado, llegó á la Española mientras que el virey se  
hallaba al frente de las tropas en el interior de la isla,  
ocupado en pacificar y administrar el pais.

Olvidando Aguado el reconocimiento que debia á  
Colon, primer autor de su fortuna, aun antes de reco-  
ger los informes declaró á Colon culpable y destituido  
provisionalmente de su cargo soberano. Rodeado á su  
desembarco y aplaudido por los descontentos de la co-  
lonia, envió orden á Colon para que se presentara en  
Isabela, capital de los españoles, y reconociese su  
mision.

Rodeado Colon de sus amigos y soldados mas adic-  
tos, podia disputar su obediencia á las insolentes in-  
timaciones de un subordinado, pero se inclinó al con-  
trario ante el nombre solo de su soberano, se presentó  
desarmado ante Aguado, y entregándole la autoridad  
entera, le dejó instruir libremente el odioso proceso  
que sus calumniadores le preparaban.

Pero en el momento mismo en que su fortuna de-  
clinaba ante la persecucion, le reservaba uno de esos  
favores que mas podria conciliarle los de la córte. Uno  
de sus jóvenes oficiales que mató en desafio á uno de  
sus camaradas, huyó por miedo al castigo á una parte  
salvage y apartada de la isla. La tribu que habitaba  
aquellas montañas estaba gobernada por una jóven  
india de gran belleza, viuda de un capitan cacique.  
Esa jóven concibió por el español fugitivo un amor ar-  
diente y se casó con él. Diaz, amado y coronado por  
el objeto de su amor, no pudo, sin embargo, olvidar  
su patria ni disimular la tristeza que el sentimiento de  
haber dejado á sus compatriotas imprimia en sus fac-  
ciones.

Deseosa su muger de arrancarle la confesion de su  
melancolía, supo por él que el oro era la pasion de los  
españoles y que estos vendrian á habitar con él aque-

llas comarcas, si tuviesen la esperanza de descubrir en ellas aquel precioso metal. La joven india, gozosa de conservar á ese precio la presencia del objeto de su amor, le reveló la existencia de minas inagotables, ocultas en aquellas montañas. Dueño Diaz de este secreto, y seguro de obtener á ese precio su perdon, corrió á revelar á Colon aquel tesoro.

El hermano del virey, Bartolomé Colon, partió con Diaz y una escolta de tropas, para cerciorarse de aquel descubrimiento, y llegaron en pocos dias á un valle donde el rio arrastraba el oro con la arena, y donde las rocas de su lecho estaban incrustadas de partículas de este metal. Colon estableció un fuerte en sus inmediaciones, laboreó y ensanchó minas ya abiertas en la antigüedad, sacó de ellas inmensas riquezas para sus soberanos, y se persuadió cada vez mas de que habia encontrado la comarca fabulosa de Ofir. Diaz, reconocido y fiel á la joven india á quien debia su gracia, su suerte y su felicidad, hizo bendecir su union con ella por los sacerdotes de su culto, y gobernó en paz su tribu.

### VII.

Colon, despues de este descubrimiento y cediendo sin resistencia á las órdenes de Aguado, se embarcó con su juez para España, á donde llegó despues de ocho meses de navegacion, mas bien como acusado á quien se lleva al suplicio que como conquistador cargado de trofeos. La calumnia, la incredulidad y la reconvenccion le recibieron en Cádiz. La España que habia esperado prodigios no veia venir de la tierra de sus ensueños mas que aventureros engañados, acusadores y esclavos desnudos. El infortunado cacique aherrojado en las esposas de Ojeda y que conducia Aguado como un trofeo vivo para Fernando é Isabel, habia muerto en el viage, maldiciendo su confianza en los españoles y su traicion.

Ajustando Colon su traje á la tristeza y la miseria de su situacion, se dirigió á Burgos donde estaba la córte en hábito franciscano, llevando solo una cuerda por cinturon, con la cabeza cargada de años, de cuidados, de afliccion y de cabellos blancos, y con los pies desnudos como un suplicante de genio que viene á implorar el perdon de su gloria. Solo Isabel fué la que le recibió con una tierna compasion, obstinándose en dar crédito á su virtud y á sus servicios. Este favor constante aunque oculto de la reina, sostuvo al almirante contra los tiros y las acusaciones de los cortesanos. Colon propuso nuevos viages y mas vastos descubrimientos. Consintióse en confiarle nuevos buques, pero se le hizo consumir en dilaciones sistemáticas los pocos años que su edad avanzada dejaba á sus fuerzas.

La piadosa Isabel, al conceder á Colon nuevos poderes y títulos, estipuló en favor de los indios condiciones de libertad y de humanidad que sobrepujaban á las ideas de su siglo. El corazon de una muger proscribia por instinto la esclavitud que la filosofia y la religion no debian abolir hasta cuatro siglos despues. Por último, Colon justificado ya pudo embarcarse y hacer rumbo hácia su nueva patria. Pero el odio y la envidia le siguieron hasta el mismo buque en donde enarbolaba su pabellon de almirante del Océano. Briviesca; tesorero del patriarca de las Indias, y Fonseca, enemigo de Colon, prorrumpieron en ultrages contra el almirante en el momento de darse á la vela.

Colon, que se habia contenido hasta entonces por la fuerza interior, la paciencia y la inmensidad de su mision, desahogó por la vez primera su amargura y su indignacion. A esta última ignominia de sus enemigos, se mostró al fin hombre por un momento y arrojándose sobre su indigno perseguidor con toda la energia de su alma y toda la fuerza de su brazo, le derribó sobre el puente y lo holló con sus pies. Tal fué el adios de la envidia de la Europa al que le parecia sobrado grande ó sobrado feliz para ser un simple mortal. Aquella venganza súbita del almirante dejó un nuevo resentimiento en el corazon de Fonseca, y una acusacion que poder explotar sus enemigos. El viento que se levantaba le sustrajo á la vista de la ribera y á las indignidades de su patria.

### VIII.

Llegado esta vez por otro camino á la isla de la Trinidad, la reconoció, la dió denominacion, y doblando la isla costeó la verdadera tierra de América junto á la embocadura del Orinoco. La dulzura del agua de mar que probó en aquellos parages, hubiera debido convencerle de que el rio que desemboca en el Océano con una masa suficiente para desalar sus aguas, no podia venir sino del continente. Desembarcó, no obstante, en aquella costa sin sospechar que era la playa del mundo desconocido. Hallóla desierta y silenciosa como un territorio que aguarda á sus huéspedes.

Un humo lejano por encima de vastos bosques, una cabaña abandonada y algunas huellas de pies desnudos sobre la arena de la costa, fueron todo lo que contempló de la América. El no hizo mas que imprimir en ella su primer paso y pasar una sola noche bajo la vela que le servia de tienda; pero este primer paso hubiera debido bastar para dar su nombre á aquel medio mundo.

### IX.

Volvió á salir del golfo de Paria, despues de trabajosas exploraciones de todos aquellos mares, logró ver de nuevo la ribera de la Española. Sus penas de alma y de cuerpo, su larga paciencia en España, la ingratitude de sus compatriotas, la frialdad de Fernando, el odio de sus ministros, las viglias durante las travesías, los achaques de la edad le habian quebrantado mas que las olas. Sus ojos secos por los insomnios y por la contemplacion de los mapas y del firmamento, estaban inflamados; sus miembros rígidos y doloridos por la gota rehusaban sostenerle.

Su alma era la única que estaba en su ser, y su genio, penetrando el porvenir, le trasportaba con el pensamiento por encima de sus padecimientos y mas allá del tiempo. Bartolomé Colon, su hermano, que habia continuado rigiendo la colonia en su ausencia, fué todavía su consuelo y su apoyo, y salió á recibir al almirante asi que los vigias anunciaron velas en la mar.

Bartolomé refirió á su hermano las vicisitudes de la Española durante su ausencia. Apenas habia acabado la exploracion y la pacificacion del pais, cuando los excesos de los españoles y las conspiraciones de sus propios tenientes derribaron la obra de su cordura y de su vigor. Un superintendente de la colonia, llamado Roldan, hombre popular y astuto, se habia hecho

un partido entre los marineros y los aventureros, hez de la España arrojada por la madre patria en la colonia.

Habiase acantonado con ellos en la ribera opuesta de Santo Domingo, y ligándose con los caciques de las tribus vecinas contra Bartolomé, construyendo ó tomando fuertes desde donde desafiaba la autoridad de su gefe legítimo. Los indios, testigos de las divisiones de sus tiranos, se habian aprovechado de ellas para sublevarse y rehusar el tributo. La anarquía desgarraba la nueva posesion, y solo el heroismo de Bartolomé era el que conservaba sus restos con sus fuertes manos. Ojeda habia fletado barcos por su propia cuenta en España, y despues de cruzar y desembarcar en la costa meridional de la isla se habia unido con Roldan.

Luego Roldan habia hecho traicion á Ojeda y habian vuelto de nuevo á someterse á la autoridad del gobernador. Durante aquellas revueltas de la colonia, un jóven español de notable belleza, don Fernando de Guevara, habia inspirado una violenta pasion á la hija de Anacoana, viuda del cacique llevado por Ojeda á España, y que habia muerto cautivo en la travesía. La misma Anacoana era jóven todavia, célebre entre las tribus de la isla por su incomparable belleza, por su genio natural y por su talento poético que hacia de ella la Sibila adorada de sus compatriotas.

A pesar de las desgracias de su marido, habia concebido una grande admiracion y una inclinacion invencible hácia los españoles. El pueblo numeroso que gobernaba con su hermano era el asilo de aquellos estrangeros, á los cuales prodigaba su hospitalidad, su oro y su proteccion. Sus súbditos, mas civilizados que las otras tribus indias, vivian en paz ricos y felices bajo sus leyes. Roldan, que gobernaba la parte de la isla sometida á la bella Anacoana, tuvo envidia de la permanencia y de la influencia de Fernando de Guevara en la córte de aquella princesa.

Prohibióle casarse con su hija y le mandó embarcarse. Retenido Fernando por su amor, rehusó obedecer y conspiró contra Roldan. Sorprendido y encadenado en la morada de Anacoana por los soldados de Roldan, fué conducido á Isabela para ser juzgado alli. Una expedicion que salió de la capital de la colonia á pretesto de recorrer la isla, fué acogida con amistosa solitud en la capital de Anacoana.

El gefe pérfido de aquella expedicion, abusando de la confianza y de la hospitalidad de aquella reina, habia hecho que convidara esta á treinta caciques del Mediodía de la isla á las fiestas que preparaba para los españoles. Los españoles, durante los bailes y festines á que asistian, habian concertado el incendio y la muerte contra su generosa protectora, su familia, sus huéspedes y su pueblo. Invitaron á Anacoana y á su hija, á los treinta caciques y al pueblo á que presenciarian las evoluciones de sus caballos y un combate simulado entre los guerreros de su escolta, y de repente se arrojan estos sobre el pueblo inerme reunido por curiosidad en la plaza, lo pasan á cuchillo y lo huellan con los pies de sus caballos.

En seguida, rodeando de soldados de infantería el palacio de Anacoana para impedir á esta reina y á sus amigos que saliesen, incendian el palacio donde aun se ostentaban los restos de los festejos y festines á que habian asistido, y con una crueldad igual á su ingratitude, contemplan á la hermosa y desgraciada Anacoana encerrada en su palacio, espirando abrasada é

invocando contra ellos desde las llamas la venganza de sus dioses.

Aquel crimen contra la hospitalidad, contra la inocencia, contra la soberanía, contra la belleza y el genio de que era símbolo entre los indios la célebre Anacoana, habia sembrado en la isla un horror y un trastorno que Colon no podia vencer á pesar de toda su virtud y de toda su política. Las llamas y la sangre del palacio de aquella reina cuya belleza les deslumbraba, y cuyas poesías nacionales les embriagaban de amor y de entusiasmo, se alzaron entre los opresores y los oprimidos. La isla se hizo un campo de matanza, un presidio y un cementerio para los infelices indios. Los españoles, tan fanáticos en su proselitismo como bárbaros en su codicia, preludiaron en la Española los crímenes que muy pronto debian despoblar á Méjico. Aquellas dos razas de hombres se ahogaron al abrazarse.

## X.

Mientras que Colon se esforzaba en separar y pacificar aquellas dos partes de la poblacion, el rey Fernando, informado por sus enemigos de las desgracias de la isla, las imputaba al mismo que las suavizaba. Habiendo pedido Colon á la córte que le enviase un magistrado de elevada categoria para que impusiese con sus fallos la autoridad real á sus compañeros indisciplinados, le enviaron á Bobadilla, hombre de costumbres puras, pero fanático, y de un orgullo indomable. La autoridad mal definida de que iba revestido por real decreto, le subordinaba y le elevaba á la vez sobre todo otro poder.

Al llegar á la Española y prevenido contra el almirante le intimó que compareciese como acusado á su presencia, y haciendo traer cadenas mandó á los soldados que las pusiesen á su general. Los soldados, acostumbrados al respeto y al amor de su gefe que se habia hecho mas venerable á sus ojos por su edad y por la gloria, vacilaron y permanecieron inmóviles como si se les hubiese mandado un sacrilegio. Pero Colon, tendiendo él mismo sus brazos á las cadenas que su rey le enviaba, se dejó aherrojar de pies y manos por uno de sus mismos servidores, verdugo voluntario, vil asalariado de su domesticidad, llamado Espinosa, cuyo nombre ha conservado Las Casas como un tipo de insolencia y de ingratitud.

Colon mandó él mismo á sus dos hermanos Bartolomé y Diego, que se hallaban aun al frente del cuerpo de ejército en el interior, que se sometiesen sin resistencia y sin murmurar á su juez. Encerrado Colon en el calabozo del fuerte de Isabela, sufrió alli por espacio de muchos meses mientras se instruía su causa, en la que todos sus rebeldes y todos sus enemigos le imputaron á porfia las mas negras y absurdas acusaciones. Convertido en objeto de la burla y del furor públicos, oia desde el fondo de su prision las chanzonetas feroces y las amenazas de sus perseguidores, que iban todas las noches á insultarle en su cautiverio.

A cada momento esperaba ver entrar á sus verdugos: sin embargo, Bobadilla no se atrevió á consumir el último crimen, y mandó que el almirante fuese expulsado de la colonia y enviado á España á la justicia y á merced del rey. Alonso de Villejo fué el encargado de su custodia durante su travesía. Era este un hombre de corazon, obediente por deber militar, indignado y misericordioso hasta en la obediencia. Al

verle Colon entrar en su calabozo creyó que habia llegado su última hora, á la que se habia preparado con la inocencia y la oracion. Sin embargo, la naturaleza se resintió en él.

—¿A dónde me conducís? dijo interrogando con la mirada y el acento al oficial.

—A los buques en donde vais á ser embarcado, monseñor, respondió Villejo.

—¿A embarcarme? repitió Colon, no atreviéndose á dar crédito á aquel mensaje que le devolvía la vida: ¿no me engaños, Villejo?

—No, monseñor, respondió el oficial: os juro por Dios que nada hay mas cierto.

Villejo sostuvo los pasos del almirante y le hizo subir en el buque cargado con el peso de sus cadenas, y perseguido por los insultos de un infame populacho.

Pero apenas se hicieron los barcos á la vela, Villejo y Andrés Martin, comandantes del que servía de calabozo flotante á su gefe, se acercaron con respeto á él, igualmente que toda la tripulacion, y quisieron quitarle sus cadenas. Colon, para quien esos hierros eran á la vez una señal de obediencia á Isabel y un signo de la iniquidad de los hombres y que atormentaban su cuerpo, pero de que se gloriaba su espíritu, les dió las gracias, rehusando obstinadamente que se los quitaran.

—No, dijo: mis soberanos me han escrito que me someta á Bobadilla, y en su nombre me han puesto estas cadenas. Las llevaré hasta que ellos mismos me las quiten, y las conservaré despues, añadió con una satisfaccion amarga de sus servicios y su inocencia, como un monumento de la recompensa concedida por los hombres á mis trabajos.

Su hijo refiere, igualmente que Las Casas, que Colon fué fiel á esta promesa, que siempre conservó sus cadenas colgadas á su vista en sus moradas, y que en su testamento mandó que fuesen sepultadas con él en su ataúd. Como si hubiese querido apelar á Dios de la injusticia y de la ingratitud de sus contemporáneos, y presentar al cielo las pruebas materiales de la iniquidad y de la crueldad de la tierra.

## XI.

Sin embargo, los ódios de los partidos no cruzan los mares. El despojo, el cautiverio y los hierros de Colon escitaron misericordia é indignacion en el pueblo de Cádiz. Cuando vieron á aquel anciano que poco antes habia dado un imperio á su patria, volver de aquel imperio como un vil criminal para espiar el servicio con el oprobio, se exaltaron los corazones contra Bobadilla. Isabel, que á la sazón se hallaba en Granada, derramó lágrimas al ver aquella indignidad, mandó que sus hierros fuesen réemplazados por ricos trages y sus guardas por una escolta de honor. Llamóle á Granada, se echó él á sus pies y sus sollozos de reconocimiento le ahogaron la voz. El rey y la reina no se dignaron siquiera examinar el proceso de tan alto acusado. El respeto de ellos le absolvía tanto como su virtud. Conservaron por algun tiempo al almirante en su córte y enviaron otro gobernador llamado Ovando, para que réemplazase á Bobadilla. Ovando tenia las virtudes que hacen íntegro al hombre, sin la grandeza de alma que le hacen generoso. Era uno de esos caracteres en que todo es estrecho, hasta el deber, y en que la honradez se asemeja á una parsimonia de la na-

turalza. Era el hombre menos á propósito para comprender y suplir á un grande hombre. Recibió de Isabel la órden de proteger á los indios y la prohibicion de venderlos como esclavos.

La parte de las rentas concedida á Colon por los tratados debia serle enviada á España, como asimismo los tesoros de que habia sido desposeido por Bobadilla. Una flota de treinta velas llevó al nuevo gobernador á la Española.

Colon, insensible á la vejez, y libre ya de las persecuciones, sufría con impaciencia el descanso y hasta los honores en su patria. Vasco de Gama acababa de descubrir la ruta de las Indias por el cabo de Buena-Esperanza, y el mundo entero estaba lleno de asombro y de admiracion por ese descubrimiento del navegante portugués.

Una noble emulacion trabajaba en el alma del navegante genovés. Convencido de la redondez del globo, creía llegar á las tierras del Este navegando en línea recta á Occidente: solicitó en la córte de España el mando de una cuarta expedicion, y se embarcó en Cádiz el 19 de mayo de 1502, por última vez. Acompañábanle su hermano Bartolomé Colon, y su hijo Fernando, que contaba catorce años de edad. Su flota se componía de cuatro barcos pequeños, propios para navegar en las costas, y entrar sin riesgos en las ensenadas y embocaduras de los rios que queria explorar. Sus tripulaciones no componian mas que ciento cincuenta hombres marinos. Aunque se acercaba ya á los setenta años, su vejez verde habia resistido por el vigor de su alma al peso de los años: ni sus enfermedades dolorosas ni la muerte le apartaban de su objeto. «El hombre, decía, es un instrumento que debe romperse trabajando en la mano de la Providencia, la cual se sirve de él para sus designios. En tanto que el cuerpo pueda, el espíritu debe querer.»

Habia él resuelto tocar de paso en la Española para dar una recorrida á los barcos. Tenia para ello autorizacion de la córte. Cruzó el Océano con un tiempo tempestuoso, y llegó con sus mástiles rotos, sus velas destrozadas, sus barcos sin agua y sin víveres á la vista de la Española. Sus nociones marítimas le presagiaban un huracan mas terrible que los que habia experimentado. Envió una chalupa pidiendo al gobernador Ovando el permiso de refugiarse en la rada de Isabela. Instruido por sus pronósticos del peligro que el mar iba á desencadenar sobre aquellas costas, avisaba Colon á Ovando en su carta que retrasase la partida de una flota numerosa dispuesta á salir de la Española para España, y cargada con los tesoros del Nuevo Mundo. Ovando negó cruelmente á Colon el asilo de un momento que imploraba en el puerto de la isla que él mismo habia descubierto.

Alejóse indignado y proscrito, y buscando lejos de la dominacion de Ovando un abrigo bajo los promontorios apartados de la isla, aguardó allí la tempestad que habia predicho á Ovando. Sumergió aquella flota entera del gobernador, los tesoros y la vida de un millar de españoles. Colon sintió hasta en la rada donde habia tomado asilo, lamentó las desgracias de sus compatriotas, y abandonó aquella tierra inhumana, volvió á ver la Jamaica y abordó á la tierra firme en la bahía de Honduras.

Sesenta dias de tempestad continua, el zarandeo de un cabo al otro, y del continente á las islas en las costas desconocidas de aquella América, de la que las tempestades parecían disputarle la conquista, le hicie-

ron perder uno de sus barcos y los cincuenta hombres que lo tripulaban en la embocadura de un rio que llamó la playa del *Desastre*.

Obstinándose el mar en cerrarle el camino de esas Indias, que creia siempre entrever, echó el áncora entre una isla deliciosa y el continente. Visitado por los indios, embarcó siete de ellos en sus naves para familiarizarse con su idioma y obtener indicios. Costeó con ellos una tierra en la que abundaba el oro y las perlas en manos de los indígenas, y á principios de 1504 subió el rio Veragua y envió á su hermano Bartolomé al frente de sesenta españoles á que visitase las aldeas de aquellas riberas en busca de minas de oro. Bartolomé no encontró mas que salvajes y bosques. El almirante abandonó aquel rio y penetró en otro cuyas riberas estaban pobladas de indios, que prodigaban el oro á sus tripulaciones, en cambio de las bagatelas mas vulgares de Europa. Creyó haber logrado el objeto de sus ensueños, y se hallaba en el colmo de sus reveses. Estalló la guerra entre aquel puñado de europeos y el pueblo numeroso de aquellas riberas. Bartolomé Colon derribó con su mano y se llevó cautivo al cacique mas poderoso y temible de los indios.

Una aldea que los compañeros de Colon construyeron en la costa para comerciar con el interior, fué tomada y quemada durante la noche por los indígenas, pereciendo bajo los escombros de sus cabañas ocho españoles atravesados por sus flechas. Bartolomé reunió á los mas valientes y rechazó á aquellas hordas á sus bosques; pero creció la animosidad por ambos lados con la sangre vertida, y las canoas de los indios asaltaron en tumulto la chalupa de la escuadra que trataba de internarse mas rio arriba. Todos los europeos de la tripulacion fueron inmolados. Durante aquella lucha encarnizada, Colon, retenido á bordo de sus naves por la debilidad de su cuerpo y por las enfermedades, guardaba al cacique y á los gefes indios prisioneros en su barco. Informados aquellos gefes de la devastacion de su territorio y del cautiverio de sus mugeres, intentaron evadirse levantando una noche oscura la escotilla que cerraba su calabozo flotante. Dispertada la tripulacion con el ruido, los encerró de nuevo en él. Al dia siguiente, cuando fueron á abrir la escotilla para llevarles el alimento, solo encontraron sus cadáveres. Habianse muerto unos á otros de desesperacion para sustraerse á la esclavitud.

## XII.

Separado muy pronto Colon de su hermano Bartolomé que se hallaba en tierra con los restos de la expedicion, no tuvo otro medio de comunicar con él á través de las rompientes, mas que el valor de uno de sus oficiales, salvando á nado los escollos para llevar y traer noticias cada vez mas siniestras. No podia ni alejarse de los suyos ni abandonarlos con sus desastres. La inquietud, la enfermedad, el hambre, la perspectiva de un naufragio sin asilo y sin testigos sobre una tierra tan deseada y funesta, combatian en su corazon su constancia heroica y su resignacion piadosa á las órdenes de Dios, del que se conideraba á la vez el enviado y la víctima. En sus vigiliias escribia asi el estado de su espíritu:

«Falto de fuerzas me habia adormecido, cuando una voz penetrada de dolor y de compasion me hizo oír estas palabras: ¡hombre insensato! ¡hombre tan tardo en creer y servir á tu Dios, el Dios del Univer-

so! ¿qué otra cosa hizo con David y Moisés sus servidores? Desde el instante de tu nacimiento tomé siempre por tí el mayor cuidado. Desde que fuiste hombre hizo resonar maravillosamente tu oscuro nombre en toda la tierra, te dió en posesion las Indias, esa parte favorecida de su creacion, y te hizo hallar las barreras del Océano, cerradas hasta aqui por cadenas tan fuertes.... Vuélvete á él y bendice su misericordia contigo: si te queda todavía alguna gran empresa que llevar á cabo, tu edad no será un obstáculo á sus designios. ¿No tenia Abraham mas de cien años cuando engendró á Isaac? ¿y era jóven Sara...? ¿Quién ha causado tus aflicciones de hoy, es Dios ó el mundo? Las promesas que te ha hecho no las ha infringido nunca: nunca ha dicho, despues de recibir tus servicios, que tú le hubieres comprendido mal. El hace todo lo que debe y aun mas todavía: lo que hoy sufres es el salario de los trabajos y peligros que has sufrido sirviendo á otros amos. No temas, pues, nada, y ten confianza en la desesperacion misma: todas esas tribulaciones están escritas en el mármol y no sin razon; es preciso que se cumplan. Y la voz que me habló me dejó lleno de consuelo y de fortaleza.»

## XIII.

Al fin la estacion apaciguó el mar, y los dos hermanos por tanto tiempo separados volvieron á reunirse en las naves y llegaron lentamente á la Española. Una de las tres carabelas zozobró de fatiga al acercarse á la costa, y no le quedaron mas que tres barcos viejos para colocar en ellos todas sus tripulaciones. Abatidos sus compañeros, sin víveres y sin fuerzas, perdidas sus áncoras, sus naves haciendo agua, roidas de gusanos y llenas, dice, «de tantos agujeros como un panal de miel;» con los vientos y el mar implacables que le empujaban de la Española á la Jamaica, prontos ya á sumergirse sus barcos, apenas le dieron tiempo para encallarlos en la arena en una bahía desconocida, atarlos juntos con cables y tablas formando un solo monton, levantar sobre aquellos dos puentes reunidos tiendas para sus tripulaciones, y aguardar en aquella terrible situacion de un naufragio el socorro de la Providencia.

Atraidos los indios por el espectáculo de aquel naufragio y de aquel fuerte construido por extranjeros en su playa, cambiaron con los españoles víveres por objetos sin valor, cuya novedad formaba el precio á sus ojos. Sin embargo, los meses corrian, las provisiones se agotaban, los terrores del porvenir y los murmullos sediciosos de las tripulaciones infundian una ansiedad pensativa en el ánimo del almirante. La única esperanza que le quedaba era un aviso de su desastre al gobernador de la Española, Ovando. Pero la Española se hallaba separada de la Jamaica por cincuenta leguas de mar. Una canoa de salvajes era la única embarcacion que podia utilizar: y ¿qué hombre querria arriesgarse por sus hermanos hasta el punto de jugar su vida contra un elemento tan vasto y terrible, sobre un tronco de árbol socavado, sin otros aparejos que un remo? Diego Mendez, jóven oficial de la escuadra de Colon, que ya en otras circunstancias extremas habia mostrado el olvido de sí mismo, que hace los héroes y los milagros, se presentó una noche á la imaginacion del almirante.

Hizole llamar reservadamente al lado de su cama, donde la gota le tenia postrado, y le dijo:

—Hijo mío, de todos los que estamos aquí, vos y yo somos los únicos que comprendemos los peligros en que no hay mas perspectiva que la muerte: solo nos queda por tentar un medio; es preciso que se esponga uno solo á perecer por todos ó nos salve á todos. ¿Queréis ser ese uno?

Mendez respondió:

—Monseñor, muchas veces me he espuesto por mis hermanos; pero algunos de ellos murmuran y dicen que vuestro favor me elige siempre que hay alguna accion brillante que llevar á cabo. Proponed, pues, mañana á toda la tripulacion la comision que me ofrecéis, y si ninguno acepta, os obedeceré.

El almirante hizo al dia siguiente lo que Mendez habia pedido. Interrogada toda la tripulacion, proclamó la imposibilidad de una travesia tan grande sobre un pedazo de madera, juguete del viento y de las olas. Entonces se adelantó Mendez, y dijo modestamente:

—No tengo mas que una vida que perder; pero estoy pronto á esponerla por vuestro servicio y por la salvacion de todos: me entrego á la proteccion de Dios. Mendez partió, y se perdió en las brumas y en las espumas del horizonte, á los ojos de los españoles, cuya vida llevaba con la suya.

#### XIV.

Sin embargo, el aguardar sin esperanza, el aislamiento absoluto del mundo conocido y el exceso de la desgracia agriaron contra el almirante á sus compañeros, los cuales le imputaron su perdicion. Dos de sus oficiales favoritos, Diego y Francisco de Porras, á quienes habia tratado como á hijos y revestido de los principales mandos en la escuadra, fueron los primeros á levantar contra él la queja, el insulto y muy luego la sedicion. Aprovechándose de una crisis que postraba á su bienhechor en su lecho, y llevándose consigo á la mitad de los marineros y soldados, se apoderaron de una parte de los viveres y de las armas, amotinaron á sus cómplices á los gritos de ¡Castilla! ¡Castilla! y llenaron de maldiciones y de ultrajes al almirante. Colon, á quien la enfermedad habia desarmado y que no podia hacer mas que levantar las manos al cielo, les suplicó en vano que volviesen á su deber. Despreciaron sus lágrimas como sus órdenes y le echaron en cara su vejez, sus cabellos blancos, sus padecimientos corporales, levantando el hierro sobre su cabeza. Bartolomé Colon se armó de su lanza, se interpuso entre ellos y el almirante, á quien sostenian varios servidores en sus brazos, y auxiliado por la porcion fiel de la tripulacion, salvó los dias y la autoridad de su hermano sobre las naves. Los dos Porras y cincuenta cómplices suyos abandonaron los barcos, devastaron la comarca, sublevaron á los indígenas por sus crímenes, intentaron en vano construir barcos para dirigirse á la Española, perecieron parte en la tentativa, volvieron á atacar á Colon y á sus compatriotas en las naves, fueron vencidos por el brazo intrépido de Bartolomé, que mató á su gefe Francisco Porras, y se sometieron al fin á su deber, suplicando á Colon que perdonase su ingratitude y su rebelion.

Entretanto el mensajero de Colon en su débil tronco habia sido dirigido por la Providencia sobre aquel desierto de agua, y habia chocado como un resto de un naufragio lejano contra los escollos de la Española. Conducido á través de la isla por los indígenas,

habia llegado despues de fatigas y peligros sin cuento á presencia del gobernador Ovando. Entrególe el mensaje del almirante, y aumentó con su narracion el interés y la piedad que la situacion desesperada de Colon y sus compañeros debian inspirar á compatriotas. Pero fuese incredulidad, fuese lentitud, fuese una secreta esperanza de arruinar á un rival demasiado grande para no ser acreedor al reconocimiento, los españoles de la Española dejaron correr dias y meses bajo diversos pretextos. Luego enviaron, como á pesar suyo, una ligera nave mandada por Escobar solo para reconocer la situacion de los barcos naufragos sin abordar la costa ni hablar á las tripulaciones. Aquella nave apareció y desapareció una noche á gran distancia á las miradas de Colon y sus marineros con tanto misterio, que su supersticion la tomó por la sombra de una embarcacion que venia á tentar su credulidad ó á profetizar su muerte.

Al fin Ovando se decidió á enviar barcos al almirante para sustraerle á la sedicion, al hambre y á la muerte. Despues de un naufragio de diez y seis meses. el almirante, abrumado de años, de achaques y de desgracias, volvió á ver por algunos dias la isla de la que habia hecho un imperio, y de la que le proscibian la ingratitude y la envidia. Pasó allí algunos meses, bien acogido en apariencia, en casa del gobernador; pero escluido de toda influencia en el gobierno, viéndose á sus enemigos favorecidos, á sus amigos espulsados ó perseguidos á causa de su fidelidad, y lamentando la ruina y la esclavitud de aque la tierra, que habia él descubierto como el jardin del mundo, y que volvia á ver como la tumba de sus queridos indios. Confiscados sus bienes, dilapidadas sus rentas, des pobladas sus tierras ó incultas, le entregaban á la vez á la vejez, á la enfermedad, á la indigencia. Arrojado, por último, con su hermano, su hijo y algunos servidores en un barco que volvia á Europa, le arrastró un mar implacable de borrasca en borrasca á San Lucar, donde desembarcó el 7 de noviembre y desde donde le trasportaron á Sevilla con las fuerzas agotadas y el cuerpo débil, pero con el ánimo invencible, é inmortal en voluntad y esperanza.

#### XV.

El poseedor de tantas islas y continentes no tenia un techo para proteger su cabeza.

«Si quiero comer ó dormir, escribe desde Sevilla á su hijo, tengo que llamar á la puerta de una posada, y muchas veces no tengo con qué pagar mi cena y mi cama.»

Sus desgracias y su indigencia le eran menos intolerables que la miseria de sus compañeros y servidores, á quienes habia unido con tantas esperanzas á su suerte, y que le echaban en cara su decepcion y su miseria. Escribió al rey y á la reina en favor suyo; pero el ingrato Porras, aquel rebelde vencido que debia la vida á su magnanimidad, se le habia adelantado en la córte y estraviaba contra su bienhechor el ánimo de Fernando.

«He servido á VV. MM., escribia al rey y á la reina, con tanto celo y constancia como pudiera haberlo hecho para merecer el paraíso, y si algo me ha quedado por hacer, es porque mi ánimo ó mis fuerzas no alcanzaban mas allá.»

Contaba, y con razon, con la justicia y el favor de su protectora la reina Isabel; pero este apoyo de su

causa iba á faltarle tambien: el infortunio doméstico habia alcanzado tambien á ella, y vivia inconsolable de la muerte de su hija querida. Próxima á espirar, escribió en su testamento este testimonio de su humildad en el puesto supremo, y de la constancia de su ternura hácia el esposo á quien queria permanecer unida hasta en la muerte:

«Que mi cuerpo sea sepultado en la Alhambra de Granada en un sepulcro á nivel de la tierra y que pisen todos; que una simple piedra contenga mi nombre. Pero si el rey mi señor elige para sí una sepultura en algun otro templo ó en alguna otra parte de nuestros reinos, deseo que mi cuerpo sea exhumado, trasportado y sepultado al lado del suyo, á fin de que la union de nuestros cuerpos en el sepulcro atestigüe y signifique la union de nuestros corazones durante nuestra vida, y como espero por la misericordia de Dios la union de nuestras almas en el cielo.»

«¡Oh hijo mio! escribió Colon á Diego al saber la muerte de su bienhechora: que esto te sirva de leccion para lo que tienes que hacer ahora. La primera cosa es recomendar piadosa y afectuosamente á Dios el alma de la reina nuestra soberana. Ella fué tan buena y tan santa, que podemos estar seguros de su gloria eterna y de su proteccion en el seno de Dios contra los cuidados y tribulaciones de este mundo. La segunda cosa que te recomiendo es que veles y trabajes con todas tus fuerzas por el servicio del rey; es el gefe de la cristiandad. Acuérdate al pensar en él, de que cuando la cabeza sufre, todos los miembros padecen. Todo el mundo debe orar por el consuelo y la conservacion de sus dias, pero nosotros especialmente que somos sus servidores.»

Tales eran los sentimientos de reconocimiento y de fidelidad de Colon en el colmo de sus desgracias. Pero la muerte de Isabel no solo arrastraba consigo su fortuna, sino tambien su vida. Retenido en Sevilla por la pobreza de su equipage y por los achaques crecientes de sus miembros, no tenia mas consoladores que á su hermano Bartolomé y á su segundo hijo Fernando.

Este hijo, de edad de diez y seis años, anunciaba todas las cualidades graves del hombre maduro, con todas las gracias del adolescente: «Amale como á un hermano, escribe Colon á su hijo amado Diego, á la sazón en la córte, no tienes otros. Diez hermanos no serian demasiado para tí. Nunca he tenido mejores amigos que mis hermanos.» Rogó á Bartolomé que condujese á aquel jóven á la córte, y le recomendase á su hijo legítimo Diego. Bartolomé partió con Fernando para Segovia, residencia entonces de la córte. En vano solicitó la atencion y la justicia para Colon.

Luego que la primavera templó la atmósfera, Colon, acompañado de su hermano y de sus hijos, se encamino él mismo hácia Segovia. Su presencia pareció allí importuna al rey, pues su indigencia era una reconvencion á la córte. El juicio de su conducta y la restitution de sus bienes y privilegios fueron entregados á consejos de conciencia, que sin atreverse á negar sus derechos, gastaron su paciencia en dilaciones. Al mismo tiempo gastaban su vida. Sus inquietudes de ánimo, la prevision de la desnudez en que dejaria á sus hermanos y á sus hijos agriaban sus padecimientos corporales.

«V. M. escribia al rey desde el lecho del dolor, no juzga á propósito ejecutar las promesas que he recibido de él y de esa reina que está ahora en la gloria. Luchar contra vuestra voluntad seria luchar contra el

viento. He hecho lo que debia hacer; que Dios que me ha sido propicio siempre haga el resto segun su justicia divina.»

Conocia que lo que iba á faltarle era la vida, no la constancia. Su hermano Bartolomé y su hijo Diego se habian ausentado por su orden para ir á implorar á la reina Juana, hija de Isabel, que volvía de Flandes á Castilla. El dolor físico, la angustia moral, el sentimiento de la abreviacion de sus dias demasiado cortos ya para que pudiera esperar justicia antes de su fin; los triunfos de sus enemigos en la córte, la burla de los cortesanos, la frialdad del príncipe, los presentimientos de la última hora, el aislamiento en que le tenia la ausencia de su hermano y de su hijo en una ciudad olvidadiza ó ingrata, los recuerdos de una vida, cuya mitad habia pasado en aguardar la hora de un gran destino, y la otra mitad en deplorar la inutilidad del genio: sin duda tambien la compasion á esa raza inocente y feliz de indios que habia encontrado libres y niños en su jardin de delicias, y dejaba esclavos, despojados y profanados en las manos de sus opresores, sus hermanos sin apoyo, sus hijos sin herencia; la duda sobre la suerte de su memoria entre los hombres futuros, esa agonía del genio desconocido, todas estas tribulaciones de sus miembros, de su ánimo, de su cuerpo, de su alma, de lo pasado, de lo presente, del porvenir pesaron á la vez sobre el anciano, abandonado en su cuarto de Segovia durante la ausencia de sus hermanos y de sus hijos. Pidió á uno de sus criados, anciano y antiguo compañero de sus expediciones, de su gloria y de sus miserias, que le trajese á su lecho un pequeño breviario, regalo del papa Alejandro VI en aquellos tiempos en que los soberanos le trataban como soberano. Escribió con su mano debilitada su testamento sobre una página de este libro, al cual atribuía una virtud de consagracion divina.

¡Estraño espectáculo para su pobre servidor. Aquel anciano, abandonado del universo y recostado en un lecho indigente en una casa de huéspedes de Segovia, distribuía en su testamento mares, hemisferios, islas, continentes, naciones é imperios! Instituyó por heredero principal á su hijo legítimo Diego.

«Ruego á mis soberanos y á sus sucesores, decia, que mantengan mi voluntad en la distribucion de mis derechos, de mis bienes y de mis empleos, siquiera porque habiendo nacido en Génova, he venido á servirles en Castilla, y les he descubierto la tierra firme, las islas y las Indias.

»Mi hijo poseerá mi cargo de almirante de la parte del Océano que se halla al Este, tirando una línea de polo á polo.»

Pasando de esto al empleo de las rentas que le estaban aseguradas por su tratado con Isabel y Fernando, el anciano distribuía con liberalidad y cordura los millones que correspondian á su familia entre sus hijos y Bartolomé su hermano. Señalaba una cuarta parte á este hermano, y dos millones anuales á Fernando.

Se acordaba de la madre de este hijo, doña Beatriz Enriquez, con quien nunca se casó, y cuyo abandono durante sus peregrinaciones marítimas era un peso para su conciencia. Encargó á su heredero diese una opulenta pension á esta compañera de sus dias amargos cuando luchaba en Toledo contra los rigores de su suerte. Hasta se acusó de ingrato hácia el objeto de su segundo amor, pues añade al legado estas frases, escritas por su mano moribunda:

«Y cúmplase esto para alivio de mi conciencia,

porque este nombre y esta memoria son un peso enorme para mi alma.»

Dirigiendo sus ojos despues hácia esa primera patria que ninguna otra puede borrar completamente en el corazon del hombre, tuvo un recuerdo para esa ciudad de Génova, donde el tiempo habia hecho desaparecer toda su familia paterna; pero donde le quedaban algunos lejanos parientes, como esas raices que quedan en la tierra despues de cortado el tronco:

«Mando á mi hijo Diego que sostenga siempre en Génova á un miembro de nuestra familia, que residirá en ella con su muger, asegurándole una existencia honrosa y como conviene á una persona que nos pertenece. Quiero que este pariente conserve la residencia y nacionalidad de Génova, porque alli he nacido y de alli he partido.

»Que mi hijo, añade con ese sentimiento caballeresco hácia el soberano, que era la religion de su tiempo, sirva al rey, á la reina y á sus sucesores hasta la pérdida de sus bienes y de su vida, pues despues de Dios ellos son los que me han suministrado los medios de efectuar mis descubrimientos.

»Es verdad, continuó con involuntario acento de amargura, semejante á una queja mal ahogada en su memoria, que he venido á ofrecérselas desde lejos, y que ha trascurrido mucho tiempo antes que se haya querido creer en el presente que traía á SS. MM.; pero esto era natural, porque era un misterio para todo el mundo, y que solo podia inspirar incredulidad. Por esto debo compartir la gloria con los soberanos que los primeros se fiaron de mí.»

#### XVI.

Colon dirigió en seguida todos sus pensamientos hácia ese Dios, á quien habia considerado siempre como su único y verdadero soberano; cual si hubiese dependido directamente de esa providencia, cuyo instrumento y ministro era. La resignacion y el entusiasmo, esos dos resortes de su vida, no le faltaron en su muerte. Se humilló bajo la mano de la naturaleza y se elevó bajo la mano de Dios, mano que habia dividido siempre al través de sus triunfos y de sus reveses, y que sentia mas cercana en los momentos de abandonar la tierra. Se abismó en el arrepentimiento de sus faltas y en la esperanza de su doble inmortalidad.

Poeta de corazon, como se ha visto en sus discursos y en sus escritos, tomó en la poesía sagrada de los salmos las últimas aspiraciones de su alma y las últimas palabras de su boca. Pronunció en latin el adios supremo á este mundo, y con alta voz encomendó su alma al creador. Servidor satisfecho de su obra, y despedido del mundo visible, que habia ensanchado, para ir al mundo invisible á apoderarse del espacio inconmensurable de los universos infinitos.

#### XVII.

La envidia y la ingratitud de su siglo y de su soberano se desvanecieron con el último suspiro del grande hombre, que habia llegado á ser su víctima. Los contemporáneos parece como que tienen prisa de espíar, respecto á los muertos, las persecuciones que han causado á los vivos. Hiciéronle á Colon funerales régios. Su cuerpo, y mas tarde el de su hijo, despues de haber habitado muchos monumentos fúnebres en diversas catedrales de España, fueron trasportados y

sepultados conforme á su deseo en la Española, como el conquistador en su conquista. Hoy descansan en Cuba. Pero por un juicio incomprensible de Dios, ó por una consecuencia ingrata por parte de los hombres de todas las tierras de América, que se disputaran el honor de guardar sus cenizas, ninguna guardó su nombre.

#### XVIII.

Todos los caracteres del hombre verdaderamente grande se encuentran reunidos en este hombre. Genio, trabajo, paciencia, oscuridad de la suerte vencida por la fuerza de la naturaleza, obstinacion dulce pero infatigable hasta lograr el fin, resignacion celeste, lucha contra las cosas, larga premeditacion del pensamiento en la soledad, ejecucion heroica del pensamiento en la accion, intrepidez y sangre fria contra los elementos en las tempestades y contra la muerte en las sediciones, confianza en la estrella, no del hombre, sino de la humanidad, vida arriesgada sin pensar en lo que deja atrás al arrojarse en ese Océano desconocido y lleno de fantasmas, Rubicon de mil quinientas leguas, algo mas irremediable que el de César. Estudio infatigable, conocimientos tan vastos como el horizonte de su tiempo, manejo hábil, pero honroso de los corazones para seducirlos á la verdad, nobleza y dignidad en las formas exteriores que revelaban la grandeza del alma y que encadenaban los ojos y los corazones, lenguaje proporcionado á la magnitud y á la altura de sus pensamientos; elocuencia que convenia á los reyes y que aplacaba las sediciones de sus tripulaciones, poesia de estilo que igualaba sus relaciones á las maravillas de sus descubrimientos y á las imágenes de la naturaleza; amor inmenso, ardiente y activo á la humanidad hasta en esas latitudes lejanas que acaban hasta con la memoria, sabiduria de un legislador y dulzura de un filósofo en el gobierno de sus colonias, piedad paternal para con los indios, hijos de la raza humana, á quienes queria dar la tutela del mundo antiguo, pero no la servidumbre de sus opresores; olvido de las injurias, magnanimidad en perdonar á sus enemigos, piedad, en fin, esa virtud que contiene y divinizaba todas las demas, cuando ella es lo que era en el alma de Colon; presencia constante de Dios ante su espíritu, justicia en la conciencia, misericordia en el corazon, alegría y gratitud en los triunfos, resignacion en los reveses, adoracion por do quiera y siempre.

Tal fué este hombre. Nada conocemos mas acabado: contenia á muchos en uno solo. Era digno de personificar el mundo antiguo cerca de ese mundo desconocido, al que iba á abordar el primero, y de llevar á aquellos hombres de otra raza las virtudes del viejo continente sin uno solo de sus vicios. Ninguno por lo grande de su influencia mereció mejor el nombre de civilizador.

Su influjo en la civilizacion fué inconmensurable. El completó el universo, acabó la unidad física del globo. Era adelantar mas que cuanto antes de él se hiciera la obra de Dios: la unidad moral del género humano. Esta obra, á la cual concurrió Colon, era demasiado grande en efecto para estar dignamente recompensada con la imposicion de su nombre al cuarto continente de la tierra. La América no lleva su nombre; pero el género humano reunido por él, lo llevará á todo el globo.

FIN.



CICERON.

Año 107 antes de Jesucristo.—647 de la fundacion de Roma.

I.

Ciceron... no es nombre de un orador, es el nombre de la elocuencia. La elocuencia, tal como nosotros la comprende-

mos y tal como Ciceron la comprendia, no es solamente el arte de hablar á los hombres en una plaza pública, es el don de sentir mucho, de pensar bien, de saberlo todo, de imaginar con esplendor, de expresar con poder y de comunicar por la palabra escrita ó hablada á los demas hombres la idea, el sentimiento, la conviccion, la verdad, la admiracion de lo

bello, el gusto por la honestidad, el entusiasmo por la virtud, el afecto al deber, el heroísmo de la patria, la fé en la inmortalidad, que hacen al alma honrada, al corazón sensible, al entendimiento justo, á la razón sana, á la ciencia popular, á la imaginación artista, al patriotismo ardiente, al valor viril, á la libertad querida, á la filosofía piadosa, á la religión conforme á la idea más alta de la Divinidad, en una palabra, que hacen al individuo bueno, al pueblo grande y á la humanidad santa.

He aquí lo que nosotros entendemos por el ideal de la elocuencia. Supone para nosotros la posesión y el ejercicio de todas las facultades intelectuales y morales del hombre, reasumidas en la palabra: el poder del verbo humano.

## II.

Ningun hombre acaso reúne como Cicerón todas estas cualidades. Poeta, filósofo, ciudadano, magistrado, cónsul, administrador de provincias, moderador de la república, ídolo y víctima del pueblo, teólogo, juriscónsul, orador supremo, hombre honrado, sobre todo, tuvo además la rara felicidad de emplear todos estos diferentes ejercicios, ora en la mejora, en la tranquila posesión de las delicias de su alma en la soledad, ora en el perfeccionamiento de las artes de la palabra, por el estudio, ya en los negocios públicos de su patria, que entonces eran los negocios del universo, aplicando así sus dones, sus talentos, su valor y sus virtudes al bien de su país, de la humanidad, y al culto de la Divinidad, á medida que se perfeccionaba.

## III.

No se pueden reprochar á Cicerón más que dos faltas: la vanagloria en la contemplación de sí mismo ó las debilidades reales, ó más bien indecisiones culpables al fin de su vida hacia los tiranos de su patria. Pero estas dos faltas, si se estudia bien su historia, no son faltas hijas de su carácter, sino faltas de su época.

La vanagloria era la virtud de los grandes hombres, en aquellos tiempos en que la religión más magnánima no había enseñado todavía á los hombres la abnegación, la modestia, la humildad, que nos emancipan de las glorias terrenales, y que la refieren á la satisfacción muda de la conciencia ó á la sola aprobación de Dios.

Y en cuanto á las composiciones con los acontecimientos y con las tiranías de que se reprocha á Cicerón, es preciso recordar el estado de la república romana, la corrupción de las costumbres, la cobardía del pueblo, la enervación de los caracteres de su tiempo, para ser justos hacia este grande hombre.

En ninguna época de su carrera civil se ha manifestado débil en presencia de su deber. Si era débil delante del César no era débil delante de la muerte; pero para apoyar la elevación de esta fuerza de alma que se le pide, y para sostener solo la república contra César, le era necesario un punto de apoyo en la república. Ya no le tenía; no fué la elevación de alma lo que le faltó á Cicerón, fué el punto de apoyo. Podemos reconvenir al tiempo, pero nunca acusar al ciudadano.

## IV.

Ninguna forma de gobierno fué tan á propósito como la república romana para formar estos hombres completos, como los que acabamos de definir en el más grande orador de Roma. No se habían inventado todavía aquellas divisiones de facultades y aquellas especialidades de profesiones que descomponen un hombre entero en fracciones de hombre. No se decía: «Este es un ciudadano civil, aquel es un ciudadano militar, este es poeta, aquel es orador, este es un abogado, aquel es un cónsul; se era todo á la vez si la naturaleza y la vocación daban todas estas facultades. No se mutilaba arbitrariamente la naturaleza, como desgraciadamente lo hacemos hoy con detrimento de la grandeza de la patria y de la especie humana. No se imponía á Dios un *maximum* de facultades que se prohibía sobrepasar cuando creaba una inteligencia más universal ó un alma más grande que las otras. César litigaba, hacía versos, escribía el *Anti-Caton* y conquistaba las Galias. Cicerón escribía poemas, hacía tratados de retórica, defendía las causas en los tribunales, arengaba á los ciudadanos en la tribuna, discutía el gobierno en el senado, percibía los tributos en Sicilia, mandaba los ejércitos en Siria, filosofaba con los hombres de estudio, y tenía escuela de literatura en Tusculo. No era la perfección, era el genio quien formaba al hombre, y el hombre era entonces tanto más hombre, cuanto era más universal: de aquí la grandeza de aquellos hombres múltiples de la antigüedad. Nosotros admitimos ya que un filósofo sea un político, un magistrado un héroe, un orador un soldado, un poeta un sabio ó un ciudadano. El mundo moderno será más fuerte y más bello y más conforme al plan de Dios, que no ha hecho al hombre un fragmento, sino un conjunto.

## V.

Cicerón, tal como nosotros le encontramos en los retratos y en las cartas de sus contemporáneos y en las suyas, era de elevada estatura, como es necesario á un orador que habla delante del pueblo y que tiene precisión de dominar con la cabeza á los que debe dominar con la imaginación. Sus facciones eran severas, nobles, puras, elegantes, alumbradas por la inteligencia interior, que las había, por decirlo así, formado á imagen suya. La frente elevada y diáfana, como una mesa de mármol, destinada á recibir y á borrar las mil impresiones que experimentaba; la nariz aguilena, la mirada recogida, firme y asegurada sin provocación cuando la derramaba sobre la multitud, la boca fina, la voz sonora, que pasaba fácilmente de la melancolía de las grandes preocupaciones á la gracia de la sonrisa; algo pálido, delgado por el frecuente estudio y por la fatiga de la tribuna y las arengas. Su actitud tenía la calma del filósofo más bien que la agitación del tribuno. No era una pasión, era un pensamiento que se posaba y se dibujaba en él á los ojos del pueblo. Se veía que aspiraba á iluminar y no á estraviar á la multitud. Toda la autoridad de la virtud pública, toda la magestad del pueblo romano se elevaban con él cuando se levantaba para tomar la palabra. Un numeroso y grave cortejo de griegos, libertos, clientes y ciudadanos romanos, salvados por sus talentos, le acompañaban cuando atravesaba la plaza

para subir á los *rostres*. Llevaba en la mano un rollo de papiro y un estilo de plomo para anotar sus exordios, sus demostraciones, sus peroraciones, partes preparadas ó inspiradas de sus discursos. Su trage, cuidadosamente conforme á la manera antigua, no tenia nada de la negligencia del cínico ó de la indolencia del epicúreo. Se vestia, no se adornaba con su toga de pliegues perpendiculares ceñidos al cuerpo. No queria que los colores, atrayendo los ojos, prestasen distracciones á los oídos. Su aspecto enfermizo, especialmente en su juventud, interesaba á aquella languidez del cuerpo, domado por la imaginacion. Revelaba sus insomnios y sus meditaciones. Excepto su voz, grave y formada por el ejercicio, toda su apariencia exterior era la de una pura inteligencia, que no habia sacado de la materia mas que la forma estrictamente necesaria para hacerse visible á la humanidad.

Pero el pueblo romano, como el pueblo griego, acostumbrado por la frecuencia de asistir al foro á juzgar á sus oradores como artistas, apreciaba en César, en Hortensio, aquella estenuacion del cuerpo que atestiguaba el estudio, la pasion, las vigiliass, y la conuncion del alma. La delgadez y la palidez de Ciceron eran una parte de su prestigio y de su magestad.

## VI.

Nació en una pequeña ciudad municipal de las cercanías de Roma, llamada *Arpino*, patria de Mario. Su madre, *Helvia*, muger superior por su valor y virtud, como todas las madres donde se forman los grandes hombres, le dió á luz sin dolor. Un genio apareció á su nodriza, dice el rumor antiguo, y le predijo que iba á alimentar en aquel niño la salvacion de Roma; lo cual significa, que la fisonomía y la mirada de este niño engendraban en el corazon de su madre y de su nodriza, no se sabe qué presentimientos de grandeza y de virtud innatas. *Helvia* era de una sangre ilustre. Su familia paterna cultivaba oscuramente sus módicos dominios en las cercanías de *Arpino*, sin buscar los empleos públicos y sin venir á Roma, contenta con una fortuna limitada y con la consideracion local de su provincia. A pesar de la novedad de su nombre, que Ciceron hizo brillar primero que nadie en Roma, esta familia descendia, dicen, por filiacion de los antiguos reyes del *Lacio*. El abuelo y los tios de Ciceron se habian distinguido ya por su aptitud en los negocios, y por algunos síntomas inesperados de elocuencia en las diputaciones enviadas por su villa á Roma para sostener allí graves intereses. Es muy raro que el genio esté aislado en una familia, porque muestra casi siempre gérmenes antes de producir el fruto consumado. Remontándonos á algunas generaciones en una raza, se reconocen síntomas precursores al grande hombre que la naturaleza parece preparar gradualmente. Esto sucedió tambien á la familia poética del *Tasso*, cuyo padre era ya un poeta de segunda inspiracion; así sucedió en la familia de Mirabeau, cuyo padre, y especialmente los tios, eran oradores naturales, aunque mas cándidos que el sobrino; lo mismo, en fin, sucedió á Ciceron y otros muchos. La naturaleza elabora mucho tiempo y sordamente sus obras maestras en la humanidad. El hombre es un ser sucesivo, que traza y acaso contiene en una sola alma las virtudes de las almas de cien generaciones.

## VII.

Estas disposiciones, y este gusto oratorio y literario de la familia de Ciceron, y la ternura que se cambia en ambicion para su hijo en el corazon de una noble madre, hicieron educar en las letras griegas y romanas al niño que prometia tan temprano tanta gloria para su casa. La literatura griega era entonces para los jóvenes comunes lo que la literatura latina ha sido despues para nosotros: la tradicion del espíritu humano, el modelo de la lengua, el gran antecesor de nuestras ideas. La rápida y universal inteligencia del niño verificó una esplosion, mas bien que hizo progresos en las primeras lecciones que recibió al salir de la cuna bajo la inspeccion de su madre. Su vocacion por las cosas intelectuales fué tan pronta, tan maravillosa y tan unánimemente reconocida en su derredor en las escuelas de *Arpino*, que gustó la gloria, cuya embriaguez debia saborear casi gastando la vida. Sus compañeros de escuela, le proclamaron espontáneamente *rey de los escolares*, y referian á sus padres al hablar de sus lecciones, los prodigios de comprension y de memoria del hijo de *Helvia*, y le hacian compañía hasta llegar á la puerta de su casa como un tutor ó ayo de la infancia. Cuando la superioridad es demasiada entre los niños y entre los hombres, no suscita ya la envidia; se la sufre y se la aclama como un fenómeno, y los fenómenos están aislados y no humillan á la envidia y la admiracion. Tal era el sentimiento que inspiraba el joven Ciceron á los hijos de *Arpino*. ¿Qué no inspiraria tan noble y tan honroso personaje mas tarde á *Clodio*, á *Octavio* y á *Antonio*?

## VIII.

La poesía, esta flor del alma fué la primera que le embriagó: la poesía es el sueño de la mañana de las grandes vidas; contiene en sombras todas las realidades futuras de la existencia; remueve las fantasmas de todas las cosas entes de remover las cosas mismas; es el preludio de los pensamientos y el presentimiento de la accion. Las ricas naturalezas, como *César*, *Ciceron*, *Bruto*, *Solon*, *Platon*, comienzan por la imaginacion y la poesía; es el lujo de las savias superabundantes en los héroes, los hombres de estado, los oradores y los filósofos. ¡Desgraciado del que no ha sido poeta una vez en su vida!

## IX.

Ciceron lo fué desde muy temprano, largo tiempo y siempre. No fué tan soberano orador, sino porque fué poeta. La poesía es el arsenal del orador. Abrid á Demóstenes, á Ciceron, á Chatham, á Mirabeau, á Vergniaud; por todas partes donde estos oradores se muestran sublimes, aparecen poetas. Lo que se retiene para siempre de su elocuencia, son imágenes, pasiones dignas de ser cantadas y perpetuadas por los versos.

Al salir de la adolescencia, Ciceron publicó muchos poemas, que le colocaron, dicen las historias, entre los poemas famosos de su tiempo. Plutarco afirma que su poesía iguala á su elocuencia.

Estudió al mismo tiempo la filosofía bajo la direccion de los maestros griegos de esta ciencia que las contiene todas. Seguia sobre todo las lecciones de Fi-

lon, sectario de Platon. De este modo abria su alma por todos los poros á la ciencia, á la sabiduría, á la inspiracion y á la elocuencia. Recogiendo todo lo que habia sido pensado, cantado ó dicho de mas bello antes de él sobre la tierra, para formarse él mismo en su alma un tesoro de verdades, de ejemplos, de imágenes, de elocucion, de belleza moral y cívica, se proponia aumentar y aceptar despues este tesoro durante su vida, para la gloria de su patria y para su propia gloria, inmortalidad terrestre, de la cual los hombres de entonces hacian uno de los objetos y uno de los premios de la virtud.

Seguia tambien asiduamente en la misma época, las sesiones de los tribunales y las sesiones del *Foro*, aquel tribunal de las deliberaciones políticas delante del pueblo, escuchando, mirando obrar á los grandes maestros de la tribuna de su tiempo, *Escévola*, *Hortensio*, *Cota*, *Craso*, y especialmente *Antonio*, cuya elocuencia inmortalizó despues él mismo en sus tratados sobre el arte. Se honraba de ser su discípulo, y hacia todo lo posible al entrar en su casa para reproducir de memoria con su pluma los arranques mas notables de sus arengas que habian conmovido la multitud ó encantado su imaginacion. Ignorado todavía como orador, su fama como poeta se propagaba en Roma por la publicacion de un poema épico sobre la guerra y los destinos de Mario, su gran compatriota.

## X.

Roma se encontraba entonces en una de aquellas crisis trágicas y supremas que agitan los imperios y las repúblicas en el momento en que sus instituciones las han elevado á la cima de la virtud, de la gloria y de la libertad á que permite la Providencia llegar á un pueblo. En este punto culminante de su existencia y de su principio, las naciones comenzaban á vacilar sobre sí mismas antes de precipitarse en la decadencia, como por un vértigo de la prosperidad ó por una ley de nuestra imperfecta naturaleza. Es el momento en que los pueblos dan á luz los mas grandes hombres y los mas malvados, como para preparar actores mas sublimes y mas atroces á estos dramas trágicos que ellos dan á la historia. *Ciceron* aparecia en la vida precisamente en el momento de la descomposicion de la república romana; de manera que su historia, mezclada con la de su patria desde su nacimiento hasta su suplicio, es á la vez la de los hombres memorables ó mas execrables del universo, la de las mas grandes virtudes y la de los mas grandes crímenes, la de los mas brillantes triunfos y la de las mas siniestras catástrofes de Roma. La libertad, la servidumbre del universo se conquistan, se pierden, se juegan durante medio siglo á su presencia. El alma de un solo hombre es el hogar del mundo, y su palabra es el eco del universo.

## XI.

El principio de la república romana era la adquisicion sucesiva, primero de la Italia, luego de la Europa, despues, en fin, del mundo entonces conocido bajo la dominacion de los romanos. Engrandecer era su ley; no se engrandecia su territorio mas que por la guerra; la guerra era, pues, la fatalidad de este pueblo. Primero defensiva en sus principios, la guerra romana habia llegado á ser ofensiva, y despues uni-

versal. La guerra altera la gloria, la gloria dá la popularidad, la popularidad dá á los ambiciosos el poder político. El triunfo en Roma habia llegado á ser una institucion, esta institucion daba, por decirlo asi, un cuerpo á la fama, y hacia triunfadores de los candidatos en la tiranía.

## XII.

Para sostener esta conmemoracion de triunfos, y esta guerra universal y perpétua, habian tambien llegado á ser necesarios grandes ejércitos casi permanentes. Grandes ejércitos permanentes son la institucion mas fatal á la libertad y al poder enteramente moral de las leyes. Aquellos que quedaban reunidos en legiones en las provincias conquistadas ó en Italia, comenzaban á elevar á sus generales á un grado superior á el senado y al pueblo y á formar para ó contra estos generales grandes facciones militares, ejércitos tan peligrosos como las facciones civiles. Aquellos que habian sido licenciados despues que les habian repartido sus tierras formaban en la Italia misma y en los campos de Roma núcleos de descontentos dispuestos á correr á las armas, su única ocupacion, y á dar bandos ó legiones políticas, á los tribunos demagogos ó á los generales ambiciosos. El senado y el pueblo estaban, pues, enteramente dispuestos á ser dominados y subyugados en Roma misma por la guerra y por la gloria que ellos habian destinado para subyugar el mundo. Habian enviado tiranos al mundo, y el mundo vendido les enviaba tiranos domésticos. Ya la espada se mofaba de las leyes; ya, bajo un respeto aparente para la autoridad nominal del senado, los generales y los triunfadores traficaban entre sí con los empleos y los consulados; los gobiernos de provincia trocaban sus legiones, ó les prestaban sus ejércitos para que les fuesen devueltos despues del tiempo exigido por las leyes. Roma no era ya mas que una grande anarquia dominadora del mundo exterior, pero donde los ciudadanos habian cedido la realidad de la soberanía á las legiones, donde la constitucion no conservaba ya mas que sus formas, donde los generales eran tribunos, y donde las pasiones eran campamentos.

Tal era el estado de la república romana cuando el jóven *Ciceron* tomó la toga viril, para tomar su papel de ciudadano, de orador, de magistrado en la escena del tiempo.

## XIII.

Mario, plebeyo de *Arpino*, despues de haberse ilustrado en los campos y de haber salvado á la Italia de la primera invasion de los bárbaros del Norte, habia tomado partido en Roma por el pueblo contra los patricios y contra el senado. Demagogo armado y feroz, habia prestado sus legiones á la democracia para inocular á la aristocracia. Sus proscripciones y sus asesinatos habian diezgado á Roma é inundado de sangre á la Italia. Sila, patricio romano, primero lugarteniente, y despues rival de Mario, le habia á su vez arrebatado su gloria y sus legiones, llevándolas contra su patria; habia proscripto á los que proscibian, degollado á los que degollaban, asesinado en masa al pueblo, humillado al senado restableciéndole, elevado á los esclavos al rango de ciudadanos romanos, dividido las tierras de los proscriptos entre sus ciento veinte mil legionarios, despues abdicado bajo el prestigio del

temor que había inspirado al pueblo, y vuelto á poner en juego los resortes de la antigua constitucion, falseados, subyugados, ensangrentados por él. Una guerra que se llamaba la *guerra social*, guerra de los auxiliares de la república contra Roma misma, había complicado además por la insurreccion de la Italia aquel conjunto de acontecimientos, de pasiones, de proscricciones, de sangre y de crímenes. Sila triunfó de todo. Los buenos ciudadanos de Roma se juntaron para defender la patria, aun bajo la dictadura de un tirano. *Ciceron*, siguió allí á su modelo y á su maestro el orador Hortensio. Regresó con las legiones victoriosas de Sila, para asistir con horror al eclipse de toda libertad, á los dictadores, á las proscricciones, á los degüellos de Roma. Su mucha juventud y su vida estudiosa en *Arpino* le evitaron, no de la desgracia, sino del peligro del tiempo. Reapareció en Roma después del restablecimiento violento poco regular de las cosas y del senado por Sila. Se preparó para la tribuna política y para los empleos de la república por medio del ejercicio del foro, noviciado de los jóvenes romanos que aspiraban de este modo á la estimacion y al reconocimiento del pueblo, antes de obtener sus sufragios para las magistraturas. Publicó al mismo tiempo libros sobre la lengua, sobre la retórica, sobre el arte de la oratoria, que revelaban la profundidad y la universalidad de sus estudios. Sus primeros litigios en favor de sus clientes admiraban á los oradores mas consumados de Roma. Su palabra brilló como un prodigio de perfeccion desconocida hasta que apareció este joven en la discusion de las causas privadas. Invencion de argumentos, encadenamiento de los hechos, conclusion de los testimonios, elevacion de pensamientos, poder en el racionio, armonia en las palabras, novedad y esplendor de imágenes, conviccion de entendimiento, gracia é insinuacion en los exordios, fuerza en las peroraciones, belleza en la dicción, magestad en la persona, dignidad en el gesto, todo condujo en pocos años al joven orador á la cima del arte y de la fama. Sus discursos, preparados en el silencio de sus vigilijs, anotados, escritos, borrados, vueltos á escribir, corregidos además, comparados estudiosamente con los de los modelos de la elocuencia griega, y cogidos fragmentos por fragmentos, ora en los baños, ora en los jardines, ora en sus paseos por las afueras de Roma, recitados delante de sus amigos, sometidos á la crítica de sus émulo ó de sus maestros, pronunciados en público sobre el tono dado por diapasones apartados en la multitud, enriquecidos con aquellas inspiraciones repentinas que añaden la maravilla de lo imprevisto y el juego de la improvisacion á la seguridad y á la solidez de la palabra reflejada, eran verdaderos acontecimientos en Roma. Existen revistos y publicados por el mismo orador; son todavía acontecimientos para la posteridad. Nosotros no hablaremos de ellos, porque forman volúmenes. Han quedado perpetuados, como monumentos del entendimiento humano.

## XIV.

Estos discursos fueron la base de la fama y de la vida pública del joven *Ciceron*; pero fué consumido por su propia llama: su frágil cuerpo no pudo soportar estos excesos de estudio, de palabra pública, de clientela y de gloria en que se hallaba sumergido. Su delgadez, su palidez, el insomnio, la voz quebrantada

por el esfuerzo para corresponder á la avidez y á los aplausos de la multitud, su precoz estenuacion, que por una gloria de foro y de letras demasiado pronto acogida, amenazaba una vida deseosa de una gloria mas alta y mas duradera, acaso tambien los consejos que le dieron sus amigos de no llamar la atencion de Sila, á quien podia ofuscar una fama tan poderosa en un joven tan favorito del pueblo, y á quien *Ciceron* había herido ligeramente defendiendo á uno de sus proscritos que nadie se había atrevido á defender, todas estas causas, y mas todavía la pasion de estudiar la Grecia en Grecia misma, decidieron á *Ciceron* á dejar á Roma y el foro, y á visitar á Atenas.

## XV.

Allí se entregó casi exclusivamente, bajo la direccion de los filósofos griegos mas notables, al estudio de la filosofía. Con el encanto de estos estudios, que separaban el alma de las cosas terrestres para elevarla á las cosas inmateriales, había por cierto tiempo renunciado á Roma, á la ambicion y á la gloria. Ligado con *Atico*, rico romano, voluptuoso de imaginacion que no estimaba las cosas mas que por el placer que proporcionan, *Ciceron* se proponia recoger su módico patrimonio en Grecia, y establecerse en Atenas, para pasar allí oscuramente su vida en el estudio de lo bello, en la indagacion de la verdad y en el goce del arte. Pero su salud se restablecia; los maestros de las escuelas de elocuencia mas célebres de Atenas, de Rodas, de Jonia, acudieron para oírle discutir en las academias de *Atica*, y penetrados de admiracion hacia este joven bárbaro, confesaban con las lágrimas en los ojos que Roma los había vencido por las armas, y que un romano los sobrepujaba en elocuencia. El les daba lecciones de pensamiento, y ellos se las daban de dicción, de armonia, de entonacion y de gesto. La nueva de la muerte de Sila, que llegó en este momento á Atenas, y que presagiaba nuevos destinos á la libertad de Roma, conmovió al mismo *Ciceron*. Sintióse llamado por acontecimientos desconocidos, y partió para Roma pasando por Asia, para visitar todas las grandes escuelas de literatura y de elocuencia, y para asegurarse tambien si estos templos famosos, de donde el paganismo había enviado sus supersticiones y sus fábulas á Roma, no contenian la palabra oculta sobre la Divinidad, objeto supremo de sus estudios. Consultó á los oráculos. El del templo de Delfos le dijo la gran verdad en los hombres de bien, destinados á tomar parte de los acontecimientos de su pais en los tiempos de revolucion.

—¿Por qué medio, le preguntó *Ciceron*, alcanzaré la mas grande gloria y la mas honrada?

—Siguiendo siempre tus propias inspiraciones, y no la opinion de la multitud, le respondió el oráculo.

Las palabras del oráculo le hicieron efecto, y conformando su vida con este consejo, mereció en efecto su reputacion de hombre de bien, su gloria y su muerte.

## XVI.

Entrado en Roma, vivió en ella algunos años en la oscuridad, no adhiriéndose á ninguna de las facciones que dividian la república, no adhiriéndose á ninguno de los gefes de partido cuyo favor lanzaba á la juventud á las candidaturas, y no solicitando nada del pueblo. Se le despreciaba, dicen los historiadores, por el

desprecio que él hacia de los hombres y de las riquezas, y por aquella estimacion que guardaba hacia las cosas inmateriales. Le llamaban poeta, letrado, filósofo, especulativo y abogado en la contemplacion de las cosas inútiles. El vulgo desprecia en todos los siglos todo lo que no es vulgar como él. No se conmovió por estas burlas, y continuó perfeccionándose en silencio, por el solo amor de lo bello y del bien. Vivía entonces familiarmente con el mas grande actor de la escena romana, *Roscio*; se estudiaban mutuamente; el actor procuraba imitar las entonaciones, las actitudes y los gestos que la naturaleza inspiraba á Ciceron; el orador procuraba imitar la accion que el arte enseñaba á Roscio: y de esta lucha entre la naturaleza que inspira y el arte que acaba, resultaba para el actor y para el orador la perfeccion, que consiste para el actor en no fingir nada en el teatro que no imite á la naturaleza, y para el orador en no profesar nada en la tribuna que no sea confesado por el arte y conforme á la suprema conveniencia de las cosas, que se llama belleza.

## XVII.

Sin embargo, el padre, la madre, los tios de Ciceron y sus amigos le suplicaban violentase su gusto por el retiro, y no privase á la república, en tiempos tan difíciles, de los dones que los dioses, el estudio, las letras, los viajes habian acumulado en él. «La virtud y la elocuencia no le habian sido concedidas, le decian, mas que como dos armas divinas para la gran lucha que se agitaba entre los hombres de bien y los malvados, entre la república y la tiranía, entre la anarquía de los demagogos y la libertad de los buenos ciudadanos.» Cedió á sus instancias, y solicitó la *cuestura* el mismo año en que los oradores mas grandes del tiempo, sus maestros y sus modelos, *Hortensio* y *Cota* solicitaron el *consulado*, primera magistratura de Roma, que duraba un año. El pueblo, cansado de los hombres de guerra que habian ensangrentado tanto tiempo á Roma, quiso relevar la libertad y la tribuna nombrándolos á los tres. La *cuestura*, era una magistratura secundaria que daba entrada al senado. Los cuestores estaban encargados de percibir los tributos y subvenir á las necesidades de Roma. La suerte, que distribuía las provincias entre los cuestores, dió la Sicilia á Ciceron. Evitando con sus medidas la miseria que amenazaba al pueblo romano, hizo cuanto bien pudo por la Sicilia y se hizo adorar de ella; la recorrió toda entera, menos como procónsul que como filósofo y como historiador curioso de indagar en sus ruinas los vestigios de su grandeza antigua. Allí descubrió la tumba de *Arquímedes*, uno de los mas grandes genios que ha dado jamás la mecánica á los hombres, é hizo restaurar á sus expensas el monumento de este hombre casi divino.

Satisfecho con el rumor que su nombre, su elocuencia y su dichosa magistratura hacian en Sicilia, se admiró, regresando á Roma, de encontrar este nombre y este rumor sofocado por el tumulto siempre nuevo de una inmensa capital absorta en sus propios rumores, en sus pasiones, en sus intereses, en sus goces, y dividida entre sus tribunos, sus agitadores y sus oradores. Comprendió que, para influir sobre este pueblo móvil y sensual, no era necesario desaparecer un día de sus ojos. Se casó con *Terencia*, muger de ilustré linaje y de módica fortuna. Compró una casa

mas cercana al centro de sus negocios que su casa paternal situada en un barrio de ociosos. Abrió esta casa á toda hora á la multitud de los clientes ó de los litigantes que asediaban á Roma. Aprendió de memoria el nombre y los antecedentes de todos los ciudadanos romanos, á fin de lisongearlos, y para saludar á todos por sus nombres cuando llegasen á la plaza pública. No tuvo ya necesidad de un liberto, que se llamaba *el nomenclator* y que seguía siempre á los candidatos ó á los magistrados para decirles en voz baja el nombre de los ciudadanos.

Llegado á la edad de cuarenta y un años, poseedor por sus herencias personales y por el dote de Terencia, su muger, de una fortuna que no fué jamás espléndida, pues nunca litigó sino gratuitamente, por la justicia ó por la gloria, juzgando que la palabra tenia demasiado precio para ser vendida; ligado por la amistad con los mas grandes, los mas ilustrados y los mas virtuosos ciudadanos de la república, *Hortensio*, *Caton*, *Bruto*, *Atico*, *Pompeyo*; padre de un hijo en el cual pensaba resucitar, de una hija que adoraba como á la divinidad de su porvenir; no empleando sus intereses supérfluos mas que en la adquisicion de libros raros, que su amigo el rico y sabio Atico le enviaba de Atenas; distribuyendo su tiempo entre los negocios públicos de Roma y los placeres de verano en sus casas de recreo, en Arpino, en las montañas de sus padres; en Cumas, á orillas del mar de Nápoles; en Tusculo, al pie de las colinas de Alba, residencia oculta y deliciosa; contando sus horas en este retiro, como un avaro cuenta su oro; dando las unas á la elocuencia, las otras á la poesía, estas á la filosofía, aquellas á la conversacion con sus amigos ó á sus correspondencias, algunas al paseo bajo los árboles que él habia plantado, y entre las estatuas que habia recogido, otras á la comida y pocas al sueño; no perdiendo ninguna para el trabajo, el placer del entendimiento y la salud; acostándose con el sol, levantándose antes de la aurora para recoger su pensamiento antes que apareciese el ruido del día en toda su fuerza, su salud se restablecía, su cuerpo volvía á tomar la apariencia del vigor, su voz aquellos acentos varoniles, y aquella viva accion nerviosa que Demóstenes hacia luchar con el ruido de las olas del mar, y mas necesarias á los hombres que deben luchar con los tumultos de las multitudes. Era sabio, honrado, amado, feliz, y ageno aun á la envidia. El destino parecia darle á la vez, al principio de su vida, aquella dosis de felicidad y de calma que necesita cada uno en su carrera, como para hacerle saborear mejor, por la comparacion y por el recuerdo, los años de turbacion, de accion, de tumulto, de angustia y de muerte en los cuales iba á entrar bien pronto.

## XVIII.

Seis años despues de su *cuestura* en Sicilia, Ciceron fué elegido *edil* unánimemente por el pueblo reunido en *tribus*. El edil era el encargado del ornato público de Roma y de los espectáculos que se daban á los romanos. El pueblo, deseoso de espectáculos, pensó que la Sicilia, cuya afeccion y reconocimiento se habia conquistado Ciceron, le proporcionaria gladiadores y fieras que ilustrasen su empleo. Esta magistratura daba á los *ediles* el derecho de poner en el vestibulo de su casa las imágenes y las estatuas de sus antecesores; pero Ciceron que no tenia antecesores, no

sus amores, había concebido una pasión desenfrenada por la joven muger de César, Hamada Pompeya. Sea que esta joven esposa, cómplice de esta pasión, hubiera dictado una entrevista á su amante en su casa, sea que Clodio hubiese penetrado sin el consentimiento de Pompeya en el recinto de César, fué sorprendido por la noche por una esclava, disfrazada de muger libre, en el vestíbulo de César. Era un día de sacrificios y de misterios que cumplian solas las mugeres, y durante el cual no era permitido dejar á ningun hombre bajo el mismo techo. César, sin quejarse de su muger y sin romper con Clodio, repudió á Pompeya. Clodio fué enjuiciado como profanador de los santos misterios. Ciceron habló contra Clodio, impulsado por Terencia, su muger, ambiciosa y celosa. Terencia aborrecia á Clodio, porque Ciceron admiraba á la joven Clodia, hermana de Clodio, y Terencia temia que pensase en repudiarla para casarse con su rival. De esta manera los celos de una muger en Roma iban como en otro tiempo en Atenas á decidir los mas grandes acontecimientos de la república.

## XXVIII.

Clodio, absuelto, á pesar de Ciceron, por el favor imperioso de la multitud y por el silencio político de César, abjuró de su nobleza y se hizo adoptar por un plebeyo, á fin de poder ser nombrado tribuno del pueblo, magistratura que personificaba en Roma los intereses y las pasiones populares, y que contrabalanceaba á menudo á los cónsules y al senado. Del mismo modo Mirabeau en nuestros días abjuró de su casta para hacerse elegir en Marsella por el pueblo contra la aristocracia.

El senado, los cónsules, Craso, César, Pompeyo mismo, habiendo abandonado á estos por impotencia, á aquellos por negligencia, á los otros por complacencia, estando todo el poder de Roma en Clodio, agitador y adulador del pueblo, de quien era al mismo tiempo tribuno, este propagó en toda la ciudad su odio y su venganza contra Ciceron. Hizo votar un *plebiscito* que condenaba al destierro, al que hubiera hecho morir á un ciudadano romano no condenado por el pueblo. Era la proscripción anónima de Ciceron. Roma se encontraba en uno de aquellos momentos en que cada uno pensaba en su propia seguridad, en que no tiene ni el tiempo ni la libertad de interesarse en la desgracia de otro.

La ambicion militar de Pompeyo, de César y de Craso, ligada con la anarquía popular, entregaba á Roma á la agitacion, á la turbulencia y á los crímenes de Clodio. Acaso estos tres gefes del ejército, investidos á su vez con la dictadura, ó aspirando á ser revestidos con ella, se regocijaban en secreto de una licencia y de una demagogia de la multitud, que atestiguando en Roma la insuficiencia de las leyes y la decadencia del espíritu cívico, hacia sentir mas fuertemente á los ciudadanos la necesidad de un poder arbitrario, y serviria de escusa precursora á la tiranía.

De cualquier modo que sea, ellos cerraban voluntariamente los ojos á los atentados de Clodio contra Ciceron; Craso y César favorecian abiertamente al tribuno. El mismo Pompeyo, que acababa de casarse en una edad bastante avanzada, con la hermosa hija de César, y que estaba enamorado hasta la adoracion de su joven esposa, no podia, decia, declararse por aquel á quien Cesar condenaba. Pompeyo se había retirado á

una de sus casas de campo para gozar allí en paz de su amor; apartaba su alma de los rumores y de los asuntos de Roma. Ciceron, habiendo ido á verle para reclamar el apoyo que debia á su antigua amistad, Pompeyo, desconcertado con la presencia de su amigo desgraciado, cuya desventura solo era para él una reconvenccion de ingratitud, se evadió por la puerta de sus jardines mientras que Ciceron entraba por la del vestíbulo, y ordenó á sus libertos le buscasen por todas partes donde estuviesen seguros de no poderle encontrar.

Ciceron, mas consternado de la debilidad de Pompeyo que de su propia ruina, volvió á Roma, y tomando vestidos de luto anduvo de puerta en puerta, seguido de un cortejo de parientes, de clientes y de amigos, igualmente vestidos de luto, provocando con todas estas señales de abatimiento la compasion de la ciudad á quien había salvado, y solicitando, á la manera antigua, la voz de los ciudadanos por su causa. El pueblo le miraba pasar con emocion, mas elocuente con su silencio que lo había sido en la tribuna. Clodio, temiendo el efecto de la compasion del pueblo, movió contra el suplicante aquella plebe sin piedad y sin pudor, que mira la degradacion del talento y de la virtud como una victoria de la bajeza y de la envidia que goza en humillar á todo el que cae. Seguido de esta turba armada é insolente, Clodio se encontraba en todas partes por donde pasaba Ciceron, atacaba á su séquito, hacia despedazar los vestidos de sus clientes, llenaba las calles de tumulto, de asesinatos, y animando á sus viles lictores á martirizar al gran ciudadano, le injuriaba, le llenaba de sarcasmos, de lodo, le apedreaba y le obligaba á volver á entrar en su casa sucio y ensangrentado. Los cónsules, impotentes, le aconsejaban en lugar de defenderle que cediera al tiempo y dejase pasar la tormenta, alejandose de una patria donde su enemigo reinaba solo. El senado se reunia en vano para proteger á Ciceron, y los senadores, abandonados á ellos mismos por Pompeyo, Craso y César, y asediados en el senado por los satélites de Clodio, despedazaban sus togas de indignacion y atestiguaban al dispersarse la impotencia de las leyes, la cobardía de los generales, la opresion de los ciudadanos y la ruina de la república.

## XXIX.

Cedió, en fin, á la suerte y sucumbió con su patria. Presumiendo que despues de su partida vendria la devastacion y el incendio de su casa, quiso preservar al menos las cosas veneradas, y tomando de entre sus divinidades domésticas una pequeña estatua de marfil de Minerva, guarda y protectora de Roma, simbolo de aquella sabiduría divina que inspira y que conserva los imperios, la llevó al Capitolio, fortaleza, templo y palacio de Roma, y la consagró allí para hacerla inviolable á los espoliadores. Despues, seguido de un escaso número de amigos y de servidores, armados de puñal para protegerle, salió aquella noche de Roma, y tomó por senderos desconocidos el camino del mar de Sicilia.

Apenas tuvo Clodio conocimiento de su partida, cuando arrancando mas fácilmente al pueblo un vano decreto de destierro contra aquel que parecia desterarse, hizo traer un *plebiscito* que desterraba para siempre á Ciceron á quinientas millas de distancia de la ciudad, y que ordenaba bajo pena de muerte á to-

dos los ciudadanos negar el fuego y el agua á aquel á quien el reconocimiento público había proclamado el segundo fundador de Roma.

## XXX.

Sucedió á Ciceron en su fuga lo que sucede á todos los hombres poderosos que han caído en la desgracia de la fortuna y en la enemistad del pueblo. Aquellos que no le conocían mas que por su fama, y que no le debían nada, le recogieron con una generosa hospitalidad y se honraron ofreciéndole el abrigo de su techo en su grande infortunio, consecuencia de una grande injusticia. Aquellos á quienes había elevado á los honores y colmado de bienes durante su consulado, se volvieron, temiendo ser contaminados á los ojos de los poderosos del día, por su contacto, ó se apresuraron á acusarle y á insultarle, temiendo que se los creyese reconocidos. El pretor de Sicilia, que le debía todo, le suplicó no esperase asilo alguno en su gobierno, y una de sus criaturas, á quien pidió el abrigo de su casa cuando llegó á un pueblecillo situado en las márgenes del mar para esperar una barca, le cerró su puerta y le ofreció por gracia un asilo vergonzoso en una de sus alquerías. Ciceron, indignado, se alejó de este suelo inhospitalario y pasó á Brindes, donde se embarcó solo y casi desnudo con dirección á Grecia, patria de sus pensamientos. Mientras que saludaba con las lágrimas en los ojos las fugitivas ribeiras de Italia llenas de su nombre, Clodio, dando antorchas al populacho, incendiaba su casa en Roma, arrasaba hasta sus cimientos y mandaba construir en la plaza un templo de la Anarquía. Despues, enviando sus sica.ios á todas las provincias donde Ciceron poseía casas de campo ó jardines, mandaba vender sus residencias, sus libros, sus florestas para despojarle hasta de las huellas de sus pasos, del encanto de sus estudios, de la sombra de sus árboles, para quitarle hasta los recuerdos de su felicidad en todo lo que fué su patria.

Pero el respeto hacía Ciceron y el horror de investirse con los despojos de aquel á quien cada romano debía su propio hogar, eran tales, dice Plutarco, que nadie se presentaba para comprarlos. Su correspondencia, que hemos tenido la dicha de conservar entera, contribuirá á que leamos el fondo del alma de un grande hombre, los abatimientos del desterrado, las ternuras del padre, las debilidades del esposo, las resignaciones del filósofo y las amarguras del ciudadano.

## SEGUNDA PARTE.

## I.

Ciceron proscrito, llegado á Grecia, se proponía residir en su querida Atenas, que el ejemplo y las cartas de su amigo Atico le habían enseñado á amar tanto. Pero la sombra de su vida pasada sigue á los hombres públicos hasta en la tierra estrangera: el mar que los separa de su patria no los separa de su nombre. El de Ciceron le precedía y le desahuciaba por todas partes. Supo que los restos del partido de Catilina y los cómplices de Clodio le esperaban en Atenas para pedirle cuenta con el puñal en la mano de la vida de Catilina, de Lentulo y de Cethego. Huyó prudentemente de esta mancha de sangre que parecía perseguirle, y se refugió en Tesalónica, colonia romana,

en el fondo del Mediterráneo, al pie de las montañas de la Macedonia.

«¡Cuánto me pesa, escribía en el camino; cuánto me pesa, mi querido Atico, no haber prevenido con mi muerte voluntaria el exceso de mis desgracias! Suplicándome que viva, no consigues mas que una cosa: detener mi mano dispuesta á matarme; pero, ¡ay! no me arrepiente menos diariamente de no haber sacrificado esta vida para salvar mi herencia á mi familia: ¿qué es lo que ahora puede unirme á la existencia? No quiero, mi querido Atico, enumerarte estas desgracias, en las cuales me he precipitado conmigo por el crimen de mis enemigos que por la cobardía de mis envidiosos.» (Alusion punzante á Pompeyo, á Craso y á César.) «Pero, juro á los dioses que jamás hubo un hombre mas humillado bajo el peso de tantas calamidades, y que ninguno tuvo jamás ocasión de desear tanto la muerte!... ¡Lo que me resta de vida no está destinado á curar mis males, sino á terminarlos!... Me reconviene por el sentimiento de la queja de mis males. Pero, ¿hay una sola de las adversidades humanas que no esté acumulada en la mía? ¿Quien, pues, cayó de tan grande altura de una manera mas asegurada en apariencia, dotado de tales poderes de genio, de sabiduría, de favor público, de estimacion y de apoyo de una multitud tal de grandes y buenos ciudadanos?... ¿Puedo yo olvidar en un día lo que yo era ayer y lo que soy hoy? ¿De qué dignidades, de qué gloria, de qué hijos, de qué honores, de qué riquezas de alma y de bienes, de qué hermano en fin (un hermano que amo á tal exceso, que me ha sido menester, por un género enojoso de suplicio, separarme de él sin abrazarle, temiendo que viese mis lágrimas, y que yo mismo no pudiera soportar su palidez y su duelo), no he sido yo separado?... ¡Ah! yo enumeraría aun otras causas de desesperacion, si mis lágrimas no me cortasen la voz!... Sé, y hé aquí la mas amarga de mis penas, que por mis faltas me veo abismado en tal ruina!... Me hablas en tu última carta de la imagen que el liberto de Craso te presenta de mi desesperacion y de mi delgadez!... ¡Ay! cada día que trascurre se acrecientan estos males en vez de disminuirse. El tiempo acorta el sentimiento de las otras desgracias; pero las mias son de tal naturaleza, que se agravan continuamente por el sentimiento de la miseria presente comparada con la felicidad perdida! ¿Por qué uno solo de mis amigos no me ha aconsejado mejor? ¿Por qué me he dejado helar el corazón con la frialdad de Pompeyo? ¿Por qué he tomado una resolucion y una actitud de culpable suplicante indignas de mí? ¿Por qué no he afrontado mi fortuna? ¡Si así lo hubiese hecho, ó hubiera muerto gloriosamente en Roma, ó gozaria ahora del fruto de mi victorial!... Pero, perdóname estas reconvenções, que deben caer sobre mí mas que sobre tí, pues si me propongo acusarte conmigo, es menos para excusarme á mí propio, que para hacerme estas faltas mas perdonables asociando á ellas otro yo!...»

«....No, no iré de ninguna manera á Asia, porque huyo de los lugares donde puedo encontrar romanos. y donde mi celebridad, en otro tiempo mi gloria, me persigue hoy como una vergüenza!... Y no quiero alejarme mas temiendo que si por una casualidad sucede algun cambio inesperado á mi fortuna por parte de Roma, no esté mucho tiempo ignorándolo. He resuelto, pues, ir á refugiarme á tu casa en Epiro, no

» por la comodidad de la residencia, indiferente á un  
 » desgraciado que huye hasta la luz del dia, sino para  
 » estar en aquel puerto que me ofreces mas inmediato  
 » para el regreso á mi patria, para recoger allí mi mi-  
 » serable existencia en una soledad que me la hará  
 » mas soportable, mas tolerable, ó lo que quisiera me-  
 » jor todavía, que me hará despojar mas valerosamen-  
 » te la vida. Si, yo debo escuchar otra vez las súpli-  
 » cas de la mas tierna y la mas adorada de las hijas!..  
 » Pero dentro de poco, ó el Epiro me abre el camino  
 » de la vuelta á mi patria, ó yo mismo me abro el de  
 » mi verdadera libertad!... Te recomiendo mi herma-  
 » no, á mi muger, á mi hija, á mi hijo; mi hijo, á  
 » quien no dejaré por herencia mas que un nombre  
 » humillado é ignominioso!...»

## II.

Pero en el momento en que Ciceron se preparaba á morir para castigarse él mismo el crimen de sus enemigos, la cobardía de sus amigos y su propio infortunio, el exceso de la tiranía popular llevaba el pensamiento de Roma hácia aquel que la habia salvado con su elocuencia y con su valor de la necesidad de los dictadores ó de la vergüenza de las anarquias. Clodio, sin contrapeso, obligado á presenciar diariamente las demasías y los excesos anteriores, á fin de permanecer á la cabeza del populacho, al cual no se puede complacer sino cediendo á sus caprichos, comenzaba á fátigar la licencia misma y á inquietar á Pompeyo, no solamente sobre su poder sino sobre su vida. Amenazaba igualmente á César hasta en el seno de la soberanía de las Galias. César, Pompeyo, el senado, los patricios oprimidos, los plebeyos virtuosos se ligaron sordamente para inquirir al pueblo el horror de Clodio y el llamamiento de Ciceron, el único hombre que podían oponer á la tribuna de las arengas, á la popularidad perversa del tribuno.

## III.

Un hombre intrépido, cliente de Ciceron, tribuno, llamado Fabricio, osó proponer este llamamiento al pueblo desde lo alto de la tribuna. Clodio, que esperaba esta tentativa de los amigos de Ciceron, y que habia llenado el foro con sus partidarios, con sus gladiadores y con sus sicarios, temiendo la estimacion y el amor del pueblo por el gran proscrito, dió la señal de muerte á sus amigos, precipitó á Fabricio de la tribuna, dispersó el cortejo de los amigos de Ciceron y cubrió de cadáveres la plaza pública. El hermano de Ciceron, herido por el hierro de los gladiadores de Clodio, se libró de la muerte por haberse ocultado entre la multitud en los escalones de la tribuna. Sextio, uno de los tribunos, fué inmolido porque se resistia á los furiosos de sus cólegas. Clodio vencedor, ó mas bien asesino de Roma, corrió con la antorcha en la mano á quemar el templo de las Ninfas, depósito de los registros públicos, á fin de anonadar completamente al gobierno. Al resplandor del incendio atacó la casa del tribuno Milon y del pretor Cecilio. Milon rechazó con sus amigos á los satélites del demagogo, y convencido de que no habia ya mas justicia en Roma que la que hiciera desde entonces él mismo, reunió un gran número de gladiadores para oponerlos á los sicarios de Clodio. El senado, abrigado en fin por este puñado de satélites de Milon, y animado á la audacia por la indignacion del pueblo que empezaba á avergonzarse de sí mismo, trajo el decreto de llamamiento

de Ciceron. El mismo decreto ordenaba que sus casas fuesen reedificadas á espensas del tesoro público, y convocaba á Roma á todos los ciudadanos que se interesasen en la justicia y en la virtud para apoyar allí contra los sediciosos de Clodio el llamamiento del proscrito. El mismo Pompeyo, entonces en Capua, presidió los comicios inmensos de los ciudadanos de la Campania, que se levantaban á la voz del senado para libertar á Roma. Clodio, convencido y humillado en los comicios por la mayoría casi unánime del pueblo, se entregó á la popularidad de los mercenarios y de los malvados, su séquito ordinario. Ciceron, advertido por sus amigos de este arrepentimiento de la justicia de su patria, desembarcó en Brindes, puerto de la Gran Grecia, donde se habia embarcado pocos meses antes para su destierro. Su hija Tulia le esperaba en la playa, imágen la mas bella y la mas querida para él de la patria.

«Y se encontró, escribe él mismo desde Brindes á su amigo Atico, que era el dia del nacimiento de esta hija querida, el dia de la fundacion de Brindes y el dia de la dedicatoria en Roma del templo de la Salvacion pública... Recibí allí, escribe ademas, una carta de mi hermano, en la que me hacia saber que mi destierro habia sido revocado este dia por el escrutinio del pueblo de toda la república. Fuí acogido en Brindes por un inmenso concurso de las provincias vecinas. Salí de allí para volver á Roma, rodeado de un séquito de diputados de todas las ciudades, enviados para traerme las felicitaciones de toda la Italia. Me adelanté hácia la capital á través de esta hilera de ciudadanos, sin que faltase uno solo de los nombres conocidos en la república por los nomenclatores. Cuando me aproximé á la puerta de Roma que conduce á la Campania, encontré las gradas de todos los templos inundadas por escalas de una numerosa multitud, cuya presencia, cuyos aplausos, cuya embriaguez me acompañaron, renovándose hasta el Capitolio, al través de las calles, las plazas, el foro y las avenidas de este mismo templo, donde la Italia entera parecia llevarme entre sus brazos!...»

El senado, los caballeros romanos, los ciudadanos romanos habian salido de la ciudad para volverle á ver, y le fueron escoltando hasta la casa de su hermano, no pudiendo reedificar en un dia aquella que Clodio habia incendiado. Triunfo espontáneo, superior á todos los triunfos, pues que le inspiraba solo el corazon de la patria, y que le hizo decir á él mismo, «que podian suponer que habia deseado su destierro para obtener luego un regreso semejante.»

## IV.

Pero apenas habia pasado una noche bajo el techo de sus padres, cuando ya la unanimidad de este triunfo revelaba la envidia de aquellos mismos que le habian escoltado, por lo que abriendo su alma á Atico ausente le escribia:

«Hé aqui el estado en que ahora me encuentro: desgraciado, si considero mis pasadas felicidades; dichoso, si me comparo á mis recientes adversidades. Mis asuntos privados, como sabes, son deplorables. Tengo, ademas, disgustos y tribulaciones domésticas, que no puedo comunicar en cartas.» (Quería hablar de Terencia, su muger, cuyas desavenencias con su hermano le afligian.) «Amo á mi hermano, se apresuraba á decir, con toda la afeccion

«que merece su ternura sin ejemplo, su valerosa fidelidad, su inalterable adhesión! Aconséjame, tengo necesidad de tus consejos; es menester que concertemos juntos para mí el principio de una nueva vida...»  
 «Ya algunos de aquellos que me defendían ausente, comienzan á irritarse secretamente contra mí desde que estoy en Roma, y á manifestarme abiertamente la envidia que me tienen... Los cónsules no me han adjudicado mas que dos millones de sestercios para mi casa de Roma (800,000 rs.), quinientos mil sestercios para mi casa de Túsculo (160,000 rs.), doscientos cincuenta mil sestercios para mi casa de Formies (90,000 rs.). ¿De donde procede esta estimación inícuca, que indigna no solamente á las gentes honradas, sino también á la multitud?... Los que me han cortado las alas no quieren que vuelvan á crecer... Mis asuntos domésticos están arruinados...»  
 «Otros pesares interiores me asedian, que te revelaré mas claramente en otro lugar... Pero yo soy adorado de mi hija Tulia y de mi hermano!...»

Y algunos días despues:—«Clodio y sus parciales han venido armados á atacar y dispersar ayer á los obreros que reedifican mi casa; han incendiado la de mi hermano, que yo habito... Mis casas saqueadas, abatidas, incendiadas, hablan con sus restos contra él... Bajaba yo por la calle Sagrada, y Clodio y sus sicarios me han encontrado y perseguido en medio de grandes clamores con las espadas desnudas, con palos levantados, y me han arrojado piedras lo mismo que á mi comitiva; nos hemos refugiado con mucho trabajo en el vestíbulo de la casa de Tercio. El malvado, sintiéndose despreciado por el pueblo mismo, se ha lanzado á los crímenes y á las violencias de Catilina. Ha marchado estos días á la cabeza de una turba armada de escudos, de espadas y de antorchas contra la casa de Milon, mi amigo y mi apoyo. Amenaza á Roma con las mas grandes catástrofes, si no consigue hacerse nombrar edil. Milon está resuelto á matar á este monstruo si lo encuentra; él no se encomienda, como yo he tenido la sencillez de hacerlo, á amigos poderosos y templados; es un héroe, mi ejemplo no le intimida, está decidido á todas las consecuencias de su valor...»

«En cuanto á mí, no es el valor el que me falta; le tengo mas hoy que en el tiempo de mi fortuna mas floreciente...»

## V.

Clodio triunfó otra vez del senado, de Pompeyo, de los buenos ciudadanos, y fué nombrado edil por la corrupcion y por la violencia de la liga del pueblo. Pompeyo, César y Craso, que formaban un triunvirato militar inferior á estas tormentas pasajeras de Roma, se acercaron á Ciceron. Gemian con Pompeyo las calamidades de la patria. Ciceron no iba ya al senado para ocuparse esclusivamente de la elocuencia del foro, de las letras y de la patria. Escribió en su retiro campestre de Ancio un poema heróico sobre las victorias de César para grangearse la amistad de este héroe, cuya fortuna entrevia sin prever aun que destruiria la república. En otro poema cantó sus propias desgracias. Escribió muchos libros de historia; cuidó de la educacion de su hijo; gozaba en la belleza con la ternura y con el genio literario de su hija Tulia; enriquecía sus casas de campo con nuevas bibliotecas, compradas en Grecia por los cuidados de su amigo Atico, para reemplazar á las que Clodio habia quemado

durante su proscripcion. Defendió á César en el senado contra aquellos que encontrándole ya demasiado poderoso, querian quitarle el ejército de las Galias. En fin, escribió un poema en cuatro cantos sobre los acontecimientos de su consulado. Era tan feliz, como puede serlo un hombre que ve perecer á su patria.

Los acontecimientos se complicaban, y las ruinas, contra las cuales se veia abrigado un momento, no podian tardar en alcanzarle. El triunvirato militar de Craso, Pompeyo y César, único elemento de seguridad para la sombra de república que existia todavía, se descomponia. Craso, que habia tomado el gobierno del Asia, acababa de perder sus legiones y de ser muerto en la guerra contra los partos. Tulia, hija de César, con quien Pompeyo se habia casado y que era la prenda de union entre estos dos rivales, acababa de morir, llevándose á la tumba su concordia. Milon, habiendo encontrado á Clodio en el camino de su casa de campo, los dos cortejos de servidores que acompañaban á los dos adversarios se injuriaron y luego se atacaron. Milon, lanzándose fuera de su litera, donde habia entrado sin armas y sin premeditacion con su muger, cogió un arma para su defensa y mató á Clodio en la pelea. El cuerpo sangriento del favorito de la multitud, llevado á Roma y tendido sobre la tribuna de las arengas, fué quemado por sus partidarios sobre un escudo, cuyas llamas, atizadas por sus vengadores, se habian comunicado al templo inmediato y al palacio del senado y los habian reducido á cenizas; funerales dignos de un tribuno incendiario de su patria. Pompeyo, nombrado cónsul, llenó de soldados la plaza pública, y el pueblo iba á juzgar á Milon. Ciceron le defendió en una arenga á menudo interrumpida por el ruido de las armas; pero que él restableció despues de la sesion con toda la fuerza y con todo el esplendor de su improvisacion.

«He justificado completamente á Milon del asesinato premeditado de que se le acusa, dijo por conclusion. Pero si yo no le hubiera justificado, ¿no podria él levantarse y decirnos: Romanos, yo he matado, yo he matado, no á Melio, que fué sospechoso de aspirar á la monarquía, porque parecia, bajando el precio del trigo á costa de su fortuna, buscar con demasiado cuidado el favor de la multitud; no á Tiberio Graco, que escitó una sedicion para destituir á su cólega: aquellos que les han matado han llenado el mundo entero con la gloria de su nombre. Pero yo he matado al hombre que nuestros romanos mas ilustres han sorprendido profanando nuestros mas sagrados altares; al hombre á quien el suplicio podia solamente, segun el juicio del senado, hacerle espionar nuestros misterios profundos; al hombre que Lúculo ha declarado, bajo la fé del juramento, culpable de un incesto con su propia hermana. Yo he matado al faccioso que, secundado por esclavos armados, echó de Roma al ciudadano que el senado, que el pueblo romano, que todas las naciones miraban como al salvador de Roma y del imperio; que daba y quitaba monarquías; que distribuía el universo á merced de sus caprichos; que llenaba el foro de asesinatos y de sangre; que oprimia con la violencia y las armas al mas grande de los romanos, encerrándole en su casa; que no conoció jamás freno en el crimen ni en la disciplina; que incendió el templo de las Ninfas, á fin de destruir los registros públicos, y para no dejar huella alguna de nuestra pasada gloria. Si, romanos, aquel que yo he matado no respetaba ya ni leyes ni

»títulos ni propiedades; se apoderaba de las posesio-  
 »nes, no ya por medio de procesos injustos y por sen-  
 »tencias sorprendidas á la religion de los jueces, sino  
 »por la fuerza, marchando con los soldados, bande-  
 »ras desplegadas; á la cabeza de sus tropas recorrió  
 »los campos, y los jardines seguido de arquitectos; en  
 »la embriaguez de sus esperanzas, no asignaba otros  
 »límites á sus dominios que el Janículo y los Alpes.  
 »T. Pacuvio, caballero romano, se negó á venderle  
 »una isla situada en el lago Prelio; al punto mandó  
 »trasladar allí materiales é instrumentos, y á la vista  
 »del propietario, que le miraba desde la orilla opues-  
 »ta, levantó un edificio sobre un terreno que no le  
 »pertenece. Una muger, un niño no encontraron en  
 »él conmiseracion alguna; Aponio y Escancia fueron  
 »amenazados con la muerte si no le entregaban sus  
 »jardines. ¡Qué digo! se atrevió á decir á T. Furfanio,  
 »sí, á Furfanio, que si no le daba todo el dinero que  
 »le habia pedido, llevaria un cadáver á su casa á fin  
 »de que recayese sobre este hombre respetable todo  
 »el odio de un asesinato.

»Y no digais, que escitado por el odio, declamo  
 »con mas pasion que verdad contra un hombre que  
 »fué enemigo mio. Sin duda nadie tuvo mas derechos  
 »que yo para odiarle; pero era el enemigo comun, y  
 »mi odio personal apenas podia igualar al horror que  
 »inspiraba á todos. No es posible espresar, ni aun con-  
 »cebir hasta qué punto de maldad ha llegado este  
 »mónstruo. Y puesto que aqui se trata de la muerte de  
 »Clodio, imaginad, ciudadanos, pues nuestros pen-  
 »samientos son libres y nuestra alma puede hacer sim-  
 »ples ficciones tan sensibles como los objetos que hie-  
 »ren nuestra vista; imaginad, digo, aun cuando es-  
 »tuviese en mi poder absolver á Milon, bajo el supues-  
 »to de quo Clodio resucitara... ¡Cómo! ¡Palideceis!  
 »¡Cuáles serian vuestros terrores si estuviese vivo,  
 »pues que muerto como está, á la sola idea de que  
 »pueda revivir os llenais de espanto!

»Los griegos hacen honores divinos á aquellos que  
 »mataron á los tiranos. ¿Cuántas cosas de este género  
 »no he visto yo en Atenas y en las demas ciudades de  
 »Grecia? ¿Cuántas fiestas instituidas en conmemoracion  
 »de estos generosos ciudadanos! ¡Qué himnos! ¡Qué  
 »cánticos! El recuerdo, el culto mismo de los pueblos  
 »consagran sus nombres á la inmortalidad; y vosotros,  
 »lejos de consagrar honores al conservador de un pue-  
 »blo tan grande, al vengador de tantas iniquidades,  
 »¿sufrireis que le lleven al suplicio?

»Existe, si, ciertamente un poder que preside á  
 »toda la naturaleza; y si en nuestros cuerpos débiles  
 »ó frágiles sentimos un principio activo que los anima,  
 »¿cuánto mas una inteligencia soberana debe dirigir los  
 »movimientos admirables de este vasto universo! ¿Me  
 »atreveré yo á revocarla como dudosa porque se es-  
 »cape á nuestros sentidos y que no se muestre á nues-  
 »tras consideraciones? Pero esta alma que está en nos-  
 »otros, porque nosotros pensamos y prevemos, que me  
 »inspira en este momento en que hablo delante de  
 »vosotros, ¿nuestra alma tambien no es invisible?  
 »¿Quién sabe cuál es su esencia? ¿Quién puede indi-  
 »car el lugar donde reside? Es, pues, aquel poder  
 »eternal á quien nuestro imperio ha debido tantas ve-  
 »ces éxitos y prosperidades increíbles, quien ha des-  
 »truido y anonadado ese mónstruo, y le ha sugerido el  
 »pensamiento de irritar con su violencia y de atacar á  
 »mano armada al mas valeroso de los hombres, á fin

»de que fuese vencido por un ciudadano, cuya der-  
 »rota le hubiera asegurado para siempre la licencia y  
 »la impunidad. Este grande acontecimiento no ha sido  
 »conducido por un consejo humano; no es, ni aun el  
 »efecto ordinario de la proteccion de los inmortales.  
 »Los lugares sagrados parece haberse conmovido vien-  
 »do caer al impio, y por haberse apoderado del de-  
 »recho de una justa venganza. Os pongo por testigos  
 »aqui colinas sagradas, altares asociados al mismo  
 »culto que los nuestros y no menos antiguos que los  
 »altares del pueblo romano, vosotros, destruidos por  
 »él, vosotros, abatidos por un furor sacrilego, y vues-  
 »tros bosques tambien para aplanaros bajo el peso de  
 »sus locas construcciones. Entonces vuestros dioses  
 »han señalado su poder; entonces vuestra magestad,  
 »ultrajada por todos los crímenes, se ha manifestado  
 »con brillo. Y tú, dios tutelar del Lacio, gran Júpí-  
 »ter, tú cuyas leyes habia profanado, cuyos bosques,  
 »cuyo territorio habia humillado con abominaciones y  
 »atentados de toda especie, tu paciencia se ha cansa-  
 »do; todos estais ya vengados, y en vuestra misma  
 »presencia ha sufrido la pena debida á tantos crí-  
 »menes.

»Romanos, nada ha hecho aqui la casualidad. Ved  
 »en qué sitio ha empeñado Clodio el combate: fué de-  
 »lante de un templo de la Buena Diosa; si, en pre-  
 »sencia de aquella misma divinidad, cuyo san-  
 »tuario se levanta en el dominio del jóven y virtuoso  
 »Sexto Galo, donde el profanador ha recibido aquella  
 »herida que debia ser seguida de una muerte cruel, y  
 »hemos reconocido que el juicio infame que le habia  
 »absuelto en otro tiempo no ha hecho mas que reser-  
 »varle á este ruidoso castigo.

»Ademas, la cólera de los dioses es la que ha da-  
 »do á sus satélites aquel vértigo que, arrastrando su  
 »cuerpo por una plaza pública, cubierto de sangre y  
 »lodo, le ha visto quemado, sin llevar por consiguien-  
 »te las imágenes de sus antepasados, sin lamentacio-  
 »nes, ni juegos, ni cantos fúnebres, ni elogio, ni con-  
 »voy; en una palabra, sin ninguno de aquellos hono-  
 »res últimos que los mismos enemigos no niegan á sus  
 »enemigos. Sin duda el cielo no ha permitido que las  
 »imágenes de los ciudadanos mas ilustres honrasen á  
 »este execrable parricida, y su cadáver debia ser des-  
 »pedazado en el lugar donde su vida habia sido  
 »odiada.

»Yo deploraba la suerte del pueblo romano, con-  
 »denado desde tanto tiempo á verle impunemente ho-  
 »llar la república; manchó con adulterio los mas san-  
 »tos misterios; insultó los senado-consultos mas res-  
 »petables; se emancipó abiertamente del dominio de  
 »los jueces. Tribuno, atormentó al senado, anuló lo  
 »que habia hecho, con el consentimiento de todas las  
 »órdenes, para la salvacion de la república; me des-  
 »terró de mi patria, arrebató mis bienes, quemó mi  
 »casa, persiguió á mi muger y á mis hijos, declaró  
 »una guerra impia á Pompeyo, degolló á los ciudada-  
 »nos, á los magistrados, redujo á cenizas la casa de  
 »mi hermano, devastó la Etruria y poseyó una multi-  
 »tud de propiedades ajenas. Infatigable en el crimen  
 »prosiguió el curso de sus atentados. Roma, la Italia,  
 »las provincias, las monarquias no eran ya un teatro  
 »bastante vasto para sus estravagantes proyectos.

»En cuanto á mí, se depedaza mi corazon, mi al-  
 »ma está penetrada de un dolor mortal cuando oigo  
 »aquellas palabras que todos los dias repite Milon de-  
 »lante de mí: Adios, mi querido conciudadano, adios;

»sí, para siempre adios. Que vengan en paz, que sean  
 »dichosos, que se cumplan todos sus votos, que esta  
 »ciudad se mantenga célebre, esta patria que siempre  
 »me será querida, sea cualquiera el tratamiento que  
 »yo esperimiente de ella; que mis conciudadanos go-  
 »cen sin mí, pues que no me es permitido gozar con  
 »ellos de una tranquilidad que, sin embargo, á nadie  
 »deberán mas que á mí. Partiré, me alejaré. Si yo no  
 »puedo dividir la felicidad de Roma, no tendré al  
 »menos el espectáculo de sus males, y no bien haya  
 »yo encontrado una ciudad donde las leyes y la liber-  
 »tad sean respetadas, allí fijaré mi residencia. Vanos  
 »trabajos, añade, esperanzas engañosas, inútiles pro-  
 »yectos. Cuando durante mi tribunado, viendo la re-  
 »pública oprimida, me entregué enteramente al sena-  
 »do espirante, á los caballeros romanos desnudos de  
 »fuerza y de poder, á los hombres de bien desalenta-  
 »dos y ultrajados por las armas de Clodio, ¿podía yo  
 »pensar que me vería un día abandonado por los bue-  
 »nos ciudadanos? Y tú, pues me diriges á menudo la  
 »palabra, despues de haberte devuelto á la patria,  
 »¿debia yo esperar que la patria se cerraria un dia  
 »para mí? ¿Qué ha sido del senado á quien hemos es-  
 »tado constantemente unidos, de aquellos caballeros,  
 »sí, de aquellos caballeros adheridos á tus intereses?  
 »¿El celo de las ciudades municipales? ¿Aquellas uná-  
 »nimes aclamaciones de toda la Italia? Y tú mismo,  
 »Cicerón, ¿qué ha sido de tu voz, de aquella voz sa-  
 »ludable á tantos ciudadanos? ¿Es impotente solo pa-  
 »ra mí, que tantas veces he desafiado á la muerte por  
 »tí?

»Yo os imploro, romanos, que habeis derramado  
 »tantas veces vuestra sangre por la patria; valerosos  
 »centuriones, intrépidos soldados, á vosotros me di-  
 »rijo en los peligros de un hombre animoso, de un  
 »ciudadano invencible. Estais presentes, ¿qué digo?  
 »estais armados para proteger este tribunal, ¿y veriais  
 »un héroe tal como él rechazado, desterrado y lanza-  
 »do lejos de Roma? ¡Qué desgraciado soy! Por el so-  
 »corro de tus jueces, ¡oh Milon! has podido restable-  
 »cerme en mi patria, ¿y no podré yo con su auxilio  
 »mantenerte á tí? ¿Qué responderé á mis hijos que te  
 »miran como á segundo padre? ¡Oh, Quintilio! ¡Oh,  
 »hermano mio, ausente hoy, entoncés compañero de  
 »mis infortunios! ¿Qué puedo decirte? ¿Qué no he  
 »podido hacer yo en favor de Milon con aquellos que  
 »le ayudaron á salvarnos al uno y al otro? ¿Y en qué  
 »causa? En una causa en que tenemos á todo el uni-  
 »verso por nosotros. ¿Quién me lo habrá rehusado?  
 »Aquellos á quienes la muerte de Clodio ha procurado  
 »la paz ó el reposo. ¿A quién lo habrán rehusado? A  
 »mí. ¿Qué gran crimen he cometido? ¿De qué horri-  
 »ble atentado me hice culpable cuando he penetrado,  
 »descubierto, ahogado aquella conspiracion que ame-  
 »nazaba el Estado entero? Tal es el origen de los ma-  
 »les que caen sobre mí y sobre todos los míos. ¿Por  
 »qué querer mi reposo? ¿Para desterrar de mis ojos  
 »á aquellos que me habian traido? ¡Ah! yo os ruego  
 »no consintais que este regreso sea mas doloroso para  
 »mí que lo fué la partida. ¿Puedo yo creerme en efec-  
 »to restablecido si los ciudadanos que me han reem-  
 »plazado en el seno de Roma se separan de mis  
 »brazos?

»Antes que ser testigo de ello pueda yo, perdona,  
 »¡oh patria mia! temer que este voto de amistad sea  
 »una horrible imprecacion contra tí; pueda yo ver á  
 »Clodio vivo, verle pretor, cónsul, dictador... ¡Dio-

»ses inmortales! ¡Qué valor, y cuán digno es Milon  
 »de que le conserveis! No, diré, no me retracto de  
 »este voto impio. El malvado ha sufrido la pena que  
 »merecia: á este premio sufrimos una pena que no me-  
 »recemos. Este hombre generoso que no ha vivido mas  
 »que para su patria; ¿morirá en otra parte que en el  
 »seno de su patria? O si muere por ella, ¿conserva-  
 »reis el recuerdo de su valor, negando á sus cenizas  
 »una tumba en la Italia? ¿Osará alguno de vosotros  
 »rechazar á un ciudadano á quien llamarán todas las  
 »ciudades aun cuando vosotros le desterreis? ¡Feliz  
 »el pais que reciba á este grande hombre! ¡Oh Roma  
 »ingrata si ella le destierra! ¡Roma desgraciada si ella  
 »le pierde! Pero concluyamos; mis lágrimas ahogan  
 »mi voz, y Milon no quiere ser defendido por las lá-  
 »grimas.»

## VI.

Ciceron, despues de las funciones de pontífice que  
 habia ejercido durante cinco años, obtuvo el gobierno de  
 Cilicia en calidad de general, de procónsul y de pu-  
 rificador de esta provincia de Asia, que confinaba por  
 un lado con la Grecia y por el otro con la Siria. Tenia  
 bajo sus órdenes un ejército de 20,000 hombres. in-  
 dependientemente de los cuerpos auxiliares proceden-  
 tes de los príncipes tributarios de Roma. El genio ro-  
 mano, como lo hemos visto mas arriba, era natural-  
 mente universal. Ningun ejército hubiera reconvenido  
 á su gefe de ser á un mismo tiempo el primer orador  
 y el primer poeta y el primer magistrado de su patria.  
 Ninguna asamblea del pueblo en derredor de la tribu-  
 na de las arengas hubiera reconvenido al orador de  
 haber ganado victorias. Todo lo que amplificaba al  
 hombre engrandecia sus funciones. El nuevo general  
 aconsejado por Pompeyo, correspondió dignamente á  
 la confianza de su patria. Socorrió á los restos del ejé-  
 cito de Craso, que luchaban en Siria contra las fuer-  
 zas indomables de los partos, únicos rivales del pue-  
 blo romano en Asia. Descendiendo del monte Tauro,  
 aquellos Alpes de la Cilicia, á la cabeza de 40,000  
 hombres, los combatió bajo los muros de Antioquia,  
 libertó al ejército romano de Siria, envuelto por ellos  
 en aquella ciudad, y los repelió á los desiertos. A la  
 vuelta de esta expedicion sometió á la Capadocia, rei-  
 no vecino de la Cilicia, que se habia emancipado del  
 yugo de los romanos. Restableció sobre su trono al rey  
 Ariobarzano, protegido de Roma; y aunque pobre,  
 rehusó generosamente el tributo, precio de esta res-  
 tauracion, que este rey le ofreció. Fiel á los principios  
 de desinterés y de virtud que habia tomado por regla  
 en su vida, y que habia profesado en uno de los mas  
 bellos libros sobre la república, rehusó hasta el aloja-  
 miento y la hospitalidad honrosa que las ciudades alia-  
 das debian á los procónsules. Hizo contrastar allí el  
 gobierno de un filósofo con la opresion de un magis-  
 trado. Hizo perdonar á la dominacion de Roma y ben-  
 decir su propio nombre. Las provincias le proclamaron  
 su padre, y su ejército le proclamó *imperator*, tí-  
 tulo supremo, que preludiaba ordinariamente el triun-  
 fo. Las agitaciones crecientes de Roma le arrancaron  
 estos honores; entró en ella coronado de laureles, sím-  
 bolo de sus honrosas expediciones. A su llegada á Ro-  
 ma, triunfante fuera, perecia dentro.

## VII.

La rivalidad entre César y Pompeyo, que no es-

taba ya contrabalanceada por Craso, se había acrecentado y envenenado durante la ausencia de Ciceron. César pedía al senado prolongaciones de poderes, extensiones de provincias, adjudicaciones de legiones á su ejército y honores que le hubieran hecho dueño de la república. Pompeyo, apoyo de la república, del senado y de los ciudadanos, lo rehusaba todo. La guerra abierta estaba dispuesta á estallar entre dos hombres demasiado grandes para que una misma patria, y casi un mismo universo pudiese contenerlos. Un tercer partido, formado á la vez de los republicanos incorruptibles, tales como Caton, Bruto, y sus amigos, y de los agitadores del pueblo, resto de las facciones populares de Clodio, amenazaba á la república con la turbulencia bajo pretexto de defenderla, mientras que César y Pompeyo la amenazaban con la tiranía, bajo pretexto de salvarla. Entre estos tres peligros, que la viva y penetrante inteligencia de Ciceron veía mas lejos que el vulgo, no examinaba ya en donde estaba el mayor bien, sino el menor mal para la república. La tiranía demagógica del pueblo, removida por sus tribunos, le causaba horror. La sombra de Clodio, sus peligros, sus amigos muertos, sus honores perdidos, su proscripción sufrida, sus casas quemadas, el recuerdo de las insurrecciones de los Gracos, de las antorchas de Mario, de los lictores de Sila le hacian estremecer, temiendo la vuelta de las convulsiones civiles. Por otra parte, un choque de los ejércitos romanos en el seno mismo de Italia entre Pompeyo y César no le mostraba en perspectiva mas que la guerra de romanos contra romanos y la tiranía absoluta y sin contrapeso de los vencedores. Allí estaba la combustion, aquí el fin de la república. En esta perplejidad escoger era para él imposible y sin embargo necesario. Prefería prorogar y dar tiempo á la fortuna de Roma y temperamento á las cosas, que suspendiesen al menos su patria sobre la pendiente de las últimas calamidades. Todos los partidos, excepto el partido de los demagogos, sus eternos enemigos, se disputaban á Ciceron, como si él hubiera sido el árbitro del destino. Dudaba en pronunciarse. César le escribía cartas lisonjeras, en las cuales se disculpaba de toda inclinacion á la tiranía y le hacia juez entre Pompeyo y él; le daba en estas cartas aquel mismo título igual al suyo de *imperator*, como para elevarle al nivel de su gloria militar, subordinándose desde bien lejos á su gloria civil. Pompeyo le suplicaba se reconciliase con él y que le concediese una entrevista en una de sus casas de campo antes de entrar en Roma. Ciceron fué á ella. Estos dos hombres, los mas grandes y los mas patriotas despues de Caton, pasaron un dia entero en conferencias secretas en los jardines de Pompeyo, deliberando sobre los intereses de la república. Ciceron empleó todo el calor de su patriotismo, toda la fuerza de su elocuencia, todas las súplicas de la amistad para convencer á Pompeyo de la necesidad de la concordia con César para la gloria de los dos y para la salvacion de Roma. Pompeyo la declaró imposible. Irritado de las exigencias insaciables de un rival á quien ya no bastaba la mitad del imperio, convencido por la ambicion de César y por sus halagos al partido popular, por su sed de honores, por la ambigüedad de sus negociaciones, que no seria definitiva ninguna paz con este hombre, sintiendo ademas sublevada á la Italia por esta opinion casi unánime que se indignaba con las amenazas de César, y que le prometia, dando una patada en la tierra hacer salir

legiones contra su rival, Pompeyo estaba resuelto á aceptar, en fin, el juicio de la fortuna por las armas. Su virtud le llevaba á este partido extremo, tanto como su ambicion, pues su ambicion era vasta, pero honrada. Adoraba á la república, y haciéndose el campeón de las leyes, del senado, del pueblo, de la libertad de Italia, no eran solamente su propia gloria, eran la patria, los antepasados y la posteridad de Roma á quienes defendia defendiéndose él mismo.

## VIII.

Ciceron, sin haber obtenido nada, pasó á Roma, donde fué recibido como la última esperanza de los buenos ciudadanos. Pero su triunfo le pareció un duelo, y al entrar por la puerta triunfal, sintió, escribe, «que caía en plena guerra civil.»

Con efecto, estalló pocos dias despues y cayó Ciceron en perplejidades que le acusaron de debilidad, pero que eran en realidad las agonías de la república moribunda mas bien que las agonías de un hombre irresoluto.

César, cansado de esperar de Pompeyo y del senado condescendencias proporcionadas á su ambicion, se decidió al fin al sacrilegio contra su patria. Habiendo bajado de los Alpes á la Baja Italia á la cabeza de algunas legiones, atravesó el Rubicon, pequeño riachuelo que formaba el límite legal de su gobierno de la Galia, y cuyo paso á mano armada le declaraba enemigo público. *La suerte está echada*, exclamó César lanzando despues de una larga duda su caballo en las olas del Rubicon. Esta palabra era el fin de la república. Desde el momento en que el parricida no pareció ya un ciudadano poderoso, sino un juego en la casualidad, cuyo juguete era el mundo, y donde los soldados no eran ya romanos sino mercenarios, la libertad, que no se alimenta mas que de virtudes públicas, no podia existir, y la Italia no era ya digna mas que de llegar á ser la presa y el juguete de los ambiciosos.

## IX.

Se habia estremecido toda entera á pesar del atentado de César. Un inmenso grito de horror y de indignacion se levantó desde el Rubicon hasta Roma y desde Roma hasta las provincias mas remotas de la dominacion romana. Aun cuando no se disimulaba el ascendiente irresistible que los ejércitos, sus gefes, los poseedores de grandes gobiernos prolongados por el pueblo y el senado, los dictadores, en fin, ejercian sobre la república, desde la corrupcion de las costumbres públicas, si no se creía en la virtud se creía todavía en el pudor. El crimen desenmascarado del Rubicon hizo temblar el suelo de Italia. Se creyó en un momento que iba á tragar al temerario que volvía las armas de Roma contra Roma. El mismo César se aterró al ver la emocion general que produjo su audacia. Por eso se esforzó en atenuarla, presentándose á las poblaciones de su tránsito como una víctima de las injusticias y de la ingratitud de Pompeyo y del senado, que venia, no á humillar á su pais, sino á pedir justicia para sus soldados y para él. Afectó negociar, ofrecer y discutir condiciones moderadas de concordia y de paz, mientras que sus lugartenientes, sus emisarios, intimidaban, comerciaban ó compraban á Roma misma en los muros de Roma. Ciceron, mas

halagado por él que ninguno de los hombres influyentes de la república, veía cercanos los progresos de César, las ilusiones de las gentes honradas, la depravación de los malvados, la lentitud y la magestad inerte de Pompeyo. Aspiraba mas que nunca á prevenir el choque por medio de un acomodamiento pacífico entre los dos rivales. César le escribía frecuentemente, y fingiendo escogerle para abatir á Pompeyo, hacia responsable á Ciceron en la apariencia de la suerte del universo. Pero esperando el resultado de la intervencion de Ciceron, marchaba siempre, engrasando su partido en su tránsito por todas las provincias, por todas las ciudades, con legiones, que la inconcebible indolencia de Pompeyo le dejaba sucesivamente aproximarse y apoderarse de todo por el terror ó por la seducción. Rodeado de un ejército de galos que habia reunido en la guerra y agregado á sus cohortes, era el primero que llevaba á los bárbaros contra su patria. Coriolan, que en otro tiempo habia llevado otros estrangeros contra Roma, no habia hecho nada mas monstruoso, y al menos tenia por excusa la venganza contra aquellos que le habian proscrito de su patria. César no tenia que vengarse mas que de los honores y de los mandos que habia recibido de Roma, y sin embargo, la historia ha vituperado á Coriolan y ha deificado á César. He aquí la justicia de los hombres irreflexivos que toman el éxito por juez de la moralidad de los acontecimientos.

## X.

Sin embargo, todo era turbacion y confusion en Roma. Pompeyo, renunciando á defender la Italia, se retiraba con el senado, los buenos ciudadanos, los cónsules, los pontífices, los tribunos, las leyes y los dioses de la capital, y reuniendo las pocas legiones que le estaban personalmente adheridas, formaba á orillas del mar un ejército, aunque tarde. Reunió en Brindes todas las fuerzas navales de la república. Parecía incierto todavía si esperaria allí al ejército de César, y si aceptaria la batalla ó se embarcaria con sus tropas, dejando á César el suelo y trasladando los poderes públicos, á los defensores de la libertad mas allá del mar, como para dejar el vacío y el horror que protestaran contra el sacrilegio de César.

Ciceron lamentaba esta política resignada y de desesperacion, mas digna de un filósofo desalentado que de un gran capitán como Pompeyo. Aun cuando estuviera indignado contra César y aunque no dudará adherirse á las leyes, á los dioses, á la justicia, á la libertad, á la república, en el partido de Pompeyo, que representaba á la sazón la conciencia misma del pueblo romano, no podia consentir este abandono de la Italia y de sí mismo, que le parecia una desercion de la mas santa de las causas; temblaba de cometer un error siguiendo á Pompeyo fuera de Italia, ó cometer una cobardía no siguiendo á la república á donde Pompeyo la llevaba con él. En semejante perplejidad permanecía indeciso é inmóvil en su casa de Formies, fuera de Roma, y á igual distancia que César, que nada adelantaba, y de Pompeyo que huía, suplicando al uno que volviese para combatir y al otro detuviese su atentado, y espresando en sus cartas á sus amigos de Roma la desesperacion de su incertidumbre á la agonía mortal de sus irresoluciones.

## XI.

«Me dices que me acuerde de mí mismo, de mis  
»máximas, de mis escritos, de mis discursos, de mis  
»acciones pasadas, y que las tome por jueces de lo  
»que tengo que hacer hoy, escribía á Atico. Te doy las  
»gracias por no darme otro consejo, otro ejemplo que  
»yo mismo; pero considera si en alguna república,  
»cualquiera que fuese, un gefe de partido cometió nun-  
»ca faltas tan vergonzosas como las de nuestro amigo  
»Pompeyo, que abandonando á Roma deserta de la  
»misma patria, por la cual y en la cual su deber y su  
»gloria eran morir!.. Tú me hablas al abrigo de los  
»acontecimientos, tranquilo en tu casa; ignoras nues-  
»tras calamidades, nuestras miserias, nuestras vergüen-  
»zas, que nos vemos espulsados de nuestras casas, des-  
»pojados de nuestros bienes, caminando al azar con  
»nuestras mugeres y nuestros hijos, entre dos ejércitos  
»dispuestos á chocarse sobre nuestras ruinas!... Y no  
»es por la victoria por lo que nos hemos visto obliga-  
»dos á abandonar á Roma; no, es por la demencia de  
»nuestro gefe Pompeyo, de un hombre sobre el cual  
»descansan todos nuestros destinos, cuyas mortales en-  
»fermedades nos amenazan casi todos los años con su  
»muerte. Por él dejamos nuestra patria, no para re-  
»conquistarla, volviendo á entrar en ella mas fuertes  
»y mas invencibles, sino para entregarla á las llamas  
»y al saqueo de nuestros enemigos!.. Hé aquí por  
»qué estamos aquí con esta multitud de ciudadanos  
»que han salido con nosotros de Roma. ¡Roma está  
»desierta; no hay nadie en la ciudad, ni en los arra-  
»bales, ni en las casas de campo, ni en los jardines  
»cercanos á la villa! Y Pompeyo no nos encuentra  
»bastante desterrados en esta ribera del mar, y nos  
»llama á su lado en la Pulla... ¿Qué deducir de todo  
»esto? ¡Yo amo á Pompeyo, estoy dispuesto á sacri-  
»ficarme por él; pero debo pensar en la patria, y la  
»patria, sin embargo, no es un hombre!... ¿No tengo  
»yo grandes ejemplos para no abandonar la patria, ni  
»sujetarme á un tirano? ¡Sócrates la abandonó mientras  
»que Atenas gemia bajo el dominio de los treinta tiranos?  
»Os he dicho en efecto que queria mejor ser vencido  
»con Pompeyo que vencedor con César. Si, pero con  
»Pompeyo, digno de sí mismo y semejante á sí mismo;  
»pero con Pompeyo huyendo antes de saber hasta dónde  
»fué, y sin saber dónde fué, ¡con Pompeyo entregando  
»sin combate, á la patria nuestros hijos, nuestras mu-  
»geres, nuestros bienes, nuestras leyes, nuestras vidas  
»á la tiranía!... La suposicion que yo hacia está ya rea-  
»lizada. ¡Véase si soy vencido con este hombre y por  
»este hombre!... ¡Acuérdate que siempre he sido de pa-  
»recer que era preciso ante todas cosas evitar el choque  
»de la guerra entre estos dos gefes de partido, y que era  
»menester bajo ningun pretexto no abandonar, no so-  
»lamente la Italia, sino Roma misma!... ¡Yo llevo el  
»luto de la república!... ¡Mira qué hombre tenemos  
»en la persona de César! ¡Qué perspicacia, qué pron-  
»titud, qué vigilancia! ¡Si no recurre al asesinato, ni  
»á la venganza, ni á la proscripcion, va á ser muy  
»pronto el ídolo de estos mismos romanos á quienes  
»ayer aterraba! ¡Oigo hablar en mi derredor á una multi-  
»tud de ciudadanos y de aldeanos; no piensan ya mas  
»que en sus campos, que en sus casas rústicas, que en  
»sus escudos! ¡Reflexiona un poco sobre la versatilidad  
»de las almas! ¡Hoy temen á aquel Pompeyo que ayer

»era su ídolo y su apoyo; comienzan á adorar á este César que ayer temian como á su azote!...»

Luego, llenándose de una virtuosa indignacion contra este mismo César cuyo genio acaba de admirar hace poco:

«¡Oh, miserable! esclama! ¡Oh, ladron de las leyes! ¡Oh, bandido! ¡Oh, devastador de su patria!...»  
 »¡Y sin embargo todo el mundo acude en mi derredor para reunirse con Pompeyo: hoy este, mañana aquel!»  
 »¡Yo sé que los buenos y grandes ciudadanos, que han sido el honor y el apoyo de Roma, vituperan en mí estas lamentaciones, porque dudo todavía partir!...»  
 »¡Pues bien, partamos, pues, y para probar que soy un bueno y grande ciudadano vamos tambien á llevar por tierra y por mar la guerra civil á nuestra infortunada patria!...

## XII.

Pero nunca partia, detenido por aquella duda mortal entre la vergüenza de no seguir á su partido natural y el crimen de ir á llevar la guerra á su pais.

«Para distraerme de la enfermedad de mis pensamientos, escribe á su confidente y amigo Atico, entro en estas terribles cuestiones, me hago estas preguntas terribles y me ejercito en resolverlas, porque de su solucion depende el partido que he de tomar:

—¿Es conveniente á un ciudadano virtuoso permanecer en su pais cuando este ha caido bajo el poder de un tirano? ¿Debe emplear él mismo todos los medios que estén á su alcance para librar á su patria de la tirania, aun cuando esos medios la espusieran á su última ruina? ¿No debe tener recelo de ir muy adelante y de cambiar en opresor el gefe que se opone al tirano de su pais? ¿No le está mejor buscar la salvacion de su pais en las concesiones y acomodamientos pacíficos que en el recurso de las armas? ¿Es permitido á un buen ciudadano el retirarse aparte durante las conmociones de su pais? ¿Puede en conciencia estrechar é incendiar á su patria para libertarla de un tirano? ¿En las discusiones civiles tiene uno que seguir la causa y la fortuna de su partido, aun cuando este partido cometa faltas y crímenes? Por último, ¿un hombre que ha sido víctima de la envidia, de la iniquidad, de la ingratitud y de las persecuciones por haber salvado una vez á su pais, debe esponerse voluntariamente por segunda vez á los propios males?»

Mientras que Ciceron se proponia responderse á estas preguntas, cuya solucion secreta se ve claramente en su alma por el arte con que inclina el ánimo de su amigo á resolverlas en el sentido de la neutralidad, César y sus amigos de Roma le suplicaban que permaneciese neutral, él se escusaba con Pompeyo de no haber convenido con él todavía en la imposibilidad de atravesar una parte de la Italia, inundada ya con las tropas de César. En fin, Pompeyo habiendo llamado y reunido en Brindes todas sus legiones y todos los republicanos austeros, tales como Casio, Bruto, Labieno, Caton, hizo frente á la aproximacion de César por la costa de Epiro, llevando consigo á todo el que en Roma era digno del nombre romano. Ciceron se encontró por este hecho que tanto habia anatematizado y que tanto repugnaba imitar, sobrecargado con el peso de sus incertidumbres.

La Italia entera, inmediatamente despues de la partida de Pompeyo, se precipitó á los pies del vencedor.

Roma no se respetaba ya á sí misma, y solamente era digna de un amo. Esta abyeccion de su patria sublevó el alma de Ciceron, llenándola de indignacion y vergüenza, y en lugar de hacer un reproche de la victoria de César, se retiró. El éxito, que es la razon del vulgo, es el escándalo de las almas grandes. Él se encerró en *Arpino*, residencia de sus padres, como para buscar allí los recuerdos y los consejos de la virtud antigua, y para sobrellevar en la soledad el daño de su pais.

«Hasta el presente, escribe á sus amigos, yo no he estado sino muy triste y perplejo. La fluctuacion y la incertidumbre de las cosas escitaban mi alma, y la impedian sentir la ruina de mi patria; pero desde que Pompeyo, los cónsules, la republica misma abandonaron la Italia, no es ya el dolor, sino un suplicio lo que devora mi alma. Me parece que yo he perdido, no solamente la patria sino el honor. ¡Ah! ¿porque no me encuentro con Pompeyo y con todos los buenos ciudadanos de mi partido, pues que todos ellos, cuando yo repugnaba el partir, mis amigos, mis parientes, mi muger, mi propia hija creian que mi puesto estaba entre los últimos puntales de la libertad de Roma? Yo he sido engañado por dos pensamientos honrados, pero ciegos, primeramente por la esperanza obstinada de negociar la paz entre estos dos hombres, y en segundo lugar por el horror á suscitar la guerra entre los ciudadanos. Ahora veo que valia mil veces mas morir que vivir con los opresores de mi pais.»

Sin embargo, César le pidió una entrevista y le escribió para darle una cita en Roma, á donde él le suplicaba que fuera en nombre de la salvacion pública.

«Yo seguiré vuestros consejos, le escribió á Ciceron, yo me reconciliaré con Pompeyo. Yo por mi mismo me encuentro inclinado á la dulzura y á la paz; tratemos de reconquistar todos los corazones para gozar largo tiempo de mi victoria. Yo seguiré otras máximas que algunos tiranos que me han precedido, á quienes Dios me libre de imitar, y yo aseguraré la duracion de mi triunfo por el perdon y la magnanimidad.»

No contento de estas caricias, César, viendo que Ciceron rehusaba volver á Roma, le fué á ver, al regresar de Brindes, en su casa de Formias. La entrevista era formidable para Ciceron, que tenia que defender su virtud, y para César que tenia que paliar su atentado.

«¡Cómo quisiera yo tener mañana, escribió Ciceron la víspera de la visita de César, aquella sabiduria de Homero, oculta bajo la figura de un amigo, para que me inspirase lo que yo habia de decir! Pero yo me encuentro en las tinieblas, y me parece que no hay ya sol en el mundo.»

Por último, César llegó rodeado de una multitud de guerreros sin miramientos y de hombres de desorden sin patria, de esos que no hallan refugio sino en la tiranía ó en la licencia.

«¡Qué cortejo, oh dioses, escribió Ciceron al dia siguiente con toda la emocion de su escándalo! ¡Qué turba! ¡Cómo teneis costumbre de llamar á esa comitiva de César! ¡Oh vergonzosa pérdida de la republica! ¡Oh tropas desesperadas y capaces de toda infamia! ¡Qué hacian, oh cielos, entre tales gentes un hijo de Servio y uno de Licinio! ¡Pero era mucho peor en su campo de Brindes, donde le acompañaban seis legiones!»

César en esta entrevista hizo lo que él sabia hacer

cuando en vez de abandonarse á su ambicion se entregaba á su carácter, el mas amable y seductor de todos los romanos. Habiendo adquirido en su larga residencia en las Galias algo de la gracia, del abandono y de la ligereza de los galos al tratar familiarmente las cosas graves, jugando con su fortuna como con una de sus cortesanas, y perdiendo ó ganando el universo como un puñado de sestercios al juego en su tienda; amando la virtud y el talento como dos voluptuosidades del alma, que su organizacion naturalmente honrada y esquisita le hacia buscar, se acomodaba tambien á las bajezas y los vicios de su época, por los cuales triunfó de su patria, triunfaron con él. A él le hizo enrojecer sin duda delante de Ciceron el aspecto de su comitiva; pero no perdonó seducccion alguna de las suyas para encadenarlo á su partido, ó al menos para que no se marchase de Italia. Ciceron se esforzó en vano, dice en la carta en que da cuenta de esta entrevista, por demostrar á César que el honor, el deber y la fidelidad á la amistad eran para él una ley que le obligaban á retirarse con sus amigos allende del mar.

«Yo no obtuve nada, dice; se obstinó en hacerme ver que mi retirada seria su condenacion y serviría de ejemplo y autoridad á otros para apartarse de él. ¿No es mucho mejor para vos, para mí, para Pompeyo, para la patria misma, le dijo César, que me siguiérais á Roma para negociar allí la reconciliacion y la paz entre nosotros?»

—¿Tendré yo, por ventura, libertad en Roma para arreglar las condiciones? respondió Ciceron.

—¡Toma! replicó César, ¿pensais que yo pretendo dictar lo que ha de decir á un hombre como vos?»

—Pues bien, añadió Ciceron sonriéndose y con firmeza, yo iré; pero será para aconsejar al senado que no os otorgue las tropas que quereis conducir á España y á Epiro contra el partido de Pompeyo.

—Guardaos de eso, exclamó César, yo no sufro que se den tales consejos en Roma.

—Yo lo sabia de antemano, respondió Ciceron, y he aquí la razon por qué no os sigo á Roma, ó para decir cosas contra mi deber, ó para oirlas decir sin poder contestar libremente á ellas.

«En fin, añade Ciceron, despues de la reseña de esta larga conferencia, llena de familiaridad, de bromas y de insinuaciones siniestras, César se retiró descontento, lo cual si no me ha hecho ser amado de él, me ha servido para que yo me estime mas á mí mismo. En el momento de subir en su litera para ir á Roma cambió de tono.

—Ahora bien, me dijo con una intencion casi amenazadora, puesto que vos no quereis ayudarme con vuestros consejos, yo me veré en el caso de seguir los de otro, y no me detendré ante consideracion alguna.»

La dictadura, la guerra civil, el encarnizamiento de unos ciudadanos contra otros, la muerte de Pompeyo, el suicidio de Caton, el asesinato de Ciceron, su propia catástrofe en el senado, todo esto se contenia en dichas palabras.

«¿Vos habeis visto al hombre y habeis temblado por la patria? me escribisteis hace algunos dias, decia él á Atico al fin de aquella reseña.

—Sí, yo lo he visto y he llorado la suerte de mi pais.

—¿Y despues qué es lo que ha pasado?»

—Despues él se fué á Roma y yo he regresado á

*Arpino*, donde esperaré la llegada de las gOLONDRINAS...»

Es decir, la estacion en que la mar le permitia embarcarse para ir á reunirse con Pompeyo y su partido, que se arrepentia ya de no haber seguido mas pronto

## XIII.

César entró en Roma sin Ciceron, y siguió con efecto los consejos de la violencia y de la tirania en lugar de los de la sabiduria y la paz. Cerró las puertas de los templos, donde la religion y la ley guardaban el tesoro público, acumulado por espacio de tantos siglos, y confiado á los dioses para los grandes apuros de la república. Hizo maltratar por sus sicarios al tribuno valiente que le disputó la entrada, y distribuyó entre sus cómplices y soldados la riqueza destinada á las necesidades de la patria. Violó todas las leyes, absorbió todos los poderes, se apoderó de todas las tropas y marchó sin detenerse á España, donde gobernaba Pompeyo, para combatir allí ó atraerse las legiones de la república. Dejó un momento á Roma é Italia á Antonio y á Curion, sus lugartenientes mas depravados y los mas audaces de sus satélites, los cuales, por instigacion de César, continuaron poniendo á prueba la virtud de Ciceron, primero por sus caricias y despues por las amenazas.

«Podeis estar seguro, escribió á su amigo despues de haberlos visto, de que no hay en Italia un hombre descreido que no esté con César. ¡Partamos, pues, en busca de Pompeyo! Yo no espero ya nada para la república, que creo destruida hasta en sus fundamentos; pero yo parto para no ver lo que sucede á mis ojos y lo que venga detrás, que será mas siniestro aun. César ha llegado al exceso de considerar como glorioso el nombre de tirano que otras veces le avergonzaba, y Pompeyo, unido ayer con él, prepara por mar y tierra una guerra justa, es verdad, y necesaria; pero ruinoso si es vencido y funesta igualmente á los ciudadanos si es vencedor. ¡Qué hombres, uno que ha desertado y otro que oprime á su patria! ¿Estoy yo, por ventura, á pesar de mis infortunios y reveses, por bajo de la gloria y de la fortuna de estos pretendidos grandes hombres? No, ¡ninguno mas grande que el que es honrado! ¡Yo no abdicó mi filosofia! ¡Yo he reflexionado ante los dioses todo lo que he hecho por la república, y yo he previsto hace catorce años esta tempestad en que perece la Italia! ¡Yo partiré con este testimonio de mi conciencia!

«Yo pregunté ayer á Curion, lugarteniente de César, que vino ayer á *Arpino* para seducirme é intimidarme, qué pensaba de la república, y si quedaria por lo menos de ella alguna imágen. Ninguna, me respondió, y perded toda esperanza en esto... Esto es hecho; preciso es que César se pierda, ó por sus enemigos, ó por él mismo, porque él es su peor enemigo. Yo espero vivir bastante para verlo. En cuanto á mí es tiempo de pensar en la vida inmortal y no en esta vida corta y perecedera.»

## XIV.

César, informado en España de la resolucion de huir, manifestada mas y mas por Ciceron, no desdeñó el escribirle.

«Nada se me resiste y todo es en ruina de mis ene-

migos; ceded á la fortuna; vuestra partida hoy tendría la significacion de acusarme de un exceso que yo no he cometido. ¿Qué cosa mas conveniente á un bueno y virtuoso ciudadano que desentenderse de las contiendas civiles?»

Tulia, su hija, se echó inútilmente á sus plantas para suplicarle que esta vez formase alianza con la causa perdida. Antonio, que le vigilaba y rondaba en derredor de su retiro con sus lictores, gladiadores, comediantes y cortesanos, le cerró en vano la puerta del mar. Él llega á pasar desapercibido hasta una casa de campo que poseía á las puertas de Pompeya en el golfo de Nápoles, desde donde escribió á su hija reiterándole su determinacion y diciéndole que arrosaría por todo para separarse de aquellos parricidas.

A la noche siguiente logró sustraerse á las cohortes de Antonio que vigilaban su casa, y se embarcó en un ligero buque que iba á Epiro, no esperando nada del porvenir; pero no pudiendo soportar el presente y precipitándose, como dijo él mismo al dejar la ribera, con los ojos abiertos y deliberadamente en su ruina.

## XV.

Él llevó consigo á su hijo y su hermano, ambos dignos de él por su fidelidad en sus desgracias, por su patriotismo y por su valor. Aunque pobre, llevaba á Pompeyo una suma considerable, sacada de sus bienes, en tributo voluntario á la causa de la justicia, de la libertad y de la patria. El ejército y los ciudadanos le recibieron como una garantía de su buen derecho y de su fortuna, gloriándose de tener en adelante con ellos la gloria de Roma. Caton solo, que se creía una virtud muy rígida para plegarse á las circunstancias y á las transacciones; pero que no exigía esta rigidez de los otros, le reconvino amigablemente por el partido irreconciliable que habia tomado frente á frente de César. «Acaso, le dijo en confianza, hubiérais sido mas útil á Roma guardando la neutralidad que os pedía César y reservándoos para servir cuando hubiese llegado la ocasion, en vez de venir á participar de inútiles peligros.» Pompeyo le echó en cara el no haberse declarado, el haber combatido la retirada á Epiro, el haber conferenciado con César y haber dado consejos de paz en la guerra. Ciceron se regaló á sí propio á *Dirraquio* con Caton, desazonado con las detenciones y las frialdades de Pompeyo.

## XVI.

Poco tiempo despues de su arribo á Epiro, César, habiendo triunfado en España y atravesado rápidamente la Italia, encadenando con él todas las legiones que encontró en su camino, pasó la mar y fué á atacar al ejército de Pompeyo con fuerzas inferiores, pero con la celeridad, que es el genio del éxito en las revoluciones. Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Farsalia, hoy de la Tesalia, y ambos eran iguales por el número y el valor é iguales los gefes por el renombre y el genio; pero Pompeyo mandaba á ciudadanos, quebrantados ya por la falta que cometi6 sacándolos de su pais, que era como haberlos dado por vencidos antes de la batalla, y César tropas aguerridas y victoriosas ya por la audacia que habia tenido en conducir las como vencedoras, menos á la victoria que á la persecucion de sus enemigos. Las le-

yes, los cónsules, el senado, los magistrados, los pontífices, los caballeros romanos, los patricios, la mejor parte del pueblo mismo, la república, en fin, estaban con Pompeyo; los ambiciosos, los facciosos, los sediciosos, los corruptores y corrompidos, la juventud, el populacho y la soldadesca, los bárbaros mismos, reclutados en las Galias, estaban con César. Pero César mandaba á soldados que lo ganaban todo si era para él el imperio, y el otro á ciudadanos que tenian poco que perder si Pompeyo sucumbia. Entre una causa servida por todas las ambiciones y por todos los vicios heroicos y una causa, por decirlo asi, abstracta, defendida por todas las virtudes amortiguadas ya, la victoria era poco dudosa. César fué vencedor y Farsalia fué la tumba de la libertad y de la república.

## XVII.

Aunque Pompeyo anciano hubiese recompensado en Epiro todo el ardor y todo el genio militar de su juventud, y hubiera adquirido con el mando de las últimas fuerzas de su patria nuevo vigor para los rudos ejercicios de la guerra, la actividad, la sobriedad, las vigilias, las largas jornadas á pie, el manejo de las armas, para dar ejemplo á aquella juventud afeeminada de Roma; desanimado ante el combate, él asistió á sus propios funerales mas bien que á una batalla de la cual él mismo era el alma y el brazo. El lo habia aceptado á pesar suyo, y cediendo á la voluntad de los senadores y de los jóvenes nobles faltos de esperiencia de que se hallaba rodeado y dominado desde su emigracion de Roma. El queria huir de César, rehusándole largo tiempo la batalla; y ellos querian afrontarla con su ardor, y antes de haberse hecho dignos de medir sus fuerzas con él, por lo cual fueron víctimas de su inesperiencia y de su indisciplina.

Tan luego como Pompeyo, inmóvil sobre una eminencia en medio de su ejército, apercibió la polvareda que se levantaba en derredor de su caballería rechazada por los veteranos de César, polvareda que la huida de su juventud levantaba tambien por su parte, comprendió desde luego su suerte, y no tuvo la obstinacion de vencerla por un empeño que juzgó seguramente sin esperanza. Permaneció un momento, dicen los testigos oculares, como un hombre abrumado; despues sin decir una palabra á los que le rodeaban y con la cabeza baja tomó á paso lento á caballo el camino de su campo, entró en su tienda, se despojó de sus armas é insignias de mando, y vistiéndose con trage de duelo de vulgar apariencia, se sustrajo de allí y tomó casi solo y á pie las sendas que conducen del fondo de la Tesalia á la ribera del mar. Abrumado de fatiga y de sed se echó en la tierra para beber en la corriente de la onda del rio que atraviesa el valle de Tempé. Una vez en la ribera del mar, una cabaña aislada de pescador sirvió de abrigo durante la noche al que habia conquistado por espacio de cuarenta años tantas ciudades de la Grecia, del Asia, del Africa y de España, y que personificaba algunas horas antes, no solamente la república y Roma, sino tambien el universo. No se lamentó como hombre inferior á la grandeza de su infortunio, ni acusó á los dioses. Aceptó el fallo de la suerte, pensando sin duda que era muy bello morir con la libertad y las leyes de Roma. Envió á César todos los de su comitiva de condicion servil que no se hallaban bastante comprometidos en su causa para no obtener un fácil perdon del ven-

cedor, y no se quedó sino con los ciudadanos libres; y habiéndose embarcado en la pequeña barca del pescador, costeó la playa, buscando con la vista algún navío en el mar, para pedirle asilo á las olas.

## XVIII.

En el mismo instante, el piloto de una nave que traficaba en esta costa, ocioso en medio del día sobre la cubierta de su buque, contaba á sus marineros un sueño extraño que habia tenido por la noche. Aun cuando él no hubiese visto nunca al gran Pompeyo, el piloto habia creído verlo durante su sueño, no en el traje espléndido y magestuoso con que se presentaba un ciudadano tan augusto, sino con vestidos vulgares llenos de polvo y señalados con la marca de la indigencia. La barca de Pompeyo, doblando entonces un pequeño promontorio, que la quitaba la vista del buque, fué apercibida por los marineros, que se lo indicaron al piloto, diciéndole que parecia tripulada por un gran número de hombres que hacian señas agitando sus manos por encima de sus cabezas. El piloto, que se llamaba Pepicio, se levanta á estas palabras, mira la barca, reconoce en Pompeyo la figura que habia visto en sueño, y dándose golpes de dolor en la frente con sus dos manos, manda á sus compañeros que bajen la chalupa al mar, entra él mismo en ella, se aproxima á Pompeyo, le presenta con respeto la mano para que entre en su barca, y le hace subir con su gente en el buque.

## XIX.

El piloto, conmovido por el espectáculo de una vicisitud tan grande de la suerte, y como advertido de su deber por el sueño que le habian enviado los dioses, preparó con sus manos un alimento frugal para sus huéspedes. Favonio, uno de los ciudadanos mas ilustres de Roma, viendo á Pompeyo desprovisto de esclavos, le desnuda él mismo para bañarse y le frota con aceite antes de comer, honrándose con servir de esclavo al mas grande y al mas desdichado de los romanos, y no creyéndose humillado de lavarle los pies y prepararle todos los dias su comida. Un corazon noble todo lo ennoblece, decian los marineros, testigos de esta domesticidad voluntaria, y todo sienta bien á las almas grandes, hasta la servidumbre de la amistad.

## XX.

Pompeyo se hizo conducir á la isla de Mitileno, llamada tambien Lesbos, que está en la misma direccion que conduce á Egipto. El mas penetrante de sus infortunios y al mismo tiempo el mas sublime de sus consuelos estaba en esta isla: era Cornelia.

Pompeyo, despues de la muerte de Julia, hija de César, su primera muger, se habia casado, ya viejo, aunque enamorado, con la bella Cornelia, hija de Escipion y viuda de Craso, muger tan ilustre por su bondad, por su ingenio y por sus virtudes, como por su grande amor á Pompeyo. Cornelia cultivaba la poesia, la música, las letras, la filosofia. Sus virtudes igualaban á sus encantos, y la solidez de su juicio hacia olvidar su juventud. Pompeyo que la adoraba y que sentia hácia ella el cariño de esposo y padre á un tiempo, la habia dejado al pasar á Epiro en la isla de

Mitileno para que allí estuviese al abrigo de los insultos de César y retirada del teatro de la guerra, sin correr los peligros y las fatigas de esta. Lo que habia de mas cruel en su infortunio en este momento era, no tanto confesar su derrota al mundo, como aparecer vencido ante Cornelia.

## XXI.

Cuando por la noche anclaron en la isla de Lesbos, no se atrevia á saltar en tierra y presentarse vencido á los ojos de su muger y de su hijo. Uno de sus compañeros de fuga bajó solo á la playa y se hizo conducir á casa de Cornelia, que engañada por un falso rumor, creia que su esposo habia conseguido una gran victoria. El enviado, obligado á destruir tan bella ilusion, se inclina en silencio delante de ella, y solo por sus lágrimas le hace comprender que el que pocos dias antes era dueño de una armada de 1,500 velas habia llegado al puerto de Mitileno en un buque, donde la piedad de un pobre piloto le habia dado hospitalidad.

Cornelia se desmayó al saber tal nueva, y vuelta en sí corrió con los brazos tendidos y llena de dolor y de ternura hácia la playa, y se arrojó en el seno de su esposo que habia bajado para recibirla.

«¡Ay de mí! le dijo ella, ahogada por los sollozos, y tomando sobre sí con un admirable y tierno ardid toda la desgracia y adversidad de su esposo; ¡ay de mí! que el estado en que te veo no es mas que obra de mi mala fortuna y no de la tuya! He aqui que estás reducido á un pobre y pequeño barco prestado, tú, que antes de casarte con Cornelia, navegabas en esta misma mar con millares de velas! ¡Ah! ¿por qué has venido á verme? ¿Por qué no me has abandonado á mi desgraciado destino, á mí, que desde que te casaste conmigo no te he proporcionado sino reveses y desastres? ¡Cuán feliz hubiera yo sido habiendo muerto antes de saber la muerte de Craso, mi primer marido, que los partos me mataron, y cuánta hubiera sido mi sabiduria si despues de su muerte le hubiera seguido al sepulcro como llegué á pensarlo! Yo no he vivido, pues, no he amado al gran Pompeyo, sino para ser la causa de sus desgracias...»

Pero Pompeyo, consolándola cariñosamente y levantándola á la altura de su impassibilidad romana: «Cornelia, la dijo, tú te afliges porque hasta ahora me has visto siempre favorecido de la fortuna, y esta fortuna es la que te ha engañado y hace que te admires de nuestros reveses, porque me ha sido fiel y constante por mas largo tiempo que á ninguno de sus favorecidos; pero es necesario soportar sus vicisitudes, porque hemos nacido mortales, é intentarla ahora con confianza; porque aunque desde mi anterior grandeza he sido arrojado en la humillacion en que me ves, es muy posible que esta humillacion me eleve á mi anterior grandeza.»

Un filósofo griego de Lesbos, amigo de Cornelia, que estaba presente, habló un momento con Pompeyo de la Providencia, á quien el vencido estaba tentado de acusar de injusticia, por haber permitido que la fuerza venciese al buen derecho.

«¡La Providencia! dice Plutarco; los vicios del pueblo romano eran incapaces de sostener por mas tiempo la república, y él mismo se castiga coronando la tiranía.»

## XXII.

Enigraron hácia el Egipto, asilo que Pompeyo creia el solo fiel y seguro, porque él mismo había coronado en otro tiempo al padre del jóven rey que á la sazón reinaba. Este era Tolomeo, hermano de Cleopatra, la mas célebre de las reinas y de las mugeres por su bondad, por su genio y por su amor, de cuyo capricho fueron juguete los hombres mas grandes de su tiempo, César y Antonio, de quienes el mundo era juguete á su vez.

Algunos buques llenos de sus partidarios y de soldados romanos, recogidos en la mar ó en las tierras de Jonia y de Chipre, seguian la galera de Pompeyo, que se acercaba á las riberas de Egipto. Nadie dudaba á bordo que este grande hombre seria recibido como el mas ilustre de los romanos y el bienhechor de la dinastía de los Tolomeos. Creian que auxiliado con los tesoros y las tropas de Egipto, auxiliar y tributario de Roma, levantaria todas las legiones romanas del Africa, y que le volveria la fortuna, avergonzada de haber abandonado por un momento la causa de los hombres, de las leyes y de los dioses. Cornelia misma le animaba con esta confianza.

## XXIII.

Sin embargo, los ministros del jóven rey de Egipto, príncipe todavia niño y guiado á causa de su edad por los consejos de ellos, que habian sabido por un ligero barco el éxito de la batalla de Farsalia y por otro la aproximacion de Pompeyo y de su flota, deliberaron sobre el partido que debian tomar con un huésped tan embarazoso despues de vencido. Un retórico llamado Teodoro, de Chio, raza mercenaria, que se entromete en el consejo de los principes ó de los pueblos para inspirarles viles destrezas bajo el nombre de política, y para presentarles crímenes útiles como actos de genio y de virtud, resolvió de este modo la cuestion.

«Si recibimos al gran Pompeyo, dice al consejo de Egipto, tendreis dos calamidades por una: á César por enemigo y á Pompeyo por señor. Si le rehusais el asilo y él vuelve á ser poderoso, debeis temer no solamente su venganza por la afrenta que le habriais hecho, sino tambien la venganza de César por el peligro que le habriais hecho correr no libertándole de su enemigo. Vos no teneis, pues, que hacer sino una cosa, añadió con una perversidad irónica, y es recibirlo ó inmolarlo en la ribera, porque asi habreis dado secretamente gusto á César, desembarazándole de un enemigo; sin que por otra parte tengais nada que temer de la venganza de Pompeyo, porque, añadió sonriéndose é inventando el primero una palabra, que despues ha sido proverbio de los asesinos: «Los muertos no muerden nunca.»

Photin y Achilles, dos esclavos favoritos y dueños del consejo que gobernaba el Egipto con Teodoro, aplaudieron esta resolucion, y se encargó á Achilles que la llevase á cabo. Entró en una chalupa con dos empleados romanos, centuriones otro tiempo en los ejércitos de Pompeyo, el uno llamado Septinio y el otro Salvio, y algunos sicarios egipcios, y de esta manera se adelantó á la galera de Pompeyo. Cornelia y los amigos de este grande hombre, viendo, en vez de los honores y cortejo que esperaban, una miserable barca tripulada solamente por siete hombres arma-

dos que se acercaba á su galera, presagiaron mal de tan innoble recepcion al que habia sido dueño de Egipto y del mundo, y entreviendo algun dañado designio, suplicaron á Pompeyo que no se lanzase á una ribera tan ingrata ó sospechosa. Se veian una multitud de hombres armados reunidos en la playa, y muchas galeras cubiertas de tropas, que hendian las olas para cercar la flota de Pompeyo.

Habiendo abordado por fin la chalupa al buque, se levantó Septinio, uno de los romanos, y saludó á su antiguo general con el acostumbrado nombre de *emperador*, como para convencerle de que su derrota no le habia degradado en Egipto á los ojos de sus soldados. Achilles le saludó en lengua griega y le invitó á bajar á su chalupa con pretexto de que una nave tan grande no podria atravesar el puerto. Cornelia, medio muerta con el presentimiento del amor que revela en el corazon de las mugeres los peligros de la persona á quien adoran, circundó inútilmente las piernas de su marido con sus brazos á fin de detenerle. El la abrazó con ternura deshaciéndose de ellos, y dejándola casi sin vida sobre la cubierta, bajó á la chalupa ayudado por la mano de Achilles. Despues, volviéndose por última vez para mirar á su muger y su hijo, y no haciéndose ya ilusiones acerca de su suerte, les dirigió por triste adios este verso de Sófocles: «Todo hombre que penetra en la córte de un tirano se hace esclavo, aunque él haya entrado libre.»

## XXIV.

Mientras que la chalupa atravesaba la ancha laguna que separaba el buque de la ribera, un silencio embarazoso y siniestro cerraba los labios de los egipcios y los griegos. Pompeyo, como para sondear este silencio y presentir los sentimientos de aquella gente en el acento de sus voces, se dirigió á Septinio, y le preguntó si se engañaba él creyendo reconocerle por el hombre que en otro tiempo habia hecho la guerra á sus órdenes. Septinio, sin contraer sus facciones y sin responderle mas que con un gesto mudo, le respondió con un movimiento de cabeza que queria decir desdeñosamente que era verdad. Pompeyo, para conservar su continencia, abrió sus tablitas y se ocupó en reparar una arenga en lengua griega que habia preparado durante su navegacion para decirselo á Tolomeo.

## XXV.

Mientras tanto, Cornelia, vuelta á la vida por la ansiedad de la suerte de su esposo, contemplaba desde lo alto de la galera la chalupa pronta á llegar á tierra. Comenzaba á tranquilizarse y aun á concebir esperanzas viendo una turba de cortesanos ricamente vestidos que acudian á la ribera, y ya daba gracias á los dioses por su salvacion. En este momento, llegando la chalupa á tierra, y tomando Pompeyo la mano de uno para levantarse de su banco y saltar, Septinio, como si no hubiese osado herir de frente á tan ilustre víctima, le metió la espada en su cuerpo por detrás, y Salvio y Achilles redoblaron los golpes, dándole con las suyas. Pompeyo, sin intentar defenderse, y aun sin parecer admirarse, se cubrió la cabeza con su toga, como para ocultar toda agonía indigna de él, y cayendo envuelto de esta manera á los pies de sus asesinos, murió sin proferir una queja á los dioses, ni mas adios á la vida que un ligero suspiro.

A la luz del sol en las espadas y á la caída de Pompeyo en la barca, Cornelia cayó también tendiendo los brazos hácia su marido, como si su mano pudiera evitar de tan lejos el golpe que le hería. La galera espantada huyó á fuerza de remos, y la llevó moribunda á alta mar.

## XXVI.

Habiendo Septinio, Salvio y Achilles cortado la cabeza de Pompeyo para llevársela á Tolomeo y hacer un regalo á César, arrojaron su cuerpo fuera de la barca y lo dejaron abandonado en la arena á las aves de rapiña y á la espuma de las olas. Los pescadores y los curiosos estuvieron todo el día mirando el cadáver, y cuando llegó la noche, el esclavo de Pompeyo, Felipe, que fué el único que no abandonó el cuerpo de su amo, le lavó cuidadosamente en el agua del mar y le envolvió en su misma camisa para que le sirviese de sudario. Después, buscando á lo largo de la costa algunos restos de barcos lanzados por las olas, los juntó uno por uno á fin de hacer una hoguera para quemar el cuerpo según los antiguos ritos, y aunque reunió poca leña, bastaba para llevar á cabo su obra.

Mientras que el fiel servidor se ocupaba piadosamente en esto, un veterano romano, antiguo soldado de Pompeyo, retirado en Egipto, que pasaba por casualidad por esta playa desierta, se llegó á Felipe y le preguntó qué hacía á aquella hora junto al mar:

«Soy el esclavo de Pompeyo y preparo la hoguera para sus funerales, respondió Felipe.»

El antiguo soldado, levantando las manos al cielo y enterneciéndose al espectáculo del señor del mundo sepultado furtivamente durante la noche por un solo esclavo en una playa extranjera:

«¡Ah! exclamó, no se dirá que tú solo has tenido este honor. Permíteme que te ayude en este deber último; este es un santo y piadoso accidente que envía la Providencia á mi vejez, después de hallarme confinado hace tantos años en esta tierra ingrata y funesta, reservándome al menos tras mis desgracias el consuelo de tocar con mis manos los restos y de hacer los funerales al mas grande de los romanos.»

La llama de la hoguera encendida por estos dos hombres piadosos duró hasta el día. A la mañana siguiente uno de los amigos y lugartenientes de Pompeyo, Léntulo, que llegó de la isla de Chipre costeaendo la ribera sin saber nada del asesinato de la víspera, apercibió desde la popa de su buque los últimos resplandores de la hoguera que luchaban aun con la aurora junto al agua.

«¡Ah! dijo á sus compañeros, ¿quién es aquel que ha venido á descansar por fin de sus largos trabajos y á entregar sus cenizas al viento de este lugar desierto?

Después, como dominado por un profético presentimiento, añadió:

«¡Ay, ¡ay! puede que seas tú, oh gran Pompeyo.»

Era él efectivamente.

Durante estos sucesos, Ciceron, retirado con Caton en un pequeño puerto de Grecia, vecino á Farsalia, observaba silencioso y consternado la ruina de la república.

## TERCERA PARTE.

## I.

Un gran poeta, que fué al mismo tiempo un gran político, pero que desgraciadamente para su memoria llevó el amor de la libertad hasta el fanatismo, y el republicanism hasta el regicidio, Milton, escribió estas líneas.

«Si Dios no derramó nunca un amor firme de la belleza moral en el seno del hombre, le ha derramado en el mio. En cualquiera parte donde encuentro un hombre despreciando la falsa estimacion del vulgo, osando aspirar por sus sentimientos, su lenguaje, su conducta á lo que la alta sabiduría de los ángeles nos ha enseñado de mas excelente, me uno á este hombre por una especie de necesario atractivo. No hay poder en el cielo ni sobre la tierra que pueda impedirme contemplar con respeto y con ternura á aquellos que llegan á la cima de la dignidad, del carácter, de la inteligencia y de la virtud!»

Este amor satisfecho de la belleza moral en un hombre histórico, este respeto y esta ternura por aquellos que han llegado á la cima de la dignidad, del carácter y de la virtud, nos han sostenido hasta aquí en la relacion de la vida de Ciceron. Van á rebelarse un momento y á contristarse un poco cuando tracemos no sus crímenes (no los hay en su vida), sino algunas desigualdades y algunas debilidades. Después de la caída de la república es menos constantemente admirable; pero para el hombre que le gusta contemplar en el hombre la lucha de las debilidades humanas contra las virtudes, y el triunfo alternativo de los deberes ó de las pasiones en nuestra alma, llega tal vez á ser mas interesante. Los caracteres de una sola pieza, como el de Caton, tienen alguna cosa de sobrehumano y de uniforme, que eleva mas y que conmueve menos que los caracteres menos dueños de sí mismos, que dudan y se levantan como el de Ciceron. Sucede en el hombre como en los paisajes: las líneas rectas del horizonte son sin duda las mas puras en geometría y en lógica; pero las líneas del horizonte que se elevan y descenden, que se levantan y se deprimen á su vez, para volverse á levantar otra vez y para elevar la mirada hasta los cielos, después de haberla declinado hasta los abismos, son el interés y el encanto de los ojos del pintor y del espectador. La naturaleza ha hecho al hombre un ser *ondulante* y *diverso*, dicen los filósofos; considerado así, sin duda nos impone menos, pero nos une tanto mas cuanto es mas hombre.

## II.

Ciceron lo fué todo después de la muerte de Pompeyo. La república, muerta con este grande y último ciudadano, vino á ser la presa apenas disputada de César. El derecho sucumbió en Farsalia; la fuerza era todo; César tenia la fuerza, y la mostraba como un gran corruptor de su patria, no á las virtudes de un reducido número, sino á todos los vicios de una multitud que pide un dueño, porque se siente digna de la tiranía.

Con aquella prontitud que sorprende el destino y que le fija, Cesar voló después de su victoria á España, á Africa, á Egipto, para dar en estos lugares gol-

pes repentinos é inesperados á los lugartenientes y á los hijos de Pompeyo, para quitarles sus legiones y para cogerles por todos los miembros esparcidos del poder romano aquella libertad que queria destruir y aquel imperio que queria fundar.

Ciceron, en lugar de seguir el ejemplo de Caton, de protestar contra la victoria y de morir con la misma arma que mataba la libertad de su pais, pareció arrepentirse, no tanto de la derrota del gran Pompeyo y de la república, como de haber abrazado tardía é imprudentemente la causa vencida por los dioses. Comenzó á acomodarse con la tiranía, y á pedir hasta cierto punto gracias por su virtud al vencedor, y nada le era ya difícil mas que obtenerla. César tenia crímenes grandes, era demasiado superior para ser vindicativo, y era al mismo tiempo demasiado político para no regocijarse de parecer á los ojos del pueblo romano, aceptado ó hasta perdonado por un hombre como Ciceron, que representaba entonces en él solo las letras, la elocuencia, la autoridad moral en el senado, la estimacion del pueblo, en una palabra, todo lo que se llama hoy la *opinion pública* en Roma. Además, César amaba á Ciceron por aquel atractivo mutuo é involuntario que arrastra á las grandes inteligencias á amar lo que se les parece. Tenia demasiado genio para ser insensible al genio, y demasiada gloria para ser envidioso. Ciceron le parecia una de las mas brillantes decoraciones de la humanidad en su siglo; se enorgullecía mas de reinar sobre un hombre tal como Ciceron, que sobre aquella turba popular y soldadesca, que se prosternaba delante de su fortuna. Quería hasta dejar á Ciceron la dignidad de su regreso y la independencia de sus opiniones; no le pedía que se avasallara, sino que se resignara.

### III.

En este sentido se establecieron negociaciones amistosas entre Ciceron y César; y no esperimentaban otra lentitud que la de la distancia entre estos dos grandes romanos. Ciceron atravesó el mar que separaba el Epiro de la Italia, desembarcó tímidamente en Brindes, puerto donde se habia embarcado poco tiempo antes para reunirse á Pompeyo. Allí cayó en los brazos de su hija Tulia, la mas tierna, la mas ilustre, la mas letrada de las jóvenes romanas de su tiempo. La mutua adoracion del padre para la hija y de la hija para el padre se redobló mas con la adversidad. Separada de su marido, indigno de ella, Tulia no miraba mas que á su padre; éste, descontento con la ambicion de su muger y con su frialdad, no miraba mas que á su hija. El padre y la hija lloraron juntos las desgracias de su patria y las suyas propias. El hermano de Ciceron, C. Quinto, que le habia amado como á sí mismo, no habia sabido esperar la benevolencia de la transicion de una causa á la otra. Hostigado por la adulacion ó por el miedo, corrió á Africa con su hijo, sobrino de Ciceron, para implorar los favores de César y para echar cobardemente sobre su hermano el error que habia cometido siguiendo el partido de Pompeyo. César se indignó de semejante bajeza, y escribió á Ciceron informándole de todo. Este, con una generosidad fraternal, respondió á César suplicándole perdonase el extravío de Quinto.

Por otra parte su fortuna, desmembrada á su salida de Italia, habia llegado hasta casi la indigencia por las depredaciones de su muger, por la ausencia y

por el agotamiento de los productos de las tierras á causa de las guerras civiles y de las sucesivas espoliaciones que afligian á la Italia. No vivía mas que de los préstamos y de los socorros de sus amigos, principalmente de Atico. Antonio, lugarteniente de César en Roma, acababa de publicar un edicto de proscripcion contra todos aquellos que habían seguido á Pompeyo; pero esceptuando á Ciceron. Esta esceptcion, que le abria las puertas de Roma, le regocijaba por un lado y le humillaba por otro, pues los partidarios de Pompeyo vencidos en Farsalia, Caton, Bruto y los demas, habían ido á reanimar la resistencia á la tiranía en Africa: la fama aumentaba sus fuerzas, amenazaban prevenir el regreso de César á Italia y restaurar la república. Los triunfos de su propia causa, despues que la habia creído muerta, turbaban ahora á Ciceron; pues los republicanos vencedores podían tratarle ahora como á un tráfuga, mientras que los cortesanos de César veían en él á un republicano; de manera que por la vacilacion de su carácter y por la precipitacion alternativa de sus sumisiones, tanto una causa como la otra le amenazaban con las mismas venganzas, ó al menos con el desprecio. Deplorable situacion para un gran talento, que en lugar de fijar su base en la conciencia, la fija en su fortuna, y cae sin gloria porque ha aparecido sin virtud.

Esperimentando ya en Brindes el remordimiento de esta situacion ambigua delante de la opinion que se desencadenaba contra él, no osaba ó no sabia justificarse, y suplicaba á su antiguo amigo Atico le escribiese su justificacion ó su excusa para conquistarle algunos amigos.

### IV.

En fin, se acercó á Roma con su hija, pero sin atreverse á entrar. Despues se presentó delante de César que acababa de desembarcar vencedor en Tarento y que volvía triunfador á Roma. Este orador, que no habia palidecido delante de los sicarios de Catilina, temblaba ahora delante de un pliegue de la frente ó de los labios del rostro de su dueño. Sus cartas en esta época de ruindad son el estremecimiento de su alma servil.

«¿Cómo me recibirá? ¿Cómo me mirará? ¿Qué va á decirme? ¿Qué querrá escuchar?»

Un pueblo, cuyos mas virtuosos ciudadanos esperimentan y escriben semejantes angustias, se manifiestan flexibles á la tiranía. César, sin embargo, engañó á Ciceron. Los tiranos son tan felices en encontrar almas sumisas, como las almas sumisas se apresuran á resignarse á los tiranos. Además, aunque César distinguió desde muy lejos á Ciceron en el camino de Tarento á Roma, bajó de su caballo, corrió á él con los brazos abiertos, le abrazó como á un amigo perdido y encontrado, no le dirigió la mas leve reconvenccion, y llevándole delante y á cierta distancia de su comitiva para evitar el pudor de Ciceron y para atestiguarle su confianza, habló mucho y familiarmente con él á los ojos de todo su ejército. Se ignora lo que estos dos adversarios reconciliados se dijeron: el uno sin duda se excusaba de la bajeza humana, de la tiranía que acababa de recibir, y el otro de la fortuna, de la obediencia que acababa de ofrecer. Sin embargo, si se da crédito á una frase de Ciceron despues de esta entrevista en su correspondencia con Atico, la resignacion no estuvo sin grandeza y sin dignidad en su boca.

César prosiguió su camino hácia Roma; allí recibió todos los poderes bajo todos los títulos que se dignó tomar. Volvió á partir para Africa, dejando prócónsules que gobernasen á Roma en su nombre; Antonio sobre todo, el mas soldadesco, el mas servil y el mas adicto á sus mandatos, quedó allí, como si César hubiese afectado mostrar en Roma lo que podia hacer sentir mas, ó como si hubiese querido atestiguar su desprecio al pueblo romano, haciéndole domar en su ausencia por el mas grosero y por el mas despreciable de sus soldados. Ciceron se encerró con sus libros en su casa de campo de Tusculo, situada al lado de los bosques á los pies de las montañas de Alba, retiro poético y filosófico, desde donde sus ojos se paseaban por un lado sobre la soledad, y por otro sobre las fachadas de los edificios y de los templos lejanos de Roma. Nosotros hemos visitado algunas veces los vestigios aun existentes de su casa, de su biblioteca, de sus fuentes, de sus jardines, donde se respira la grandeza, la tristeza, y hasta cierto punto la historia que él mismo respiraba entonces. Gozaba allí en paz y en seguridad de su patria; pero habia pagado demasiado á su patria, pues no habia entrado otra vez en ella sino pagándola en la libertad y la dignidad en su ribera.

## V.

Mientras que aqui buscaba distracciones y consuelos en el estudio y recibia las visitas de los mas ilustrados y eruditos de Roma, que en defecto de la grandeza del carácter venian á cultivar y á adorar á su casa la inmensidad y la variedad del genio, César habia vencido á los hijos de Pompeyo en España y á los republicanos antiguos. Caton se habia dado muerte por aquella otra debilidad que no sabe soportar el tiempo en que se está condenado á vivir y el desprecio de todo el género humano. Reinaba bajo el nombre de dictador perpetuo de Roma, se preparaba á la conquista de los partos en Asia, ilustraba su crimen contra su patria por el esplendor y la mansedumbre de su gobierno, dominaba al senado, compraba al pueblo, arengaba á las legiones y corrompia lo que quedaba de libertad en las almas por la seducción y la clemencia. Ciceron, gimiendo en alta voz esta postracion de su patria, tomaba su parte en la servidumbre general. Arengaba algunas veces al senado; proponia consejos saludables al señor; hablaba delante de él por clientes políticos, y le reservaba las gracias de la generosidad. Le alababa con aquella independenciam de lenguaje que coloca á la ciencia en el acto y no en las palabras; afectaba defender la memoria de Caton y la gloria de Pompeyo; decia de César, para que esta palabra fuese repetida: *que derribando las estatuas de Pompeyo habia afirmado las suyas*. Litigaba delante de él para darle el placer de su elocuencia, como un artista en una representacion de su arte, y hacia caer en sus manos la absolucion de un criminal ya condenado en su corazon. Recibia hasta las visitas de César en su casa, como una salvaguardia de seguridad y como una prenda de proteccion escepcional del agresor de su patria; referia con secreto orgullo las circunstancias en sus cartas á sus amigos.

« ¡Qué huésped he recibido! escribia á la mañana siguiente, ¡y cuán equivocado estaba de temerle! Sin embargo, yo no tengo motivos para quejarme de él, y él mismo ha parecido satisfecho de venirme á ver!

El dia antes César llegó á la casa de su liberto Filipo, vecino de mi morada. La casa estaba inundada de soldados; apenas la sala donde César debia cenar estaba libre; habia cerca de dos mil hombres de escolta. En mi casa mandaron acampar á los soldados, y mi casa parecia una ciudadela. César pasó la mañana en casa de Filipo, ocupándose, segun decian, en arreglar las cuentas de su casa con Balbo. Llegó á mi casa á las dos; se bañó en seguida, haciendo que le leyeran durante el baño versos satiricos contra su persona. Escuchó la lectura sin incomodarse y sin que su rostro se alterase lo mas mínimo; hizo luego perfumar y se sentó á mi mesa, comiendo con muy buen apetito y manifestando sumo contento. La mesa se hallaba espléndida y delicadamente servida; ademas de la de César tenia yo otras dos para su comitiva y sus libertos igualmente invitados. En fin, salí con honra de mi compromiso. Empero ciertamente no era aquel uno de esos convidados á quienes se les puede decir al despedirlos: «Volved cuando gustéis» Basta para una vez. No habiamos hablado una sola palabra en politica, y si solo de filosofia, de elocuencia y de literatura. Le agradó este desahogo, manifestando el deseo de pasar de este modo un dia en *Pouzzoles* y otro en Baía á las orillas del mar. Asi se pasó esta visita; en ella sufrí algunas incomodidades domésticas; pero en honor de la verdad, sin que esto me acarreará grandes inconvenientes.»

## VI.

Obsérvase que César se hacia perdonar la tiranía por la clemencia y Ciceron los sentimientos en la libertad perdida por la complacencia. Hácia aquella misma época, aun cuando ya habia pasado el sexagésimo año de su vida repudió á su primera muger Terencia, culpable de haberle abandonado durante sus desgracias, y se casó con una de sus pupilas, muy jóven, muy bella y muy rica, que su padre moribundo le habia confiado. Prendado del genio y del renombre de su segundo padre, aquella jóven romana le amó y fué amada á su vez con una pasion que hizo desaparecer la distancia de los años. Estos fueron, no los mas gloriosos sino los mas serenos y los mas fecundos de su vida; pero tambien fueron cortos. Habiéndole arrebatado la muerte de allí á poco á su hija Tulia, delicias y orgullo de su corazon, concibió tal dolor, que se ofendió de que de este dolor no participase bastante su nueva esposa; celosa sin duda de no ser ella esclusivamente el objeto de su ternura, y se alejó de ella, retirándose á la soledad acompañado de sus lágrimas y de su genio.

Allí fué donde escribió sin interrupcion y sin cansar su imaginacion los libros admirables, de los que cada trozo es un monumento acabado de sabiduría, de madurez, de ciencia, de universalidad, de estilo. La civilizacion antigua, á haber desaparecido la historia, se volveria á hallar toda entera en los fragmentos de los últimos escritos de ese grande hombre. Allí se concentra todo cuanto el género humano ha pensado, imaginado ó sentido hasta sus dias de mas perfecto en Asia, en Grecia, en Roma, con la expresion mas espléndida y en la lengua mas armoniosa que la inteligencia humana haya jamás fabricado para dar un cuerpo á la muerte. Aquel es el pensamiento convertido bajo su mano en método, imagen y ciencia. La única reconvenccion que puede dirigirse á estas obras

reflexivas de Ciceron, es el esceso mismo de la perfeccion. Nada predomina alli, porque todo á la vez es predominante. Sin embargo, esta perfeccion en él no es laboriosa, es natural. Su imaginacion no producía nada que no estuviese conforme á aquel modelo interior que llevaba en sí mas que ningun otro hombre, á lo cual se llama belleza. Aquel afan de buscar la belleza, no daña en nada á su fecundidad: discurría con sus amigos, arengaba á los tribunales y al pueblo, escribía sin temor, sin voluntad y sin esfuerzos de ninguna clase. Respondía á sus envidiosos de Roma que reconvenian sus desahogos en su retiro de Túscolo: «¿De qué se quejan? En esta pretendida ociosidad, escribo mas de mi mano ó de la mano de mis escribientes que todo cuanto ellos pueden leer en un día.»

«Allí, decía él hablando de su casa de Astura, otro retiro mas solitario cerca de *Ancium*, lleno solo con sus estudios y sus displicencias, allí vivo sin trato ni comunicacion con los hombres; tan pronto como principiaba á despuntar el día me interno en lo mas intrincado de los bosques que me rodean y no salgo hasta que anochece; no tengo mas distraccion que con mis libros, y aun esta solo se interrumpe para dar libre curso á mis lágrimas.» Entonces su corazón estaba cubierto de luto por su hija Tulia, que se le acusaba de amar hasta divinizar su imagen. Arruinaba su fortuna apenas restablecida, para erigirle un templo á las puertas de Roma para inmortalizar su sentimiento. «Si, esclamaba él en el delirio de su adoracion paternal, dirigiéndose á la sombra de su hija; si, yo quiero dedicarte, ¡oh tú la mas tierna de las hijas! ¡Quiero instalarte en la congregacion de los seres divinos y presentarte al culto de los mortales!» Probaba á calmar su desesperacion escribiendo para sí mismo un tratado de *Consolatione*, páginas empapadas en lágrimas, en las que reúne todo cuanto la razon, la filosofía, la religion, la gloria, las letras, el cielo y la tierra pueden ofrecer como mas eficaz para consolarse de la pérdida del objeto amado sin poder llegar á olvidarlo.

## VII.

Sus secretos remordimientos de haber, ya que no abandonado, al menos descuidado á la república, y el deseo de manifestar su estimacion y aprecio por esta virtud cívica que admiraba, sin imitarla, le inspiraron una magnífica apología de Caton.

En este elogio y homenaje tributados á la virtud, á la vista de la tiranía no dejaba de haber tambien valor y virtud; César podia ofenderse de este elogio de un enemigo, enemigo que no era grande si César no era culpable. El dictador no se ofendió. Dejó á Ciceron este vano consuelo de alabar á los muertos por la libertad, y en medio de los cuidados y ocupaciones del imperio tuvo tiempo para contestar por su propia mano á Ciceron con otro libro titulado *Anti-Caton*. Empero al mismo tiempo que refutaba á Ciceron, César en este libro lo colmaba de gloria, llegando hasta declarar que aquel que, como Ciceron, daba ensanche por su genio á los límites del entendimiento humano, era superior al que, como César, únicamente daba estension á los confines del imperio.

## VIII.

Escribió despues meditaciones ó reflexiones filosóficas y diálogos, en los que connaturalizaba entre los

romanos todos los dogmas de la antigüedad asiática, egipcia y griega, esponiendo con imparcialidad todo lo que los sabios de todos los siglos y de todas las naciones han pensado de mas cuerdo ó mas hermoso en pro ó en contra de la cuestion eternamente controvertida acerca de la inmortalidad del alma y del mundo; decidiéndose, por último, él mismo por aquello que le parece mas probable, lo mas bello y lo mas razonable.

Tanto en el principio como en todos los periodos de estas meditaciones filosóficas, designadas bajo diferentes títulos, se nota la mas íntima familiaridad y sinceridad de corazón, como escritas entre los ocios y descansos del campo y la libertad que presta la conversacion; en ellas se deja ver el hombre apartado y exento de los negocios públicos, melancólico por el abatimiento de su país, conservando alguna esperanza vaga del restablecimiento de las leyes, de las costumbres y de la libertad; pero apartando la vista de Roma para abismarse completamente bajo la sombra de sus bosques, en la contemplacion de la naturaleza y en el estudio de las cosas eternas. Sus predilectos interlocutores son al mismo tiempo sus mas ilustres é íntimos amigos: Varron, poeta é historiador; Bruto, filósofo austero y elocuente, discípulo de Platon y de Caton, amigo de César, y que se creía ser hijo suyo, con motivo de haber sido anteriormente amada su madre Servilia del dictador; Hortensio, rival y amigo de Ciceron, el mas grande de los oradores despues de él y algunos otros romanos, lo mas escogido del siglo.

Estos diálogos por lo comun tienen lugar sobre la arena de la playa mugidora del mar de Bayas, ó bajo las higueras entrelazadas con los pámpanos de la trepadora vid de la costa de Cumas, ó bien sobre la terraza que cubren con su sombra los naranjos de la Villa (casa de recreo) de Ciceron, cerca de Gaeta, en donde aun se buscan en vano las huellas de sus pasos y las de sus amigos en los mosaicos de sus baños, ó en fin, bajo las verdes encinas de su casa rústica de Tusculo, al murmullo y frescura de las aguas que descenden de las montañas de Tibur. Comienza con una indeterminada y dudosa flojedad como para entrar en conversacion; despues con el objeto se muestra grave, se eleva al final hasta el entusiasmo de la lira.

Sentimos que los límites de nuestras páginas no nos permitan traducir algunos fragmentos: ellos recuerdan la calma y solemnidad de los diálogos de Platon, que imponen silencio al alma antes de hablarla de los dioses. Ciceron en muchos pasages que hoy día parecerian atrevidos, no teme lamentarse de la ruina de la república y de llevar luto por la pérdida de la libertad y de dignidad de Roma. «Precisado como me veo, dice él, á renunciar á los negocios públicos, no me queda otro medio de ser útil que escribir para ilustrar y consolar á los romanos; me lisonjeo de que se me agradecerá que despues de haber visto caer el gobierno de mi patria en poder de uno solo, ni he abandonado cobardemente al público, ni me he entregado sin restriccion á los que ejercen la autoridad. Mis escritos han reemplazado á mis arengas al senado y al pueblo, y he sustituido la meditacion de la filosofía á las deliberaciones de la política y á los cuidados de la patria.»

Los libros mas importantes son sus *Investigaciones sobre la existencia y naturaleza de los dioses*, y el intitulado *De la república*; en el primero va ascen-

diendo por todos los grados de las ideas de todos los países, de todas las edades y á través de las tinieblas y quimeras forjadas por la superstición humana, hasta llegar al conocimiento de un Supremo Ser, perfecto, justo, bueno, criador eternamente, que por su poder desde los astros desciende hasta el imperceptible átomo; principio y fin de cuanto fué, es y será, invisible é incorpóreo, que se llama Dios, Destino, Providencia, Criador, Remunerador, que da existencia á cuanto ha criado.

Estas máximas y doctrinas de Ciceron no son únicamente especulativas como podria creerse; en todas ellas se ve la práctica religiosa unida á la mas eficaz é imperiosa piedad.

«Algunos afectan creer, escribe, que la Divinidad no se interesa por el hombre ni se mezcla en sus acciones y su destino. Partiendo de este principio ¿en qué vendrian á parar la piedad, la santidad, la religion? Estos son los verdaderos deberes obligatorios que se deben exactamente observar y cumplir. La piedad es lo mismo que las demas virtudes; no consisten en vanas exterioridades, sin ella no hay santidad (palabra con que quiere espresar la moralidad en nuestros actos), sin ella no hay culto, y entonces ¿qué seria del universo? ¿Qué desórdenes, qué anarquía en la especie humana! En cuanto á mí, añade él, dudo si extinguir la piedad á la Divinidad no seria lo mismo que aniquilar de un mismo golpe la buena fé, la conciencia, la sociedad humana, y la virtud que ella sola sostiene el mundo, quiero decir, el instinto de la justicia...»

## IX.

En su libro sobre la república, es decir, sobre los principios, las leyes, la formación, los vicios y virtudes de los gobiernos, por las que se fundan, se sostienen, se estinguen ó perfeccionan las sociedades, Ciceron se eleva á mayor altura que en ninguno de sus otros escritos: solo citaremos un fragmento, *El sueño de Escipion*, con que concluye el libro. La filosofía, la piedad, la virtud, la poesía, el genio de Ciceron brilla en alguna de sus páginas, en las que su alma y la de su siglo se descubren con un lenguaje digno de todas las edades.

Ciceron pone en escena al segundo Escipion, modelo de las glorias mas puras y de las mas grandes virtudes de Roma. Cuenta éste á sus amigos en aquel diálogo el sueño que ha tenido en Africa, en el que se le aparece la sombra de su abuelo Escipion el Africano, vencedor de Cartago, y le vaticina su funesta muerte, le alienta á que persevere prestando los servicios mal pagados que todo ciudadano está obligado á tributar á su patria, á despreciar la muerte, y lo que todavía es aun mas sublime, á menospreciar hasta la misma gloria...

«Mas, continuó diciendo mi abuelo, para que sientas redoblar tu ardimiento en defensa del Estado, sabe que todos aquellos que han salvado, socorrido ó engrandecido su patria, tienen de antemano preparado en el cielo un sitio, en el que disfrutarán de eterna felicidad. Porque el supremo Dios, que rige y gobierna el universo nada encuentra mas agradable á sus ojos como las reuniones de hombres que viven bajo la garantía y salvaguardia de las leyes, que se llaman sociedades civiles. Del cielo es de donde descienden los que rigen y conservan las naciones y al cielo es donde vuelven...»

«Las palabras del Africano habian infundido el mayor terror en mi alma; sin embargo, tuve valor para preguntarle si vivia él todavía y Paulo Emilio mi padre y todos aquellos que nosotros miramos como muertos.—La verdadera vida, me dijo, comienza para aquellos que escapan de los lazos del cuerpo en que estaban cautivos, porque lo que vosotros llamais vida realmente es la muerte. Mira, ahí tienes á tu padre que se dirige á tí... Ví en efecto á mi padre y me deslice en lágrimas, mas él abrazándome me prohibió llorar...»

«Luego que pude reprimir mis sollozos le dije: ¡Oh, padre mio! modelo de virtudes y santidad, pues que ahora es cuando teneis vida, como me lo anuncia el Africano, ¿por qué he de permanecer yo por mas tiempo sobre la tierra? ¿Por qué no me he de apresurar para reunirme con vuestra celeste sociedad?...—No, no así, hijo mio, me respondió: en tanto que Dios, cuyo templo es todo cuanto ves, no te haya librado de tu prision corporal, no puedes tener entrada en aquellas moradas. El destino del hombre es de permanecer en este globo que ves suspendido en medio del templo inmenso de Dios, que se llama tierra... ¡Ha recibido un alma!... Por este motivo, hijo mio, tú y todos los hombres religiosos debeis retener vuestra alma en los lazos de vuestro cuerpo, y ninguno de vosotros, sin permiso del que os la ha dado, no puede salir de esta vida mortal. Ahuyentarla es abandonar el puesto en que Dios la ha colocado. Mas antes bien, ¡Escipion! piensa en vivir siendo justo y piadoso como tu abuelo, que nos está escuchando y como yo que te he dado el ser; piensa en el culto que debes tributar á tus padres, á tus prójimos, y sobre todo á tu patria. Observando esta vida será la verdadera senda que te conducirá á la reunion de los que han vivido, y que al presente, desembarazados del cuerpo que los aprisionaba, habitan en el sitio que ves...»

«Mi padre me mostraba ese círculo, que por su resplandeciente blancura brilla en medio de todos los innumerables globos de fuego que tachonan el firmamento y que se llama Via Lactea. Desde lo alto de este orbe luminoso, contemplaba el universo, y lo ví lleno de magnificencia y de maravillas. Las estrellas, que por su inmensa distancia no se perciben desde la tierra, aparecieron á mi vista con toda su magnitud y magestuoso esplendor.. De todos estos luminosos globos el mas pequeño, colocado á los últimos confines del espacio y el mas próximo á la tierra, brillaba á favor de una luz prestada. La tierra misma me pareció tan pequeña y un punto tan diminuto en nuestro imperio que me avergoncé de habitar en ella.—Ahora bien, hijo mio, me dijo, ¿tu espíritu tendrá siempre aficion y apego á la tierra? ¿No ves á qué morada superior y celeste estás llamado?...»

«Yo contemplaba todas estas maravillas estasiado de admiracion, luego que pude volver en mí: ¿cuál es, pues, pregunté á mi padre, qué es esta armonía tan poderosa, tan dulce, en la que me parece estamos como sumergidos?»

«Lo veo, dijo el Africano: tú estás todavía con la vista fija en la mansion y vivienda de los mortales: mas si la tierra te parece tan pequeña, como en efecto lo es, eleva tus ojos hácia esas regiones celestes, desprecia todas las cosas humanas. ¿Qué fama, qué nombradía, qué gloria digna de tus deseos pretendes alcanzar entre los hombres? Observa cuán imperceptible espacio ocupan en la superficie del globo terrestre

y cuán vastas soledades separan estos puntos habitados por los mortales. Dispersos sobre la tierra, están de tal manera divididos entre sí, que no hay comunicacion ni trato posible entre los diversos pueblos que la pueblan: tu los estás viendo diseminados por todas las partes de esta esfera, aislados por las mas largas distancias y por las mas opuestas llanuras. ¿Qué gloria se puede esperar de aquellos que no la tienen?

»Aun cuando las futuras generaciones ensalzasen á porfía las alabanzas de cada uno de nosotros, y aun cuando nuestro nombre y fama se trasmitiese con todo su esplendor de generacion en generacion, los incendios, los diluvios que deben trastornar la superficie de la tierra á épocas irremisiblemente decretadas, arrebatarían siempre á nuestra gloria, que no digo deba ser eterna, pero si durable. Por otra parte, ¿qué te importará ser celebrado en los siglos venideros, cuando no lo has sido en los tiempos que han trascurrido, y por tan numerosos hombres, y sin comparacion mejores.

»Así es que si renuncias venir á esta mansion donde se encuentra todo el bien, toda la felicidad destinada á las grandes almas, marcha, sigue tras esa sombra que se llama gloria humana, que apenas puede durar algunos dias: mas si quieres dirigir tus miradas á lo alto y fijarlas en tu morada natural y en tu eterna patria, no permitas que ejerzan en tí imperio alguno las alabanzas y discursos del vulgo. Eleva tus deseos mas allá de las recompensas humanas, y que la virtud sola te muestre el camino de la verdadera gloria y te atraiga por sí misma. A los demas hombres corresponde saber lo que deben decir de tí, é indudablemente hablarán; mas la mas bella y gloriosa nombradía está circunscripta y como cautiva en los estrechos límites de vuestro pequeño mundo: no está dotada de la preciosa prerogativa de la inmortalidad, perece con los hombres y se extingue en el olvido de la posteridad.

»Luego que hubo hablado así, ¡oh Escipion! le dije, si es cierto que los servicios prestados á la patria nos abren las puertas del cielo, tu hijo, que desde su infancia ha caminado siempre siguiendo tus pasos y los de Paulo Emilio, y que tal vez no se ha hecho nunca indigno de esta difícil herencia de gloria, quiere ahora redoblar sus esfuerzos á vista de tan inestimable premio.—Valor, me dijo, y ten presente que si tu cuerpo debe perecer, tu alma no es mortal: ese cuerpo, esas facciones y formas visibles no eres tú: lo que constituye al hombre es el alma y no esa figura que puede mostrarse con el dedo: sabe, pues, que eres divino, porque serlo es reconocer en sí la vida, la facultad de pensar, acordarse, preveer, dirigir, arreglar los movimientos del cuerpo á que estamos unidos, como el Dios verdadero gobierna y dirige todo lo criado. Semejante á ese eterno Dios que pone en movimiento el universo, en parte corruptible, nuestra alma mueve el cuerpo perecedero. Ejercita tu alma acostubrándola á ejercer las acciones y los mas escelentes movimientos: no hay otro mas relevante que velar por la salud de la patria. Acostumbrada á tan noble tarea, toma mas fácilmente el vuelo hácia su celestial morada, y será mas rápido si está acostumbrada, en la cárcel de su cuerpo, á elevarse á contemplar los objetos sublimes y hacerse independiente y desprenderse de las ligaduras y afectos terrestres. Empero, cuando la muerte hiere con su guadaña á los

hombres entregados á los placeres, que se han hecho infames esclavos de sus pasiones, y arrastrados obcecadamente por ellas han violado todas las leyes divinas y humanas, sus almas separadas del cuerpo van errantes miserablemente en torno de la tierra, y no vuelven á esta mansion sino despues de una espiacion de muchos siglos.

»Al decir esto, la sombra desapareció y yo desperté...

¿Qué podrá decirse hoy dia que sea mas bello, mas puro en moral? El presentimiento de Ciceron precedía al mundo con veinte siglos de ventaja.

## X.

En tanto que este grande hombre se consolaba así conversando de su alma con ella misma, con las grandes almas de todos los siglos y con la Divinidad acerca de la servidumbre y degradacion de su patria, César terminaba en cuatro años la corta carrera de todos los tiranos. El crimen de los asesinos vengaba en él el crimen del Rubicon. Eran sus asesinos Bruto, Casio, Casca y toda la juventud patricia, literata y republicana de Roma. Nutridos con la lectura y lecciones de la inflexible antigüedad y alentados con los ejemplos de Harmodio y Aristogiton, estos jóvenes se avergonzaban de vivir bajo el dominio de un gefe que les habia arrebatado la dignidad de hombres. Estaban en la persuasion de que la sangre del tirano purificaba el puñal que lo heria: falsa y cruel virtud que pervertia y viciaba en ellos hasta la misma naturaleza, que convertia en asesinos á los ciudadanos é impelia á los amigos de Bruto hasta el asesinato, y tal vez al mismo hijo de César hasta el parricidio. La antigüedad admiraba todavía y elogiaba estos asesinatos cometidos por la libertad. La humanidad actual no se equivoca ya. La libertad, la patria, la inmortalidad misma no aceptan por su rescate una sola gota de sangre que caiga del hierro homicida. A tal precio sería muy cara la libertad de todo el linage humano.

## XI.

Los conjurados, sea que considerasen demasiado débil, ya que sospechasen una virtud mas pura en Ciceron, sin embargo de ser todos amigos suyos no le confiaron su secreto, se ocultaron de él temiendo que sus escrúpulos les hiciesen titubear. Roma estaba ya cansada de su adoracion é idolatria á César; los plebeyos que habia él mimado para que se opusiesen al senado comenzaban á sentir el peso del yugo militar; los patricios que colmaba de dignidades y dádivas se avergonzaban de deberlas á sus bajezas y adulaciones; el senado votaba, aunque murmurando; los soldados aspiraban ya á venderse á otro que les diese mayor paga. Bruto y sus amigos se enardecían con la lectura de los historiadores, los filósofos y poetas que divinizaban á los libertadores de los pueblos. La opinion conspiraba bastante generalmente con ellos, para que necesitasen confiar á muchos cómplices un proyecto que sería aplaudido por la multitud tan pronto como fuese ejecutado.

Ocultaron las armas bajo sus togas, esperaron á César en el senado, salieron á su encuentro luego que entró en el salon, le rodearon con celo y cordialidad la mas servil, besaron el faldon de su túnica y le presentaron varias peticiones como un lazo armado á su

clemencia: no le mostraron á su alrededor mas que grupos de gentes conocidas y rostros amigos, deteniendo de este modo sus pasos hácia su asiento en el senado, cuando hiriéndole á cual mas con veinte y siete puñaladas cayó sin vida al pie de la estatua de Pompeyo. El senado, sobrecogido de espanto al principio del tumulto, de horror al perpetrarse el crimen, y de gozo luego que terminó éste, huyó precipitadamente por todas las salidas, sin saber si habia de manifestar satisfaccion ó execrar este asesinato.

Bruto, Casio y demas conjurados salieron llamando al pueblo para proclamar la libertad. Este, en parte vengado y en parte enternecido, los aplaudió; pero dejó que subiesen solos al Capitolio. Antonio, lugarteniente de César y que en otra ocasion conspiró contra su vida, gefe de las tropas, fué encargado por el senado para vigilar y preservar á Roma de los horrores de la anarquía. Observó éste con sagacidad y prudencia todos los movimientos sucesivos de la efervescencia del pueblo: incierto amigo de los conjurados el primer dia, en el segundo protector declarado del senado; vistiendo luto el tercero por la muerte de César, y el cuarto se pronunció vengador de su cadáver desplegando desde la tribuna oratoria á las miradas de la multitud su túnica ensangrentada y traspasada de puñaladas; muy pronto árbitro y señor de todo, teniendo á Roma indecisa entre su pasión por la libertad y los sinsabores de la servidumbre, obligó á Bruto y á sus cómplices á alejarse de la misma ciudad que habian librado de la esclavitud, temerosos de ser sacrificados por los partidarios de César, que con su sangre habian vuelto á cobrar ánimo. Tal fué este crimen: él condujo de nuevo á la tiranía por medio de la piedad y lástima. Justa espacion de aquellos que creen hacer justicia, y causan horror cometiendo un asesinato.

## XII.

Antonio se habia asociado sagazmente para quedar árbitro de Roma, con otro lugarteniente de César, su rival en el ejército, llamado Lépido, que mandaba las tropas prontas á marchar á España. Engrosaron sus fuerzas con todos los veteranos diseminados por las provincias, dejando al senado una soberanía aparente. Durante esta especie de interregno entre la república y la dictadura que tuvo lugar por la muerte de César, Bruto y Casio se retiraron á Lanuvio, pequeña poblacion de la campaña de Roma. Ciceron dió rienda suelta á su alegría por el restablecimiento de la constitucion; dió prisa á los conjurados para que aprovecharen los momentos que se pierden para los que vacilan, y á restablecer la antigua libertad. Bruto, mas filósofo y orador que político, parecia haber agotado toda su energia con el golpe que habia derribado al tirano: escribia, borraba, limaba y sometia al examen de Ciceron, tachaba de nuevo, recitaba y daba la última mano á un largo discurso, acusacion de César y justificacion de sus asesinos, que se proponia leer al senado y al pueblo en el mes de junio cuando se abriesen las sesiones. Orador presuntuoso que ignoraba que los retóricos se valen de la palabra, pero que las revoluciones necesitan hechos.

Los amigos de César y el mismo Antonio por su parte, acariciaban á Ciceron, esforzándose en atraerlo á su partido, ofreciéndole repetidas veces elevarlo á la mas alta magistratura. Habia recobrado inocente-

mente su libertad por el golpe que le habia libertado de la humillante amistad de César y de su embarazoso reconocimiento al dictador: permaneció inflexible á la cabeza de los buenos ciudadanos y partidarios de una república estable, patricia y moderada: continuaba viviendo en su casa de campo, y escribiendo, en tanto que Roma esperaba su suerte sin saber por sí misma creársela.

«¿Es esto todo lo que esperábamos ver? escribia á Atico. ¡Qué, la obra de Bruto se reduce á hacer que viva ocioso en su morada de Lanuvio, y que se perpetúe por Antonio y Lépido el reinado de César, mas absoluto despues de su muerte, que lo fué durante su vida!»

Estas reconvenções y quejas de Ciceron, aunque sin fruto, no volvian la popularidad ni la audacia á Bruto y á Casio. Antonio se irritó contra él: la cólera de los veteranos, atizada por éste, le amenazaba hasta en su retiro de Tusculo: tratábase en Roma de entregarlo á las llamas, por lo que determinó refugiarse en Grecia por segunda vez. Embarcóse en Nápoles, y costeando la Italia llegó á Regio en Calabria, en donde tuvo una entrevista con Casio y Bruto. Supo por ellos que la opinion por la libertad volvia á renacer en Roma, y que su nombre se invocaba como el del único sugeto que con sus consejos podia inspirar á la vez valor al senado y cordura al pueblo. Enterado de todo desembarcó y se aproximó á Roma. Los ciudadanos corrian á su encuentro como á la vuelta de su primer destierro: parecia que Roma estaba viuda cuando su genio se apartaba de ella. Volvió á Tusculo, no osando entrar en Roma mientras mandase Antonio.

Empero, el crédito y popularidad de éste iba decayendo tanto en el pueblo como en el senado y el ejército; otra mas sólida y otro prestigio mas duradero se elevaba sobre las ruinas de Antonio: se habia presentado el jóven César Octavio, hijo de una sobrina del gran César, y á quien en su testamento habia declarado el dictador por sucesor suyo. Este jóven adolescente, ausente con su madre de Roma cuando el asesinato de César, habia vuelto desde luego para reclamar tímidamente á Antonio la herencia de su tío, mas éste despreció su instancia y aun le amenazó. Su juventud, sus derechos á la sucesion, ser hijo adoptivo de César, las lágrimas de su madre y la injusticia de Antonio habian interesado á los romanos. El desprecio de estos por Antonio, las esperanzas que se conciben y van unidas á la juventud, las dádivas que en su testamento legaba César para sus soldados y que prometia cumplir su heredero hicieron lo demas. Octavio, acompañado de su madre, dejándose ver en Roma, recorriendo las provincias, implorando el favor del pueblo, invocando el auxilio de los veteranos, lisonjeando á los republicanos prometiendo devolverles la antigua libertad y ponerlos á cubierto de los insultos de la grosera soldadesca de Antonio, habia llegado en poco tiempo á ser considerado por unos como futuro vengador de César, y por otros como el inesperado restaurador de la república. El afectaba ver toda la patria junta en solo Ciceron: de él recibia sus consejos, mantenía correspondencia con él, é iba á visitarlo en su retiro. Este por su parte le trataba como á hijo que se inspira con la sabiduría de un padre. Octavio le juraba no hacer uso del poder que le daban su herencia de sucesion, su nombre, su partido y el favor de los romanos, sino para restablecer con el auxilio de Ciceron la autoridad del senado, el impe-